

La sombra del eunuco

Jaume
Cabré

se



Lectulandia

Durante una cena con Júlia, Miquel Gensana, que no se siente nada cómodo con su pasado, decide echar la vista atrás. Su paso por la universidad, la lucha antifranquista a finales de la dictadura de Franco, las venganzas y los asesinatos jamás resueltos, la opción de la violencia política, la verdad oculta de una larga historia familiar, el papel del arte y la música en nuestras vidas...

Lectulandia

Jaume Cabré

La sombra del eunuco

ePub r1.0
Titivillus 29.01.18

Título original: *L'ombra de l'eunuc*

Jaume Cabré, 1996

Traducción: Concha Cardeñoso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Margarida

Los hombres a tu edad sois como lobos,
sólo lleváis el tiempo en la mirada.

JOAN MARGARIT

*... for we possess nothing certainly
except the past.*

EVELYN WAUGH

Solo-VI

Adagio ♩ = 54

mp *rit. deciso* *mf G* *dolcissimo*

Es ist ge - nug! Herr, wenn es Dir ge -

mf G *mp dolce* *poco rit.* *Poco più mosso, ma religioso*

fällt, se span - ne mich doch aus! _____ |

ALBAN BERG

Primera parte

El secreto del aoristo

Primer movimiento

Andante (Präludium)

Mucho tiempo después de todo, sentado frente a los ojos negros y la piel perfecta de Júlia, me pregunté en qué preciso momento se me había empezado a agrietar la vida. La pregunta me pilló desprevenido y enseguida se me ocurrió pensar en qué estaría pensando ella. La miré con disimulo: estaba concentrada en la carta, seguía indecisa entre el filete y el entrecot. De una sola ojeada me di cuenta de que la decoración del restaurante era particularmente abominable. ¿En qué momento se estropearon las cosas? Tal vez todo empezó hace muchos años, aquel viernes lluvioso de otoño en que, superada mi desorientación civil, después de comer, llamaron a la puerta y fue a abrir mi padre, cosa que no hacía nunca. Como si estuviera esperando la llamada. Después lo reconstruimos entre todos: se quedó hablando con alguien (no sabíamos quién era), de pie, en la escalinata. Al parecer nos dijo, o se lo dijo a las paredes, que salía un momento, y nunca más volvimos a verlo. Llovía y había salido a la calle en zapatillas y en mangas de camisa. Más tarde tuve ocasión de desesperarme por no haber comprendido que la llamada era importante; porque los pocos momentos clave de la vida se nos pasan inadvertidamente y después gastamos el resto de nuestra desesperada existencia intentando recuperarlos en vano. Yo vivía en casa porque hacía poco que me había separado de Gemma.

Mi vida está llena de momentos clave que se me escurren entre las manos como un pez mientras pierdo el tiempo frente al televisor o resuelvo un enigma de un crucigrama. Cuántas veces me habré despertado porque no puedo quitarme de la cabeza la sonrisa de Teresa a la puerta del Ritz. Es un recuerdo que no acierto a arrancarme de la cabeza y que todavía me hace llorar como la fiebre. Teresa me sonrió frente a la fachada iluminadísima del hotel; y yo, unos pasos más atrás, en la sombra, parado, respirando pesadamente. Y ella dio media vuelta sin dejar de sonreír, porque yo estaba callado como un muñeco de feria. No, ahora no quería pensar en eso. Tenía que concentrarme en la carta y en la decisión tajante de Júlia: carne, pero ¿cuál?, y decídete de una vez, que tengo hambre. Pero es que Teresa no perdía la sonrisa a la puerta del Ritz, en Piccadilly. En fin, que me puse a mirar la carta: era de estilo dulzón con pretensiones literarias, de las que, más que describir los platos, los canonizan. Y Júlia, y sus ojos negros y su voz de terciopelo, me atrae como un pozo sin fondo, pero no me veo capaz de amarla porque estoy muy cansado.

Lo cierto es que todo había empezado hacía unas pocas horas, cuando Júlia me propuso ir a cenar porque, según dijo, sólo yo podía ayudarla. O no: todo había estallado por la mañana, en pleno entierro, en el cementerio. Llevo dándole vueltas a la vida desde ese momento. Estaba yo un poco alejado del grupo de familiares

perplejos ante una muerte inesperada, escudado tras unas gafas oscuras. Aun así, Rovira me reconoció y se me pegó. Y después, medio paquete de Camel de confidencias. Allí, en el cementerio, antes de que se me anexara Rovira, comprendí, casi como una epifanía, que nunca tendría valor para desmentir la versión oficial que presentaba la muerte de Bolós como un accidente lamentable e inexplicable. Yo era el único que sabía que en el contestador de casa había un enigmático «Soy Franklin, Simón: alguien nos está siguiendo», grabado el miércoles por la tarde. Después llegó el jueves con sus noticias, y el viernes, al volver del cementerio, la llamada de Júlia: me proponía cenar juntos.

El agradable airecillo del cementerio me recordó a otro aire más cálido, pero impregnado de temor, en las montañas de Qurnat al-Sawda. Y, a pesar de mi supuesta etapa heroica, acepté casi sin luchar que ahora tenía que guarecerme tras unas gafas oscuras y hacerme el despistado y decir sí, sí, un accidente absurdo y lamentable. Y largarme antes que me desarmara una mirada inquisitiva de Maria. Y Júlia al teléfono.

—A ver: ¿Qué condición?

—Que me dejes elegir el sitio —dijo Júlia.

Y pensé que me daba igual; también estoy solo, desanimado, descolocado, con Bolós en la cabeza y el miedo en el cuerpo. ¡Qué cobarde soy! Ni la mirada de Maria pude resistir en el cementerio.

—Muy bien, acepto. ¿Dónde quieres llevarme?

—Sorpresa... Es un restaurante muy agradable que han inaugurado hace poco. Tenemos que hablar de muchísimas cosas, Miquel.

—¿De qué?

—De todo. De Bolós. Tengo que escribir el artículo sobre él.

—¿El artículo?

—¿No te lo ha dicho Duran? Un dossier de homenaje.

—Dejad en paz a Bolós.

—¿Qué pasa? ¿No te parece bien?

—Fantástico. —Y, echándole fantasía—: En serio, oye.

Nunca he sabido disimular y Júlia lo captó enseguida.

—No te parece bien.

—Que sí, mujer. Pero ¿qué sabes tú de Bolós?

Ahora fue Júlia quien se quedó sin palabras, y me pareció raro; ella tampoco sabía disimular muy bien.

—Bueno, me he metido en hemerotecas y cosas así, ¿no? —Silencio incómodo para ella y para mí—. Pero me falta información de cuando era más joven, y tú... —carraspeó—, ¿eh? —Y para que me decidiera de una vez—: Es un restaurante muy bonito, hacen una carne riquísima y necesitas distraerte.

Los argumentos eran contundentes y contesté perfecto, todo tuyo. Sería una forma de no quedarme tirado en el sofá, a oscuras, pensando en Teresa, en Bolós, en mí, en

Teresa y en el miedo que me daba la llamada de la voz ronca, que me amenazaba con un castigo terrible, como si no supiera que el peor castigo es tener que acordarme toda la vida de la toalla mojada y de la bombilla de veinticinco. Y de Teresa.

Júlia vino a buscarme a las ocho y, en vez de subir al coche, tendió la mano con una sonrisa de complicidad: quería las llaves. Quería llevar al extremo el juego de la sorpresa. Y, como una sonrisa de mujer siempre me desarma, le confié las llaves y la vida; también con una sonrisa, pero de desconfianza, porque soy un copiloto desastroso de verdad. Además, sé que Júlia es una conductora nostálgica y apasionada que no para de gesticular, se olvida del volante, le rascan las marchas, suspira y muy de vez en cuando, casi con desgana, se fija en la circulación. Es decir, que me dispuse a sufrir un rato, que resultó muy largo, porque, al parecer, ese restaurante tan agradable se encontraba fuera de Barcelona. El tráfico estaba pasable en la salida de la Meridiana y los cambios de carril repentinos y gratuitos, casi poéticos, que suele hacer Júlia me encogían el estómago. Al menos esta chica me despejaba la cabeza de pensamientos tristes.

—¿No quieres decirme adónde vamos?

—No. Tú sólo paga la cuenta.

—Si es de trabajo, se lo paso a Duran.

—No te hará caso.

—Ya veremos.

Me puso la mano en la rodilla y allí la dejó. ¿Yo... con Júlia?

Entramos en la autopista de Feixes a codazos, entre el denso tráfico que huía de Barcelona. Enternecido por la dulce expresión de Júlia, supongo que debía de tener cara de estúpido, mirando al frente la raya discontinua que ella pisaba una y otra vez para sentirse más segura.

—Estoy desanimado.

—Yo también.

—¡Menudo par de dos!

—La cena es un homenaje a Josep Maria.

—¿Qué Josep Maria?

—Bolós. —Y, con un cambio de tono estudiadísimo—: ¡Es increíble cómo conduce la gente! ¿Te has fijado?

—Bolós era mi amigo del alma —insistí—. ¿Y si te pones en tu carril?

—¡Vaya, Miquel! No empieces, ¿eh?

Nos callamos y me puse a mirar el lecho del río Ripoll, que me hacía de paisaje, y, por unos momentos, quise olvidar que Júlia solía conducir en contra de la carretera.

—¿Sabes que me estás llevando a mi casa? —Lo dije sobre todo por romper el silencio, que ya duraba cuatro kilómetros y medio.

—¡Anda! ¿No eres de Barcelona?

—No. Vivo en Barcelona, pero soy de Feixes de toda la vida.

—¡Vaya!

Ochocientos metros más de silencio.

—Lo que son las cosas.

Le pellizqué la mejilla, carantoña que provocó un cambio brusco de carril.

—Bueno, tampoco es una desgracia no ser de Barcelona.

—Si tú lo dices... Tiene que ser difícil.

—Por lo general, se supera con éxito.

Sabadell nos quedaba a la derecha, y nosotros, con la vista al frente.

—¿Eres de Feixes por parte de padre o por parte de madre?

—De padre, de abuelos y abuelas, de bisabuelos y bisabuelas. Mi familia paterna se hunde siglos y siglos en la historia más remota de Feixes.

—¡Vaya!

—¿Qué?

—Que ¡vaya!

—Ya. Si eres capaz de asimilarlo, un día te enseñé el árbol genealógico. Tengo uno muy bien hecho. Éramos una familia con pasado y con conciencia de tenerlo.

—¿Erais?

—Éramos.

—Igual que la mía. Sólo conocí a un abuelo, y gracias.

—Yo tuve abuelo hasta hace unos años; bueno, un tío abuelo. Mi tío Maurici. Era muy particular.

—¿Por?

—Porque sí. Tenía cien mil años, una memoria de elefante y estaba como una cabra. —La miré de reojo, a ver si le interesaba lo que le contaba—. Era la oveja negra.

—Y había estado en América y tal, ¿no?

—No. Lo odiaba todo el mundo.

—¿Tú también?

—No, yo no.

Me miró por el rabillo del ojo mientras se dirigía a la bifurcación de salida de la autopista sin poner el intermitente.

—¿Me lo vas a presentar? —preguntó, sin reparar en que el de delante frenaba.

—Está muerto. —Frenamos a tiempo, cuando se me empezaba a encoger el estómago—. No corras tanto.

—¿Qué?

—Que todo lo que sé de mi familia es porque él guardaba todos los papeles del mundo. Lo sabía todo.

—¿Todo?

—Sí, mujer. En todas las familias siempre hay uno que se acuerda de todo, ¿no?

—En la mía no. No sé si somos familia siquiera. —Y cuando entramos en el callejón, añadió—: Supongo que se podrá torcer por aquí.

—Hombre... Hay una señal de dirección prohibida, aunque eso a ti te da igual.

—¡Vaya! ¿Dónde está la señal?

—La hemos pasado. —Lo dije con un hilo de voz, antes de recuperar el aliento—. Tranquila, ahora es de dos direcciones otra vez.

—Ya tengo hambre, ¿sabes? —Dudó ante un semáforo en rojo, pero por fin se detuvo y la aplaudí moralmente con fervor y entusiasmo—. Ya casi estamos, si no me pierdo.

No aproveché el momento para contarle que mi tío Maurici había pasado el último año en el manicomio, ni que lo quería a pesar de todo, ni que era la única persona de la familia, aparte de mi madre, con la que había tenido largas y pausadas conversaciones. No sabía si alguna vez podría contarle esas cosas a Júlia.

Cuando quise darme cuenta de lo que pasaba, Júlia estaba aparcando de oído en la explanada del restaurante. Estaba tan liada, sacando la lengua y procurando darle al coche de delante lo más suavemente posible, que no se fijó en lo callado que me quedaba.

—¿Esto es el restaurante?

—¡Ajá! —Suspiro de alivio—. ¿Qué te ha parecido?

—Aparcadora excepcional. ¿Esto es el restaurante?

—Te he dicho que sí.

Preferí callarme. Me temblaban las piernas al bajar del coche. Todavía había bastante luz a esa hora en esos días de verano. Sin poder evitarlo, me fijé en el madroño; había crecido mucho y lo tenían peinadísimo. Me acerqué, pero no logré oír las palabras que tío Maurici me había dedicado en su última y larga carta. El reloj de sol estaba en la pared del rosal, inútil, sin sol, sin rosal, y una hilacha de viento que se había quedado prisionera entre los abedules los movía dulcemente. Parecía que todo estaba en su sitio.

—¿Qué me dices? —Júlia señalaba el edificio con el brazo estirado, como si enseñara una lubina recién pescada.

¿Qué podía decirle? Mi querida Júlia me había llevado precisamente a mi casa, a *can Gensana*^[1], la casa en la que nací, lloré y soñé. La casa de la que me fui cuando llegó el momento. Hacía unos años que habían informado a mi madre, sin previo aviso, de que tenía que dejarla, que ya no era suya, y nos volvimos todos un poco locos, porque, por si fuera poco que mi padre se hubiera ido en zapatillas dejándonos dueños y señores de deudas, impagos y rencores, nos quedábamos de pronto sin recuerdos, también. Y entonces fue cuando tío Maurici se encaramó al rosal. *Can Gensana*, mil setecientos noventa y nueve, mil novecientos noventa y cinco. Nos faltó muy poco para llegar a los dos siglos de vida documentada. Salgo como Martín el Humano. Aquí reposa *can Gensana*, convertida, por mi desidia, en un restaurante grotesco que, para mayor ignominia, se llama El Roure Vermell^[2], con letras de diseño.

—Toma, Miquel, las llaves.

—¿Qué? —Con esfuerzo, volví de mi ensoñación y la seguí.

Tres escalones, rellano y dos escalones más. Unos adhesivos de Visa, MasterCard y American Express pegados en los cristales de la entrada lo hacía todo mucho más penoso. Un hombre con sonrisa de maître surgió de la nada y me dio la bienvenida a mi casa.

—Hemos reservado una mesa —dijo ella, como si fuera de la casa.

—¡Que no...! —la corregí, alarmado.

—Que sí... —armada de paciencia y pedagogía, con la sonrisa que me desarmaba. Y al maître—: A nombre de Miquel Gensana.

Me guiñó un ojo: siempre atenta a los detalles prácticos. Y, por un momento, a pesar de estar donde estábamos, pensé por qué no te dedicas a quererla y tararí que te vi. Pero es tan difícil, teniendo la cabeza tan llena de cosas; empezando por Teresa, sí, claro, pero también con esa sensación de cobardía y de miedo que me había avivado y desencadenado la llamada de la voz ronca.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta esto?

Me comí la respuesta porque el maître hizo una seña enérgica indicando que iniciaba la expedición hacia nuestro sitio. Mientras lo seguíamos, haciendo eslabon entre las mesas, vacías todavía, que habían instalado en mi sala, en mi comedor y, ¡ay!, en la biblioteca, todo obscenamente comunicado, Júlia me dijo al oído, y noté su aliento estimulante, que había pedido un rincón mágico, Miquel: al lado de una fuente que hace un ruidito delicioso.

Era un insulto grave que se les hubiera ocurrido instalar un surtidor lamentable en el rincón de la biblioteca en el que siempre había estado el piano de tío Maurici, al lado de los libros antiguos de mi bisabuelo Maur, el poeta. Cuando me disponía a injuriar al maître por todo lo alto, me distraje, porque le vi retirar la silla de Júlia con muchísima educación y hacerle una breve reverencia, y prescindir de mí olímpicamente. A continuación se fue... a buscar refuerzos, casi seguro. No me dio tiempo.

—No te gusta este sitio, ¿eh, Miquel?

—Ya lo creo que sí.

—Es que se te ha puesto una cara... La carta es divina.

—Entonces habrá que probarla.

Y nos pusimos a estudiar la carta, ella, con un interés que valía por el de los dos, porque yo no tardé en despistarme con el roble del logo del restaurante, frondoso, con ambición de imitar los grabados antiguos. Me recordó al gran roble genealógico de la familia Gensana, en el regazo de abuela Amèlia, en casa, en las rodillas de tío Maurici, en el manicomio, y él, todavía con mano firme, señalándome el sitio correspondiente a tía Carlota, su verdadera madre, la que había vivido una historia muy romántica; o a bisabuelo Maur, el poeta. O a tatarabuela Josefina... Y su promesa de confeccionar el Verdadero y Desconocido Árbol Genealógico de la Familia.

—Está muy bien esta carta, ¿verdad?

—Sí... —Eché un vistazo a los platos—. Veo que hay un poco de todo.

—Carne.

—¿Qué?

—Aquí es obligatorio comer carne.

Yo no recordaba que en mi casa fuera obligatorio comer nada, como si fuéramos judíos o estuviéramos en viernes de cuaresma cristiana. Por eso se me escapó una sonrisa difícil de entender. Ella se lo tomó como reticencia de mal gourmet y levantó un dedo con severidad:

—Carne.

—Carne, de acuerdo.

Por lo que se deducía de la carta, los idiotas del restaurante querían convertirlo en un establecimiento de moda para gente in, como Júlia y sus insoportables amigos, por ejemplo. A pesar del nombre estúpido que tenía.

Y yo, la víctima, ¿qué podía hacer sino dejar que desfilaran ante mí todos los recuerdos? Qué podía hacer, sino pensar ah, si la vida fuera distinta, si se nos permitiera predecir más allá de los actos y las decisiones, si pudiéramos repetir la jugada, darle al replay en ralentí y analizar en qué momento nos equivocamos, dónde empezó a torcerse la cosa... Tal vez la lucidez estricta sería un tormento inaceptable. O una plataforma hacia el cinismo.

—A lo mejor es preferible no ver más allá de las narices.

—¿Qué? —Júlia me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Perdona... Es que...

—Ya... —Bajó la mirada; volvió a mirarme. Júlia tiene unos ojos muy bonitos—: ¿Te encuentras mal?

—Me encuentro perfectamente —fantaseé, mientras me esculpía en la cara, a bofetones, una sonrisa displicente.

Júlia me observaba con preocupación. Iba a decir algo, pero prefirió callarse. Me vino bien, porque en ese momento se me había metido en la cabeza el hilo que me llevaba a la muerte de Bolós, y era imposible saber en qué instante tendría que haber actuado de otra forma para no encontrarme ahora con una muerte encima, y pensé en lo que pensaba en el cementerio y en la expresión desolada de Maria, la viuda de Bolós, y en la sensación de asco que me daba yo mismo, hasta que se me acercó Rovira y nos pusimos a hablar de otras mil cosas. Pero la mala conciencia por mi cobardía seguía ahí, porque yo sí que sabía, yo sé de qué había muerto Bolós. Seguramente sólo lo sabemos el asesino y yo. Y es posible que también se lo imagine Ojos Azules. Y yo escondido detrás de las gafas oscuras hasta que llegó Rovira y me hizo hablar de mujeres, que es el único tema de conversación que tiene desde que colgó la sotana, hace cien años.

—Voy a pedir filet mignon —sentenció Júlia, dejándome por imposible. Parecía satisfecha de su decisión—. ¿Y tú?

Yo, en esos momentos, llegaba a la conclusión de que, en los cuarenta y ocho

años que llevaba de vida, no había conseguido librarme ni por asomo de no sé qué mala conciencia institucional y crónica. Sin contar con la toalla mojada y la bombilla de veinticinco. Me había pasado la vida empezando y terminando etapas y el saldo negativo siempre se lo llevaba mi alma. Y hacía siglos que no creía en Dios.

—Y ahora quieres que te cuente cosas de Bolós.

—Sí, pero primero la carta.

—¿Tienes prisa?

—No, ni pizca.

—Pero es que hablar de Bolós es hablar de mí.

—Bien. De la época en que mejor os llevabais.

Miré la carta con desánimo. ¿Podía contarle a Júlia todas esas cosas?

—No tengo ánimos.

Júlia me miró como si fuera a regañarme, y me asusté, porque no hay nada que me dé más miedo que una mujer enfadada.

—¡Elige un buen plato de carne de una vez! —Y mucho más ofendida—: Yo tampoco tengo ánimos y me aguanto.

—Tú no eras amiga de Bolós.

Dejó la carta en la mesa y me miró con una mirada de carbón.

—¿Puedes cenar conmigo? ¿Puedes ayudarme a hacer el artículo sobre tu amigo?

—Claro. Es que...

—¡Claro. Es que!... —Ahora era la Júlia del trabajo, nacida para mandar, pero relegada a una categoría inferior—. Me ha costado lo mío pensar en un sitio chupi, he reservado mesa, he hecho un hueco en la agenda...

No tenía ni idea de que la cosa fuera tan grave. Es decir, me puse a leer la carta a conciencia, como un niño que sabe que la maestra está a punto de aplastarlo con la mirada. Júlia no decía nada, me parece que incluso estaba irritada por mi falta de energía.

—Voy a pedir bacalao.

—Pero... —una protesta de santo enfado, parecía Juana de Arco— ¡si te acabo de decir que aquí lo bueno es la carne!

—Pues carne. Eso, ¡carne! —Y lo repetí con una sonrisa dedicada al maître, que acababa de reaparecer hacía un segundo de debajo de una baldosa, con la libreta preparada y una mueca de desconfianza íntegramente dirigida a mí.

—¿Qué carne, señor?

—No sé... —Al azar—. Ésta, la de las dos salsas. ¿Ha tomado nota de lo que quiere la señorita?

—Sí, señor. Hace un buen rato.

El comentario me pareció insoportable.

La negociación fue difícil, pero conseguimos apañar un menú razonable y, sobre todo, a gusto de Júlia. Cuando el maître, después de anotar las precisiones (poco hecho, sin sal, la ensalada a la Montpensier sin nada de cebolla), se fue con su libreta,

que, no sé por qué, pero me recordó a un formulario de multas, los ojos de Júlia me asaltaron:

—A ver, ¿en qué estás pensando? ¿Me lo cuentas?

—¡Un hueco en la agenda! ¡Pero qué fantasma eres!

—Vamos, no disimules. ¿En qué estás pensando?

Como tenía muchas ganas de llorar, me eché a reír. Y le di un pellizco en la mejilla cruzando el desierto de la mesa. Júlia, lista, enérgica, con la mirada y el pelo como el carbón, la piel tierna, joven, insultantemente joven; mi gran desconocida, porque nunca habíamos hablado a fondo de nada; seguro que porque era imposible que entendiera que yo vivía a golpes de indecisión, que tenía veinte años más que ella pero era desmesuradamente más viejo, porque la nostalgia y el remordimiento podían atacarme y herirme, y porque la idea de la muerte se me había instalado en el cerebro como una pátina tenue. Y eso significaba que no era joven. Y era muy difícil explicárselo a una chica tan joven como ella. Tan imposible como decirle ¿ves este restaurante, Júlia? Pues era mi casa. Aquí, donde estamos sentados, estaban los libros antiguos de un bisabuelo mío que era poeta, Maur Gensana: ¿te suena el nombre? ¿Y sabías que tu querido maître nos ha colocado en la biblioteca de la familia? El rincón mágico era la biblioteca. Y este surtidor incalificable que han puesto en el lugar que ocupaba el media cola de mi tío es sencillamente un insulto a las escasas muestras de buen gusto de mi familia. No, no podía decirle todas esas cosas porque no tenía ganas de morirme de vergüenza. Y tuve que hacer lo primero que se me ocurrió para defenderme de su mirada.

—Un día —dije en tono interesante— me enamoré.

—¡Ah! —Levantó la cabeza con cara de sorpresa.

—Sí. Fue en unos grandes almacenes. Yo iba hacia arriba en la escalera mecánica. Ella bajaba por la otra. Alta, rubia, guapísima. Irradiaba belleza, ¿entiendes?

—¡Psé...!

—Nos miramos. Me traspasó con la mirada y la pude resistir. Hasta que pasamos uno al lado del otro.

—Y después ¿qué?

—Nos volvimos; los dos. Su perfume me conmocionó. Y ella volvió a traspasarme con la mirada.

—¿Quién era? ¿La conozco?

Cogí un trocito de pan. Me pareció que ponía ojos soñadores.

—No volví a verla nunca más. Fue un amor fugaz.

—¿Por qué me lo cuentas, Miquel?

¿Por qué? Porque estaba negro. Porque iba a cenar con una chica a la que quería un poco y que, por lo visto, se divertía jugando al escondite con más de uno, y con la que nunca había intentado sostener una conversación personal, confidencial. No: era impensable que terminásemos en la cama. Le conté esa historia de amor para entrenarme, porque soy muy tímido, porque acabábamos de enterrar a Bolós y el

surtidor plantado en medio de la biblioteca era absurdo y ocupaba el sitio en el que recordaba que, antes de que lo encerraran, tío Maurici se pasaba muchas y larguísimas horas de las lentas tardes hojeando libros, hurgando entre los documentos de la familia, acariciando los santos de los libros que los tenían, tocando a Mompou o a Bach. O haciendo figuritas de papel. Porque estaba nervioso porque iba a cenar, desconocido e incógnito, en mi propia casa, que había sido la casa solariega de los Gensana durante siete generaciones, en la que habían vivido y muerto los abuelos Ton y Maur y todas las bisabuelas, en la que había nacido mi padre, en la que nací y crecí yo; la casa que había sido testigo de mis dos huidas... Porque me encontraba entre las paredes que habían formado parte de mi vida más íntima y personal y eran mis recuerdos.

—Júlia, ¿te gusta este sitio?

—Sí, mucho. —Ya estaba más tranquila—. Me parece delicioso.

Es decir, mi casa era deliciosa. Doscientos años de vida de mi familia, desde Antoni Gensana i Pujades, el fundador oficial de la estirpe según el árbol genealógico, Antoni I Gensana, el Primate, hasta mí, desde finales del siglo XVIII hasta finales del XX, siete generaciones de Gensana, que habían enriquecido la mansión y la historia y habían dado solera a esas paredes, merecían, después de tantos esfuerzos, la calificación de delicioso. Memorable.

—Sí, a mí también me parece delicioso. ¿Sabes si era una casa particular?

—No creo... ¿No ves que es imposible vivir en una casa así?

—¡Ah!

—¡Sí, hombre! Si no se te caen encima los fantasmas, se te caen las paredes. Y seguro que hacía un frío horrible.

En eso tenía razón. Y añadió:

—En resumen, que si vivía alguien, sería gente rarísima y decadente o algo así.

En eso también tenía razón. La dejé seguir con su declaración de principios.

—¿Sabes una cosa? Conozco a los dueños.

—¿Ah, sí? —Me puse en guardia—. ¿Qué dueños?

—Los del restaurante. Maite Segarra, que está casada... Es decir, que estaba casada con Manolo Setén.

—Ni idea.

—Sí, hombre, el decorador. No me digas que no...

Encendí un cigarrillo mientras pensaba en esas personas. Júlia se abalanzó como una urraca sobre el mechero de Isaac Stern.

—¡Qué bonito!

—Es antiguo.

—Pero es muy bonito. ¿De dónde lo has sacado?

—¡Ah! ¡Te refieres a Setén el decorador!

—¿Ves como lo conoces? —empecinada en el tema.

—¿Y por qué se le ha ocurrido meterse en cocina?

—Se aburriría. Y seguro que gana pasta gansa. ¡Uf!

Me aseguré de que Júlia dejaba el mechero al lado del paquete.

—Pues, de momento, esto está muy vacío —dije, por decir algo.

—Es que hemos venido pronto. Si quieres, después te presento a Maite.

Me fijé en cómo masticaba Júlia un trocito de pan. Esos diente-cillos blancos que más de una vez habría querido besar. ¿Por qué era imposible esa clase de milagro en la vida?

Hacía tiempo que sabía que todos los milagros son imposibles. Había llegado a varias conclusiones, siempre provisionales, sobre la vida y la muerte. Por ejemplo, que lo que diferencia a los hombres de los animales es el deseo de eternidad, la batalla ancestral de la humanidad por alcanzar la imposible eternidad. Por métodos diversos: desde fijar una figura en un cuadro hasta el invento un poco más sofisticado de las religiones, pasando por la obsesión con la perpetuación de la especie y de la propia obra. En mi opinión, a lo largo de la historia hemos recurrido a tres sistemas de eternización: tener hijos, el más común; la religión, el mejor considerado; el arte, el más sutil. Pero ¿qué pasa cuando se es agnóstico y estéril, como yo? Seguramente por eso me interesa tanto la música que componen unos e interpretan otros; la poesía que escribe un desconocido pero que consigue emocionarme; la pintura que soy incapaz de imitar ni de intentar. Quizá por eso lloro cuando oigo a Mendelssohn, y me voy de cabeza a que una mujer me enjuge las lágrimas. Y cuando lo que oigo es a mi Alban Berg, no hay nada en el mundo que pueda detener el dolor que siento. Y muy pocos lo entienden. La pena más grande que tengo es no ser músico, ni pintor ni poeta, sino un simple y dos veces maldito diletante, muy sensible, sí, pero incapaz de crear. De pequeño nunca fui buen estudiante; Ramon, mi primo segundo, me pasaba las notas, siempre brillantes, por los morros, y a los veinticuatro años ya era ingeniero textil y hacía dos que ayudaba a mi padre a hundir la fábrica. En cambio yo estudié ciencias, pasé Preu con un aprobado pelado, me cambié a letras y no me entusiasmé con los paradigmas verbales ni con las plantas basilicales, sino con todo lo que oliera a asamblea, Mayo del sesenta y ocho y muchas cosas más, y dejé la carrera a medias porque la revolución era más urgente, y Berta, muy guapa. Y cuando terminó la guerra y Franco se murió en la cama volví a enamorarme. El matrimonio con Gemma duró dos años, dos meses, veintiún días y trece horas. Cuando volvía a casa con mi madre, silenciosa y triste, y me pregunté si tenía que empezar algo de nuevo y qué era ese algo, reparé en que tenía veintisiete años y ya no me hablaba con mi padre. Juan Crisóstomo Arriaga murió a los veinte años. Sentí el peso aplastante de los años y la falta de entusiasmo. En vez de comprarme un pasaje para ir a contraer fiebres extrañas a la India, en vez de empezar una carrera de locos por la entrepiera de las amistades bien dispuestas, me limité a adquirir un abono fijo en el Palau de la Música y a dejar que vivieran los demás, a ver si se daban más maña. Quinta fila de platea, muy bien centrada. Y me puse a estudiar en serio y a leer más aún y a enamorarme de la belleza. Ahora, muchos años después, hay quien me considera sabio. Da risa, pero

es verdad.

—¿Qué quieres que te cuente de Bolós?

—Cosas. Cosas personales, de cuando era joven.

—No lo conocías, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Me lo presentaste tú. —Miró hacia un lado, como si no quisiera que la oyera nadie más; luego me miró fijamente y añadió—: ¿Qué se siente cuando se muere un amigo tan amigo?

—¿Cómo sabes que éramos tan amigos?

—¿Qué se siente?

—¿No lo sabes? —La miré de reojo y me pareció muy joven—. No se te ha muerto ninguno.

—No, porque no tengo amigos.

—¡Anda!

—En serio. Sólo tengo colegas muy colegas. —Y en voz baja—: O amantes. ¿Qué se siente?

Tuve que pensarlo mucho. Demasiado. No respondí mirándola a los ojos, porque veía también a Teresa.

—Nada, Júlia. Sólo se llora.

«Nací en Feixes en el año 1905, de Francesc Sicart, ciudadano, y de Carlota Gensana, ciudadana. El único medio de subsistencia de mi padre, que recibió una parte ínfima de una herencia mediocre repartida entre tres hijos, era su oficio de relojero, en el que verdaderamente destacaba por su pericia. Mi madre, hermana del insigne poeta Maur II Gensana el Divino e hija del diputado Anton II Gensana el Pico de Oro, era más rica, amén de hermosa y prudente; mi padre tuvo dificultades para casarse con ella; yo las tengo para recordarla».

Me parece ésta una manera muy noble de empezar las páginas que escribo ahora que tú, mi Miquel II Gensana el Indeciso, estás ausente unas semanas por no sé cuál de tus viajes. Y te las escribo porque tengo que morir pronto y sin protocolos ni agonía, según la tradición de todos los hombres de la familia. La única mentira del encabezamiento, que adopto de Rousseau, se refiere al oficio de mi padre. De todo lo demás, Miquel, sé tú el juez, si te viene en gana.

Naciste el treinta de abril de mil novecientos cuarenta y siete. En aquellos tiempos ya se me había dibujado en los ojos una fina raya de odio, una raya tensa como la tanza, tirante y fina, pero tan fuerte que, manipulada con habilidad, puede decapitar. En aquellos momentos ya era Maurici Sin Tierra, el Proscrito, que nunca llegaría a reinar, como te pasará a ti. Cuando naciste eras rubio y tenías los ojos azules. Y te ponía un dedo en la manita y me lo apretabas como si te fuera la vida en ello. Estaba convencido de que tenías muy claro que no querías seguir el camino de tu hermano y por eso te aferrabas a mí. Y eres el tercer Miquel de mi vida. Tus padres pusieron a tu hermano el nombre de Miquel por mala conciencia. Y contigo repitieron el rito. Seguramente tu nombre es la única guerra que he ganado en esta familia en la que me ha tocado morir. Pero para que te bautizaran con ese nombre, fue necesario que mi gran amor inmarcesible sufriera el dolor más brutal que pueda sufrir jamás una pasión.

El día en que naciste, en *can* Gensana olía a tierra mojada. Vivíamos la primavera más lluviosa de todo el siglo que se recuerda en Feixes. Y el olor a tierra mojada, que es uno de los más antiguos de que dispone cualquier jardín, me envuelve la memoria y está ligado a tu nacimiento. El jardín estaba brillante, magnífico, un poco desorientado con tanta lluvia, pero hasta el último tallo crecía. Tu padre, amigo de los detalles inútiles, mandó plantar un madroño a la entrada de la casa. Pere no sabía que no era prudente vincular la vida de una persona a la de un árbol, pero como no podía hacer nada para impedirselo, me resigné a considerar el madroño parte de tu vida; por eso, la misma noche en que lo plantaron, salí al jardín, cavé alrededor del arbusto y,

como un nuevo barbero de Midas, deposité las palabras de mi secreto de amor antes de que volasen hacia las nubes; posiblemente por ese motivo tengo ahora el valor de repetirlas. Si es que no las has oído ya algún anochecer ventoso, hablándote entre el rumor del viento en las hojas.

Los hombres de la familia siempre me han odiado, menos tu padre, que, de joven, era mi amigo del alma. En cambio las mujeres siempre me han respetado y han comprendido que la única forma de felicidad que me ha quedado durante muchos años es Mompou, Satie y Debussy. Y cuando me ponía al piano, no cerraban la puerta de la biblioteca, como hacía, con una mueca, tu abuelo Ton, Anton III el Fabricante, a quien Dios confunda.

No quiero que el sargento Samanta encuentre el cuaderno de tía Pilar. Voy a esconderlo debajo de las láminas de hacer figuritas. Y cuando vuelvas de ese absurdo viaje tuyo a no sé dónde, de entrevistar a no sé quién, lo encontrarás entre mis papeles de difunto.

No sé si es el momento de hablar de mi tío, pensó Miquel.

Hay en la historia de Miquel II Gensana varios puntos de inflexión irremediabilmente marcados por las mujeres, hasta hoy, que me encuentro frente a Júlia y quiere hacerme hablar de Bolós y, para decir algo de Bolós, tengo que hablar de mí y desnudarme hasta un límite que ni me imaginaba, seguramente porque llevo a Bolós en un rincón del alma, igual que a Rovira, aunque la vida nos haya unido y separado caprichosamente, esperando con paciencia a que alguien nos traiga aceitunas para picar. Qué lentos son en mi casa. Cuando todavía era mi casa y además vivía en ella, lo que más me gustaba era irme lejos y fingir que ese caserón grandioso no tenía nada que ver con mi vida. De ahí mis huidas. Pero, a pesar de todo, cuando estaba en edad escolar, la vinculación era evidente, porque la infancia solitaria de Miquel quedó marcada por las idas y venidas de la escuela a casa, los libros de tío Maurici y los sueños de su cabeza. Por eso se acordaba muy bien de todas las noches que había dormido fuera de *can* Gensana.

En el autocar íbamos armando el follón que nos correspondía legalmente, molestando al conductor y lanzando indirectas al padre Romaní, que se sentaba en el primer asiento de la parte delantera, en el que normalmente, veinte años más tarde, se sientan las azafatas que, micro en mano, dicen: a la derecha, la Sagrada Familia, obra del arquitecto Antoni Gaudí, famoso en todo el mundo, y el turista de piel de gamba hace una foto curiosa de las runas de la Sagrada Familia, que deben de ser antiquísimas, ¿no, my darling?, y el tal Gawdee debía de ser cartaginés, y my darling está distraída porque piensa en el helado de nata y no se acuerda de si es Camy o Frigo, y la azafata sigue diciendo aquí, hace veinte años, en este autocar o en otro parecido, más deteriorado, van Miquel II Gensana el Meditador, sus inseparables amigos Rovira y Bolós, y otros cuarenta mozuelos de sexto de bachillerato del colegio de los jesuitas de la calle de Caspe camino de la casa de ejercicios de los Hostalets, contentos porque nadie les pondrá exámenes en tres días ni los regañará por armar jaleo en los pasillos, porque tened presente que estos tres días son para meditar y todo lo que lleguéis a decidir en estos días es mucho más importante para vuestra vida que los estudios que hayáis emprendido dentro de unos años. Y todos, dame pan y llámame tonto: tres días de fiesta, eso es lo interesante. Y en el trayecto, el padre Romaní, en vez de decir aquí a la derecha Gawdee, aprovechaba el tiempo para adelantar en el breviario.

Entramos en la casa de ejercicios por la puerta principal, empujándonos y soltando algún grito; los más listos, los últimos, escondidos detrás del autocar, fumando el último cigarrillo de la libertad y hablando con exageración de mujeres a

las que nunca habían visto. Una monja discreta y risueña saludaba a los dos curas (el otro era el padre Valero, el de reli) y les daba no sé qué indicaciones. En cuanto pisé el espacioso vestíbulo reconocí el olor de esa clase de casas, a sábanas limpias, espliego, silencio, una pizca de lejía y un aroma difuso de café malteado. Nos llevaron a las habitaciones, anda, Rovira, mira, habitaciones individuales, qué burrada. Y Miquel se sentó en la silla solitaria de su habitación y soñó que era monje. Y al olor del edificio sumó el de la habitación, tan parecido al del segundo piso de casa, el territorio de las criadas, a habitación poco ventilada, limpia y gastada. Enfrente, dom Michaelus Saecundus O. S. B., contempló el entorno: una cama estrecha, una manta de color café malteado con leche atravesada por dos rayas rojas; un crucifijo sobre la cabecera, el crucifijo de sus larguísimas penitencias; una mesa con flexo, la mesa de sus dilatados estudios teológicos; un lavabo minúsculo, un armario con carcoma para la ropa y baldosas rojas gastadas. Y alguna que cantaba al pisarla y podía distraerme de mis meditaciones. Sí: como si fuera de allí de toda la vida, y el corazón le dio un vuelco porque pensó en lo bonito que sería hacerse cura.

Fueron tres días de pensar, guiados por el padre Romaní, que era ducho en compendiar las pensadísimas meditaciones de san Ignacio; tres días de cielo, infierno, pecado, generosidad, altruismo, anécdotas y pensamientos del Evangelio y café malteado con leche, mucha legumbre y poca carne y algunos ratos para salir a desahogarse detrás de un balón. Pero Rovira no quería jugar al fútbol y se iba a pasear solo por el camino de los cipreses; y Bolós, aunque yo me ponía muy pesado, jugaba poco porque se iba con los fumadores al rincón prohibido de los lavaderos.

Cuando terminaron los ejercicios espirituales yo tenía muy claro que quería ser cura. Por muchas razones: había encontrado el camino, me encontraba tranquilo y jubiloso porque estaba dentro de la Verdad, y me creía en la obligación de señalar el camino humildemente a los que, por ceguera o por no haber tenido la suerte de nacer aquí, ignoraban el mensaje de la Felicidad y el de Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida. También descubrí que, después de ordenarme sacerdote, sería misionero y buscaría la misión más difícil y lejana porque, de ser generoso, valía la pena aliñarlo con una buena dosis de heroísmo. Y los ojos le brillaban y Michaelus se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía. Y lo cogieron de la mano y lo llevaron a Damasco. Tres días estuvo sin ver, sin comer ni beber nada. Y por algo parecido a una timidez instintiva no dije nada de la decisión que había tomado al padre Barnades, el director espiritual que se encargaba de rastrear los frutos objetivos de esos tres felices días de retiro con el padre Romaní.

Fueron unos ojos azules, de un azul que mareaba, porque parecían el centro del mar, los que hicieron tambalearse la firme decisión de Miquel, en la que lo acompañaban el seis coma siete por ciento de los compañeros de clase, dos puntos por debajo de la promoción anterior, y es que, poco a poco, los tiempos van poniéndose cada vez más difíciles y, Dios no lo quiera, llegará el día en que.

Los ojos del centro del mar eran de una sirena con piernas y uniforme del

Lestonnac que solía apretarse contra los incipientes pechos los afortunados libros de texto del día y llevaba unos calcetincitos deliciosos y además me parecía que me miraba con simpatía. Y se llamaba Lidia. Y pensé: anda, esta chica, si no tuviera que coger el tren ahora mismo, y la adoré en secreto muchos días y se me alteraba la respiración hasta que, antes de que me estallara el corazón, el exmisionero Miquel habló con Bolós, un gran experto.

—Pues no sé a quién te refieres.

Y fuimos a esperarla, Bolós con mirada fría de especialista, haciendo como si paseáramos casualmente por Pau Claris, calle arriba, calle abajo, enfrente del Lestonnac, casualmente a las seis de la tarde. Codazo en el estómago:

—¡¡Ésa!!

—Vienen cuatro.

—¡¡La más guapa!!

—Hostia.

—¡La del pelo largo!

—Coño, Gensana: vienen dos de pelo largo.

—Pero la otra es un cardo.

Antes de enzarzarse en una fructífera discusión teórica sobre los vegetales y la belleza femenina, Miquel recibió la señal del destino:

—Ésa, la que se ríe. ¿Lo ves? ¿A que me ha mirado? ¿Qué te parece?

—Sí... —Silencio, reflexión...—. Sí.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué te parece, eh?

—Si quieres que te diga la verdad...

—¡Claro! ¿Verdad que es guapísima? ¿A que es para cortarse las venas?

—No me parece nada del otro mundo, Gensana.

Miquel y Bolós estuvieron tres días sin dirigirse la palabra. Durante toda esta travesía del desierto de la amistad, adoré a mi amada y la seguí a unos pasos, procurando pisar el suelo que acababa de bendecir ella con sus pies y suspirando en el alma, mientras los sueños de convertir cameruneses del Chad y llevarlos al Camino, la Verdad y la Vida se estampaban contra la evidencia de la belleza y se ofuscaban, a pesar de los esfuerzos que hacía todos los días en la capilla del colegio por mantener viva la llama.

Terminé sexto de bachillerato cuando en Barcelona se hablaba de retirar los tranvías para atestar más el tráfico y poder contaminar el aire directamente con los transportes municipales. O a lo mejor lo hacían a modo de penitencia cívica tardía por el triste final del cartaginés Gawdee. La cuestión es que terminé sexto sin suspender nada. Ramió, Camió y Torres repitieron y en Preuniversitario (edificio separado, sin obligación de llevar la humillante bata escolar, permiso para fumar abiertamente, y no en los servicios como guerrilleros, categoría de adultos, admiración sin disimulo de todos los demás cursos), me encontré con unas matemáticas un poco más difíciles de la cuenta, y los ojos sin fondo del Lestonnac tenían ya un color más impreciso y,

ciertamente, habría sido una tontería cortarse las venas por esa chica cuyo nombre ya no podía precisar y que, cuando se reía, enseñaba unos dientes demasiado dispares. Y cuando Murillo, Bolós, Rovira y él iban a los futbolines de Consejo de Ciento (ahora que en casa le dejaban coger el siguiente tren), los problemas de los cameruneses se diluían imperceptiblemente y morían por completo cuando se encerraba a resolver los de mates, que eran los que más prisa corrían.

Por eso, cuando volvieron a llevarlos a la Casa de Ejercicios, no me lo tomé tan a pecho, aunque repasé honradamente mis ilusiones y lo que quería hacer en la vida. Y llegué a la maravillosa conclusión de que hacer, lo que se dice hacer, no quería hacer nada en la vida; y en cuanto a consagrar el alma a Dios, qué quiere usted que le diga. Y era un placer librarse de las cadenas que aprisionaban a Saulo hacía dos mil años, porque el universo estaba lleno de ojos azules, negros, castaños, del color de la miel y verdes, tan profundos como el centro del mar, y daba gusto pensar que no estaba prohibido contemplarlos por motivos profesionales. En el fondo, Miquel el Mareaperdices se creía cobarde por no haber prestado suficiente atención a la llamada del Señor y, en un momento de debilidad, entre conferencias, habló con el padre Romaní en su despachito, y después con Bolós en los lavaderos, con el cigarrillo prohibido.

—Si tienes vocación, hijo mío, no podrás esconderte de Dios. Acuérdate de Jonás.

—Pero, padre, ¿cómo se sabe si se tiene vocación?

—No seas imbécil, Gensana; lo que quieren es curas para no tener que cerrar el chiringuito.

—De acuerdo, pero, oye, ¿y si resulta que tengo vocación?

—Hijo mío, la llamada del Señor es gratuita. Si le das la espalda no cometes ningún pecado... Pero no habrás sido generoso en el momento en que te lo pidió.

—Pero puedo ser buena persona, padre; puedo ser un buen cristiano en mi profesión.

—¡Son la leche, oye! Lo que quiere Romaní es que tengas remordimientos por no meterte a fraile.

—No, no; nadie me obliga a nada, tampoco me obliga nadie a elegir tal o cual u otra carrera.

—¿Qué pensabas estudiar, hijo mío?

—No sé, padre.

—Pero ¡si no tienes ni idea de lo que quieres estudiar!

—¡Pues anda que tú...!

Aquellos ejercicios me resultaron muy fructíferos, organizados por el padre Romaní S. J., pero dirigidos por Josep Maria Bolós, Amigo del Alma, doctor en Problemas Ajenos, aunque, precisamente, después de convencerme de que lo mejor es amar a todas las mujeres del mundo, se me puso a llorar en el hombro porque lo tenía un tanto desorientado una melena negra como el carbón que revoloteaba más

allá de la calle de Caspe, porque iba al Jesús María, se llamaba Maria Victòria Cendra, vivía en la calle del Bruc, esquina con Valencia, estudiaba flauta travesera en el Conservatorio, tenía dieciséis años y medio y veraneaba en Viladrau. Bolós, al menos, cuando perseguía un objetivo, ponía interés y se informaba, no como yo, que me limitaba a soñar con sonrisas imprecisas que, en el peor de los casos, ni siquiera iban dirigidas a mí. Y el rumor de que desaparecerían los tranvías, porque una máquina con remolque sólo podía transportar a trescientos pasajeros y el autobús, en cambio, podía llevar hasta a noventa ciudadanos y el petróleo siempre será más barato que la electricidad, era cada vez más consistente y era primavera, cuando las chicas son aún mucho más preciosas porque se ponen manga corta o, con un poco de suerte, van sin manga, sin medias ni calcetines y con faldas un poco más cortas y respiran con más anhelo, cuando los árboles estallan en mil verdes que alegran la ciudad, cuando empieza a ser evidente que enseguida llegará el verano y con el verano las vacaciones y con las vacaciones la libertad y qué bonita es la vida, Miquel se quedó muy impresionado, mucho, y Bolós muy irritado, cuando Rovira les comunicó un tanto ceremoniosamente, paseando bajo las acacias de la calle de la Diputación, que había decidido hacerse jesuita y que ingresaría en el noviciado a mediados de septiembre. Pensé, no veas, y enseguida se me ocurrió decir a ver, Rovira, coño: ¿y las chicas qué? Pero Rovira miraba por encima de estas cuestiones, porque miraba más allá, soñadoramente, hacia el Camino, hacia la Verdad y la Vida y, mientras Bolós enfurruñado mascaba en silencio un chicle, sentí que yo era muy pequeño y envidié a Rovira, el héroe Rovira, porque tenía la valentía de seguir la Llamada del Señor. Al contrario que otros, que volvieron a casa, a Feixes, y no dijeron nada a nadie sobre el compañero que se hacía cura, porque en ese momento la lucha feroz era con el padre, porque Miquel había decidido no matricularse en la Escuela Industrial, que era donde tenían que matricularse los Gensana por decreto, si querían ser algo en la vida. Y desde ese día empezaron a torcerse las relaciones con mi padre. Y tío Maurici se reía por lo bajo, entre dientes, y no decía nada, pero sabía que su Miquel, su sobrino nieto único y más querido, se inclinaba hacia otra clase de estudios. Y se hizo la paz en *can* Gensana, con gran pesar de mi padre, pero la paz. Y mi madre suspiró de alivio.

El primer día de universidad, Miquel se puso corbata y cogió un tren exageradamente temprano. Me encontré con Bolós frente al edificio mismo de la plaza y fingimos que no estábamos nerviosos ni emocionados. Seguro que fue por eso por lo que nos fuimos a tomar café al bar de enfrente y de vez en cuando echábamos una mirada de reojo al edificio de Letras, como si temiéramos que se nos escapara. Bolós también llevaba corbata. Revolvimos el azúcar en silencio y Bolós sacó una pipa que me dio envidia inmediatamente. Así cualquiera.

—No sabía que fumaras en pipa.

—Siempre me ha gustado.

—Pero es nueva, ¿no? —Miquel era un borde hasta con su mejor amigo. Se la cogió y la miró como si entendiese de pipas.

—Pues sí... En algún momento hay que empezar.

Había un grupo de estudiantes a su lado. Muchas chicas. Y todos se reían como si se conocieran desde hacía siglos, como si ir a la universidad fuera lo más normal del mundo. Ningún chico llevaba corbata.

—Somos los únicos del cole que entramos en Letras, ¿verdad?

—¡Ajá!... —Le estaba costando encender la pipa.

Una nube espectacular de Amsterdamer lo ocultó al mundo y lo mareó ligeramente. Y, después de dos chupadas, la pipa apagada.

—Se te ha apagado. —¡Ay, Miquel! ¿Por qué no eres más persona?

—Ya lo sé, coño. ¿Qué decías?

—Que somos los únicos que entramos en Letras.

—Sí, y Rovira, ¿no?

—No, hombre; se ha ido al noviciado.

—Ah, sí, claro, es verdad. Los únicos. —Y, tras una enérgica chupada a la pipa—: Pobre tío, ¿no?

—No sé. Él sabrá lo que hace.

Posiblemente en aquellos momentos, las ocho y media de la mañana de primeros de octubre, Rovira estaría maldiciéndose y repitiéndose ¿quién cojones me manda meterme en este follón, coño; qué pinto aquí, con esta sotana, hostia? O tal vez estuviera recibiendo el Santo Sacramento de la Eucaristía con unción y devoción particulares y estuviera poseído hasta los huesos por una sensación de felicidad. Es que ni uno, oye, ni un solo estudiante de los del bar llevaba corbata.

—Todos los que hacían Letras, menos yo, han ido a parar a Derecho. —La pipa hacía un ruido muy molesto, pero echaba humo.

—Y de los de Ciencias, sólo yo voy a Letras. Oye, Bolós, ¿qué es ese ruidito?

—La saliva. Tú y yo, los únicos tocados del ala, sí.

Cuando se tiene derecho a soñar, lo mejor es ejercerlo. Miquel Gensana se había pasado gran parte del curso Preuniversitario navegando en un océano de dudas; porque no todo consistía en meterse o no meterse a cura, misionero, en ganarse el cielo y hacer que lo ganaran otros; también existía la duda razonable sobre todas las demás cosas de la vida, por ejemplo, poder abrazar a todas las chicas guapas (en rigor, abrazar a todas las chicas, porque sabía que todas eran guapas), empezar a fumar sin toser descaradamente, y pensar si ingeniero industrial, ingeniero textil, químico, médico, abogado, arquitecto o etcétera. Elegí etcétera, a pesar del miedo que me daba. Pero tenía muy claro que no quería ser ingeniero industrial, ni ingeniero textil, ni químico, ni médico, ni abogado ni arquitecto; y, por ancestrales motivos familiares, no podía seguir el consejo irónico de mi tío Maurici, el único de la familia que tenía dos licenciaturas, que siempre insistía en que, si quería tener dinero, me hiciera electrónico de coches, Miquel, créeme: persiana metálica arriba, persiana

abajo, y a verlas venir. Ojalá le hubiera hecho caso. Pero mi tío lo decía para molestar a mis padres y a mi abuela Amèlia. En el fondo todos sabían que ningún Gensana podía permitirse dejar de cursar estudios universitarios; que los acabara o después los ejerciera era harina de otro costal. Esto facilitaba las cosas a Miquel, porque, con un chasquido de dedos podía descartar dedicarme a la linotipia, a la ebanistería y a la conducción de trenes; y a oficios como pastor o guardia urbano... ni pensarlo. Pero, a pesar de tantas facilidades, Miquel vivía un curso Preuniversitario repleto de angustia, sin saber lo que haría después. Hasta que un día Bolós me dijo que le habían dicho que existía la carrera de Historia.

—Pero ¿así, como carrera? ¿Como Arquitectura, por ejemplo?

—Ajá. —Fue un ajá más seguro, sin pipa: la universidad todavía estaba lejos.

—Pues estaría bien, ¿no? Tendríamos que mirarlo. ¿No te parece?

Lo miramos, nos asesoramos en el colegio; a los curas les pareció un poco raro que unos chicos sanos, con buena salud y de buena familia no quisieran ser abogados o arquitectos; pero al final nos informaron y Bolós y Miquel se matricularon en Filosofía y Letras, y Bolós (Josep Maria Bolós, el Amigo Irrenunciable) se pasó el verano poniendo al día a su amigo, que era yo, en los secretos del latín que se le habían olvidado desde cuarto de bachillerato, porque, como dice el Señor, los desorientados dan más vueltas que un trompo, y fue un verano de res, rei, fero, fers, ferre, tuli, latum y Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris Italiam, para poder llegar el primer día de curso, expectantes y demasiado encorbatados, al edificio de Letras de la Universidad de Barcelona, dispuestos a empezar una nueva etapa consagrada al estudio de la Historia de la Humanidad y de sus Lenguas y su Pensamiento, con el fin de reformarla, renovarla y guiarla.

—Hay muchas tías, ¿verdad?

—Sí, ya era hora.

Acostumbrados a salir a la caza de chicas, les ponía un poco nerviosos y hasta les daba esperanzas tener la ocasión de encontrárselas hasta en la sopa. Y es que entraban en el mundo de los adultos.

—Hace calor.

Disimuladamente, y como primera medida, Miquel se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata. Bolós, que había conseguido entenderse con la pipa hasta cierto punto, también se aflojó la corbata con disimulo.

—Bueno, ¿vamos allá?

A las ocho horas, treinta y siete minutos y doce segundos del día dos de octubre de mil novecientos sesenta y seis, Gensana y Bolós, los dos intrépidos alumnos de Preuniversitario A del colegio de los jesuitas que habían tenido la osadía de no estudiar Derecho, entraron en el Templo de la Sabiduría con el corazón en un puño, un nudo en la garganta y la corbata en el bolsillo.

—¿Sabes una cosa? En esta casa de locos he descubierto lo que soy.

—¿Y qué eres, tío?

—El verdadero Maurici Sin Tierra, Cronista del Viento, Inventor de Realidades, exmúsico, exfilólogo, tu extío.

—Todavía eres mi tío.

—No. Ahora soy Cronista. No puedo ser tantas cosas al mismo tiempo. —Y, como excusándose, se comió la última pastilla de chocolate y murmuró—: Eres como un hijo para mí.

—Gracias.

—Lamento no haber tenido hijos...

Mi tío se recogió en el recuerdo y se quedó en silencio unos minutos muy largos y, al final, se puso a hablar con voz monótona y dijo que lamentaba no haber tenido ninguno. Casi tanto como me horrorizaría a mí tener alguno. Para mí, una hija, un hijo, son una forma biológica de continuidad, de cerrar el paso a la aniquilación. Una forma de construir una sonata o un soneto. Tu padre y yo lo teníamos hablado, antes de distanciarnos: él decía que sí, Maurici, de acuerdo, tener hijos es perpetuarse, pero el proceso de descendencia es implacable y actúa con convicción cuando se trata de borrar rastros. Se le da mejor que a la misma muerte. Puede que tu padre tuviera razón, porque ¿quién se acuerda del color que más le gustaba a mamá Amèlia? Y sólo hace ocho o diez años que murió. O veinte o treinta, no sé.

—Cinco.

—¿Qué?

—Que mi abuela Amèlia murió hace cinco años.

—Cinco...

Silencio. Los dedos, atolondrados, buscaron más chocolate, pero no lo encontraron y se quedaron quietos, oyendo decir a mi tío ¿y la obsesión que tenía madre por las rosas rojas del rosal de la entrada de casa? Sí: me acuerdo de esa manía, pero el recuerdo morirá conmigo. Los hijos de mis hijos, si los tuviera, ya no lo sabrían: y así, un día tras otro, los familiares difuntos se mueren un poquito más hasta no ser sino un simple nombre, y llega un momento en que desaparecen en un soplido de olvido como se pierde una semilla arrastrada por el viento. Entonces, ¿qué valor tiene eso que se dice ahora de que somos una cadena de genes que se reproducen por medio de las personas? Que me los presenten; que intenten escribir una sinfonía esos genes que, desde hace millones de años, subsisten entre las generaciones y a lo largo de ellas. Tu padre..., bueno: tu padre no tiene nada que ver,

porque hace mil años que desapareció en zapatillas, en plena lluvia, después de decir salgo un momento. Y de tus abuelos ¿qué queda? (Y le dije que sí, me queda un recuerdo, tío. De los maternos, un recuerdo borroso de un piso oscuro del Ensanche barcelonés, un pellizco en la mejilla, caramelos a espaldas de mis padres y prisa de mis padres por irse; y las tías Mercè y Anna haciéndoles gracias y multiplicando la ración de caramelos a escondidas otra vez). Pero ¿y los padres de los abuelos? Recortes dispersos de conversaciones: ni una sola fotografía. Tu bisabuelo Giró se llamaba Miquel, como tú. Pero ni tú ni tu hermano Miquel os llamáis Miquel por él, sino por una historia secreta de amor. Y tu bisabuela Leonor era hija de un soldado carlista que se llamaba Jaume Gispert, que tomó parte en la guerra carlista de los Matiners, junto a uno de los hombres de Galceran, y también en la tercera. Y, según dicen, era abanderado del Pretendiente. Y también dicen que en la vida civil era un honorable dorador de estatuas y se pasaba la vida recorriendo los caminos solitarios del país en la tartana, de iglesia en ermita, restaurando y repintando santos, cristos, vírgenes y artesonados de altares. Decían que era muy buen dorador. Pero nunca le vi la cara, ignoro con quién se casó, no sé si era zurdo o si le gustaba el pescado. Y por parte de tu padre, de los Gensana, la cosa mejora, sí, porque es una familia que huele a antigua y tiene delirio por guardar todos los papeles, además de un tío Maurici que se ha convertido en el Cronista Oficial. No en todas las familias hay un tío Maurici. Para bien o para mal. Por parte de los Gensana hay tantos papeles, que llego hasta Antoni Gensana i Pujades, el Primate de la estirpe. Pero más allá, nada de nada. Y todo lo que sé y te transmito lo he leído en los papeles o se lo he oído contar a las paredes de la casa, que hablan solas; o quizá lo haya visto en los ojos de las caras de la galería de retratos. O a lo mejor me lo contó mamá Amèlia, mi madre adoptiva, o Cinta, una de las criadas que había en la casa cuando llegué. Entre unos y otros, me enseñaron los retratos que estaban en la galería, encima de la capilla, que parecía que la hubieran construido con el único objetivo de dar cobijo a los retratos de los antepasados. ¿Sabes una cosa, Miquel? Hay cierta tendencia en la familia a querer pasar a la inmortalidad por medio de los retratos.

Tío Maurici tenía razón. Los retratos de la galería de retratos... que me llegaron, primorosamente empaquetados como una herencia valiosa cuando mi madre vendió la casa. Todavía no los he desempaquetado ni los he llevado al desván porque no tengo. Pero me acuerdo muy bien, porque los he visto toda la vida, la cara severa de Antoni Gensana con peluca y de su mujer, la estirada Adela Caimamí. Había dos cuadros de estos tatarabuelos. Y el mejor de ellos, seguramente el mejor de la colección, obra de Tremulles. También me acuerdo de las facciones de su hijo primogénito, Maur Gensana, y de su mujer, Josefina Portabella, y de su perrito de aguas que, según decía el rótulo dorado del marco, se llamaba *Bonaparte*. Estos tatarabuelos no eran afrancesados. De quien se conserva más documento gráfico es del hijo de los del perrito, otro Antoni Gensana, el tatarabuelo Ton, a quien llamaban,

según los anales de tío Maurici, Antoni II el Pico de Oro, que probó fortuna en el enrevesado mundo de la política española de mediados del siglo diecinueve, siempre en el bando isabelino. No tardó en adquirir una fama inútil de orador parlamentario. Nunca se habría imaginado el pobre hombre que, con el paso del tiempo (y de los traviesos genes), su sangre, estrictamente isabelina, se mezclaría con la de un dorador de estatuas profundamente carlista y más enardecido, abanderado del Pretendiente y enemigo a ultranza. Y que, a principios del siglo veinte, el supuesto fruto de esta mezcla sería un personaje desorientado, enamorado, sensible, perezoso, jugador compulsivo, inconstante y adicto a la belleza, que se llama Maurici Sin Tierra, que ha tenido la desgracia de volverse loco de atar y que ha hecho ya una docena de leones abisinios de papel que dice que tiene que ocultar a las iras del sargento Samanta. Tampoco se imaginaría que, a mediados del siglo veinte, esta mezcla morganática daría un personaje desorientado, enamorado, sensible, perezoso e inconstante que se llama Miquel Gensana Giró, al que le importan un rábano los sueños de Carlos Sexto, conde de Montemolín, y que si pasaba en taxi por delante de la estatua dedicada al general Prim, pariente lejano, en el parque de la Ciudadela (los vencidos del siglo pasado se han quedado sin estatuas para siempre), ni se molesta en levantar la cabeza para ver cuántas palomas están cagándolo en la cabeza.

Así pues, de Antoni II el Político queda más constancia. Primero escandalizó a media ciudad de Feixes al casarse con una exbailarina parisina de padres manresanos, la tatarabuela Margarida. Pero después se redimió cultivando la amistad del general Prim cuando todavía lo respetaban las palomas. Vivió junto a su amigo momentos azarosos e instantes de gloria. Consiguió casar a su hijo Maur, el poeta, Maur II el Divino, con la sobrina del general, bisabuela Pilar, pero no consiguió ser el consuegro valenciano del general Prim porque a Amadeo de Saboya se le ocurrió aceptar el trono de España un año antes de que se celebrara la anhelada boda. El caso es que el poeta Maur hizo fortuna; aunque su mujer no pertenecía a la rama fuerte de los Prim duques de los Castillejos ni era duquesa de Prim, siempre les llegaba alguna salpicadura de prestigio. Pero lo que me gusta de tu bisabuelo Maur no es el parentesco con gentes de armas, sino que fuera poeta. Al parecer, además de escribir, practicaba una rivalidad enardecida que lo enfrentaba sobre todo, y de forma inevitable, casi telúrica, a don Joan Maragall. Tu bisabuelo Maur no sufrió la pena de vivir la muerte de su mujer y su nieta Elvira en el absurdo bombardeo de Granollers, porque murió antes de la guerra. De su hijo Antoni, mi abuelo Ton, el que casó con mi abuela Amèlia, no había cuadro, sino una foto amarillenta, llena de su generoso bigote.

—Que Dios lo haya condenado, Miquel.

—¿Qué dices?

—Tu abuelo Ton es el responsable ante la Historia del fallo en la alternación sagrada de Antonis y Maurs, porque a su hijo, tu padre, le pusieron Pere. —Se le hinchó la vena del cuello—. Y eso sí que es otra cosa completamente distinta: la

llamada Guerra de los Nombres.

—¿Y por cambiar un nombre lo condenas eternamente?

—No. Lo condeno porque era un hijo de puta.

—Era mi abuelo.

—Y mi padre adoptivo, pero un hijo de puta. ¿Me oyes?

Antes de que mi tío se pusiera blanco y rojo de ira y de gritos, me apresuré a decir que sí, tío, que un hijo de puta. Abuelo, pero hijo de puta. Así pues, esta perturbación maligna propició la Guerra de los Nombres, al llamar a mi padre Pere, en vez de Anton.

—No: le tocaba llamarse Maur. Y a ti, Anton.

Ya. Era grave, sí. Y después, mi abuelo Ton, arrepentido de su error, intentó que tía Elionor se llamara Maura, pero abuela Amèlia se negó en redondo a que su hija arrastrara toda la vida un nombre de político, y le pusieron Elionor, y murió muy poco después, tres o cuatro años, de unas fiebres. Y cuando nació el tercer hijo, otra niña, al abuelo Ton se le ocurrió proponer que se llamara Antònia, porque la abuela ya estaba en guardia. Le pusieron Elvira, y es la que murió en el bombardeo fatídico. Y a abuela Amèlia y a abuelo Ton se les puso una lucecita amarga en la mirada, de la que nunca pudieron deshacerse. Quizá por eso mi abuelo Ton hizo lo que hizo. Y menos mal que no llegaron a saber de la huida del único hijo que les quedaba; a veces, la muerte tiene detalles caballerosos. Pero mi abuela era una mujer fuerte, como Júlia. Después de la guerra, los abuelos, convertidos en ancianos, volcaron todo el afecto que les quedaba en sus dos únicos nietos: Miquel I y Miquel II, los últimos vástagos de la estirpe. Pobres abuelos, les sobraba el afecto que no habían podido dar a sus hijas muertas, Elionor, a los cuatro años, de fiebres, y Elvira, a los veinte, de bombas. Abuela Amèlia, pobre mujer, se negó a dejar de vivir en *can* Gensana y se salvó porque no quiso hacer caso a su marido, y se desesperó porque, sin darse cuenta, había mandado a la muerte a su suegra y a una hija. Abuela Amèlia, el último personaje de la galería de retratos de *can* Gensana. Porque, por hache o por be, los padres de Miquel nunca encontraron el momento de hacerse la foto. Y cuando por fin se decidieron, la víspera del día en que iban a ir al estudio de Francino, mi padre dijo salgo un momento y no volvió nunca más. Llovía y sólo llevaba zapatillas.

El que no tenía retrato en la galería de retratos era yo, tío Maurici Sin Tierra, la Memoria de la Familia, que he vivido con la pena de tantas muertes y tanto dolor en lo profundo del corazón, y al final me he vuelto loco porque la cabeza no puede soportar tanta pena junta. No tengo retrato al óleo, y eso que lloré tanto y tan hondamente la muerte de mis hermanastras, primero Eli, y después Elvira, que a los dieciocho años era guapísima. Pero, Miquel, no creas que estoy entrando en una fase de senilidad y decadencia, de añoranza de los muertos con los que me voy a reencontrar pronto. En primer lugar, porque no creo que reencuentre a nadie, porque después de la muerte no hay nada. Y en segundo, porque es inevitable hablar de los

muertos cuando se refiere uno a la familia, porque la vida se hace a fuerza de muertes y en la vida no hay nada tan natural como la muerte, Miquel. Pero no puedo hablar de esto con nadie, ni con el sargento Samanta. Cree que estoy loco y sólo se preocupa de que no me traigas chocolate.

—Es que te reventará el hígado, ¿no te parece?

—Soy un hombre libre, Miquel. —Hurgó en el cajón de la mesita de noche—. Mira esto.

Tío Maurici me miraba en la foto que siempre había estado al pie de la escalera, cerca del retrato de tía Carlota, su madre. Tío Maurici de jovencísimo, con un canotier y fumando un purito, con pinta de golfante de los felices años veinte, que para mí ya no eran felices, Miquel. Y, fíjate, en la foto pongo cara de ser feliz.

Señalé la foto.

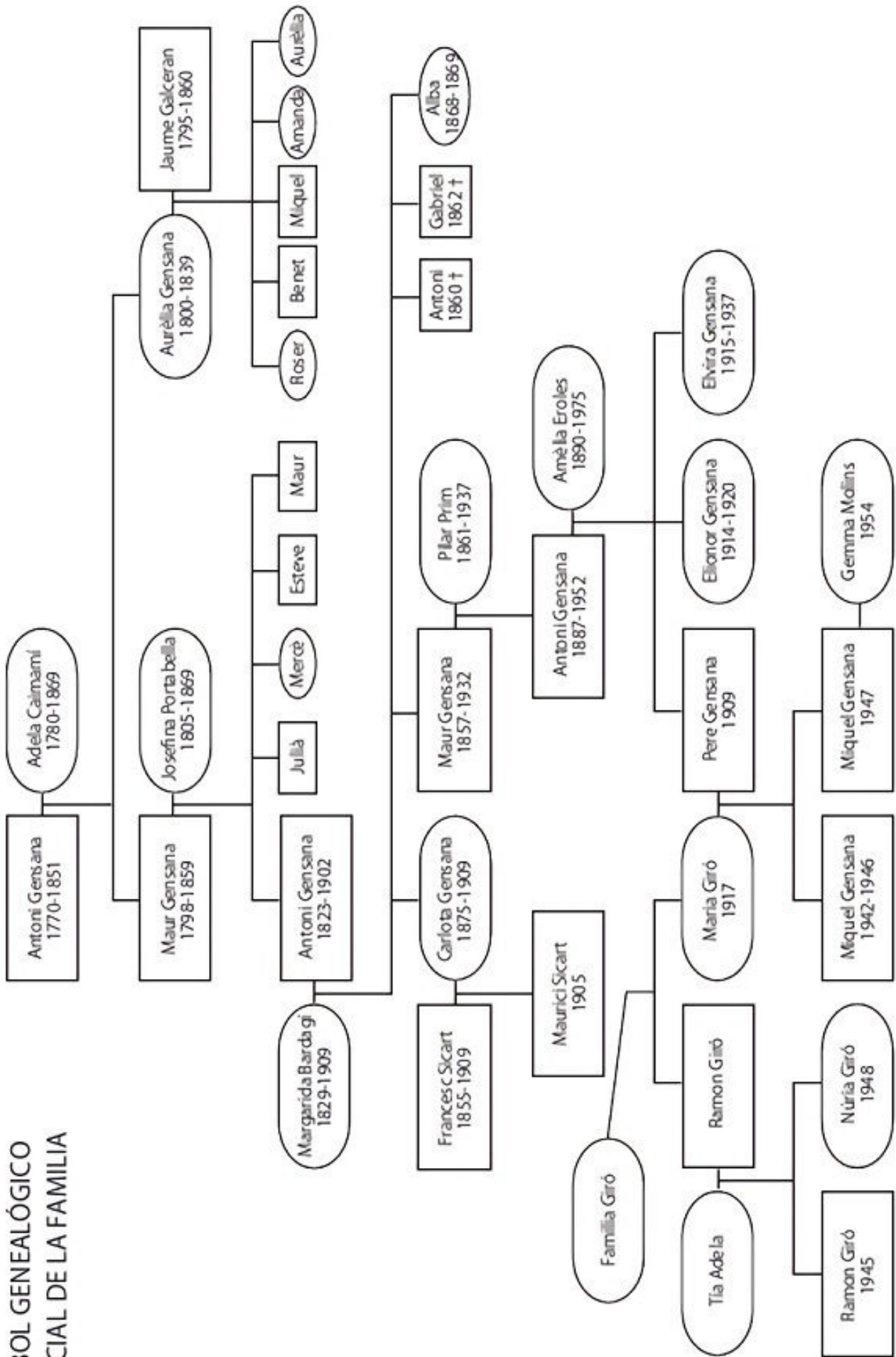
—¿Por qué no la han puesto nunca en la galería de retratos?

—Porque, según padre Anton, Mauritius non erat dignus. —No sonrió—. Mira, éste es el Árbol Genealógico Oficial de la Familia.

—¿Por qué dices que es oficial?

—Porque existe otro, el Verdadero, Desconocido y Cierto. Voy a confeccionarlo para ti, si no me tiemblan mucho las manos.

ÁRBOL GENEALÓGICO
OFICIAL DE LA FAMILIA



El Templo de la Sabiduría. Esta sensación sacramental duró media hora: tiempo suficiente (Bolós y Gensana con los ojos desorbitados y la corbata en el bolsillo) para oír lo que se decía en los diversos grupos de estudiantes que, más que acólitos de un recinto sagrado, parecían músicos de orquesta hartos de semicorcheas que se sientan en su sitio y bostezan y hablan de si las vacaciones duran veintiún días o veintiséis, e incluso puede que masquen chicle antes de poner cara de aburrimiento e iniciar (violoncelos y contrabajos) el Largo Allegro moderato de la Segunda de Rachmaninov. El de Historia es facha, y el de Arte facha y medio. Y el latín me resbala por todas partes. ¿Y tú? Yo espero que me llamen de La Caixa y, entretanto, aquí estoy, perdiendo el tiempo. Y de Lengua ¿qué? Ni siquiera tenemos profe. Bueno, sí, pero es un sustituto. ¿Lo has visto? Hoy, asamblea en el aula once. ¿Dónde está la once? ¿A qué hora? No sé, pero nunca empiezan hasta las doce. ¿Cómo lo sabes? ¿Es que repites? ¿Sabes si hay estudiantes comunistas? ¿Comunistas? ¡Qué dices! ¿No has oído hablar del Sindicato Democrático? No, ¿qué es? Pero bueno, ¿es que pensáis ir a clase el primer día? ¿Para qué creéis que están el bar y el claustro? Pues yo pienso pasarme las tardes en la biblioteca, ya ves. Suerte que tienes, porque yo trabajo por la tarde; todavía hay clases. Y Miquel II Gensana se llevó la impresión definitiva al ver al primer sacerdote del Templo, el primer profe, que no mascaba chicle pero arrastraba una cartera vieja de la que sacó unos apuntes amarillentos dispuesto a dar la primera disertación sobre el Paleolítico Inferior a los veinte minutos de la hora y habiendo respetado el increíble cuarto de hora académico o de cortesía. El resultado fue que creí que nunca más volvería a soñar con tonterías. Y conocí a Berta. Ya me había fijado en ella en clase de Lengua (Saussure, lengua y habla, signifiante y significado), llevaba un abrigo rojo muy chillón, pero ella tenía una actitud señorial. Después la vio en el claustro, en un banco, charlando con una amiga, abrazada a los libros como si los quisiera, protegida también por el abrigo rojo, y Miquel pasó por delante de las dos chicas (Bolós había ido a tomar café) con el corazón a mil, y ella (yo todavía no sabía que se llamaba Berta) levantó la cabeza y sonrió con cierta timidez. Como si estuviera esperando a que pasara yo. Dio unos pasos más hasta que se volvió discretamente a ver si sonreía a todo el que pasaba por delante del banco, pero no, me había sonreído a mí y sólo a mí. Y me enamoré.

Ya lo sé, pero no lo puedo remediar. Todavía hoy, con cuarenta y muchos años, puedo perder la chaveta por una gasa huidiza que desaparece por la esquina de un pasillo del metro. Y cosas peores. En cambio, de jovencito, me enamoraba de las chicas. Y la primera (sin contar a Victòria, la de *can* Molins, ni a Lali, la de los

Guiteres, a los doce y catorce años respectivamente, que venían a jugar a *can Gensana* en verano y mi primo Ramon y yo les levantábamos la falda y ellas se reían, indignadísimas) fue Berta. Aparte también de la del Lestonnac, que fue un amor eterno de tres meses. Y cuando hacía el trayecto en tren de la universidad a casa, tenía tiempo de sobra para pensar en esa cara tan bonita y ponerlo todo más difícil, porque también estaba poniendo al día mis credenciales de cristiano, porque en la universidad las cosas no estaban tan claras como con los jesuitas, y se podía ser ateo y no pasaba nada. Y encima quedaba bien. Miquel siempre tenía muchos secretos y me habría molestado mucho que Berta hubiera adivinado por quién me latía el corazón descontroladamente con tanta fuerza; igual que, aparte de Bolós (los amigos del alma son los amigos del alma), nadie podía enterarse de que yo vivía en una mansión inconfesable que me incomodaba y que ahora añoro, y que pertenecía a una familia con pedigrí; estas circunstancias tiene que comérselas uno solo y nadie tiene por qué saberlas. Más adelante, tendría que añadir además el rechazo a formar parte, *c'est dommage*, de la burguesía, con lo bonito y redondo que habría sido nacer directamente en la clase obrera, la única que tenía justificación en la vida. No estaban los tiempos para cuentos de casas solariegas lánguidas, que corre mucha prisa, que hay que hacer la revolución, y si nos dormimos, Franco se morirá en la cama. No sé lo que habría dicho Freud.

El principio de curso del Gran Enamorado fue memorable. Estudiaba mucho y algunas asignaturas le hacían cierta ilusión. Acompañado por su inseparable Bolós, que también se había fijado en una moza que lo mareaba porque opinaba públicamente que no practicar el amor libre era de pequeñoburgueses, empezó a salir con un grupo de compañeros que se esforzaban en ampliar la influencia del Sindicato Democrático entre los universitarios, mientras la policía nos esperaba fuera del recinto con cara de odio, con el consiguiente descubrimiento de lo que es el miedo y procurando que no me temblase la voz cada vez que tomaba la palabra en las multitudinarias asambleas del aula once. Y en ese grupo estaba Berta, que nunca decía nada, prestaba mucha atención y se comía el mundo con los ojos. Y leía a Bakunin y libros de Ruedo Ibérico que le pasaba no sé quién. En esta época cogí la costumbre de llevar siempre un libro en el bolsillo y empecé a cambiar la lectura de los clásicos, iniciada por la maligna influencia de tío Maurici, por novelas latinoamericanas, que en ese momento arrasaban; y tenía la sensación de ser hijo de mi época y recuerdo que alguna vez, paseando por el claustro, dije que leer a los clásicos era perder el tiempo hipócritamente. Lo decía con fervor; lo que no sé es si lo decía con convencimiento. Y un día, Berta, que ya no llevaba el abrigo rojo, sino un anorak, mucho más práctico para correr delante de la policía, se lo llevó a un rincón del jardín de la facultad y yo vivía en un sueño. Pero ella, antes de entrar en confidencias y decirme me he fijado en ti y te he elegido, amor, y yo, a mí me pasa lo mismo, querida mía, se paró en seco y levantó la cabeza para mirarme a los ojos y me dijo ¿quieres ayudarme, Miquel? Seguramente fue la primera vez que le hice a Bolós

un simple resumen esquemático del encuentro, sin entrar en detalles, porque enseguida empezaría a tener mi propia intimidad. Y el corazón me daba saltos como si quisiera salir por la boca y abrazar a Berta, que miraba desde abajo, a un palmo de distancia, directamente a los ojos. Dolía. Además, era imposible que yo, tan tierno, entendiera que una obra es clásica si se mantiene actual y es hija de todas las épocas.

—¿Yo? Sí, claro. ¿En qué puedo ayudarte? Lo que quieras, Berta. Yo...

Pero le tapó la boca con una mano sin anillos que olía a jabón de coco y le dijo déjame que te lo explique primero, porque no quiero obligarte, y yo sonreí, y, con cara de suficiencia, fui a un banco a sentarme, dispuesto a escuchar lo que fuera, y ella me lo contó con detenimiento, sin decir nombres, pero limitando muy didácticamente las condiciones de la colaboración. Y Miquel tuvo miedo (pánico en realidad), pero fue incapaz de decir Berta, para esas cosas no cuentas conmigo. O sí, iba a decirlo, pero oyó decir a sus labios cuenta conmigo, Berta, no lo dudes. Y ella le dio la llave.

Aquel día Miquel comió solo, sin Bolós, muy emocionado porque Berta se había fijado en mí, había puesto los ojos en mí, el ungido, Miquel II Gensana el Elegido; pero también estaba que no cabía en sí de admiración porque no sospechaba ni remotamente que Berta estuviera tan liada en esas cosas; era admirable que una mujer tan guapa y frágil hiciera todo eso... Y además estaba atemorizado porque nunca había hecho una cosa así; ni le había dicho, por timidez, que si esa noche me quedaba hasta tan tarde, no tendría tren para volver a casa, ni que tendría que avisar a mis padres, ni que estaba muerto de miedo. Sólo le dije cuenta conmigo, Berta, como Bogart. Y después de las lentejas del miércoles en el bar Aribau, llamé a casa y le dije a mi madre que no iría a dormir, que tranquila, que me quedaba a estudiar en casa de Bolós; es que nos han puesto examen a última hora. De latín, sí. El pijama da igual, madre, jo, que por un día no pasa nada. Sí, claro, mañana por la tarde. Adiós. Y se pasó la tarde en la Biblioteca de Cataluña peleándose con los conceptos de infraestructura y superestructura que el profe de Historia decía que estaban caducos, cosa de marxistas, y el materialismo histórico es un engaño del leninismo (y todo el mundo buscando en el diccionario leninismo, histórico y materialismo, como cuando de pequeños buscábamos puta o cojones y no lo encontrábamos porque en aquella época sólo teníamos el Vox), pero el de Filosofía decía que naturalmente que son conceptos vigentes que nos ayudan a distinguir entre el planteamiento de Marx y el de Weber, y prácticamente te veías obligado a elegir una de las dos opciones, porque vivíamos unos años en los que los matices estaban prohibidos y se castigaba la duda y quien no está conmigo está contra mí y qué lejos quedaba el Nuevo Testamento y la costumbre de citarlo, a pesar de que en aquel tiempo todavía iba a misa los domingos y lo escondía como un secreto pequeñoburgués que sólo sabía Bolós. Cené en el mismo bar Aribau, como si me corriera prisa pillar úlcera de estómago, y después me fui a pasear el nerviosismo por el Paseo de Gracia pensando que, a pesar del miedo,

Barcelona era una ciudad muy bonita, con esas farolas que no había en Feixes, y con tanta gente, un poco silenciosa, sí, pero gente, y los urbanos con el salacot, que me recordaba a Stanley, y quedarme boquiabierto mirando la cartelera del Publi o del Savoy, pensando mañana le digo a Bolós que vayamos a verla. Y si hubiera sido una fiera salvaje, habría olido el miedo, porque Barcelona estaba como encogida bajo un manto de desconfianza y de temor, porque hacía unas cuantas semanas que los estudiantes habíamos invadido las calles y todo el Ensanche, que, de día, estaba virtualmente ocupado por las tanquetas de los grises, los caballos de los grises y el odio de los grises, y las calles eran un campo de batalla, y de noche peor, porque podían salir cuatro secretas de una alcantarilla a pedirte la documentación, a preguntarte qué haces, adónde vas, de dónde vienes, o si Marx o Weber.

Y dieron las doce y Miquel, siguiendo las indicaciones, fue hacia el pasaje Domingo. Sí: en el mismo centro del pasaje había una Vespa hecha polvo. Probó la llave que le había dado Berta y funcionó, y yo, cada vez más perplejo por la capacidad de Berta, más la quería. Y yo era un comando de maquis y ella mi amante emboscada. Qué pena que no me viera actuar. O mejor, en todo caso.

Miquel Che Gensana fue hasta la calle de Valencia con la moto. Siguiendo las instrucciones meticulosamente, torció por la calle de Urgell y pasó por delante de la parada del autobús para indicar al compañero desconocido que toda estaba en orden. Volvió a pasar reduciendo la marcha. Una sombra saltó al asiento de atrás y se le agarró a la cintura. Oí la voz de Berta, amor mío, que le decía en susurros que Dani no ha podido venir; cuarenta de fiebre, pobre chaval; pero vamos a hacerlo de todos modos. Y si se le había despendolado el corazón por el pánico de tener que hacerse el valiente, ahora se le puso como un cencerro, porque era el aliento de Berta el que le calentaba la oreja y le agarraba con fuerza por la cintura y qué más podía pedir a los dioses. Y Berta, como si lo supiera, reclinó la cabeza deliciosamente, con delicadeza, en la espalda del Che Gensana, que conducía en estado de embriaguez cordial por la calle de Mallorca y, al llegar al Paseo de Gracia, ella le dijo después nos vamos a tomar una cerveza al Drugstore, y él asintió con un movimiento de cabeza deseando que ya fuera después. Giró por Pau Claris, hacia abajo, y, como no había tráfico, enseguida llegó a la altura de la comisaría de Vía Layetana. Para dar más emoción a la cosa, el sistema automático del servicio de semáforos y señales de tráfico del Ayuntamiento de la ciudad de Barcelona decidió que en ese preciso momento el semáforo de enfrente de la comisaría estuviera en rojo, y allí se detuvieron, a veinte pasos del pasma de guardia que, ametralladora en mano, los miró con desconfianza. Mientras Miquel pensaba que se moriría allí mismo, oyó una risita sofocada de Berta, que enseguida le murmuró qué mala leche, oye, y él pensó dos cosas: primero, que, haciendo de maquis, Berta era malhablada, y segundo, que era humillante, pero esa mujer nunca tenía miedo. Y ella se le acercó desde lo alto de la moto y lo abrazó por detrás, como si fueran una pareja de enamorados, y entonces el policía de la metralleta dejó de mirarlos, más o menos. Y ahora Miquel se moría sin remedio, pero

por el abrazo. Verde. ¡Que está verde, Miquel, coño!

A la altura de la catedral echaba de menos el abrazo. Pero ella pensaba en la guerra, como si, además de no tener miedo, no tuviera corazón, y le decía tenemos que irnos cada uno por su cuenta. Y él oh, no, ¿por qué? Y ella, porque estamos solos y tenemos que darnos prisa; es más peligroso, pero da igual.

Llegaron a la silenciosa plaza de San Jaime haciendo un estruendo de mil demonios con la moto. La cruzaron hasta la calle de Fernando. Aparca aquí mismo, le dijo al llegar a la calle de Aviñón. Cuando se restableció el silencio, a Miquel le dio la sensación de que iba a salir un camión de la bofia de detrás de una farola, y a Berta también, porque dijo creo que teníamos que haber dejado la moto más lejos. Y Miquel dijo quejumbrosamente ¿y ahora qué hacemos?, y ella se echó a reír y le dio un golpecito en la espalda, al tiempo que le pasaba una bolsa y le decía es broma, coño, la bofia duerme por la noche.

Y se repartieron el trabajo: ella iría hacia el lado del antiguo Palacio de la Generalitat, y él hacia el edificio del Ayuntamiento. Como no tenían quien los cubriera, debían hacerlo bien pero deprisa. Sin nervios pero sin entretenerse. Y él pensó suicida, idiota, quién te manda... Pero Berta le advirtió una última cosa levantando el dedo, si oyes cualquier ruido, echa a correr y olvídate de la moto. Fue seguramente la instrucción que mejor oyó. Dentro de cinco minutos, aquí. Y desapareció por un callejón oscuro, silenciosamente. Miquel miró con perplejidad su bote de espray. Pasó un minuto y medio y no había movido un dedo. Pensó en Berta, la admiró más todavía y reaccionó; echó a andar deprisa deprisa, hasta la pared lateral del edificio del Ayuntamiento. Miró a ambos lados. Sólo debía de haber municipales en la puerta de la fachada principal. ¿Hacen rondas? ¿Pegan espías en las paredes? No tenía la menor idea, puro kamikaze. Quedaban dos minutos y medio, el tiempo se me acababa y no era capaz de reaccionar. Se imaginó a Berta escribiendo con su letra perfecta, sacando la lengua, niña aplicada, como si hiciera deberes en casa. Sacudió la cabeza para deshacerse de esa imagen. Tres minutos y todavía no se había movido. Hizo un esfuerzo por acordarse de la primera frase, la que se refería a la exigencia de la amnistía. Quitó el tapón del espray y se le cayó al suelo con un alegre clon, clon, clon y se quiso morir, porque ya descendían diez mil policías en paracaídas, disparando las ametralladoras; no, nadie. Cogió el tapón y, cuando empezó a ensuciar la pared centenaria con la pintura de la libertad, recobró la energía. Ahora era un héroe. Primero la T, después la E. Lentamente, pero con buena letra. Terminó enseguida. Miró el reloj, ostras, Berta debe de estar en la moto desde hace horas. Una campana cercana lo acusó al tiempo que anunciaba la una y él huyó, sin darle las gracias por la información, en dirección a la moto, hacia Berta. En una pared del edificio del Ayuntamiento franquista de Barcelona constaba, para que lo viera todo el mundo y hasta que la autoridad competente diera orden de borrarlo, un te quiero que me había salido de las profundidades del corazón, un corazón atemorizado. Fue una declaración de amor clandestina, íntima e inútil.

Amados hermanos en Cristo:

Hace tiempo que deseaba transmitir esta misiva, pero la vida cotidiana del noviciado no me lo ha permitido hasta ahora. Hoy disfrutamos de un «día libre», que en realidad son sólo unas horas, y quiero dedicarlas a ponerme en contacto con vosotros dos, Bolós y Gensana, aunque me expongo a un ataque de melancolía.

No sé si os interesará mucho la serie de actividades que hacemos en el noviciado. Todo se reduce (¡y se ensancha!) a la vida de oración y sacrificio (¡la alegría del sacrificio!) y a preparar el espíritu para convertirnos, si Dios quiere, en ministros eficaces de la Buena Nueva. Para nosotros, el noviciado no es más que una etapa de aprendizaje de este mundo maravilloso que es la vida del religioso. Nos levantamos a las siete de la mañana, a toque de timbre. Y ¿sabéis? ¡Me ducho todos los días con agua fría! Después de asearnos, oramos una hora en la celda. Después vamos juntos a participar del gran Misterio de la Eucaristía. A continuación, desayunamos y arreglamos la celda, y ya estamos preparados para las clases de la mañana, de latín y griego. Antes de comer nos recogemos un ratito por separado y vamos al refectorio a comer. Tras un reconfortante paseo por el parque que rodea al noviciado, y de un breve rato de siesta, volvemos a las aulas, pero no para estudiar cosas «mundanas», sino para hablar de espiritualidad e imbuirnos del espíritu de la Compañía de Jesús. Unos días tenemos un largo rato de esparcimiento, otros nos dedicamos a trabajos de mantenimiento, y otros vamos a dar catequesis en las poblaciones cercanas. Y al volver, tras otro rato de recogimiento individual, nos preparamos para cenar. Después de cenar, otro paseo y ya estamos dispuestos, hacia las diez de la noche, para ir a dormir físicamente cansados, espiritualmente serenos y con ganas renovadas de ser fieles seguidores del buen Jesús, un día sí y otro también.

—Un programa apasionante —dijo Bolós levantando la vista, a ver qué cara ponía Gensana.

—Sí, pobre tío. —Suspiré con un trago de cerveza—. Pero no creo que se esté burlando de nosotros.

—¡Qué va! ¡Se lo cree, fíjate!

—Muy bien. A lo mejor es feliz así.

—Y una mierda.

—¿Por qué no?

—Porque les lavan el cerebro. ¿Es que no lo ves? ¿Qué ha sido del Rovira que se rebelaba contra todo?

—Esa vida puede ser una forma de rebelión.

—¡Hostia, Gensana! No. Todo se basa en la obediencia, y si te he visto no me acuerdo.

—A lo mejor es más cómodo, porque no tienes que pensar ni que tomar decisiones.

—Para ti, a lo mejor, que cada decisión que tomas es un parto.

No me gustó nada el comentario de Bolós. Pero Miquel lo disimuló con una

sonrisa y otro trago de cerveza. Bolós volvió a la carta que había recibido yo hacía unas horas, una primicia que leíamos entre olor de frankfurt y efluvios de café en una mesa de una terraza de la plaza Real, y no creáis, amigos míos, que echo de menos la vida pasada; en todo caso, os admiro por vuestra valentía en la actividad política.

—¡A saber lo que le habrás contado! —me vengué.

—¿Yo? Nada. Un par de cosillas.

Un par de cosillas: me imaginaba una carta entusiasta de Bolós contándole nuestra lucha diaria contra la policía, el descubrimiento de que el mundo no era sólo lo que nos habían contado, sino también el amor. Y que el primer día era difícil, pero enseguida se acostumbraba uno a salir y a ponerse a gritar las propias preocupaciones en plena calle, preparado para echar a correr en cuanto sonara la sirena de la policía, tirar la pancarta al suelo y huir con el corazón ilusionado. Me lo imaginaba porque también yo le había escrito. Pero hoy, conteniendo la lógica impaciencia de la juventud, dedico todos los esfuerzos a convertirme en un buen sacerdote que quiere ser útil a sus hermanos para mayor gloria de Dios. ¿Por qué no venís a verme un día? El régimen de visitas es de un domingo sí y otro no y pueden venir los amigos, además de la familia.

—Como en la cárcel —dije.

—Tú qué sabes.

—A lo mejor lo descubrimos pronto. ¿Qué te parece? ¿Vamos a verlo?

—Me parece un poco deprimente.

—Pero irá con sotana...

Bolós y Gensana se miraron a los ojos. Sólo era la primera jarra. Rompieron a reír; Rovira con sotana... ¡era demasiado!

—Se nos escaparía la risa.

—Oye, ¿y si lo dejamos para más adelante?

Lo dejaron para más adelante, no por nada, en realidad nos hacía mucha ilusión volver a ver a Rovira, pero la condición de estudiantes comprometidos no encajaba con esa clase de visitas, y no, oye, de acuerdo, más adelante; si insiste; eso, si insiste.

Miquel no sabía que quince o veinte días después estaría contemplando por la ventanilla del tren, con la boca abierta, el paisaje transfigurado y veloz, en dirección a ese encuentro con Rovira, que no había insistido. Era el principio de la mala conciencia, que ya entonces me funcionaba extraordinariamente; la cuestión es que fui a ver al amado hermano en Cristo a escondidas de las burlas de Bolós y, mientras el paisaje desfilaba a toda velocidad, pensaba que incluso entre amigos había secretos, aunque creyera que Bolós era el amigo que lo sabía todo. Lo sabía todo menos esa visita, menos la sonrisa beatífica de Rovira, que incluso hablaba más despacio y sabía andar con un ritmo cadencioso y suave, señalando, a derecha e izquierda del camino que llevaba del noviciado al lago, los manzanos y los melocotoneros, y en vez de hablar de su belleza decía que eran regalos del Creador. Muy locuaz, muy entusiasmado con su nueva vida, un poco más rollizo, y sobre todo,

la desagradabilísima sensación de tener a ese amigo en el otro lado de la raya.

—¿De qué raya?

—No sé, Júlia. De la raya. Ya no era de los nuestros.

—O vosotros de los suyos.

Sí, claro. Rovira, el sacerdote, el amigo perdido, aunque, cuando nos despedimos, dejándolo abandonado a sus obsesiones, nos abrazamos y él se emocionó mucho. En el viaje de vuelta no me fijé en el paisaje. Yo no sabía todas esas cosas quince o veinte días antes, cuando dijimos que de acuerdo, que si él insistía pensaríamos en si nos dejábamos caer por allí. Ni sabía tampoco que Bolós haría exactamente lo mismo que yo, pero un mes más tarde. Como no lo sabíamos, seguimos hablando.

—¿Y cómo se las arreglará sin ver tías?

—En la carta no dice nada.

—Porque le escuece, seguro.

—¿Tú crees?

—¡Hombre, tú dirás! —A veces, la seguridad de Bolós era insultante, pero yo no tenía argumentos para rebatírselo—. ¡Todo el santo día entre hombres que ponen los ojos en blanco! Seguro que sólo ven a la Virgen... Como mucho.

—A lo mejor hay monjas.

—¡Qué va a haber monjas, hombre! Pero ¿en qué mundo vives, Gensana?

Yo vivía en Feixes, pero siempre con un pie en Barcelona. Vivía en exaltación continua por el cambio urgente que necesitaba el mundo, y tenía una efigie del Che detrás de la puerta de la habitación, y había cambiado la imagen de la Virgen de Montserrat que siempre había estado allí por una reproducción muy pequeña (y creía que en blanco y negro) del *Guernica*. Vivía en las nubes, como él, pero él lo disimulaba con una contundencia que desorientaba a cualquier observador atento, y sólo por eso lo envidiaba.

—¿Hoy has visto a Berta?

—No. No sé dónde se mete. Me parece que cada vez viene menos a la facultad. Es inasequible.

—No te desanimes, hombre.

—Imposible. ¿Y Rosa?

—Rosa dice «me se».

—Ya me lo habías comentado. ¿Qué tal está?

—Oye, ¿por qué no vamos a la sesión de cinco duros del Alexis?

—¿Qué ponen?

—*Kanal*. Me parece que es polaca, sobre la invasión nazi.

—Seguro que es buena. ¿Quién paga la cerveza?

—¿Quién va a probar el vino?

Júlia y yo miramos al camarero, que había aparecido por arte de magia con una botella en la mano.

—Que lo pruebe la señora, ¿no? —aventuré.

Pero un gesto enérgico de Júlia me disuadió..., y también al camarero. Fingí que especulaba con el color, lo moví en el culo de la copa, acerqué la nariz y lo probé. Puse los ojos en blanco, sabiendo que todos los movimientos que hacía tenían un público atento y ansioso. Yo qué sé. Todos los vinos buenos me parecen buenos.

—¿Está bien? —Júlia, impaciente.

—Supongo.

—¿Cómo que supones? ¿Está picado? ¿Sabe a corcho?

—No, no... Te dije que lo probaras tú.

Júlia remató la cuestión con una caída de párpados. Los dos hombres estábamos dispuestos a darlo por bueno. Me gusta esa energía aparente que tiene Júlia. Me atrae porque es tan distinta de mi timidez... Y me recuerda a mi abuela Amèlia. Júlia podía haber sido perfectamente tía mía.

—Es bueno, pero te costará un ojo de la cara.

—¿Eh?

—Sigues en otro mundo.

—Con permiso de la señora... —Me levanté en actitud de camarero y guardé el mechero de Stern que, desde el día en que me lo dio Teresa, no había dormido en ningún bolsillo que no fuera el mío. A Júlia le pareció un detalle muy poco delicado, pero no dijo nada—. Voy a lavarme las manos. ¿Sabes dónde están los servicios?

—Al fondo, por aquella puerta. Al menos el de mujeres, que yo sepa.

Tenía gracia preguntar a un forastero dónde estaba el lavabo de tu casa. En fin, que me fui hacia donde, al menos hacía menos de cinco años, estaban los lavabos de abajo. Atrás quedaba una mujer que me estaba taladrando el colodrillo y a la que todavía no sé cómo tratar, que me había convocado en mi casa porque quería que le hablase de mi mejor amigo y que, de momento, se limitaba a escuchar con la boca abierta el mundo que me salía de dentro al encontrarme entre aquellas cuatro paredes. A pesar de no haberle dicho siquiera que El Roble Rojo había sido mi casa.

El camarero jovencito me indicó el pasillo de los servicios de casa. En la puerta de lo que antes era el lavabo de abajo, algún desaprensivo había atornillado una chapa metálica horrorosa que representaba a un caballero de regusto proustiano. Miquel abrió la puerta con un poco de rabia. ¡Cómo había aprovechado el espacio esa tal Maite Segarra! Bañera, radiador y armarios: fuera. En la parte de las tazas y urinarios, dividían el espacio unos tabiques a ras de la ventana, la misma ventana por la que miraba si Núria, su prima, estaba en el columpio o intentando robarle los cromos que le había puesto de señuelo. Orinó con generosidad. Seguro que tenía tantas ganas por culpa del surtidor. Ahora al lado de la ventana había un artilugio dosificador de jabón y dos lavabos para lavarse las manos. Y en el rincón de la puerta, un artilugio mecánico que dispensaba preservativos. ¿Por qué perdimos la casa? ¿Por qué no se rebeló él? Habría preferido que la hubiera ido destruyendo imperceptiblemente la carcoma, la desmemoria, las ratas, las malas hierbas y los escarabajos, en vez de Maite Segarra y todos los clientes que irían violando su intimidad día tras día. Metí una moneda en la máquina de condones. Oí fuera una voz afónica y cansada de un cocinero con acento del Magreb que reclamaba algo de unas patatas cortadas, y pensé que nos equivocamos mucho en la vida pero nunca se nos permite repetir la jugada; es un pensamiento profundo, asiduo últimamente, que, con un poco de empeño por mi parte, puede llegar a convertirse en una obsesión magnífica y en un buen tema psiquiátrico. Pero al menos yo todavía puedo pensar estas cosas, porque el pobre Bolós, ni eso, porque se murió casi sin saber por qué moría. En el periódico, las esquelas más vistosas fueron las de sus compañeros del Parlamento y la personal del alcalde. Bolós iba directo como una flecha a hacer grandes cosas, si no hubiera sido por la muerte. Ése sí que ha sido un revés inesperado.

Salí de los lavabos con el condón en el bolsillo. En vez de volver a la biblioteca, me dirigí a la puerta de salida; la que abrió mi padre un día y adiós. Ahora la abrí yo. La conservaban intacta. Lejos, hacia el mar quizá, relampagueaba sordamente. Hacía un tiempo tirando a bochornoso, mi jardín estaba lleno de coches desconocidos. El madroño, en la penumbra, se escondía de mi mirada, avergonzado de volver a verme en esas circunstancias, sin atreverse a decirme bueno, Miquel, qué quieres, al fin y al cabo me riegan todos los días; ya sé que no es lo mismo, pero no siempre se puede elegir... Miquel dio media vuelta, las miserables excusas del madroño le resultaban violentas; abrió la puerta y entró en la casa y, prescindiendo ostensiblemente de la cara de suspicacia que ponía su amigo el maître, se quedó en el vestíbulo contemplando el espacioso recibidor, con la misma cara de perplejidad que su abuela

Amèlia hacía setenta y dos años, cuando todavía no era abuela, casi no era ni madre y ya tenía un hijo adoptivo que era yo, tu tío Maurici Sin Tierra, el único superviviente verdadero de la familia Gensana, Cronista Oficial, Loco Perdido desde el día en que comprendí que algunas penas no se pueden soportar, pero yo empeñado en seguir viviendo, porque tú tienes la culpa de que no me haya muerto y esté desovillando los recuerdos de la familia, Miquel, tú y nadie más que tú. Y Miquel, sentado al lado del sillón en que su tío Maurici tejía la memoria y remiraba los retratos de los abuelos en la residencia de locos de Bellesguard, le decía y volvería a hacerlo, tío, volvería a salvarte la vida porque te quiero. Y mi tío se ponía rígido y decía estas cosas no se dicen entre hombres, Miquel. Y si algún día tengo valor para contártelo todo, a lo mejor dejas de quererme.

Abuela Amèlia no podía imaginarse que esa puerta que le abría su marido con los ojos brillantes de ilusión, esa puerta de la casa que iban a estrenar después de las reformas de Muncunill, terminaría luciendo los colores chillones de cuatro prestigiosas tarjetas de crédito para comodidad de los familiares. De los clientes. Cuando entró, Amèlia, doña Amèlia Eroles de Gensana, suspiró y se volvió con los ojos empañados. Su marido estaba en el umbral de la puerta pendiente de su reacción, más que de las reformas, que se sabía de memoria.

—¿Te gusta? —Lo dijo con ilusión. Ella lo notó tanto que no quiso decepcionarlo.

—Sí, muchísimo, Ton... Es... Es... Parece una casa nueva. Te habrá costado mucho dinero, Ton.

—Será que lo tenemos. Ahora sólo falta ponerla en marcha. Mis padres no se instalarán hasta la semana que viene.

—¿Una semana nosotros solos? —preguntó ella con entusiasmo.

(Eso quería decir ellos dos, mis padrastros, a los que todavía quería, yo, el pobre huérfano Maurici Sin Tierra, recogido de la fatalidad por la bondad juvenil de tus abuelos, Amèlia, Dios la bendiga, y Ton, Dios lo vomite en el infierno; Pere —Pere I Gensana el Fugitivo, tu padre, Miquel, mi mejor amigo del mundo y de la vida durante muchos años, de quien nadie quiere acordarse en tu casa porque un día tuvo miedo y sólo pensó en sí mismo—, y además, tus tías Elionor y Elvira, mis hermanastras. Y cuatro personas de servicio. Un día te hablaré de las criadas que he conocido, ¿sabes, Miquel? *Can Gensana* siempre ha sido una casa muy grande para tan poca gente).

Tío Maurici era muy amigo de exponer teorías sobre las cosas y había reunido un considerable corpus de ellas; había vivido muchas tardes aburridas y la temporada en el manicomio le había aguzado la inteligencia. Una de estas teorías, que había tomado prestada del príncipe de Lampedusa (mi tío nunca ocultaba sus fuentes), se refería a que una casa no es una casa de verdad, vasta, generosa y compleja, si no tiene las proporciones adecuadas para ocultar secretos a sus propios moradores. Y, si además es bonita, casi se convierte en un motivo para vivir, procrear y habitarla. Y lo decía él,

que nunca había procreado. Y, para él, *can* Gensana pertenecía a la categoría de casa de verdad, porque tenía tantísimos secretos, que cada rincón era el capítulo de una lágrima diferente. Incluso se había convertido en un restaurante. Y la casa era una casa de verdad, a pesar del tesón con que algunos de sus dueños, preferentemente los Maur, la afearon a conciencia. Seguro que ningún Gensana de los que vivieron en ella (a excepción de Maurici) era consciente de la mansión que poseía: porque era la que habían visto toda la vida. En realidad eran las visitas las que, por culpa de un bautizo, una defunción, la hora del té, la devolución de una visita, San Mauro o San Antonio, admiraban tanto el edificio como el jardín. También había partidarios fervientes de la capilla de estilo barroco recargadísimo, al gusto de mi bisabuelo Maur, el del perrito *Bonaparte*, que se abonó a desgraciarla con estatuillas y bibelots estrictamente horrorosos. Pero, aparte de la decoración, el edificio de la capilla, que no era grande, conservaba cierto sentido de la nobleza. Era de medidas discretas, pero muy bien proporcionada, y en ella se habían casado todos los Gensana, hombres y mujeres, que se habían casado. Sin excepción. En el muro septentrional, tres ventanales animados por sendas vidrieras que representaban otras tantas escenas del Antiguo Testamento dejaban entrar luz y colores. Enfrente, un muro ciego, salvo por la puerta de la sacristía, porque daba a la casa. El altar, sobre un presbiterio de dos palmos por encima de la nave, había conocido los anhelos profesionales de unos veinte curas que celebraban la misa y toda la gama de actos litúrgicos que solía celebrar la gente de Feixes. Treinta bancos y un confesonario (excelente escondite cuando jugábamos al escondite) formaban el mobiliario, además de la pila bautismal y tres óleos de tema hagiográfico en el muro ciego. En el exterior, una espadaña con volutas albergaba a Antònia y Maura, las dos campanas, cuyo sonido anunciaba que en *can* Gensana se celebraba algo grande.

Pero de lo que más orgullosos podían estar los Gensana era de la casa: planta principal y primer piso, y segundo para el servicio. Según los informantes, tenía veintitrés habitaciones, contando los doce dormitorios y, naturalmente, el de Elionor. Y además, los dos comedores, la sala, la galería de retratos, la biblioteca de mi bisabuelo Maur (siete mil ochocientos treinta y cinco libros y un magnífico piano de media cola), la cocina y el rincón de la ropa y las planchas, el lavadero y el patio de tender. Y alguna otra cosa que ningún visitante había visto jamás. De todos modos, lo que más impresión podía causar era el jardín: dos hectáreas frondosas con un rincón para el estanque con surtidor y una pérgola cubierta de jazmín blanco que en julio era deliciosa, una borrachera de perfume. Y el paseo de los magnolios, que daba a la parte más asilvestrada, el bosque de castaños, en el que besé a Gemma y me hice hombre y en el que antes, muchas generaciones de Gensanitos y Gensanitas vivían terribles aventuras contra monstruos indecibles. Ahora, este magnífico e histórico jardín se había convertido finalmente en un práctico aparcamiento para la clientela de un restaurante no menos magnífico. Mientras estaba fuera, a oscuras, Miquel no pudo averiguar cuántos árboles habían talado para agrandar el aparcamiento o dar más

luminosidad al entorno.

—Tío.

—¿Qué?

—La casa ya no es nuestra. Mi padre...

—Ya lo sé. ¿Por qué crees que me he vuelto loco?

Cogió una palmera azul que había hecho mientras hablábamos y la examinó como si le fuera la vida en ello. Me miró a los ojos:

—Con qué derecho. —No tenía ánimos ni para poner los signos de interrogación.

—Era de mi padre, ¿no?

No entendí el silencio de mi tío. Imposible entenderlo, hasta unos meses más tarde.

—¿Qué derecho tenía a hacerlo? —Ahora sí que puso los signos de interrogación.

—A saber si podremos recuperarla —tosí—. El abogado dice que...

Qué coño dice el abogado, pobre Almendros, si está más alicaído que nosotros por tener que decirnos que disponemos de un mes para sacar de casa los muebles y los recuerdos. Pero, como miento a menudo, Miquel tuvo la cara dura de terminar la frase:

—... que podemos ganar el recurso. Nos dan unos meses de respiro.

El segundo silencio de tío Maur confirmó lo que siempre me decía Gemma: que se me da muy mal mentir.

Mi tío volvió a coger la palmera y, como si tuviera una margarita en las manos, empezó a deshojarla con un mudo sí, no, sí, no, del que, más que el futuro de la casa, porque lo que decía el abogado iba a misa, dependía mi conciencia, que llevaba ya un tiempo haciendo agua por muchos agujeros.

Según Coseriu, el sistema no tiene el carácter formal que le adjudica Hjelmslev. El sistema de Coseriu se acerca más a la norma de Hjelmslev: es la parte funcional del lenguaje. Así, la definición sistemática de un fonema indicará esencialmente sus rasgos distintivos. Con todo, la noción de norma para Hjelmslev y Coseriu define cierto nivel de abstracción. Todo eso si podía ir a clase, porque el ambiente estaba cada vez más enrarecido por la presencia gris y opresiva de la policía, y los estudiantes que, como yo, iban un poco despistados desde el principio porque creían que a la universidad se iba a estudiar, empezábamos a ver poco a poco que había cosas más urgentes que establecer la diferencia entre el sistema de Coseriu y el de Hjelmslev; por ejemplo, reinstaurar la democracia; por ejemplo, ejercer el derecho de autodeterminación de nuestro pueblo; por ejemplo, expulsar al fascismo y terminar con las estructuras franquistas; por ejemplo, la revolución. Porque en un país con una dictadura personalista, fascista y de derechas se daban unas condiciones objetivas que al final serían las necesarias para un proceso revolucionario correcto. Es evidente que, sin Saussure, Hjelmslev no habría dado con tanta puntería en la raíz del problema y hoy no hablaríamos así, con tanta tranquilidad, de glosemática. Pero es preciso advertir que, aunque las condiciones objetivas para la revolución vengan dadas por las circunstancias sociohistóricas concretas de una sociedad concreta, la élite revolucionaria que se erige en timón de la lucha de dicha sociedad puede forzarlas a través de un proceso revolucionario y dirigirlas hacia la consecución de una sociedad definitivamente justa, después de un periodo necesario y limitado de dictadura del proletariado. Son cosas que se aprenden a fuerza de prestar atención, escuchar y hacer un esfuerzo por asimilar tanta información nueva. En eso consistía el primer curso universitario de Miquel II Gensana el Receptivo. En eso y en seguir discretamente los movimientos de Berta, que cada vez, y perceptiblemente, se hacían más misteriosos y algunos días ni la veía en clase, pero al final de la mañana estaba en el bar, uno de queso en mano, hablando en un rincón con un personaje desconocido, y con tanta entrega que ni me veía y yo pensaba la madre que te parió, qué le cuentas, tío, que tanto la distraes. Después de la noche en que los dos, Berta y Miquel, Abelardo y Eloísa, llenaron de protestas las paredes de dos edificios emblemáticos de las autoridades franquistas en Barcelona, no volvieron a hablar del asunto. Fueron a dejar de nuevo la moto en el pasaje de Domingo y tomamos la cerveza prometida en el Drugstore. Yo estaba alicaído, porque tenía ganas de contar a Berta que no, que no había estado a la altura de las circunstancias. Pero no me dejó hacer confesiones, porque se pasó el rato hablando de la división de nuestra sociedad

en clases, y que ahora veía las cosas más claras y la vida empezaba a tener sentido. Y Miquel decía sí, Berta, y naufragaba en su enérgica mirada; le importaba un rábano que hubiera que hacer un análisis de la realidad concreta, porque lo más urgente era Berta, te quiero, te adoro, me tienes encoñado, paralizado, tú eres el Camino, la Verdad y la Vida; tú das sentido a todas las cosas y no me haces ni caso, porque aquella noche, después del Drugstore, ella miró el reloj y, como si funcionara por resortes internos, dijo huy, qué prisa tengo, y puso un billete de cien en la mesa, porque una buena revolucionaria no se deja invitar por un hombre, porque es un detalle decadente y pequeñoburgués. Y se fue tan pronto como le dieron la vuelta, sin posibilidades de acompañarla, fuera, lejos, apartada de la vida de Miquel, con lo juntos que habían estado afrontando el peligro. Aquella noche, sin tren para volver a casa, Miquel durmió en un portal y le pareció que se le congelaba el alma, del frío que hacía. Y a partir de entonces, cuando se veían en la facultad, Berta no hacía ni decía nada referente a la aventura, y él, aparte de asimilar la diferencia entre las plantas de cruz latina y las de cruz griega, y de descubrir cuál sería el momento idóneo para hacer la revolución correctamente, deambulaba como un fantasma y era motivo de preocupación para Bolós, que seguía revoloteando alrededor de aquella chica bajísima, que venía de Reus y que tenía una cara muy agradable y la voz más sensual que he oído en mi vida. Creo que Bolós se había enamorado sobre todo de ese registro de mezzo. Y le anuncié que los dos estábamos enamorados de un fantasma. Los dos estábamos para el arrastre, y sólo llevábamos dos trimestres de curso. No eran las dificultades del latín, la aridez del árabe (en mi caso) y del griego (en el de Bolós), ni las largas empolladas de páginas y más páginas de hechos históricos (por cierto, presentados sin el menor rigor revolucionario, expresión vivísima de la historiografía retrógrada y fascista de los profesores de esta universidad), ni las mil diapositivas de obras de arte que, en vez de ser un placer, se convertían en una amenaza torturadora. No, no era nada de todo eso. Eran unos ojos, era una voz; habían bastado para dejarnos KO. Y así lo aceptamos una noche, al salir de la Biblioteca de Catalunya, en la calle del Hospital, cuando decidimos contárnoslo todo y nos pusimos a llorar delante de una cerveza y dos y tres. Y Bolós y Miquel pillaron una trompa memorable, total, mareante, nauseabunda. Borrachera de borracheras, clamor de corazones desesperados que los unió más, si cabe, pero que los dejó igual de tristes. Desde aquel día, Bolós y yo somos hermanos del alma, Júlia.

Y algunas veces, Miquel pensaba que Berta nunca le había reprochado que no hubiera hecho las pintadas con suficiente rigor revolucionario; más de una vez sentí la tentación de ir a rematar el trabajo, yo solo, pero me faltaban las ganas. Y las cargas policiales seguían impasiblemente. En aquellos momentos, Barcelona era una ciudad en blanco y negro, melancólica, apagada por la mano despiadada del dictador y, a pesar de todas las bellezas que no se podían esconder, era una ciudad de mirada triste, que vivía de espaldas al mar, desentendiéndose por completo de su magia; pobre Barcelona, en la que un cabo de la policía tenía más poder que cualquier

comerciante de toda la vida del Paseo de Gracia. Hasta que un buen día Miquel no tropezó con la sonrisa de Berta. Preguntó a Bolós y a los demás compañeros, preguntó al delegado de curso del Sindicato, pero nadie sabía nada. Lo cierto es que no empecé a desesperarme hasta que constaté que tampoco se presentaba a los exámenes. Había desaparecido sin dejar rastro; incluso fue a la pensión en la que vivía y le dijeron que se había ido hacía unas semanas sin decir adónde, y, de repente, Miquel Marlowe Gensana se quedó sin amor. Y Bolós, gran especialista en penas ajenas, le dijo, pero si al fin y al cabo cuando la veías por aquí tampoco podías ni tocarla, capullo, ¿no ves que no era para ti y que le importabas un comino? Y yo no decía nada, pero me acordaba del intenso abrazo en la moto, en plena operación suicida de grafiti clandestinos, querida y desaparecida Berta de mi corazón.

A finales de curso la Universidad de Barcelona era una olla a presión, un bastión antifranquista ingenuo pero generoso. Y las autoridades contemplaban con perplejidad a los cachorros de la burguesía (que se limitaba a seguir parando el golpe y a sonreír cuando tocaba), que se rebelaban contra la historia. Y al empezar el segundo curso, Bolós y yo conocimos a Subirats. Berta cayó en el olvido, aunque mi memoria la retenía con abrigo rojo, con anorak, con libros o con botes de espray en la mano. Subirats, un tipo alto, hecho y derecho, de actitud misteriosa, que siempre se quedaba fuera del aula cuando empezaba la clase, con una paciencia infinita empezó a reunir a seis o siete pardillos, Bolós y yo entre otros, y a introducirnos en las esencias y los secretos de la historia reciente: Marx, Engels, Rosa Luxemburgo, Londres, Alemania, mencheviques, las tesis de Abril, el retroceso objetivo del gobierno provisional de Kerenski, la Revolución, Lenin, Trotski, el Ejército Rojo, Stalin, el Palacio de Invierno, y, conmovidos, asistieron a proyecciones clandestinas en dieciséis milímetros de *Octubre*, *Iván el Terrible* y *El acorazado Potemkin*, a modo de ampliación de lujo de las clases normales de la catequesis. Y seguimos con la esperanza puesta en el equilibrio social, en la necesidad de un partido breve y fuerte, profesionalizado (tesis leninista), contra un partido de masas (tesis socialdemócrata), así como cristianos por el socialismo, los compañeros de viaje, el Partido, la necesidad de una vanguardia obrera, el centralismo democrático (a estas alturas, tres de los siete acólitos ya habían ingresado en el PSUC, entre ellos, Miquel II Gensana el Catecúmeno, y, como los primeros cristianos, lo hizo sin ceremonias, con un apretón de manos del responsable de la célula, en un acto austero en las catacumbas, san Tarsicio, santa Priscila, san Miquel Gensana, el Comunista de Origen Cristiano), el rigor de la clandestinidad y, ojo: sin bromas, que esto es como la guerra, Comisiones Obreras, la actividad constante, el no desfallecer (ahora otros dos solicitaban el ingreso), el secreto con todos los que te rodean por cuestiones de estricta seguridad, el cosquilleo de una angustia indefinible localizado aquí, en medio del pecho, no muy intenso, pero persistente. Y el dolor por los compañeros caídos. Y la cosa esa tan en fin: la autocrítica: qué ha pasado, por qué ha pasado, por qué no lo hemos impedido; por qué no lo hemos previsto... Y siempre resultaba que la culpa de

todo la tenías tú, porque un militante nunca puede bajar la guardia; la misma sensación que me habían instalado ya en el cerebro los jesuitas al terminar el bachillerato superior, y estábamos poniendo los cimientos de la futura clientela que tendrían los psiquiatras diez o quince años después. Y la sensación de que todo lo que proviene de la Unión Soviética es bueno, y nosotros no nos dábamos cuenta. Yankees go home. Y el primer domingo que, después de hablarlo con Bolós y ponerse de acuerdo, ninguno de los dos fue a misa, a ver qué pasaba; y al día siguiente constataron que no pasaba nada, o sí, pasaba una cosa muy buena: que ganabas mucho tiempo. Y unas noches después, el primer ataque de taquicardia, que me asustó mucho. Estaba en casa, por la noche. Abuela Amèlia se había dormido hacía horas y mis padres habían salido a no sé dónde. Las cosas no le iban bien a Pere I el Futuro Fugitivo, pero la fábrica todavía trampeaba con la ayuda de mi primo Ramon y la presencia honorífica de tío Maurici. Y Ramon estaba en plenas negociaciones de boda con Lali Bros y todas las noches llegaba extenuado a la cama. Yo dormía solo desde siempre, porque si había algo de sobra en *can* Gensana eran habitaciones, y la mía era enorme, exagerada, y la dejé por un sueño, Júlia.

Estaba a oscuras, medio dormido en una pesadilla en la que se mezclaban el miedo a la porra de un policía histérico que los atacaba con rabia en la mani de las doce y el ulular de las sirenas de la bofia, mis gritos y los de Bolós para que se nos pasara el miedo, porque a la manifestación sólo habían ido Bolós, Miquel y ciento noventa estúpidos más. (Tener miedo no es contrarrevolucionario). Y el acto desesperado de meterme de cabeza en el primer portal abierto porque sabía que todavía me daba más miedo que me pillaran, me llevaran a Vía Layetana y me torturaran; ah, no, eso sí que no; a Miquel le faltaría valor para aguantar el dolor físico, pero de ninguna manera soportaría convertirse en un delator, no, no; eso sí que no. Soñaba cosas así, mezcladas, y, encima, otra angustia: con tantas jornadas de protesta, hacía muchos días que no estudiaba, que no pisaba la biblioteca, que no iba a clase, que no había clases, que mi futuro de historiador (a ver de qué te sirve, historiador, ¿no te da vergüenza que tenga que ser tu primo, que no es mi hijo, el que tire de la fábrica?) se tambaleaba. A decir verdad, todavía no sabía si el porvenir que se tambaleaba era el de historiador o el de filólogo, el de filólogo especializado en teoría literaria, el de geógrafo o el de arabista, que eran los estímulos más apetecibles que recibía en aquellos años de agitación, y que sólo me servían para complicar más lo que ya me resultaba complicado de por sí, que era tomar decisiones. Entonces me desveló un redoble de tambores lejanos, cercanos, irregulares, y me desperté a oscuras, sudando, con el pecho como el pellejo de un tambor, haciéndome tic, tac, toc, tum, tum. Me asusté y lo único que se me ocurrió fue ir a avisar a Ramon, que solía dormir en casa los días laborables, eh, oye, Ramon, que estaba dormido como un tronco. (Ramon había sacado el peritaje con buenas notas, ayudaba a mi padre, su tío, y era novio de Lali Bros, con la que estaba a punto de casarse, y los domingos iba al fútbol y, por tanto, era impensable que tuviera el sueño ligero).

—¿Qué pasa?

—No sé —le contestó Miquel, alarmado—. Toca aquí.

Le hizo poner la mano en el pecho. La retiró como si le diera calambre. Se frotó los ojos y volvió a ponerme la mano en el pecho.

—Joder, ¿qué significa esto?

—No sé.

—Hostia, voy a avisar a tus padres.

—No están. —Tic, tac, toc, tum, tum.

—A abuela. A tío Maurici.

—Se morirían del susto. Ya se me pasará.

—¡Hostia!, pero ¿qué coño es?

A pesar del currículum impecable que lo avalaba, Ramon era muy mal hablado, cosa que exasperaba a su madre, que se derretía de vergüenza cada vez que soltaba un taco delante de Lali Bros. Volvió a frotarse los ojos y se puso a filosofar:

—Ay, joder, hostia, me cago en la puta. Es que... ¿A ver? —Pasó a la acción y me puso otra vez la mano en el pecho—. Pero ¿qué tal te encuentras?

—Acojonado, pero bien.

—Yo también.

—¿Qué? ¿Bien?

—No: acojonado.

Magnífico, el médico que tranquiliza al paciente. (No se preocupe, señor mío: nueve de cada diez se quedan en la operación, pero a lo mejor usted tiene suerte, hombre, no se queje tanto; es una lástima que me tiemblen las manos). El corazón me dio un tuc más entre tac y toc. Ramón se iba despertando a medida que pasaban los minutos.

—Puede ser taquicardia, ¿verdad?

—Premio.

—Es por los nervios. Seguro que sí. Si no, ya la habrías diñado. (Si no le ponemos el suero se nos muere antes de entrar en quirófano. ¿Cómo? ¿Y lo dice tan tranquilo? De tranquilo nada, que me estropeáis el buen nivel estadístico).

El equipo médico decidió no decir nada a nadie de momento, ni a su tío, que vivía en el segundo piso, el de los criados, en una habitación tan espaciosa como las otras, pero infinitamente más ordenada. El doctor Ramon Giró ayudó a su primo, el doctor Miquel, a meterse en la cama y le hizo recomendaciones de alto nivel profesional: descansa, tumbate, relájate y seguro que se te pasa, hombre. Y después el diagnóstico científico: me apuesto los huevos a que son los nervios. Ramon se sentó en la silla de madera, la de las flores grabadas, que era en la que se sentó tía Carlota para morir delante de su marido, y en la que veló abuela Amèlia la lenta agonía de tía Elionor; ¿por qué el dolor acompaña siempre a la vida?

Cuando se quedó de nuevo a oscuras, Miquel seguía notando el alboroto del corazón y no podía relajarse, ni mucho menos. Un rato después oyó ¿qué, chico, qué

tal te encuentras?, y se asustó.

—Bien. Igual. —Tum, tum, tic, tac, toc.

—Vamos, relájate, hombre. Y no te preocupes, que ya está controlado.

Cinco minutos después oí el ronquido suave de mi primo y me dio mucho miedo morirme solo. Y me dio mucha envidia la tranquilidad de Ramon: porque, vamos a ver: ¿por qué me había metido en la mierda esa de la lucha política? ¿Por qué no me dedicaba a vivir, como todos? (Sin una vanguardia despierta, las masas no reaccionan). ¿Por qué hace dos años estaba a punto de irme a convertir senegaleses y ahora estoy convirtiendo burgueses? ¿Quién me manda meterme en líos? El corazón no paraba de alborotar. Pensé que era improbable que llegara vivo al día siguiente y me despedí de mí mismo con cierta tristeza. El médico de guardia Ramon Giró roncaba plácidamente, con la conciencia tranquila.

Miquel Gensana sobrevivió a la taquicardia. Más exactamente, se acostumbró a ella, porque a partir de ese momento se convirtió en una distracción más de las varias que tenía. Y la vida continuó, la lucha también, éramos muchos más de los que ellos quieren y dicen, y faltaba muy poco para Mayo del sesenta y ocho. Ramon se casó en compañía de dos familias satisfechas, menos Miquel, que, de lejos, sin querer intervenir en nada, miraba con suficiencia esas costumbres tan decadentes que se repetían porque sí; y cuando llegó el champán, le metió un discurso de adoctrinamiento a una prima de nombre indeciso, guapa e incitante, sobre la necesidad de deshacernos de las manías antiguas para crear una sociedad nueva. Seguro que esta prima indecisa me odia, porque dos años antes, en el bautizo de un hermanito suyo, la convencí de lo trascendental que era el fenómeno de las misiones.

A principios de los años setenta, en el Estado español, las estadísticas revelaban un aumento extraordinario del índice de epilépticos entre la población masculina de diecinueve a veinticuatro años, aunque se ignoraba la causa exacta. Las autoridades sanitarias empezaban a pensar si sería una epidemia. La cuestión es que decenas de jóvenes que tenían que ser reclutados para hacer de soldados alegaban un historial de epilepsia impecable, que les expedía el Hospital Militar después de no dormir unas cuantas noches seguidas y tomar estratégicos tragos de vodka que escondían en el frasco de colonia. Aparte de algunos mozos que empezaron así su carrera hacia la cirrosis, muchos, con la ayuda técnica de un circuito clandestino de médicos, fueron declarados inútiles para servir a la Patria, se libraron de la mili y se dispusieron a servir al país incluso con las armas, si era necesario. Miquel, Bolós, Xandri, August Marull... Ninguno de los compañeros de Miquel hizo la mili; la mayoría por la epilepsia que los estigmatizaba; algunos, por gravísimas complicaciones de ciática o de incontinencia urinaria, y muy pocos, éstos legalmente, por tener los pies planos o una visión borrosa de la vida, que es lo que podía haber alegado Miquel el Miope Metafísico, y así se habría ahorrado unos cuantos cuartillos de vodka. O tal vez en aquella época todavía enfocara yo con precisión los contornos de las cosas.

Y, como muchos, dejé el PSUC por la puerta de la izquierda. Bolós y él lo dejaron

el mismo día y con la misma sensación de remordimiento que el primer domingo que faltaron a misa, pero con el pasaporte de las ilusiones ilimitadas de la imaginación al poder, la revuelta en la calle y la esperanza en los ojos. Miquel Gensana, vástago de una rancia estirpe que se remontaba en los siglos, vivió, a la par que Bolós y con un libro de Julia Kristeva bajo el brazo y sin saber adónde los llevaría, la increíble fragmentación de grupos que, por motivos tácticos o estratégicos, se proclamaban trotskistas, estalinistas, leninistas o maoístas; pasó por rupturas dolorosas con antiguos camaradas que elegían otras direcciones. Y menos mal que ellos dos coincidieron, porque así podían creer que no estaban tan equivocados. Es que Miquel no podía imaginarse que algún día pudiera distanciarse de Bolós. Ingenuo. Y toda esa fragmentación, favorecida por el radicalismo de las propuestas, llevó al grupo que habían elegido, o que los había elegido a ellos, a la clandestinidad más estricta. Durante meses, en varios pisos francos de Barcelona, muchas células de jóvenes revolucionarios gastaban las energías en un intenso adoctrinamiento (sesiones intensivas de catequesis) en las verdades fundamentales versión trotsko, mao o estali, y les iban endureciendo el alma. Es que es tremendo que, en una misma vida, una persona tenga que sufrir tres procesos diferentes de endurecimiento del alma, primero con los frailes, después con el Partido y ahora con el Partido. Y cada nuevo paso era una nueva apostasía, porque todo pasaba de epifanía en epifanía; se hacía la luz y entonces se veía el Nuevo Camino, la Nueva Verdad y la Nueva Vida, y daban gracias a Dios o a la Historia por ser uno de los pocos elegidos. Y se les formó una arruga nueva en la cara: la de los que saben que son poseedores de la Verdad tout court. Fue emocionante, teniendo en cuenta que estaban en plena guerra, pero Miquel y Bolós ingresaron en el Partido. Y a mí, por disposición del Comité Central, me pusieron el nombre de Simón. Hacía diecinueve años que me había bautizado el padre Roca y me había impuesto el nombre de Miquel Pere Jaume y Benet Gensana Giró Eroles Sort Prim Gispert Bardagí Maldonado Portabella Tersol i Caimamí. Sin embargo, ahora me pusieron Simón. Simón, ego te baptizo in nomine sodalium, et caellulae et centralismi democratici, amén. ¡Ah, cómo habría saltado de alegría el padre Barnades al reconocer, en ese paso de Miquel a Simón, la imagen rediviva de uno de los dos Grandes Cambios de Nombre del Nuevo Testamento! Y Miquel se levantó del suelo, y aunque tenía los ojos abiertos, no veía. Y, llevándolo de la mano, lo ayudó a cruzar la puerta de Damasco. Pasó tres días sin ver y no comió ni bebió nada. Hasta que lo consideraron un compañero más, el camarada Simón. Aunque todavía no lo sabía, para Miquel la cuestión era no quedarse sin causa. Sin red. A partir del día del bautizo (Simón, militante de base de la cuarta célula del Distrito Central), confirmada mi condición de luchador por la libertad, a favor de los primeros cristianos de Antioquía y Éfeso, y contra la dictadura franquista, militante del Partido, a disposición del Partido, inicié mi verdadera vida clandestina junto a Franklin, otro neófito emocionado, el antiguo Bolós, que había sufrido la misma transformación milagrosa.

Llegué a casa como todos los días, puede que un poco antes, y preparé una bolsa

de ropa; metí un par de libros de Brecht y Yevtushenko, dejé a Borges y a Pla porque no eran dignos, y, con la brutalidad de los diecinueve años, fui a dar un beso a mi madre, que estaba sola en el sitio en que está ahora la mesa número neuf, junto a la lámpara de pie, con las gafas en la punta de la nariz, muy enfrascada zurciendo calcetines, rodeada del tibio sonido de la radio que siempre tenía al lado.

—Me voy, madre.

—¿A estas horas? Vendrás a cenar.

—No, madre.

—¿Adónde vas?

—Me voy.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Adónde vas?

Mi madre levantó la cabeza de lo que estaba haciendo (el calcetín que zurcía era mío, precisamente), alarmada por el tono inédito de la voz de Miquel.

—¿Qué haces con esa bolsa? ¿Qué pasa, hijo?

—Me voy de casa, madre.

—Pero...

—No te preocupes, no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿A qué te refieres?

Dejó el calcetín en la cesta, pero el huevo de cristal rodó alegremente por el suelo de la sala. Miquel se agachó a recogerlo y lo dejó en la cesta. Todavía hoy, veinticinco años y muchos whiskies después, recuerdo el ruidito del huevo al caerse, Júlia. Pero no le dije que el huevo se había parado exactamente donde estaban en ese momento los pies del camarero que profanaba el recuerdo, y Júlia esbozó una sonrisa y siguió callada, escuchando, sin empezar el plato.

—¿Qué, Miquel?

—Me voy de casa, madre. —Y con un destello de orgullo—: Por motivos de seguridad.

—¿Seguridad? —Mi madre (pobre madre, que no entendía nada de lo que me pasaba desde que dejé de ser niño) se quitó las gafas—. ¿Quién te persigue?

—Ahora, nadie. Pero no quiero —dijo Miquel, creyéndose un héroe— que os perjudiquen por mi culpa. Y no te asustes.

Doña Maria Giró de Gensana, mi querida madre, que me parece que vivió los momentos culminantes de su vida y la mía en fuera de juego, se levantó, asustada. Agarró a su hijo por los brazos: el temor que tenían todas las madres en aquellos tiempos se hacía realidad.

—¿Te has metido en política, hijo mío?

—Cuanto menos sepas, mejor. —Bogart, como mínimo.

—Ya te lo decía tu padre... Y ¿adónde quieres ir?

—No puedo decírtelo, madre. Tendrás noticias mías de vez en cuando. En serio, madre, no te preocupes. —Le di un beso en la frente.

—¿Se lo has dicho a tu padre? —Última esperanza, ojos llorosos.

—Pero ¿cómo voy a...? Mi padre no quiere entenderme. —Me puse a simplificar como si tal cosa—: Díselo tú, madre. Y a abuela también: díles que me he ido de viaje.

—Pero ¿tienes que irte ahora mismo? ¿No puedes esperar un poco y pensarlo mejor?

Miquel cogió la bolsa de viaje. Vamos, madre, no te preocupes, no pasa nada. Y desapareció por el pasillo oscuro. Dejaba una breve nota en la mesa de su tío (Tío: cuando vuelva a casa seguro que los tiempos habrán mejorado) y en la de Ramon (Chaval: cuida a mis padres, tranquilízalos, díles que no pasa nada), salió por la puerta de cristal, que todavía no tenía adhesivos de tarjetas de crédito, y bajó los peldaños de *can* Gensana en pos de un sueño y sin ganas de volverse a mirar ni el madroño ni el pasado.

Y ahora estaba ante la puerta por la que había huido la primera vez sin mirar atrás, y el maître miraba con asombro el ir y venir de ese cliente impresentable que era incapaz de estar sentado más de cinco minutos seguidos, con los adhesivos de la vergüenza a ras de nariz. Porque, al hablar de la huida, me dio un ataque de amor por el madroño y dije perdona, Júlia, y me levanté otra vez y, fuera, me pareció que el madroño no tenía mala conciencia. Me acerqué para captar, entre las hojas, el rumor del secreto de mi tío. Pero sólo oí los grillos y el ruido indiferente y un poco apartado de la circulación de Feixes. Suspiré porque había perdido la pasión vital que tenía Miquel Che Gensana y, sobre todo, porque no volvería a sentirla, pues, entre otras cosas, había perdido la inocencia y, en palabras de mi tío Maurici, a lo máximo que podía aspirar era a ser solamente Miquel Martín el Humano Gensana. Claro: estaba triste. Me daba pena a mí mismo.

—Más pena me dio la muerte de mis padres; y la de mis hermanas... hermanastras. Y mis Miqueles muertos. Y que tu padre... —Tío Maurici tenía cara de estar incómodo. Cogió aire y lo soltó en palabras de formas tan bonitas como sus figuritas de papel—: La tristeza es eso y pocas cosas más. —Con un pañuelo tembloroso se enjugó el sudor que no tenía en la frente—: La casa, si al final se pierde, no es más que piedras. —Sonrió mirando a Miquel, dejó en la mesa la palmera sin deshojar del todo y cogió otra figurita—: ¿Te gusta este león abisinio?

—Mucho. ¿Algún día me enseñarás a hacerlo? —Miquel admiraba la pericia de su tío para sacar formas del papel con sus dedos temblorosos.

—Siempre dices lo mismo. Y ¿esta bailarina? —Le brillaban los ojos. Estaba disimulando otras cosas—. Me inspiré en un Degas que vi en el Jeu de Paume cuando fui con tu padre.

—Te he traído más papel, tío.

—Fue en los años veinte. Gracias, hijo, porque parece que a éstos no les gusta que me dedique a la papiroflexia. Sobre todo a Samanta.

—¿Quién es esa famosa Samanta? Todavía no la conozco.

—El sargento de planta.

—¿La rubia?

—La rubia. Aunque tiene unas tetas... Me recuerda al conejito Tomàs, ¿sabes?

Y entonces le contó el viaje a París de dos hombres solteros y dispuestos a comerse el mundo, pasó de puntillas por la vida nocturna de París (de vez en cuando, a mi tío le daban ataques de pudor, o al menos eso creía yo antes de saber toda la verdad de su historia) y, saltando de una cosa a otra, fue a parar al día en que se puso

a vivir en *can* Gensana como miembro de pleno derecho, antes de que reformaran la casa, justo antes de la guerra. De la Primera, aunque en aquella época no la llamábamos Primera porque no creíamos que pudiera haber una Segunda. Y tu abuelo Ton (Anton III Gensana el Fabricante, también llamado el Hijo de Puta) amasó pasta gansa, y no es una crítica, porque se la ganó trabajando como un negro y yo no puedo criticar al papá Ton del principio, porque él y mamá Amèlia son los que me recogieron de la miseria; son mis padres, Miquel. Pero tampoco puedo dejar de odiarlo a él, porque me destrozó.

—Cuéntame lo que te pasó con mi abuelo Ton...

Las paredes de la habitación de la residencia enmudecieron para poder oír mejor la confidencia de tío Maurici. Pero él tragó saliva, recobró aire y recuerdos y siguió con el relato como si no le hubiera interrumpido. Y entonces, a tu abuelo Ton se le planteó el gravísimo problema de que ganaba tanto dinero que tenía que gastarlo en algo. Yo ya había nacido, pero todavía vivía con mis padres, en casa de mis padres, y era un niño feliz que creía que la vida consistía simplemente en respirar, y el recuerdo que tengo de mis padres es tan escurridizo que a veces creo que me los he inventado y tengo que ir a buscarlos a un cuento de hadas.

La cuestión es que al señor Anton III Gensana, el Fabrica Dinero como Churros, tu abuelo y padre adoptivo del eminente papiroflexólogo Maurici Sin Tierra, se le ocurrió contar los sueños que tenía de reformas de la casa al arquitecto Muncunill, un buen artista técnico, un poco visionario, tocado por la magia del cartaginés Gawdee, que a la sazón estaba haciendo el agosto en Feixes, porque era una época de mucha construcción. Hablaron más de una vez, tomando café cargado, como les gustaba a los dos, en el asilvestrado jardín de *can* Gensana, que todavía no era mi casa. La idea era hacer una remodelación, prescindir de la capilla, subir un piso, redistribuir tabiques y hacerlo todo un poco más racional. Y si se veía la necesidad de ampliar la planta, terreno había para dar y tomar. Antoni Gensana tenía ideas, y lo único que le faltaba al arquitecto Muncunill era alguien que le avivase la imaginación. ¿Lo conociste, Miquel, con su bigotito y sus orejas de pámpano? Y era el hermano menor del padre Muncunill, el autor de *De verbi Divini Incarnatione*, ¿te acuerdas? Y yo no me acordaba de nada y mi tío que sí, que abuelo Maur tenía la obra completa del padre Muncunill y nos leía fragmentos para que oyéramos cómo sonaba el delicado verbo latino, ¿te acuerdas? Y es que, por un momento, mi tío me había confundido con mi padre, y entonces pensé que aunque siempre me llamara Miquel, debía de creer que yo era una reencarnación o algo así de su querido Pere. U odiado.

Y ahora volvía a ser Miquel claramente, porque me dijo lo que te decía, Miquel, con quien chocó de frente tu abuelo Ton fue con su padre, que no estaba dispuesto a que cambiasen el paisaje virgiliano que había cantado él en esos versos tan celebrados y de tan ineluctable categoría:

Aires de temeroso pino,
de todos los anhelos bravo río,

casa solariega de ambrosía
que un rojizo cielo cubría.

—Nunca te cayó bien mi bisabuelo Maur.

—¿Crees que puede caerme bien un poeta al que le gusta decir ineluctable? —E, indignado, revolvió la caja de los animales, mezclando leones abisinios, elefantes minúsculos y pájaros gigantes—. Pero en el fondo, el poeta me cae bien. Fue una de mis víctimas.

Por eso, cuando su hijo le pidió opinión y permiso para tirar la pared de la casa y levantar una mansión como Dios y su cuenta corriente mandaban, el poeta se opuso enérgicamente y esgrimió el argumento incuestionable de los trescientos veintinueve poemas que había escrito, hasta el momento. Antoni, que acertó al reservarse la opinión que tenía sobre los poemas de su padre, tuvo que negociar con mucha mano izquierda y hacer muchas concesiones sobre los planos, ante la mirada horrorizada de Muncunill, que decía que no con la cabeza porque le echaban por tierra sus mejores ideas. Al final, para convencer del todo al tozudo poeta, cedió en cuatro o cinco enmiendas que cualquiera podía asimilar, y con la condición de que la habitación de la fachada sería para los abuelos. Dejándose llevar por la euforia de una victoria cada vez más probable, don Antoni Gensana improvisó un discurso en el que decía ¿qué más puedo pedir, último brote por ahora de la estirpe de los Gensana, que unir nuestro nombre, ya antaño ligado a la música por medio de nuestro bisabuelo Sorts, y elevado hoy por la causa del bello verso (gesto afectuoso dirigido a su padre) al glorioso arte de Lluís Muncunill, el arte hecho en piedra, formas y espacios? Y, si se me permite la osadía, Muncunill nos remite también, por motivos familiares i-ne-luc-ta-bles, al amado padre Joan, el autor de *De vera religione*, que tanto hemos celebrado en esta casa. Así lo hubiera dicho antes, porque fue el argumento definitivo para abuelo Maur, a pesar de la desconfianza que le inspiraban los arquitectos jovencitos. Era lógico que don Maur cediese ante las bellas palabras dictadas por el corazón, él, que había sabido componérselas para no dar nunca un palo al agua y vivir siempre en las nubes, en la luna de Valencia, buscando el alejandrino más bello y etéreo.

—La capilla no se toca. Y pondremos calefacción en toda la casa. Y lo pago todo yo, padre.

—No me vengas con metáforas.

—¿Qué?

—¿Acaso ignoras la procedencia de tus riquezas?

—La fábrica.

—Mas ¿qué terquedad te obnubila el sentido? ¿Y quién es el amo y señor de la factoría?

—Tú, pero la llevo yo. Por lo tanto, el dinero...

—Retórica. El dinero que paga esta casa nadie lo pone sino yo. Quiérese esto decir: ¡la familia, con mi dinero!

—De acuerdo, la familia. Con tu dinero.

Eran los últimos flecos de la negociación. Todos los presentes guardaron un respetuoso silencio mientras el poeta vacilaba.

—He de meditar en ello —sentenció, por decir algo. Pero, alrededor de la mesita de café, todo el mundo entendió que era una respuesta puramente estética. Efectivamente, dos días después, abuelo Maur comunicaba a su hijo la jubilosa noticia de que daba permiso para hacer las obras si quien las hiciera se comprometía a no talar ni un solo árbol del jardín que tan felices y poéticos versos le había inspirado.

—De acuerdo. Muncunill, adelante.

El arquitecto convocó al maestro de obras: tenían que darse prisa, porque los señores no querían tenerlo todo patas arriba mucho tiempo. Fueron los meses de embarazo de su mujer, Amèlia, que esperaba a Elvireta. Pobre Amèlia, que estrenaba hijo adoptivo, que era yo, Maurici Sin Tierra, y que tenía a Pere el de Elionor pegado a sus faldas, y que había sobrevivido sin bajas a la Guerra de los Nombres, y ahora tenía que trasladarse a un piso de Feixes mientras hacían las obras que, por mucho que dijeran, más que en reformar, consistieron en levantar un edificio nuevo. De lo antiguo, aparte del jardín, sólo quedó la capilla. Qué lío el traslado al piso, que no sabes dónde has puesto las camisas de hilo, si en el baúl o en la caja grande.

La inauguración de la reforma fue el treinta de abril de no sé qué año, no me acuerdo, pero durante la guerra Primera, y fue una fiesta cuya fastuosidad recordarían muchos de Feixes. Después de abrir la puerta (que todavía no tenía adhesivos de tarjetas de crédito) a su maravillada mujer, tu abuela Amèlia, después de haberle preguntado si le gustaba y de haber oído que ella contestaba sí, muchísimo, Ton... Es... Es... Parece una casa nueva, te habrá costado mucho dinero, Ton, y de que él replicara será que lo tenemos, tu abuelo Ton abrió la puerta de la nueva mansión una noche a los habitantes de Feixes, que acudieron con curiosidad y preparados para criticar los defectos y satisfacer la curiosidad sobre el jardín, que ya era famoso, y sobre el aspecto de la casa, que dicen que es rarísima por fuera, como de cuento de hadas. Aunque todavía no hacía calor, Antoni III Gensana, el Mecenaz, instaló una orquesta al lado del estanque, punteado por una altiva familia de cisnes que hizo las delicias de las damas que se acercaban a echar una mirada. Al abrigo del camino de eucaliptos, una pareja de indecisos selló su compromiso de boda en compañía de Bizet o Berlioz. En la linde del bosque de cipreses, un industrial (Rigau Comamala, primo de los Rigau del Camí Fondo), competencia directa de Gensana, lo aborreció un poco más y lo envidió de todo corazón y de toda hiel. Y la fiesta se celebró en paz y armonía.

Cuando se fue el último invitado, toda la familia lanzó un suspiro de alivio, dispuesta a estrenar las reformas. En aquel momento, la familia estaba constituida por don Antoni III el Rico y mamá Amèlia jovencísima (Amèlia I, zarina de todas las Feixes), amén del pobrecito Maurici el Triste, que ya empezaba a sonreír y a estar como en casa, aunque todavía no podía creer que mi padre y mi madre no volvieran

de su larguísimo viaje al Cielo; y, además, los tres hijos del matrimonio: Pere, Elionor y Elvira, que, a su medio año de vida, se lo había pasado la mar de bien con la niñera en el ala sur de la mansión, al margen de la fiesta. Y los abuelos Gensana: abuela Pilar, con su mirada cargada de historia secreta, que algún día te contaré, emocionada y silenciosa, sobre todo porque su habitación nueva daba a una parte preciosísima del jardín, y abuelo Maur II el Insigne, que había mortificado a más de un incauto durante la fiesta, especificando sin concesiones, como si de un viacrucis se tratara, los diversos rincones en los que, en diferentes veranos, había redactado tal o cual poema. Y cinco personas de servicio. Los Gensana, felices y contentos, a punto de pasar el primer verano de ilusión, no sabían que pocos años después les esperaba el primer invierno de desgracia.

A los cuatro niños, con la incorporación, un año más tarde, de tu tía Elvira, la Joven, enseguida empezó a gustarles la casa nueva y el jardín. La casa, porque les proporcionaba unas posibilidades de exploración inmensas. Bajo mis órdenes, porque ya era mayor, se lo pasaban en grande descubriendo estancias no habituales, como la cocina, o bajando la escalera con barandilla fina de hierro que llevaban a las regiones de Rosa, donde se amontonaba la ropa sucia en cuezos, y los dos lavaderos inmensos que les parecían el mar, que todavía no conocían; y el patio exiguo e íntimo en el que se tendía la ropa. Y detrás de la puerta blanca, el cuarto de la plancha. Y tablas y anaqueles varios para ir dejando la ropa planchada hasta que Gracieta o Maria la distribuyeran por los armarios de la casa. La chiquillería solía vivir en el primer piso, en una habitación en la que Maria los entretenía o nos ponía a jugar. A veces nos permitían acceder a la sala de la planta baja, donde estaban la pianola y la butaca de padre, aunque él no se sentaba nunca, porque siempre estaba en la fábrica, y los abuelos pasaban el rato: abuela Pilar, en el sofá, haciendo punto y pensando en sus cosas, que eran muchísimas y que algún día te contaré, y abuelo Maur, dando vueltas por allí o sentado en su escritorio de la biblioteca, al lado del piano, pronunciando pensamientos sobre la inanidad indecente de los versos del tal López-Picó y amenazando con un impreciso ¡el día que vuelva a ponerme y resuene otra vez mi canto! Y todo era bonito, porque tu abuela me había asegurado que, aunque el viaje era larguísimo, seguro que un día volvería a ver a mis padres. (Y Miquel tragaba saliva porque ver a un hombre de setenta y cinco años hablar de sus padres con los ojos empañados es para tragar saliva). Pere y yo teníamos la misma habitación. Elvira y Elionor, la de al lado, la que, con el tiempo, sería de Miquel II Gensana el Indeciso.

—¿Por qué me llamas eso?

—Porque nunca dices nada seguro. Porque no ves nada seguro.

—¿Y cómo lo sabes tú, tío?

—Se te nota en el movimiento de las manos, y porque te pasas el día dándote explicaciones. —Volvió a enjugarse el sudor que no tenía—. ¿Por qué no descansas de vez en cuando? —Y tío Maurici tenía setenta y cinco años cuando me decía estas

cosas, y hacía muy poco que yo había vuelto a huir de casa, con treinta y tres años en la conciencia.

Después de unos segundos de indecisión, tío Maurici siguió con su descripción y dijo que arriba se encontraba el ámbito de los misterios, en el que estaban las habitaciones de Lluïsa, Cinta, Angeleta, Rosa, Maria y la otra Maria, en el que tenían sus cosas, sus secretos. Y si el tiempo y el permiso de los mayores acompañaban, podíamos salir al jardín, al mundo inmenso e inacabable, siempre acompañados por alguien, a explorar el vasto universo de árboles, caminos empedrados, cercas de boj fragante o de ciprés, parterres de rosas o el estanque de los cisnes, eternos interrogantes silenciosos que se enseñoreaban de aquel espejo verde, que miraban a la chiquillería con indiferencia orgullosa antes de hundir la cabeza en el agua en busca de alguna sorpresa. (Y, como una señal inadvertida de la decadencia de la casa, Miquel reparó en que nunca había visto cisnes en el estanque). Y si Maria se distraía, yo tiraba una piedra, a ver si le daba a algún cisne. Qué bonita era la vida, Pere, Miquel. Y Pere, que siempre quería imitarme, tiraba una piedra en el momento en que Maria lo veía, y se llevaba todas las regañinas. Hasta que la placidez se torció con la mueca de la muerte.

Nadie podía prever que la primera vez que entrara un cura después de las reformas sería para rezar un responso. Ni abuelo Maur, al que tanto le gustaba festejar la parafernalia de la muerte:

Tenaz, justiciera la Dama Oscura llega,
sus blancos huesos cubre con mortaja negra,
furtiva, del llanto en la cámara entra
y al céreo yacente la helada flor siega

sobre todo en los poemas *Tarde* y *Ocaso*, podía habérselo imaginado. Abuela Pilar estaba convencida de que era un castigo divino por su secreto; no sé si tendré ánimos para contártelo algún día, Miquel.

La cuestión es que la niña estaba bien de salud. Pero las malditas fiebres se la llevaron, no sin antes tomarse tiempo para dejarla en los huesos, pobrecita. Hasta que murió. Era invierno y no nevaba, pero todos los niños tenían sabañones en las manos, porque la calefacción todavía era muy rudimentaria. La muerte, tan injusta como siempre, se llevó a Elionor, mi nueva hermana, y todo el mundo derramó lágrimas amargas, menos Elvira, que apenas se enteró de nada. Desde aquel día aumentó mi respeto por mi padre adoptivo, porque llevaba una fibra gruesa de amargura en el alma y no se atrevió a hablar más del asunto con su mujer por temor a precipitarla en la desesperación. ¡Con lo que he llegado a odiarlo después, Miquel! Tu abuela Amèlia, que todavía no era abuela, hizo de tripas corazón, lloró muy poco, demasiado poco, y se volcó en los hijos vivos y en Maurici, y alguna vez llegué a pensar que a la pobre mujer le habría gustado cambiar mi vida por la de Eli, pero sus ojos nunca me lo dijeron: son imaginaciones mías, Miquel. Tu pobre abuela Amèlia jamás pudo

quitarse de encima esa imagen de tristeza, ni cuando murió, a los no sé cuántos años, casi noventa. Pasó por alto ese dolor toda la vida. Casi tan intenso como el que sufrió quince años después, porque lo peor que le puede pasar a una persona, Miquel, es que se le muera un hijo, y a lo mejor por eso yo no los he tenido. La pobre madre nunca pudo borrar esa imagen de tristeza: ella al lado de su hija, y la pobre Elionor, llorosa, desganada, respirando con dificultad, con los ojos azules brillantes de fiebre, preguntando a las paredes y al silencio por qué se encontraba tan mal, mamá, que yo quiero encontrarme bien, y doña Amèlia, haciendo de tripas corazón, sonreía y le decía te pondrás buena, ya lo verás, Eli, y saldrás a jugar con tus hermanos, y don Antoni, desde la puerta de la habitación, no se atrevía a entrar y aplastaba el pensamiento contra la pared: cómo, Dios, cómo es posible que pase esto; cómo es posible que una niña tan pequeña tenga que sufrir tanto y que yo, que estoy cargado de dinero, no pueda hacer nada. Y Elionor dejaba de pensar un ratito porque le daba un acceso de tos, y cuando volvía la calma, miraba con una mirada sabia, la de quien sabe que le ronda la muerte, con una interrogación de puro miedo, a su hermano mayor, Pere, y a su primo Maurici, que, de pie en el peldaño de la puerta de la habitación a la que habían trasladado a la enferma porque la fiebre era contagiosa, le preguntaban con un hilo de voz qué tal te encuentras, Eli, y ella decía bien, mejor, pronto bajaré a jugar. Y Amèlia quería morir allí mismo de la pena que le daba, y nosotros también.

—¿Por qué no me traéis a Elvireta? —preguntó Elionor alguna vez.

Y su madre, que adelgazaba al mismo ritmo que la enferma, la entretenía con un cuento emocionante del conejito Tomàs, porque el doctor Canyameres había prohibido todo contacto entre los pequeños y la enferma. Y en el cuento, doña Amèlia mezclaba sus lágrimas con las de la fantasía sin despertar recelos en la muñeca que se le iba poco a poco. Y, entre ceja y ceja, se le grabó para siempre la cara ansiosa de mirada febril de la niña que se le escurría con el sudor. Hasta que, después de una violentísima subida de la fiebre, se extinguió sin saber que se moría, pendiente sólo del dolor de cabeza y del cuento absurdo del conejito Tomàs que le estaba contando su madre, el que vivía en el jardín y, en cuanto te pongas buena, vamos a ir a verlo, hija mía, hija mía, hija mía... Y se quedó a su lado una hora o tres mil, en la silla de las flores grabadas, que era la silla de la muerte triste, cogiéndole la manita, que empezó a enfriarse entre las suyas, sintiéndose culpable por no ser ella la que se moría, en vez de ese angelito que no había tenido tiempo ni de estrenar la vida ni de saber que la muerte era como era.

—Está muerta, Amèlia.

Notó la mano de su marido en el hombro antes de oír las palabras. Sólo entonces se permitió llorar y mezclar las lágrimas con el sudor seco de Elionor. Y la impotencia que recordaría toda la vida. Y a toda la familia nos quedó el recuerdo de la enfermedad, Miquel, y todavía lo tengo aquí, aunque hace cien años que pasó.

—Sesenta.

—Sesenta. Y todos lloraron. (A tío Maurici le resbaló una lágrima azul por la mejilla, qué fuerza tienen los recuerdos). Todos, hasta las criadas lloraron, y el repartidor de hielo, que llevaba unos bigotazos de Fumanchú. Y cuando se llevaron el cuerpo frío de Elionor en una cajita blanca, fue como si *can* Gensana se amustiera un poco, porque Eli era el primer niño que se moría allí desde que la construyeron, a finales del dieciocho. Por eso, a la habitación en la que pasó la enfermedad y murió la llamamos la habitación de Eli, ¿verdad, Miquel? (Sí, porque, treinta años después, cuando Miquel y sus primos jugaban allí, amos y señores de todo el dominio, y rebautizaban en secreto los escondites de la casa y el jardín —cabaña oscura, lago verde, rincón del magnolio, patio de la castaña, camino de la tortuga, desván del fantasma—, nunca se nos ocurrió que aquella habitación espaciosa y luminosa, que no se utilizaba, que quedaba encima del porche de atrás, pudiera llamarse de ninguna otra forma más que la habitación de Eli).

Desde luego, lo que nunca me habría imaginado es que lo que pasaría con nuestra casa y con la habitación de Eli sería que la dirección de El Roure Vermell pondría allí un despachito muy mono, en el que Maite Segarra recibía a las visitas, si es que las tenía alguna vez. Y un cartel de Vasarely de colores vivísimos justamente encima del lugar que ocupaba la cama en la que Eli había sudado hasta la muerte.

De la misma forma que la organización de un club de fútbol se basa en un primer núcleo, el de los jugadores y los técnicos, un segundo núcleo, el de los socios y simpatizantes, y un tercero, el de los directivos, los numerosos grupos clandestinos que orbitaban cerca o lejos del Partido, y el Partido mismo, estaban formados por un primer núcleo, el de los jugadores y los técnicos, militantes históricos y conocidos que habían tenido que exiliarse, y un segundo núcleo, el de los socios y simpatizantes, entre los que estábamos Bolós y yo, que actuábamos en la semiclandestinidad, sin residencia legal, y que, para subsistir, teníamos que ejercer de obreros no cualificados donde nos quisieran.

—¿Y el núcleo de los directivos?

Los del fútbol fumaban puros. Y los del Partido no podían fumar, porque la clandestinidad absoluta les impedía trabajar; a menos que tuvieran un negocio propio, como Ojos Azules, que regentaba un quiosco. Nos hizo cambiar de piso cuatro veces en un mes: Amílcar, Manigua, Felipe II y Escocia, todos en la misma zona. Simón el Proscrito aprendió la máxima evangélica que invita a ir por la vida ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar^[3]: toda su vida se concentraba en una bolsa de color verde oscuro, viejísima, que había estrenado su tío Maurici al final de la guerra, cuando esperaba noticias de su amor con impaciencia, en la que metía las tres mudas, las cinco camisas, el jersey, el peine, el cepillo de dientes y el libro (*Le moderne État capitaliste et la stratégie de la lutte armée: Group BaaderMeinhof*). De aquí para allá, siempre dependiente de la orden estricta, concisa, que les llegaba de arriba o que les daba Ojos Azules.

En Amílcar y Escocia coincidió con el camarada Franklin. Les brillaban los ojos con tanta actividad: a Simón, Chato y Natàlia los mandaron a trabajar a una fábrica de componentes eléctricos, para que se hicieran una idea, porque eran de procedencia burguesa, de cómo vivía la clase obrera, de cuáles eran sus horizontes mentales, físicos, económicos e intelectuales, y para que empezaran a redimirse del pecado de no haber nacido en el seno de la clase obrera. El primer día de fábrica, vestido con su único jersey a modo de abrigo, Simón I el Obrero, militante de base de la Célula del Congreso, adscrito al Partido desde las desafortunadas desavenencias con los excamaradas revisionistas del PSUC, entró en Torbe Componentes con el corazón desbocado, porque era consciente del salto que estaba dando, de una vida anodina y aburguesada a un Templo de Producción en el que la Clase Obrera Labra su Futuro. Poco faltó para que se le saltaran las lágrimas. Y echó de menos a Franklin con la

corbata en el bolsillo; pero es lo que tiene la vida clandestina, que en un momento estás aquí y al siguiente estás allá, o te llamas Miquel Gensana y de pronto eres el camarada Simón o el obrero Ricard Montero de Torbe Componentes, con un DNI magistralmente falsificado, y pronto podría empezar el camino de la esquizofrenia como un vulgar actor de teatro.

Pero la vida de obrero no permitía ser carne de psiquiatra. Entrar a trabajar a las siete de la mañana evitaba muchas crisis. Pasarse un mes entero haciendo la misma bobina provoca otras distintas.

El anhelo de Participar (y redimirse de la procedencia) en un Templo de Producción duró poco. Cuando se dio cuenta de que sus compañeros obreros no veían a la camarada Natàlia como una compañera de clase, sino como dos pechos y un culo; de que a su vecino le resbalaban las prudentes alusiones a la situación política que dejaba caer a la hora del almuerzo o entre bobina y bobina, porque las prospecciones no le iban ni le venían y lo que quería era encontrar un modelo de televisor más barato que el de la tienda; de que el encargado (medio obrero, medio vendido, ni una cosa ni otra, sicario pero buena persona, envidiado por muchos) no perdonaba ni una en cuestiones de puntualidad y lo multó tres veces por llegar con media hora de retraso (siempre después de una reunión vespertina de célula que se alargaba más de lo previsto), llegó a la conclusión de que todo aquello era una mierda, y la vida, un poco más difícil de como se describía en los manuales.

A pesar de todo, el camarada Simón, que había retirado de la circulación al súbdito Miquel Gensana sin que nadie, menos los de casa, lo echara de menos, vivió una cierta felicidad institucional; la lectura de *El Estado y la revolución* lo aburría y lo serenaba, pero poco a poco empezó a roerle la idea de que ¿no estaremos haciendo el primo, aquí, liados con las bobinas, y Llates ya está en tercero y ha publicado dos artículos y sabe un huevo de contemporánea? La cuestión era que si al menos la revolución llegara ahora, pues muy bien. Y entonces me entraban unas ganas tremendas de quemar etapas y de que la vanguardia concienciada (en aquellos momentos discutíamos sobre las tesis de Abril en las reuniones de la célula) cogiera el timón de una puta vez, provocase la revolución y cada mochuelo a su olivo. (El recibimiento del partisano, con flores y besos). En el fondo, languidecía por pensamientos pequeñoburgueses y me costaba Dios (es un decir) y ayuda centrarme en aceptar la realidad, que siempre suele ser más sosa y lenta que el sueño. Sin proponérselo, todos los libros que entraban en el piso convergían en manos del camarada Simón, y, además de los prescritos por receta, leyó poesía, mucha poesía e historia; mucho de todo, menos novelas, que era un género de puro entretenimiento descaradamente pequeñoburgués.

Y a la hora de la frugal cena, Avecrem y media salchicha, la conversación con Natàlia y Chato siempre era la misma. A veces, a media cena, correspondía hacer algún comentario de orden social, por ejemplo, que Vila y su marido se han separado.

—Hostia. ¿Por qué?

—No sé. Bueno, sí: últimamente Jordi estaba muy, no sé, muy revisionista a nivel de la vida cotidiana.

—Ah.

—¿Tienes tabaco, Simón?

—Toma.

—Gracias. Pues, por lo visto, no daba un palo al agua; tenía que hacerlo todo ella... Y eso, pase.

—No seas capullo. Ni pase ni paso: las cosas de la casa tienen que hacerlas los dos, no sólo la mujer. ¿O quieres reproducir esquemas...?

—Coño, Natàlia. Quiero decir que, además de eso...

—Ah. Pero tú has dicho: y eso, pase.

—Quería decir además de eso, tía.

—Acepto las excusas.

—No te las he pedido.

—¿Queréis hacer el favor de...? ¿Qué decías de Jordi y Vila?

—Pues que, además de eso, Jordi empezaba a hacerse unos planteamientos muy desviacionistas a nivel ideológico: que si defendía el arte burgués, que si...

—Lenin también lo defendía.

—Hosti, Simón, no me fastidies, tío. ¿Por dónde iba?

Y Chato, la voz de la célula, porque tenía una capacidad ilimitada para captar todas las noticias del mundo, consumía el último cigarrillo de mi paquete y nos advertía de que Jordi discutía incluso la política soviética en Checoslovaquia, no sé..., ¿me explico? Y en base a eso Vila lo ha dejado.

—¿Y los Rafa? —Natàlia tampoco se chupaba el dedo, y yo me pregunté con desesperación por qué narices no me enteraba nunca de nada y siempre estaba en las nubes—. Ella dio una charla muy discutible sobre el valor de la tradición en la cultura, y el propio Rafa la puso contra las cuerdas en el turno de preguntas. Y ahora están que si lo dejan, que si no. O sea, a nivel de pareja, quiero decir.

—Yo no creo que un revolucionario se pueda casar.

—¿Como los curas?

—Hostia.

—Tiene razón. No se puede casar, pero puede follar.

—Como los curas.

Pero no follábamos; como los curas. Natàlia era una camarada, la respetábamos y estábamos cansadísimos, y yo todavía no había visto nunca a una mujer desnuda, pero ese secreto lo guardaba mejor que las lecturas de Brecht, Espriu, León Felipe y un tal Pablo Neruda.

Pero en general, las cenas de la célula eran silenciosas y breves y pesaba sobre nosotros la angustia de pensar que el trabajo de prospección en Torbe Componentes era inútil, que malgastábamos la energía miserablemente y que el Comité Central empezaba a tomarse muy en serio que no se avanzara nada en esa fábrica en concreto,

con las posibilidades que ofrecían otros Centros de Producción. Pero nosotros no queríamos dejar toda una fábrica a la buena de Dios (también es un decir), y la célula, en bloque, rogaba al Comité Central que no abandonara a Torbe Componentes en manos de la desidia y la inconsciencia, y Yahvé les contestó que si encontraba a cincuenta obreros concienciados en toda la plantilla no destruiría Sodoma. Y el camarada Abraham, después de unas tensísimas negociaciones (cuarenta y cinco justos, treinta y cinco, veinte...) comprendió que la paciencia de Yahvé tenía un límite y se le empezaban a hinchar los huevos. Y entonces, Yahvé hizo la pregunta definitiva: ¿cuántos, fiel camarada, cuántos obreros concienciados hay en Torbe Componentes? Y el camarada Abraham, compungido, tuvo que reconocer que sólo Lot, su mujer y sus dos hijas; y Lot se llamaba Venancio Bustos, era montador y tenía cierta tendencia trotskista que era fácil de corregir (sobre todo porque no era por mala fe, sino por pura ignorancia). Y Yahvé dijo a Abraham: «Di a Venancio Bustos que ingrese en el Partido». Y así se hizo y Yahvé retiró sus efectivos de Torbe Componentes Eléctricos, porque las tesis de Ojos Azules empezaban a hacer agua y el Comité Central, basándose en un análisis concreto de la realidad concreta, con Franco cada vez más esclerótico, estaba diseñando una estrategia más osada, de ataque directo, para recordar al dictador y a sus lacayos que la clase obrera estaba despierta a nivel de lucha armada.

Ojos Azules era un caso único de trinomía. Su verdadero nombre era Allen, pero, cuando el trato no era oficial, los camaradas lo llamaban Ojos Azules. Del nombre que tenía antes de la guerra no se acordaba ni él, porque hacía siglos que luchaba en la clandestinidad, siempre con la misma actitud socarrona, desde las alturas, siempre con la misma firmeza y el pelo un poco blanco, siempre viendo que la revolución se acercaba. Fue el adiestrador de la célula de Simón y de la de Franklin (feliz reencuentro) en los comienzos de la acción directa. Les enseñó a armar y desarmar una automática, les explicó los sistemas seguros de contactos, y un día los llevó a los alrededores de los Encantados^[4] a hacer prácticas de tiro, con más miedo que vergüenza. Aparecía y desaparecía cuando menos se lo esperaban y muchos lo consideraban la cabeza visible de toda la estructura del Partido. Pero esas cosas no se podían preguntar. Y Simón el Desclasado, que ya había perdido seis kilos, porque todo lo que se podía se destinaba a las arcas del Partido, era feliz y estaba triste. Vivía con miedo, iba por la calle siempre alerta, echaba de menos el abrigo rojo de Berta, siempre miraba a ambos lados, sabía usar una pistola y alimentaba la taquicardia como si quisiera volver a librarse de la mili.

Viví aquellos años arrastrado por la fuerza interior que ayuda a los héroes. Todo el que se rebelaba llevaba, a su manera, una vida de héroe. En esos momentos, cualquier cosa que hiciera tenía, por fuerza, una motivación ideológica, de la misma forma que una o dos décadas antes nos habían enseñado que todo tenía una motivación religiosa. Y la gente hacía lo mismo que los Rafas o Vila: discutían por motivos ideológicos y reñían por la ideología; se rompían parejas por la ideología y la

gente se iba de casa por la ideología; se hacía el amor por ideología y se dejaba de hacer también por ideología.

—Me parece que exageras las cosas. —Y con sus dientes perfectos mordisqueó una aceituna de las que nos habían puesto para entretener el hambre.

—No, Júlia.

Aproveché para comerme una aceituna yo también. Y temía que la fuerza de mis palabras me obligara a decir cosas que Júlia no tenía que saber, o esa impresión me daba; por ejemplo, que la muerte de Bolós no había sido accidental, y eso sólo lo sabía yo; sólo lo sabíamos el asesino y yo. Y por eso me resultó imposible sostenerle la mirada a su mujer. Me quité ese pensamiento de la cabeza y adopté un tono magistral, como le gusta a Júlia, y dije oye, Júlia, no es que Barcelona estuviera llena de intolerantes que marchaban al mismo paso: esa visión pecaría de reduccionista. Pero también se llegaba a la eclosión de los sentimientos por ideología. Esa forma de hacer las cosas llevaba a la gente fatalmente a la histeria. Igual que el paseo de Gracia se pasó meses y más meses impudicamente destripado, porque se habían propuesto hacer un aparcamiento en sus entrañas, mucha gente iba por la vida con el alma al descubierto, preguntándose si todo sería tan brutal para siempre y si nunca dejaríamos de añorar el lugar en el que dicen que la gente es culta, libre y feliz. Por eso Simón, exMiquel, tenía la obligación de que le gustara Brecht, de soñar con Yevtushenko, de guardar un silencio prudencial sobre Maiakovski y de llenarse la boca de Espriu y Neruda. Simón, el Lector Revolucionario, tardó seis o siete años de lectura en caer en la cuenta de que *Veinte poemas de amor* o *Setmana Santa* eran buenos, sencillamente. Lo que me desesperaba es si eso había sido una pérdida de tiempo; lo cierto es que una evolución tan brutal en la vida del lector se da pocas veces o ninguna. Como de costumbre, lo malo es que la vida no admite repeticiones de la jugada. Cuando Miquel Gensana, exSimón, asumió todas estas cosas, ya aparcaba su propio coche en el milenar aparcamiento subterráneo del paseo de Gracia.

Asistir a un concierto para violín de Mendelssohn desde la tercera fila de platea del Palau, interpretado por Stern, era un placer indefinible, muy semejante a ver al natural, a dos pasos de las propias gafas, un Van Gogh que sólo había contemplado en ilustraciones. El camarada Simón rechazó, por decadente, este pensamiento gratuito que me surgió en Torbe Componentes mientras empaquetaba la bobina número dos mil. Unos años más tarde se me vino otra vez a la cabeza y me facilitó un poco el difícil comienzo de la relación con Teresa.

Mucho antes de que todo eso fuera posible, cuando Simón se cambió de piso por segunda vez y se reencontró con Franklin (la alegría que nos dio el reencuentro era poco revolucionaria, pero inevitable. Y ambos la disimulamos con una capa de desinterés y distanciamiento brechtiano que daba lástima. Como si no fueran personajes de un drama; como si no estuvieran en medio de un escenario), la nueva directriz, discutida y reflejada en un documento de ochenta y seis páginas, requería la presencia de siete militantes en un aprendizaje intensivo en Beirut. Simón, Franklin,

Chato, Cunillera y tres más partieron en dos coches en dirección a Andorra, unos, a comprar mantequilla, otros, hacia Puigcerdà, a ver la farmacia de Llivia. Dos días después se encontraron en Toulouse y, desde allí, unos camaradas desconocidos pero eficientísimos del exterior los facturaron a Ginebra y a Beirut. Aunque la primera obligación de todo camarada revolucionario es no dejarse deslumbrar por el mundo consumista y pequeñoburgués, se me aceleró el corazón al pisar Europa, lejos de la dictadura, y me acordé de que allí eran cultos, libres, despiertos y felices, y seguramente a mí me habría bastado con eso. Pero había que mantener la mística revolucionaria a toda costa y fingí que no veía Europa. Y Beirut fue una nueva ilusión en el corazón: yo, humilde camarada de la Zona del Congreso, al lado de revolucionarios ilustres. Y me sentí más pequeño que nunca y feliz, muy feliz, una felicidad extraña, muy extraña. Sobre todo porque, dentro del camarada Simón, Miquel II Gensana el Eterno Aprendiz también veía Europa y el Líbano por primera vez e intuía que todo lo que despreciaba el camarada Simón con ardor revolucionario podía serle útil.

No recuerdo el mes en Beirut por las enseñanzas objetivas de armar y desarmar dieciséis clases de fusiles y pistolas ni por la manipulación básica de dos clases de explosivos (abuela Amèlia siempre decía que el saber no ocupa lugar), sino porque conocí el miedo. Y cómo es la cara del miedo cuando lo tienes en el corazón. En Beirut, la cara del miedo era un niño destripado por una granada puesta en plena calle por Akim, su cuñado de dieciséis años, que la había dejado allí a modo de cebo, por si picaba Alí, su primo segundo, que, siendo cristiano, tonteaba con una chica de Chatila. La cara del miedo era también un muro medio descalzado por los bombardeos israelitas y desdentado por las explosiones que lo habían ido troceando, y tú pasando por el muro oyendo un odioso ratata-ta-ta-ta-ta-ta-ta de ametralladora que iba dedicado a ti porque sí, porque aquel día, en el callejón de la Lluvia, estaba de guardia Honoré Bahtil, que no sabía dejar las manos quietas y podías ser un enemigo cualquiera. En Beirut el miedo sabía a muerte, y a muerte porque sí. No tuve miedo cuando aprendí a armar y desarmar dieciséis clases distintas de fusiles, subfusiles y pistolas y a manipular dos tipos de explosivo. Eso era asimilable. Sentí más miedo aún fuera de Beirut, en las montañas de Qurnat al-Sawda, y allí tenía forma de águila prepotente que se lanza sobre una lagartija desprotegida que dormita entre rocas peladas. La lagartija era el camarada Simón de la célula del barrio del Congreso de Barcelona, adscrito al Operativo de acción directa del Partido, y el águila, un Skyhawk A-4N israelí en misión de castigo en una zona que, por lo visto, es de influencia palestina. Eso era miedo de verdad, porque me preguntaba (como me lo pregunté unos años después, colgado en lo alto del rosal de la fachada de *can* Gensana) quién coño te manda meterte en este berenjenal, Miquel, cabeza de chorlito, idiota, apuntando ridículamente con el kalashnikov a la mole del Skyhawk que se acercaba desde detrás de las montañas, hostia, imbécil, corriendo como un desesperado hacia el incierto refugio que podía darte una roca pelada y pensando en

qué podías hacer para que el piloto entendiera que tú no eras de esa guerra, hostia, que sólo estás haciendo un cursillo, que sólo pasabas por allí, coño. Y volvía a pensar quién te manda meterte en esto; tú, siempre en medio del follón, cuando podías estar cómodamente sentado y magníficamente documentado, haciendo un estudio en profundidad del conflicto judeopalestino en las instalaciones de la biblioteca de la facultad o en la de Cataluña, y estarías en tercero de Historia y, como Llates, habrías publicado dos artículos, tócate los huevos. Y a lo mejor hasta tendrías novia.

—Baissez la tête, Dieu!

El que blasfemó y gritó fue Kamal, mi tutor del doctorado en aquel curso de la Universidad de Al Fatah, que estaba pegado a la roca como si fuera un dibujo. Y el Skyhawk pasó vomitando unas balas como bombas y oí un sssssuiiiiiii junto a la oreja, y era el silbido directo de la muerte que casi recibí de mano del teniente Samuel Goldstein, de la misma edad que yo, contra quien no tenía nada (oficialmente sí, porque era un instrumento del imperialismo estadounidense), y que seguro que no tenía nada contra el camarada Simón ni contra Miquel Che Gensana, al que, con las prisas, confundiría con una lagartija palestina. Eso era el miedo, porque en las guerras muere mucha más gente porque sí que por voluntad directa de la guerra. Y ese momento larguísimo y terrible en Qurnat al-Sawda, con el que todavía sueño, duró seis segundos y medio. A veces pienso que la persona es un animal que se lo monta tan mal porque seis segundos y medio pueden dejarte un agujero en la sonrisa, y veinticinco años después, todavía se nota la marca de esos seis segundos y medio.

La aceituna de la vergüenza estaba en el plato y los ojos de Júlia miraban mi silencio. Es que hacía mucho tiempo que no hablaba tanto y que se me mezclaban tanto mis recuerdos con los que me dejó tío Maurici en herencia.

—¿La ensalada tibia?

—Para el señor.

El camarero de cuello ancho dejó las ensaladas con distanciamiento, como si hubiera resuelto un gran problema. Pero el problema era que había que llevar a la práctica los conocimientos adquiridos en la Universidad de Al Fatah. Como un MIR cualquiera que inicia su profesión en un hospital, el doctor Simón se encontró con la pistola en el cinturón, haciendo tareas de cobertura en las manifestaciones y protegiendo una casa de Valldoreix en la que se celebraba una reunión imposible entre excamaradas, unos del Partido, y otros unos descerebrados de la línea mao, cuatro gatos, pero muy activos. Y yo de gorila, subido a un árbol, y no tenía miedo porque en el cielo de Valldoreix, viniendo desde Collserola, no se nos iba a echar encima ningún Skyhawk en vuelo rasante. Pasó un jeep de la Guardia Civil, pero, por suerte, no les pareció sospechoso que tres gamberros se dedicasen a jugar a hacer el mono entre los árboles de un jardín particular.

Yo no hacía nada más que mirar a Ojos Azules a los ojos y maldecirme por ser un tonto irremediable. Y apretar en la mano, sudada, la pistola reglamentaria. Y con la

cara medio tapada con el pañuelo, recordábamos vagamente a la West Fargo & Co.

—¡Todos quietos! ¡Que nadie se mueva!

El personal obedeció por intuición, más que por otra cosa.

—¡Todo el mundo en decúbito supino! —seguía gritando Ojos Azules mientras entraba en el despacho del director, desconectaba la alarma, apuntaba al delegado con cortesía y lo obligaba a salir con los demás.

Como si hubieran visto muchas películas, todos los presentes se tumbaron mirando las baldosas. Excepto un cliente, que se echó al suelo en decúbito supino.

A una señal enérgica de Ojos Azules, el comando se dividió en dos: Simón y Natàlia, al cajero, con cara de odio en los ojos y gestos frenéticos, vamos, vamos, vamos, el dinero de caja, vamos; Cunillera y no sé quién más, a la caja fuerte con los dos sacos y, en medio de todo el lío, el director de orquesta, magnífico con su metro noventa, Ojos Azules le decía a una señora que no se moviese y después se iba, indignado, hacia el único cliente que le había obedecido:

—¡He dicho boca abajo!

Llegaron por fin a un acuerdo y, con voz pausada, Ojos Azules anunció a las doce personas que estaban en ese momento en la sucursal de la Caixa de Vallcarca que no tenían nada que temer, que era un atraco verificado por las fuerzas armadas del pueblo.

—¿Verificado? —El mismo tocapelotas del decúbito supino.

—Quiere decir realizado —aclaró el camarada Simón, con un puñado de billetes en la mano y el mareo en la memoria.

Y se le congeló la voz porque, primero, había hablado con un cliente (cosa que no se podía hacer en una acción económica) y, sobre todo, porque con quien había hablado era con Costas, compañero de la facultad, exnovio de la Guiteres, militante del PSAN, redactor de *Lluita, Avant i Combat*, con quien ya había discutido en la facultad, siempre por asuntos de terminología. Costas no lo reconoció, porque si no, lo habría hecho constar en acta. El mareo aumentó y Simón tuvo la primera arcada. Pero aguantó el vómito hasta que llegaron a la puerta y empezó a sonar con estridencia la alarma que dio el contrarrevolucionario y cabrón del delegado.

Verificaron la confiscación en tres minutos. Un millón doscientas mil, extraordinario, ninguna baja, ningún disparo y luego, ya en Josepets, oyendo de reojo si les perseguía alguna sirena, y Franklin, que era el que nos esperaba con el coche en marcha (un Dauphine hecho polvo, confiscado tres horas antes en l'Hospitalet por Chato y el propio Franklin) decía ¿cómo es posible que sea tan fácil atracar un banco? Y la voz de Simón, desde el asiento de atrás, dijo ¿tan fácil?, yo estaba muerto de miedo. Y todos, menos Ojos Azules, se rieron nerviosamente, como si acabaran de hacer una gamberrada en el patio de los escolapios. Y cuando se apearon del coche para activar la dispersión, con todo el dinero en manos de Ojos Azules, éste se limitó a decir muy bien, gente, lo habéis hecho magistral: pero como a alguien le dé por gomitarse en la próxima confiscación, me oye.

—Pero...

—Nada. —Ojos Azules echó a Simón una mirada durísima, de hielo—. Somos soldados, Simón.

—No tenemos obligación de no tener miedo.

—Buenas noches, camaradas.

Aunque era de día. O sea, que habría más atracos y, por lo que parecía, nuestra célula pasaba a formar parte del área económica del Partido. Y a Miquel Gensana le dio miedo porque, como en Beirut, podía matarlo una bala perdida sin ningún interés especial; hasta podía ser de rebote.

A estas familias que se alargan tanto en el tiempo, con tanto pedigrí y tanta constancia pictórica del paso de las generaciones, lo que las mantiene vivas es precisamente la irrupción constante de sangre nueva de fuera. Te lo digo yo, Miquel, que soy el único vástago de esta dinastía Gensana que soy un Gensana auténtico y que nunca he llegado a reinar. Aunque parezca paradójico, las familias como la nuestra se perpetúan en la medida en que se mezclan mediante el mestizaje. De lo contrario, se habrían extinguido entre individuos prognatos de mirada perdida, movimientos lentos, de espíritu pesado, con un hilillo de baba descontrolada, hasta llegar a especímenes no aptos ni para ponerles nombre, como aquellas familias reales que, para mantener la pureza de sangre, han preferido la degeneración generacional, hasta que sus retoños, aparte de salir en las revistas del corazón, no sirven ni para la baraja de naipes.

—¿Este león es nuevo?

—Sí. Es abisinio. ¿No ves la melena que tiene?

—Tendrías que enseñarme un día, tío.

—Siempre dices lo mismo.

—¿Sí? Pero es que se me da muy mal. Tendríamos que empezar por barquitos y pajaritas.

—Y un sombrero de Napoleón. ¿Me has traído más papel?

—Sí. Te lo he dejado encima de la mesita. Es japonés.

—Magnífico. ¿Me has traído más chocolate? —La voz de mi tío bajó hasta un murmullo tímido.

—Claro que sí; no te fallaré nunca, tío. Lo tienes en el cajón.

—¿El coronel Samanta no te cachea antes de entrar?

—No. Me mira con buenos ojos. No creo que sospeche nada... A menos que te dé diarrea.

—Joven, a mí el chocolate nunca me ha dado dolor de tripa... —Al parecer, pensaba alargar la proclama, pero seguramente se le olvidó lo que quería decir a continuación. Incluyó la cabeza—: Acércame el árbol genealógico, haz el favor.

El primer Antoni Gensana, el fundador de la estirpe y de la casa (en la que ahora no vivía nadie más que Maite Segarra y su maître pegajoso), se casó a finales del siglo dieciocho con Adela Caimamí, de padres mallorquines, la tatarabuela Madre Fundadora de la Familia. Los Gensana Caimamí, los Primeros Padres, los Flor y Nata, primos carnales de Josep Ferran Sorts, ilustre bohemio que tocaba la guitarra en los salones de París o en el Palacio Potemkin de San Petersburgo. No estoy seguro,

Miquel, pero me juego mi prestigio de Historiador Oficial al afirmar que este Sorts era el mismo que las pasó canutas en un contencioso enrevesado y oscuro con las más altas instancias del ámbito judicial de Barcelona. Sin embargo, Antoni Gensana, por motivos que desconozco, porque no he encontrado constancia escrita y si no la he encontrado es porque no existe, se instaló en las afueras de Feixes, en un bosque que pertenecía a su familia, y allí levantó la casa que, desde entonces, se llamaría *can Gensana*. Allí, Padre y Madre fundadores iniciaron un proceso que culminaría gloriosamente, después de doscientos años de historia epicoheroica, en un magnífico restaurante de moda, con un maître que supo poner cara de asco cuando le insinué que tal vez abriéramos una botella de vino blanco. Muy fresquito.

—Pero los señores... —Desconcertado, nos miraba alternativamente, primero a uno, después a la otra, como en un partido de tenis.

—Es que tengo sed y el vino tinto se me sube a la cabeza.

El maître descubrió al culpable. Me miró con desprecio descarado y escupió:

—Si quiere le traigo agua. ¿Sabe de lo que le estoy hablando?

Antes de que me levantara a sacudirle un guantazo en medio de la ceja enarcada, Júlia me salvó.

—Un agua con gas y otra botella de vino. —Me miró con severidad—. Del mismo, naturalmente.

Hizo un gesto delicioso con la mano ordenándole que desapareciera. El maître entendió al instante que se trataba de una orden bien dada. Agachó la cabeza y, cuando empezaba a irse, le dije a Júlia, en plan venganza:

—Lo que pasa es que no les queda vino blanco.

Me aseguré, de reojo, de que el maître me había oído. Y ya lo creo que se enteró, porque se mordió la lengua y juró a sus antepasados que, a partir de ese momento, sólo se dirigiría a la mademoiselle y prescindiría, aún más si cabe, de ese clochard despeinado. Mientras se iba, echó un vistazo al conjunto del salón, atento a las catorce, trece y ocho, porque era muy probable que quisieran la carta de los postres. Y lo hacía todo y todo se cumplía totalmente al margen de la historia de ese salón en que él enarcaba la ceja todas las noches. Una historia que, según las informaciones que emanaban de tío Maurici, se desgranó en ramas ufanas de Mauris y Antonis Gensana, con evidente restreñimiento del concepto del santoral, acompañados de otros hermanos más anónimos (los puteados por la Historia) y de unas bisabuelas que representaban la savia nueva para que el árbol familiar en conjunto, un roble grande y retorcido de copa altísima, no se marchitara por culpa de una prole enclenque. ¿Lo ves? Después de los Padres Fundadores vienen Maur I Gensana y Josefina Portabella; Margarida Bardagí, casada con el hijo de los anteriores, Antoni II Gensana i Portabella. La callada y mustia Pilar Prim i Prat, sufrida esposa del eximio poeta don Maur II Gensana i Bardagí, competidor en el terreno felibrista^[5] de cualquier poeta que se cruzase en su camino, Cuasi Maestro del Gay Saber (Flor Natural en 1891 y Englantina en 1896) y hermano de la misteriosa, bellísima y trágica Carlota Sin

Tierra Gensana, mi madre natural, Miquel, la madre que sólo puedo recordar en sueños o en el daguerrotipo aquel. (Miquel se acordaba de que, cuando su casa era su casa, el daguerrotipo de tía Carlota estaba en la misma galería, encima de una kentia que no paraba de crecer, como homenaje). Y después, mamá Amèlia, que vivió el momento de esplendor económico del textil con su marido, Anton III el Fabricante, mi odiado padre adoptivo. Y el árbol se paraba en los hijos de mamá Amèlia, Pere I el Fugitivo y las dos tías desconocidas, Elionor y Elvira. Habrá que ampliar el árbol algún día, Miquel, porque faltáis tu madre, tu hermano y tú. ¿Hace mucho que no ves a mamá Amèlia?

—Abuela murió, tío.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no lo llevas a que lo amplíen, Miquel? Me gustaría que estuvierais vosotros también. ¿Quién dices que murió?

En cuanto se apagó el eco de su pregunta, ya se había distraído con una increíble margarita de papel. La cogió con dedos temblorosos y siguió contando la historia de siempre, ahora la de mamá Amèlia, su madrastra, que fue la primera nuera, tras cinco generaciones de Antonis y Mauris, que dijo basta e hizo estallar la famosa Guerra de los Nombres cuando dijo que si alguna vez tenía un hijo varón, no se llamaría Antoni (le parecía feo) ni Maur (le parecía incómodo). Desde el principio, tanto el marido como el suegro se lo tomaron con una sonrisa benévola. Bastante trabajo tenía la chica ocupándose del pobre Maurici Sicart, el primo de su marido, el hijo de la infortunada Carlota, el Cronista Oficial de la Familia, diestrísimo papiroflexólogo de dedos paradójicamente temblorosos y rey del manicomio de Bellesguard. Cuando la evidencia del vientre puso fecha al parto, de vez en cuando, como un reloj de cuco, Amèlia recordaba a los hombres de la casa (en eso, la suegra parecía más despreocupada, como si ella no tuviera nada que ver) que si por casualidad lo que llevaba dentro era un niño, no se llamaría ni Maur ni Antoni. «Y entonces ¿qué nombre vas a ponerle?», le soltó un día el ilustre poeta, con la cara a medio palmo de la suya. (Fue un día en que, casualmente, levantó la vista de sus hexámetros). «No sé, cualquiera menos Antoni o Maur. Es que no tiene que llamarse ni Antoni ni Maur». El suegro la señalaba ahora, nervioso, con el lapicero de rimar: «Sólo puede llamarse Maur». «Imposible». «¿Y por qué, si se puede saber?». «No es nombre para un niño». Con esas palabras ofendió mortalmente al suegro, terminó la conversación y salió del despacho del poeta. Y el santo enfado de don Maur II el Divino estaba justificadísimo, porque hacía muy poco que, en versos muy intensos e injustamente inéditos todavía, había revivido su tierna infancia:

¡Oh, reposada simiente, simiente de jazmín
que creces de tu madre en el vientre atento!
Espero el día de verte surgir
del maternal seno y los años andar a paso lento.
Ineluctable, el destino, por senderos diversos,
te empuja con el tiempo ¡a escribir estos versos!

A partir de ese momento, Maur el suegro, visiblemente preocupado porque, según el turno rotatorio, el nieto tenía que llamarse como él, inició una intensa campaña en favor del Maur, para que fuese el nombre del primer nieto que fuera nieto y no nieta. El pobre Maurici, como llevaba el Gensana escondido detrás del Sicart y sólo era su sobrino, no contaba; nunca he pintado nada en la familia, Miquel. Abuelo Maur habló con su mujer, doña Pilar, pero ella se limitó a mover la cabeza con pesadumbre. Habló con el hijo, que estaba convencido de que, a la hora de la verdad, la disuadiría, y volvió a hablar con su mujer con la mayor capacidad de convencimiento que pudo. Pero abuela Pilar volvió a decir que no con pesadumbre.

—¡Cualquiera diría que este asunto ni te va ni te viene! —le reprochó, airado, el poeta.

—No. —Y siguió haciendo ganchillo.

—¡Pues es de suma importancia! —le dijo, blandiendo un dedo en el aire, con el corazón indignado.

—No, Maur. —Suspiro de resignación de la abuela, que dejó el ganchillo encima de la mesita y se quitó las gafas—. Que haga lo que quiera. Tiene derecho a ponerle el nombre que prefiera. Es la madre.

—¡Y yo soy el padrino! ¡Maur se ha de llamar! ¡Ineluctablemente!

—Maur... —En voz más baja todavía, que era la mejor manera de intimidarlo.

—Y ahora, ¿qué tripa se te ha roto?

—La madre de la criatura es Amèlia. Que haga lo que quiera.

—¡Jamás! ¡Con estas cosas no se juega! ¡Es una ineluctable tradición familiar!

—Ella está formando su propia familia. —La abuela Pilar lo dijo susurrando y, si yo hubiera sabido que la actitud de mi abuela Pilar se debía a los motivos que se debía y que nunca te podré explicar, puede que la hubiera admirado más todavía. Puede.

—¿Nunca?

—Nunca. La historia de tu bisabuela Pilar es materia reservada. Y no quiero hablar más de la cuenta, que estábamos en plena Guerra de los Nombres y me he perdido por tu culpa. El caso es que el Conflicto siguió con un chillido de indignación del poeta, que dijo ¡no, señora, estás com-ple-ta-men-te equivocada! Amèlia está perpetuando ¡mi familia! ¡La familia Gensana!

Tu bisabuela Pilar concentró la respuesta brevemente en una sonrisa irónica cuyo significado nunca llegarás a saber.

—Tío, si no me lo vas a contar, no me lo insinúes.

—¿Te pongo negro?

—Sí.

—Cuando me muera te lo dejaré todo por escrito, para que lo leas cuando esté bajo tierra.

De acuerdo. —Miquel Todooidos dejó el soldadito hecho con el papel de plata del chocolate prohibido encima de la mesita de noche—. Decías que mi bisabuelo Maur

dijo estás com-ple-ta-men-te equivocada.

—El que se equivoca eres tú, Maur. —Tu bisabuela suspiró, esperó a que una criada (Cinta, probablemente) saliera de la sala con las tazas de café vacías y, por primera vez, se interesó en la conversación. Se levantó para no estar en desventaja respecto de su marido. Esperó unos segundos, como reuniendo las fuerzas que la habían abandonado desde el momento en que la casaron con un poeta. Lo miró a los ojos—: Yo nunca quise que mi hijo se llamara Antoni.

—Pero... —Ahora sí que don Maur Gensana se quedó absolutamente perplejo—. Los herederos, de toda la vida se...

—Tonterías. Yo no quería y era mi hijo.

—No dijiste nada.

—¡A ver quién se atrevía! —Seguía hablando en voz baja—. Me habríais comido viva entre el abuelo Tonet y tú. Preferí callarme, como correspondía. —Y ahora también se calló.

Abuelo Maur se sorprendió por primera vez. Nunca se lo habría imaginado. ¡Con lo natural que es que las personas se llamen Antoni o Maur!

—¿Y qué nombre habría sido de tu agrado para Ton?

—Pere.

—Pere Gensana... —recitó el abuelo Maur—. ¡Falso suena!

—Todavía le llamo Pere para mis adentros.

—¿Qué? —Una infidelidad casi inconfesable.

A abuelo no le duró mucho el desconcierto. Volvió a la carga con un ala herida, porque sabía que ya no podía confiar en su mujer. Habló muy en serio con su hijo, lo consultó con el abogado de la familia e incluso fue a ver al padre Vicenç, el señor rector de la arciprestal, donde previsiblemente lo bautizarían. Y se agazapó, como una fiera acechando a un gamo, a esperar el desarrollo de los acontecimientos. Entretanto, la casa se llenaba de la risa de Maurici Sin Tierra Sicart, el hijo de Carlota, el rey natural de Bellesguard, el renacuajo huérfano que con su sonrisa constante quería que le perdonasen por haber perdido padre y madre siendo tan jovencito.

Llegó el día de la gran batalla. La madrugada estaba cubierta de niebla y hacía mucho frío. Sólo se oía relinchar a los caballos con impaciencia, pues querían adelantar la hora de su encuentro con la muerte. Algunos soldados tomaban té caliente pensando en la amada que habían dejado en Smolensko y rebelándose contra la idea de morir tan pronto. La masa de niebla amortiguaba el ruido metálico del corraje del uniforme y el dedushka Maur Antonóvich dio instrucciones a su hijo Antosha Maurich para que, en cuanto se supiera el sexo del recién nacido, echara a correr al registro, a sólo dos verstas de casa, y otro Maur en el mundo. Si era varón. Y tenía que serlo, según el doctor Canyameres. Sin embargo, Antoni, nervioso porque era el primer parto, aparte del suyo, que le afectaba directamente, y aturdido también por unos problemas graves que habían surgido en la fábrica (versión histórica), no

supo reaccionar con celeridad. O, según tu abuela Amèlia (versión más fidedigna), no estaba convencido de que estuviera bien pasar por encima de los deseos de la madre, indefensa en la cama. La cuestión es que la Triple Alianza entre la madre (gritos, dolor, miedo, anhelos...), la comadrona (frío profesional y a verlas venir) y mi abuela Pilar, que por primera vez en muchos años estaba activa y no perdía la sonrisa irónica ni el brillo de los ojos, tuvo la habilidad de entretener al abuelo, amenazar al padre y obligarlo a registrar al recién nacido con el nombre de Pere Miquel Maur i Antoni Gensana i Eroles, primo carnal de Maurici Sin Tierra, hijo de Anton y Amèlia y nieto de Maur y Pilar por parte de padre, y de Jaume y Matilde por parte de madre. Y abuela Pilar ganó una partida larguísima de la que nadie sabía nada. Y con ella, todas las nueras, las sobrevenidas de esa familia que, desde hacía cinco generaciones, tenía hijos varones como herederos y había convertido el nombre en un casus belli de importancia sagrada. Mi abuelo Maur se pasó dos años llamando enfermizamente Maur al nuevo heredero. Hasta que un día, su nuera se plantó y le recordó, de una vez por todas, papá, que su hijo se llamaba Pere I el Fugitivo. Y abuelo Maur se calló mientras abuela Pilar se reía para sus adentros. Dios, ¿por qué es tan triste esta familia nuestra?

Miquel se calló y miró a Júlia, que todavía no había protestado por lo poquísimo que le había contado de Bolós. La presencia de esa mujer deseable me dio pánico un momento y pensé que debía de ser su mirada lo que me impelía a hablar; por su tendencia esteticista, ni se le ocurrió pensar que podía deberse al vino; pero se juró que tenía que esforzarse en serio para dejar una parte de sus recuerdos en el más estricto secreto. Para no caer i-ne-luc-ta-ble-men-te en el pozo profundo de esos ojos.

—Triste, tu familia...

Ni te lo imaginas, pensó Miquel. Y le dijo oye, Júlia, a la única persona que oí reírse fue a mi tío Maurici, que siempre ha hecho lo que ha querido, que vivió soltero, con las ventajas de la soltería y sin ninguno de los inconvenientes; que estudió piano, Derecho y Filología Clásica, que no trabajó nunca para ganarse la vida y que, cuando llegó el momento de echarse a llorar, lo evitó volviéndose loco. Al menos, ésa era la versión oficial que tenía Miquel II Gensana el Desinformado, y la que trasladó a Júlia, a quien le extrañaba que le hablara tanto de la familia; pero es que Miquel se había arrancado y no podía parar y, aunque habían llegado los primeros, todavía estaban en el primer plato, mientras que algunas mesas ya iban por el café y la copa. La ensalada tibia se había quedado fría.

—Oye, a lo mejor conocías a los que vivían en este caserón.

—¿Yo? —Miquel se asustó—. ¿Por qué lo dices?

Sabía que era una imprudencia. Sabía que no debía hacerlo. Pero todos tenemos derecho a conculcar nuestro sistema personal de obligaciones, y por eso el camarada Simón no dijo a sus compañeros que se iba a ver a su madre. Tampoco sabía muy bien por qué. Con un año de retraso, cayó en la cuenta de que su huida de casa se había consumado sin excesivas explicaciones. Había llamado a la familia un par de veces, eso es cierto, siempre a media tarde, cuando todo estaba tranquilo, y seguro que su padre estaba en la fábrica, y siempre le contestaba la voz dulce y asustada de la madre, que había renunciado a pedir explicaciones a ese hijo tan difícil, y que se conformaba con saber que estaba vivo, que comía bien, que no pasaba frío y que no corría ningún peligro. De todas esas mentiras, la única que podía pasar era la primera. Y cuando colgaba el aparato, a Miquel le quedaba un sabor de pena, porque no quería poner triste a su madre; y se quitaba ese pensamiento de la cabeza diciéndose que lo que hacía era necesario y que alguien tenía que hacerlo, y ya nos reencontraremos, felices y contentos, después de la revolución. Pero la tristeza le duraba unas horas.

En la entrada del jardín no había ni rastro del coche de su padre. El madroño montaba guardia fielmente y las sombras empezaban a destacar, porque el sol, con el frío del invierno, prefería acostarse temprano. (El estremecimiento que me dio al meter la llave en la cerradura era de frío).

—¿Madre?

Sólo hacía un año que se había ido de casa y le parecía que hacía mil y que podía dejarse llevar por un sentimiento poco revolucionario de añoranza y de recuerdos de infancia muy pequeñoburgueses, y se le hizo un nudo en la garganta al ver la ancha entrada en penumbra y una luz matizada que venía de la sala.

—¿Madre?

El padre levantó la cabeza. Estaba leyendo en el sillón en que solía sentarse la madre a coser. No movió ni un músculo, lo cual significaba que estaba atónito. Lo noté porque le tembló el bigote.

—¿Dejas de hacer el idiota y vuelves a casa?

—No. He venido a ver a mi madre.

El guerrillero Simón se encontraba ante la figura que simbolizaba la incompreensión burguesa de la revolución. Y Miquel se encontraba ante el padre con el que había cruzado unas cien palabras en veinte años.

—A tu madre. Has venido a ver a tu madre.

—No sabía que estarías.

—Es decir, que te escondes de mí.

—Padre, no empecemos...

—Oye, mocoso: me paso el día trabajando para mantener a flote el negocio de la familia.

—Me parece muy bien.

—No te parece muy bien. Te parece horroroso.

Le tiró una caja de cerillas que tenía al lado de la petaca.

—¡Ahí tienes! ¡Vete a prenderle fuego a la fábrica, anda!

—No sé por qué te pones así.

—¿No lo sabes? Pues ahora te lo digo yo.

El padre iba a iniciar la relación de agravios, pero Miquel lo cortó con energía revolucionaria:

—He venido a ver a mi madre, no a discutir.

—¿Qué andas haciendo? —Finalmente dobló el periódico y se quitó las gafas. Me miró con cara de odio y curiosidad—. Cuando te pillen vendrás a implorar.

—Yo no imploro nada. Trabajo por una causa generosa y no es culpa mía que no lo entiendas.

El padre sonrió con una mueca de hastío.

—Te ha salido bien el discurso.

—¿Dónde está mi madre?

—Vuelve a casa y todo olvidado.

—Pero ¿qué te has creído? ¿Que esto es un capricho?

—¿A qué te dedicas?

—A cosas.

—Has dejado los estudios, te has ido de casa, juegas a la política... —Lo señaló con rabia—. Esta familia está escaldada con la política. ¿Es que ya no te acuerdas?

—No. Tengo que vivir mi propia vida.

—Típico. —Miró el periódico doblado un momento, para humillarme—. ¿Te pasas el día inventando proclamas?

—Hago lo que me dicta la conciencia, por el bien de la clase obrera.

—Cuentos chinos. —Se levantó y se acercó—: La clase obrera es la gente que trabaja, como yo.

—¡Anda ya!

—Estás jugando, y ya estás en edad de...

—No estoy jugando. Me arriesgo.

—¿Te arriesgas? —Tiró las gafas encima del periódico—. ¡Vives en las nubes a mi costa!

A Miquel le ofendió tanto el comentario que dio media vuelta y, cuando estaba en la puerta de la sala, se volvió de nuevo con un toque teatral. Incluso levantó un poco una ceja, como un vulgar maître:

—No te debo nada, padre.

Fueron las últimas palabras en muchos meses. A veces me pregunto por qué nos

distanciamos tanto mi padre y yo; sabíamos que nos estábamos distanciando y no movimos un dedo por remediarlo. Miquel no se despidió, y su padre volvió a su periódico, temblando por dentro, casi seguro. Cuando llegó al vestíbulo, salió de la biblioteca la cabeza blanca de su tío, con los ojos llenos de curiosidad.

—Niño, ¿qué hay? —Fue un murmullo.

—Mi madre no está, ¿verdad?

—Ven, pasa.

Lo metió en la biblioteca y le dio un beso en la mejilla sin pedirle permiso.

—Chavalín, ¿qué tal estás?

Lo llevó hasta la mesa. Tenía un libro de poesía abierto bajo el haz de luz. A veces pienso que es un lujo tener un tío que lee a Foix e interpreta a Mompou. Pero hoy he comprendido que el lujo es tener un tío capaz de dar un beso a un sobrino tan hosco.

—Tienes que largarte, ¿entendido?

—Pero ¿qué pasa?

—¿Qué tal estás, hijo mío?

—Bien. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan alterado?

—Ayer vinieron aquí preguntando por ti.

—¿Quién?

—Dos hombres. De la bofia. ¿Has hecho algo?

—No. ¿Qué querían?

—No sabemos. Querían que les dijéramos dónde estabas. ¿Has visto a tu padre?

—Sí. De mala leche.

—Tú dirás. Yo también lo estaría.

—¡Vamos, tío, no jodas!

—¿Por qué los Miqueles siempre dais disgustos?

En ese momento no lo entendí. Pero Miquel recuerda los escalofríos de añoranza, el olor de la tierra mojada, el claroscuro del jardín evocado, que se le instaló en el alma allí, en la biblioteca, con su tío. La cuestión era que tenía que irme y todo saltaba hecho pedazos, y Miquel se encontraba desoladoramente cansado, como el tiburón que no puede dejar de navegar, porque si se detiene, muere. De las profundidades del corazón de Miquel, y a regañadientes, salió Simón.

—Me voy. Ya hablaremos.

—Ah, no. —Su tío lo agarró del brazo y lo obligó a sentarse—. Espera a que llegue tu madre.

—No. ¿Y si han puesto vigilancia a la casa?

—¿No dices que no has hecho nada?

—Me voy, tío, de verdad. Es lo mejor.

—¿Y qué le digo a tu madre?

—Nada. Es mejor que no sepa que he venido. ¿Qué tal está?

—Triste.

Su tío ya no le impidió que se levantara. En el porche, a oscuras, tío Maurici le dio la mano. Como un prestidigitador discretísimo, le depositó dos billetes de quinientas pesetas y un último consejo inútil:

—No hagas tonterías, no vale la pena.

—No lo quiero, tío.

—Si no lo quieres, tíralo.

Su tío dio media vuelta y cerró la puerta sin hacer ruido, sin volverse antes para echar la última mirada a Miquel hasta no sabía cuándo. Miquel supuso que no quería que le viera la lágrima rebelde que ya le había llegado a la mejilla. No la pudo ocultar.

Sin ninguna relación con esta escapada pequeñoburguesa y contrarrevolucionaria, a nivel de sentimientos, la Dirección del Partido, que estaba mala de los nervios porque algo fallaba en la estructura del propio Partido a nivel de seguridad (la seguridad del militante es una de las preocupaciones básicas en el estadio prerrevolucionario, porque sin militantes —vanguardia de la clase obrera que propicia el proceso revolucionario— no puede haber avance histórico), redistribuyó la ubicación de cuatro células para defenderse de las filtraciones que se habían detectado; y Bolós y yo, es decir, Franklin y yo fuimos al piso de la calle Badal en calidad de liberados y como miembros del pelotón militar. En la calle Badal nos reencontramos con Chato, Cunillera y el recuerdo del olor idealizado de los barrios palestinos más orientales de Beirut y la brisa de Qurnat al-Sawda. Y con un cosquilleo extraño entre el alma y el estómago. Miquel II Robin Hood Gensana tenía miedo.

Miquel notó que a Júlia se le empezaban a empañar los ojos. Seguramente debido al vino. ¡Qué lástima no haberla conocido hace veinte años, cuando todo era posible! Júlia miró con desprecio la ensalada que tenía en la mesa y la revolvió con el tenedor como un cirujano que decide cerrar el abdomen porque no hay nada que hacer, con desgana.

—¿No habíamos dicho sin cebolla?

—Es igual.

—Es que me fastidia. —Ahora le brillaban los ojos—. Te dicen sí, señora, a todo, y después hacen lo que quieren.

Júlia lanzó una mira furibunda al maître, que en ese momento nos daba la espalda, atento a la mesa dix-sept; y menos mal, porque si llega a ver esos ojos se habría convertido en una fondue.

—No montes el número, anda.

—Porque Maite es amiga mía, que si no... —Indecisa, siguió revolviendo el plato con el tenedor y volvió a animarse—: Aunque el paté es delicioso.

Y su tío le contó lo difícil que fue guardar el secreto de su visita furtiva; hacía cien años, Miquel, hijo, que tu madre vivía con la pena en el corazón porque no sabía nada de ti.

—No le dijiste nada...

—Me obligaste a jurártelo. Y me callé como un muerto. No te imaginas lo silenciosa que estaba tu casa. Fingíamos que no nos acordábamos de que el heredero se había ido a la guerra y hablábamos poco, pero cuando hablábamos se nos quebraba la voz. Y tu madre y yo nunca hablábamos delante de tu padre, porque para él era como si estuvieras muerto. Como yo apenas iba a la fábrica, la casa empezó a pesarme como una losa, con lo que he llegado a quererla; pero recuerdo muy bien que me habría gustado borrar aquellos años para siempre; seguro que porque todavía no sabía lo que se nos avecinaba. Y tu madre, pobrecita, sólo pensaba en ti, y Pere, que cada vez estaba más callado porque las cosas no iban bien en la fábrica y también sufría por ti.

—Mi padre no sufría por mí.

—Sí, lo conozco muy bien. Pero no estaba dispuesto a reconocerlo. Es que fuiste un...

—Tío, era lo que tenía que hacer y no hay más que decir.

—A costa de los demás.

—Siempre se hacen las cosas a costa de los demás.

—Por eso eres de los que hacen sufrir. Fíjate qué *castellers*^[6]; qué bien me viene el papel japonés que me trajiste.

—Te traeré más.

—Te lo regalo. Es un tres de seis^[7]; no sé si existe este castillo.

En aquellos momentos, y después de unas cuantas visitas al psiquiátrico de Bellesguard, Miquel II Gensana el Sobrino Nieto tenía en casa dos o tres docenas de leones abisinios y no se decidía a tirar ninguno porque habría sido un gesto demasiado cruel contra su propio pasado.

—Si lo has hecho tú, ya existe.

Aprovechando que en ese momento el capitán Samanta estaba regañando a algún abuelo en el pasillo y, por tanto, no podía estar en la habitación, le dejé la tableta de chocolate en el cajón de la mesita de noche. Iba a cerrarlo, pero él, con actitud ausente, la tapó con un paquete de pliegos nuevos mientras su voz se iba atrás en el tiempo y decía quien nació para sufrir es mi madre, pero todo eso está tan lejos que a lo mejor nunca pasó de verdad.

—¿Cuándo nació tía Carlota?

—En mil ochocientos setenta y cinco. —En esas cosas, mi tío nunca dudaba. Más de una vez me pregunté si se lo inventaba sobre la marcha. Y se puso a contarme que su madre era la hermana menor de Maur II el Divino. Se llevaban diecisiete años y él casi podía haber sido su padre. Y me dijo que el abuelo Maur no la quería, no quería a su hermanita, porque cuando nació, él ya escandía alejandrinos; lo que marcó la relación entre los dos hermanos fue, en esencia, la envidia. Y seguramente también la angustia que el poeta llevó dentro de sí mucho tiempo y que Miquel no podía ni sospechar.

Según la teoría de tío Maurici, mi bisabuelo Maur era un poeta normal de su tiempo que podía decir, sin ruborizarse:

Si en la muerte amamos a la amiga
y en el amor sufrimos nuestro dolor,
¿qué nos lleva a la más inmensa lejanía,
amar en la muerte o morir en el amor?

y, además, mostrarlo con orgullo. Pero, al mismo tiempo, se avergonzaba de escribir (y no se lo enseñaba a nadie, pero tampoco lo destruía):

Cisne cubierto de nieve
orgullo de agua secreta,
naciste de un beso leve
del alba a la noche quieta.

Mi tío se preguntaba que, si era capaz de descubrir un beso entre el alba y la noche y, por tanto, era poeta de verdad, ¿por qué lo ocultaba? Sin embargo, a Maragall le enseñaba tan ufano los versos de la muerte del amor muerto. Increíble. La conclusión de tío Maurici era que mi bisabuelo era víctima de la moda. Hasta el

punto de que no se percataba del motivo del poco interés que despertaban sus versos a Zanné o a Maragall; ambos prohombres, por cortesía, se los devolvían sin comentarios o, como mucho, con una nota agradeciéndole la confianza de permitirles leer tan interesante e inspirada aportación a la lírica actual. Siga por este camino sin desfallecer. La falta de confianza los llevaba a mentir y mi bisabuelo Maur seguía el camino de la muerte del amor muerto sin desfallecer y tachaba los besos secretos de los cisnes.

La consecuencia inmediata de todo esto fue que la literatura catalana perdió una voz lírica que podía haber tenido interés, y la familia Gensana ganó un elemento amargado por el fracaso. Es curioso que la gente, filosofaba tío Maurici masticando un poco de chocolate clandestino, se amargue por cosas que no amargan: tu bisabuelo Maur era un hombre razonablemente rico que vivía en una magnífica mansión del siglo dieciocho, siempre renovada con las comodidades del momento: estaba bien considerado socialmente, no tenía necesidad de trabajar para ganarse el pan porque sus antepasados lo habían hecho en su lugar, había arreglado el futuro a su hijo regalándole una fábrica y, por tanto, contaba con que sus sucesores trabajaran, pero él se las compuso para encontrar un motivo de infelicidad: sus versos no arrancaban entusiasmo en ninguna parte. Y les amargaba la vida a los demás. Su hijo (mi padre adoptivo), Antoni III el Fabricante, encantado con el regalo, dejó a un lado las filigranas y, en vez de hemistiquios, decasílabos y yambos, se dedicó a la pana y a pensar en la urdimbre, la trama, los carretes, las lanzaderas, el apresto y el tinte, y a ganar dinero a espuestas y a hacerse amigo de los Rigau (la rama rica), los Comamala y compañía. Tampoco era feliz, pero al menos ganaba dinero. Y todos teníamos que aguantar al abuelo poeta; y todos tenían que aceptar que los Gensana eran ricos; y yo viví una infancia de millonario, triste, porque estaba rodeado de muertos, pero millonario. Todo esto, hasta que tu padre huyó. Y Miquel se imaginaba a su tío de pequeño, con las mismas gafas gruesas, con un deje irónico, sin creérselo del todo, gastando billetes a mansalva.

Pero a mi tío le habría gustado que las cosas hubieran venido de otra forma, porque a su edad, comiendo a escondidas el chocolate que le llevaba yo, todavía hablaba con añoranza de su madre, la única Gensana que había sabido entender el sentido romántico de la existencia. Decía eso concretamente porque ahora hace algo más de cien años, Miquel, cien años, que Carlota Gensana i Bardagí tenía diecisiete (y su egregio hermano ya tenía un hijo de doce, tu abuelo Anton), el trece de octubre de mil ochocientos noventa y dos, dijo sí (con sus ojos azul cielo) a la proposición formal de matrimonio que le hizo el señor Francesc Sicart, un desconocido sin historia, cargado de dinero, que no era relojero y que estaba loco perdido por esa mirada transparente. Y veinte años mayor. Veinte años. Es decir, que mi padre pidió formalmente la mano de los diecisiete años claros de mi madre con sus treinta y siete de ojos oscuros. Y la respuesta no se hizo esperar, porque mi madre se moría por irse de casa, alejarse de los lamentos de su hermano, el heredero, el fabricante de

hexámetros desafortunados y dilapidador honrado del patrimonio. También quería alejarse de los enardecidos discursos de su padre (Antoni II Gensana, el Pico de Oro), político honrado que se llevaba trabajo a casa y, como los artistas, vivía en su mundo prescindiendo olímpicamente de la realidad que lo rodeaba. Y Carlota dijo sí, porque se había enamorado del tierno enamoramiento de ese hombre barbinegro que perdía el oremus al verla. Dijo sí porque por fin sentía que era poderosa y necesaria, después de que la tildara de inútil su padre, que pasaba más tiempo en las Cortes que en la sala de estar de casa, y de cero a la izquierda su hermano, que consideraba que su falta de interés por sus versos era señal de insensibilidad; con lo fácil que lo tienen las mujeres.

Sin lugar a dudas, cuando tío Maurici contaba cosas de la familia se ponía de parte de su madre, la infiel, a pesar de que, cuando mi tía Carlota le dijo sí al barbinegro todavía faltaban ocho o diez años para que naciera él y nada hacía sospechar que con los años iría a vivir a *can* Gensana, adoptado por abuela Amèlia, que me hizo de madre aunque sólo me llevaba quince años de ventaja en la vida. De mi madre verdadera sólo me acuerdo por el retrato del primer rellano de la escalera. (Vestido de gasa y color de ojos azul cielo, actitud enérgica en la mirada lejana, un libro impublicable de su hermano en la mano, delicada y transparente). En la familia, mi madre es tía Carlota, y en la Historia es Carlota la Bien Amada; y, a excepción de tu abuela Amèlia y yo, no tiene muchos partidarios en la familia, porque los Gensana son tan británicos que no saben exteriorizar sus sentimientos por muy fuertes que sean.

—¿Estás seguro, tío?

—Estoy seguro. Ya lo creo que estoy seguro. Son una familia silenciosa. —Se había manchado los dedos de chocolate y se los chupó con mucha aplicación—. Si hubiéramos discutido más entre nosotros, tal vez habríamos evitado que tu padre huyera, Miquel.

Miquel no sabía nada. Y seguramente al tío le importaba un bledo lo que supiera. Por eso continuó el relato de la historia de amor de su madre, una historia dramática cuyo resultado dramático llevó al hijo del matrimonio Sicart i Gensana, Maurici Sin Tierra, a vivir en la casa solariega; a los cinco años me convertí en el hijo mayor de mamá Amèlia, que ya llevaba uno propio en el vientre, a los cinco años, de pronto, como un trago de fatalidad.

Los Sicart se habían instalado en una casa bastante humilde, en el centro mismo de Feixes. Aparentemente, la recién casada, la jovencísima Carlota Gensana, ahora de Sicart, no echaba de menos ni el vastísimo jardín con el estanque y los cisnes orgullosos y los rincones inexplorados en zonas de bosque denso, ni la docena y media de habitaciones de la mansión. Ni la gran escalinata central. Tampoco las espaciosas dependencias de la cocina, ni el cuidado diligente de Lluïsa, que la había visto nacer y que moriría en la misma mansión cuarenta y siete años más tarde, batiendo el récord absoluto, entre el personal de servicio, de permanencia en *can*

Gensana. No echaba de menos ninguna de esas cosas porque era feliz, amaba y era amada. Y su Francesc vivía día y noche pendiente de esa ilusión con cuerpo de mujer. Los dos, ellos sí, vivían en algo parecido a un milagro irreplicable, tan frágil como una pompa de jabón. Carlota estaba tan contenta que volvió a las clases de piano, que en *can* Gensana había dejado para fastidiar al político de su padre y a su mortificada, silenciosa y triste madre, que, a pesar de ser Bardagí, no contaba para nada. (O, en todo caso, sólo contó eficazmente cuando dio a su marido la idea de casar al heredero, que a la sazón ya daba vueltas por el jardín escandiendo alejandrinos, con una Prim, pero no la hija de Prim, sino la sobrina. Y después de conseguirlo, doña Margarida volvió a guardar silencio y no dijo ni hizo nada más. Cuando se casó Carlota, lo contemplaba todo con una mirada de tristeza lejana, como si observara desde otro continente. Ni se rio ni lloró, al menos en público). Ni tu abuela Amèlia ni yo, que lo sé todo de la familia, llegamos a saber que esa mujer que parecía una ostra llevaba una vida intensa, de hierro, apasionada, con un buen amigo de su marido, un tal Playà, que disfrutaba de la gran ventaja de ser soltero y no ser político. Y mientras su marido gritaba incoherencias en las Cortes, este Playà y doña Margarida, tan apagadita, practicaban una enmienda a la totalidad poniendo tanta carne en el asador, que se convertirían en una de las parejas más ardientes de la historia de las pasiones. Lo que pasa es que no consta en ninguna parte. Y por eso, cuando entendió que su hija Carlota estaba enamorada de Barbanegra, no interfirió a pesar de los veinte años que le llevaba. Su marido casi ni se percató del compromiso. El que se puso en contra fue Maur II el Intransigente, que no quería que su hermana se casara con un hombre tan mayor que incluso era mayor que él. Y que no, que no. Pero tuvo que tragar, porque sus padres les dieron la bendición. En el fondo, la oposición de Maur II Gensana el Divino fue una pura cuestión de envidia: envidiaba lo enamorado que estaba el tal Sicart (¡ah, los celos incestuosos del hermano!) y la decisión con que lo correspondía Carlota que, a los diecisiete años, tendría que estar interpretando el *Álbum de la Juventud* al piano, o columpiándose en los tilos, sin meterse en líos. Esa actitud del egregio poeta (que ya se había casado y era padre pero no estaba enamorado más que del anapesto y tenía muy bien organizado su secretísimo infierno particular) ayudó a Carlota a decidirse. Se casó y no tuvo hijos. Pero la pareja era feliz y parecía que les daba igual. Y cuando todo el mundo se había hecho a la idea de que el matrimonio era estéril (tanta pasión es pecaminosa y el pecado no conduce a la fertilidad, teorizó el padre Vicenç, el que llegaría a arcipreste), cuando hacía más de diez años que se habían casado, quizá por llevar la contraria a la concurrencia, nació yo, tu tío Maurici, de infausto recuerdo para algunos. Y, en el bautizo, el padre Vicenç, que ya era arcipreste y todavía no hacía cálculos sobre canonjías, afirmó que el amor siempre fructifica gracias a Dios, y todo el mundo asintió, menos el recién nacido, que era un angelito, pobrecito, tan chiquitín, tan bolita de carne, tan Sin Tierra, tan quejica, con los ojos cerrados y encerrados, angelito mío. Y el matrimonio Sicart fue doblemente feliz porque nadie, ni ellos, ha podido oler nunca el futuro ni su

saco de desgracias.

Tía Carlota murió de repente el día en que cumplía treinta y cuatro años. Tan de repente que no se lo esperaba ni la muerte misma. Acababa de supervisar la ropa de su hijo, que era yo, que tendría entonces unos cinco años, ¿te lo imaginas, Miquel, ahora que tengo mil?, y subía la escalera para avisar a su marido de que el almuerzo estaba servido. Los domingos, Francesc y Carlota almorzaban solos en el pequeño comedor de atrás, sin prisa, mirándose todavía a los ojos y sonriendo después de quince años de casados. Y para que fuera muy distinto a los demás días, tomaban té en vez de café. Normalmente, Francesc, que presumía de estar en perfecta forma a sus cincuenta y cinco años, cerraba el pequeño comedor con la llave dorada en cuanto la criada había dejado todas las cosas en la mesa. Y todos los domingos desnudaba amorosamente a su amada y a menudo se salía con la suya. Ahogaban los gritos en los cojines del sofá y guardaban en secreto el secreto de los almuerzos dominicales, su hora, la hora de ellos dos y de nadie más. No me llamaban ni a mí, Miquel. Era la hora del gran amor compartido, de los enamorados que se querían a pesar de los veinte años que se llevaban. Su hora.

Aquel domingo, Carlota subió a avisar a su marido; los dos, de la mano, él, risueño por dentro, pensando en la sorpresa que se llevaría su Carlota cuando viera, junto a la tetera, el anillo con el brillante, y la vela que había mandado encender a la criada, y la fotografía en la que Carlota, tan preciosa, miraba al objetivo como buscando (él todavía no lo sabía) una forma desesperada de quedarse pegada a la vida, aunque fuera por un hilo. Entraron en el pequeño comedor de sus amores. La criada ya no estaba. Francesc cerró la puerta con la llave, un detalle casi litúrgico. Y se quitó la bata, seguramente para indicar que ese día quería juerga. Ella lo vio y se quitó la suya. Él le quitó el finísimo camisón blanco y suspiró al verla desnuda. «Te quiero, —le dijo, y él sintió felicidad—. Mira lo que hay encima de la mesa, amor mío». La invitó a sentarse con un gesto. Ella se sentó, desnuda y esplendorosa, en la silla de madera de las flores grabadas, y su mirada tropezó con el estuche abierto. La luz de la vela reflejaba mil ilusiones en la superficie del brillante. Tía Carlota, sorprendida, abrió la boca, y él sintió felicidad. «Póntelo». Ella se lo puso: los reflejos infinitos acompañaron el movimiento y se le colaron en los ojos. «¡Oh, Francesc...!». «No digas nada... Si supieras lo preciosa que estás así, vestida sólo con el anillo...».

Después, el regalo de la fotografía. El regalo era más para él que para ella. Carlota se contempló en silencio, preocupada, como si supiera lo que le iba a suceder. Ahuyentó un mal pensamiento, dejó el retrato en la mesa y sonrió a su marido, que, sin que ella se diera cuenta, se había quedado desnudo con su deseo ante ella. Con el anillo puesto, se levantó para unirse a su amado, que la esperaba, enternecido, con los brazos abiertos. Al acercarse a Francesc, desnudos ambos, con los brazos tendidos, esperándose el uno al otro, se detuvo, miró intensamente a su marido, esbozó una sonrisa como pidiéndole perdón, y murió. Se desplomó en el suelo silenciosa y

desnuda, y Francesc tardó mucho tiempo en comprender que su ilusión, lo que le daba fuerza en la vida, yacía en tierra con un brillante en el dedo, pero sin reflejos infinitos en sus ojos, abiertos de par en par. Tu tío Francesc se volvió loco, pero eso, hijo mío, es otra historia. Y espero que entiendas que he estado toda la vida enamorado de mi madre, a quien sólo recuerdo por la fotografía que mi padre le regaló el día de su muerte.

Toda la ciudad de Feixes asistió al entierro de Carlota. Porque era Gensana, porque era joven y bella y porque no había tantas distracciones como para perderse una. Y también porque en noviembre todavía hacía falta distraerse de las fuertes tensiones vividas en la Semana Trágica, que dejaron baldados a obreros y patronos. Pero no, no asistió todo el mundo: nadie vio a ningún Rigau en la iglesia ni en el cementerio. En el arciprestazgo, en primera fila, don Francesc Sicart, recién enviudado y, a su lado, perplejo y vestido de negro, Maurici, que empezaba a hacerse con su apodo Sin Tierra y que no entendía del todo lo que había sucedido. La mirada del viudo, fija en el ataúd, húmeda de incredulidad y endurecida por el dolor, parecía tan fuerte, tan honda como si se le fueran a rasgar los globos oculares de un momento a otro. El padre Vicenç habló de resignación, de descanso eterno, de bondad divina y de que un día todos volveríamos a encontrarnos con Carlota. Pero Francesc no prestaba atención. Estaba concentrado en contemplar el ataúd, como si así pudiera evitar la muerte definitiva de su amada Carlota, el brillante, la vela, la ilusión, ella desnuda, adelantando la cabeza hacia él, y él esperándola, feliz por amar a una mujer feliz, con los brazos abiertos, esperando a que muriera.

Cuando las mujeres la vistieron, le quitaron el anillo de brillantes y se lo entregaron a Francesc. Él, con la voz ronca de pena, les dijo que quería que la enterrasen con el anillo. «Pero es una joya». Y él respondió que precisamente por eso, y no les contó que se lo había regalado unos segundos antes de morir, porque era su cumpleaños, ni les contó que quien muere el día de su cumpleaños es un elegido de Dios que perdurará en la memoria de los demás. Las mujeres se encogieron de hombros y volvieron a poner el anillo a la señora en el dedo, que ya estaba un poco rígido. «Cuántos reales para los gusanos», protestó la más atrevida. Y las demás, como un coro griego, le dieron la razón, resignadas ante semejante capricho de rico.

A mí también me gustaría morir el día de mi cumpleaños, Miquel, porque seguiría viviendo un poco en el recuerdo. Y Miquel Gensana lo miró fugazmente para asegurarse de que no le tomaba el pelo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El veintisiete de mayo.

—Es un buen día para morir. —Miquel se enderezó en el asiento—. Pero te aseguro que siempre vivirás en mi recuerdo.

—Eso si no pringas tú antes que yo.

—Sí, claro.

A partir de aquel nefasto día, Francesc Sicart, que tenía cincuenta y cinco años, no

hizo nada más. Se pasaba las tardes sentado, fumando cigarrillos, uno tras otro, pensando, recordando, olvidándose de mí, que seguía vivo, llorando en silencio, sin ánimo para pensar en mí, dejándome en manos de las criadas y preocupando a toda la familia Gensana, que veía al sobrinito abandonado a la buena de Dios, en brazos de la pena. Tu abuela Amèlia dijo que había que hacer algo con ese chiquillo, pero el amo Maur II Gensana el Inspirado, que nunca había querido mucho a su hermana Carlota, siempre respondía que el tiempo ineluctable todo lo arregla, Amèlia, ya lo verás; lo demás son puras figuras de dicción. Y volvía a sumergirse en la difícil composición del poema épico que tenía entre manos, del que ya había confeccionado unos ochenta alejandrinos impolutos y estériles.

Mamá Amèlia, de grato recuerdo, cuando se casó y durante el año y medio escaso que vivió en la casa antes de irse por causa de las reformas de Muncunill, no se olvidó del asunto y dio la lata a su marido para que fuera a hablar con el viudo de mirada ausente: «Ha abandonado a su hijito. Es tu primo, Toni, y no es más que un niño de cinco años». Pero Antoni Gensana no quería mojarse, porque ni su padre ni su madre parecían tener interés alguno en intervenir. Hasta que llegaron la desgracia y las carreras y las cosas se solucionaron solas, sin intervención de mamá Amèlia. Sin embargo, la desgracia se desveló a bocados, como si alguien tuviera mucho interés en no soltarla de golpe, para que nadie se indigestara. En primer lugar (un lunes a primera hora), llegó a *can* Gensana un paquete muy bien envuelto a nombre de Antoni Gensana y Amèlia Eroles de Gensana, sin remite. Lo abrieron con cierta expectación. Dentro, en varios sobres primorosamente alineados, los dedos curiosos de Antoni y los ojos atemorizados de Amèlia, que sabía que allí no podía haber nada bueno, encontraron papeles de banco de depósitos de dinero, las pocas acciones que tenía, las escrituras de la casa y de los terrenos del Obac. Y en el último sobre, lo que tanto temía Amèlia: la carta en la que se explicaba el porqué del paquete y tanta documentación. «Queridos sobrinos: no puedo vivir ni un día más sin mi querida Carlota. Aquí os dejo todas mis posesiones, ordenadas de manera que no os den más trabajo que el imprescindible. Disculpad, en todo caso, el que os den a partir de ahora. Os ruego una sola cosa de importancia: acoged al hijo que tuvimos Carlota y yo como si fuera vuestro. Cuando crezca un poco, explicadle mis motivos, por favor; supongo que me entenderá y que me perdonará. Adiós».

Cuando me lo contaron lo entendí; pero todavía no he podido perdonárselo, Miquel. Y, claro, después de leer la carta, qué cagalera en *can* Gensana. Antoni desesperado, Amèlia silenciosa y dolida, porque hacía mucho tiempo que ella lo decía. Y los padres, un poco desbordados por la catástrofe, decían no entiendo nada, Señor, qué tiempos nos ha tocado vivir. En casa de Francesc Sicart no había nadie más que las dos criadas. El niño estaba con las monjas. Y del señor, ni rastro. Guardias, campanas de alarma, rastreos, interrogatorios: Sicart había desaparecido. Al cabo de ocho días lo encontraron. Había elegido una encina robusta, al pie de Castellsapera, en un terreno de su propiedad. Lo encontraron por casualidad unos

cazadores de Mura, cuando seguían el rastro de un jabalí herido. Tardaron un par de días más en relacionar el macabro hallazgo con la desaparición de Francesc Sicart, porque en estas cuestiones y en alguna más, las autoridades no se distinguían por su agilidad. Lo que más le dolió a doña Pilar Prim de Gensana fue que, a pesar de su influencia, la Iglesia no cedió un ápice, y el yerno de *can* Gensana tuvo que ser enterrado fuera del cementerio cristiano, porque la Iglesia cierra los ojos a la desesperación final. Entre zarzas, como un perro. Como si los perros pudieran morir de amor.

Mamá Amèlia me acogió bajo su tutela, aunque sólo tenía veinte años recién cumplidos, y era la nuera de la casa y la suegra todavía no le había cedido las llaves. Desde ese momento, Maurici Sicart i Gensana, Maurici Sin Tierra, se quedó a vivir en *can* Gensana como si fuera su propia casa. Ojalá no lo hubiera hecho.

Segundo movimiento

Allegretto (Scherzando)

Y entonces llegó la crisis. Fue tremendo. Aunque, claro, cuando te subes a un trampolín, cada salto más potente que das se diferencia muy poco del anterior. Visto desde aquí, me da escalofríos pensar cómo pude ser protagonista de aquellos hechos. Y también me da escalofríos pensar que, a modo de salto previo, unos centímetros más abajo, aceptara llevar pistola. Y Bolós también, Júlia. El insigne parlamentario muerto en accidente.

Una de las señales de que te estás instalando en la madurez es la aceptación de que el replay no existe en la vida. Que la vida es un juego de una sola tirada de dados. Pues bien: todavía no he madurado. Y el asunto de la crisis se lo dejó muy claro a Miquel que, más de veinte años después de los hechos, todavía no los había asimilado.

Resulta que ni Simón ni sus compañeros de piso y de célula podían saberlo con exactitud. Sólo intuían que había pasado algo grave. Siguiendo las instrucciones de Ojos Azules, así como las normas de seguridad en caso de crisis, cambiamos de piso rápidamente, nos metimos en la guarida y nos encogimos esperando a que explotase la bomba y rezando al dios en el que no creíamos para que la bomba no estallase jamás, dios mío, dios mío, cuándo terminará esta clase de vida. Y, como era de rigor, establecieron los contactos de enlace y cobertura. Fallaron la mitad, lo cual significaba que la redada policial había sido de órdago. Y corría el rumor de que había muerto un camarada, pero era imposible verificarlo, porque no se podía ir a las agencias de noticias a pedir hágame el favor de decirme si es cierto que en un registro de los grises, un camarada heroico saltó por la ventana de un quinto piso por no tener que delatar a un compañero, y el de la agencia, un momento, voy a verlo; un camarada, ¿eh? Y Simón pensaba que sí y quería convencerse de que no; pero era tan evidente que sólo podía deberse a una delación desde dentro. Y se lo dije a Bolós. Franklin. Nos pasamos una noche fumando y hablando en voz baja para que no los oyeran los vecinos, y por que Cunillera y Chato, los otros dos camaradas de la célula provisional, no creyeran que estábamos conspirando; es que entre Bolós y Miquel había una confianza que traspasaba el límite de la que tenía que haber entre camaradas; tenían una especie de amistad contrarrevolucionaria particular, peligrosa para la vida conspiratoria pero eficacísima para la supervivencia mental. Por eso Franklin y Simón se pasaron la noche haciéndose preguntas y examinando interrogantes con lupa. Y llegamos a la conclusión de que los contactos que no habían fallado estaban tan desorientados como ellos; y que era evidente que el golpe había sido profundo, que habían sabido cortar la cabeza, decapitar al Partido, dejar las bases

sin dirigentes ni directivas. Una auténtica bomba.

—Me parece que tenemos que tomar la iniciativa —suspiró Simón a las cinco. Y me maravillé de haberlo dicho.

—¿Cómo? —contestó el pobre Bolós cinco minutos después—. Quieres ir a la cárcel a consultar ¿qué?

—No, al revés: he dicho tomar la iniciativa.

Sí, muy bonito. Pero imposible de hacer, porque nadie sabía quién podía haber sido el traidor. Podía ser cualquiera. Lo cual significaba que no podíamos confiar en nadie.

—No. El traidor tiene que ser un dirigente. Tenía demasiada información.

—Sí, pero... —contestó Franklin.

Después de este argumento tan sólido, mi compañero estuvo media hora en silencio. Y medio paquete de Rumbo. Y no tomamos ninguna decisión.

Pero, a pesar de las dificultades, el Partido velaba por todos. Tras dos días de no dormir y esperar a cada momento la patada en la puerta y los agujeros negros de las ametralladoras de la policía empujándonos la nariz, una mañana muy gris sonó el timbre de la puerta. ¿Qué? Oye, ¿qué hacemos?, se preguntaron los cuatro con la mirada, antes de decidir que sí, que había que dar algún paso, porque se nos empezaban a dormir las piernas y el alma de estar eternamente encogidos; y abrí. Y me encontré con una doctora en Filosofía por la Universidad de Princeton, presunta vendedora de enciclopedias, con gafas oscuras y un tic en los labios. Con mucha amabilidad le dije que ya tenía enciclopedia, que muchas gracias; pero la doctora en Filosofía se coló por el resquicio que no había dejado yo y entró en el piso y dijo déjame pasar, Franklin; porque eres Franklin, ¿verdad?

—No.

—¿Chato?

—No.

—¿Simón?

—¿Y tú quién eres?

La chica se quitó las gafas y Cunillera, que estaba mirando por una rendija de la puerta, reconoció a una camarada que había visto en un par de reuniones intercelulares, y que tenía deje de Castellón. La doctora valenciana nos contó que la pequeña parte de la Dirección que se había salvado de la razia había decidido reaccionar con dureza y se había vuelto a poner en contacto con los camaradas encarcelados, que eran exactamente veintidós, que estaban criando musgo en la Modelo y en Wad-Ras, después de quince días en los calabozos de Vía Layetana. Veintitrés si contábamos al pobre Mingo, porque había sido el camarada Mingo, del Comité Central, quien había volado hacia la libertad por no delatar a nadie, un héroe, un héroe del Partido, de la Revolución y del Pueblo, pobre camarada Mingo, Xavier Caràs Hernández, que tenía novia y había hecho teatro de aficionados en l'Hospitalet, nunca te olvidaremos. Y vengaremos tu muerte, te lo juro, san Mingo, camarada y

mártir. La chica de Castellón, la camarada Perpiñana, nos informó de que habían pillado a siete dirigentes en una reunión del Comité Central; otros tres eran del servicio de seguridad de la reunión, que, incomprensiblemente, se habían quedado como tontos; y los demás, de tres pisos francos a los que echó mano la policía media hora más tarde, mucho antes de que nadie pudiera haberse enterado de lo sucedido. Y el Partido ha decidido...

—¿Cómo se ha podido establecer contacto con la cárcel? (Simón el Entusiasmado, el ingenuo de siempre que preguntaba lo que nunca se debía preguntar).

Perpiñana sonrió; lo que exactamente quería decir pero tío, en qué mundo vives, ¿crees que te lo voy a contar? Y siguió adelante con las instrucciones. Y, como si ella fuera el oráculo, Chato, Simón, Cunillera y Franklin le prestaron mucha atención, porque tenían que memorizar todas las instrucciones que se resumían en Primero, sí: sabemos positivamente que hay un traidor; comprobado. Segundo, todavía no sabemos quién es. Tercero, casi completamente seguro, el traidor es uno de los que están en la cárcel, porque lo que no se puede hacer es despertar sospechas entre nosotros.

—Sea quien sea, es un cabrón. Si lo veo, lo mato. (Cunillera).

—Cuarto: casi tenemos la certeza de que se trata de uno de los tres camaradas que formaban el servicio de seguridad del Comité Central.

—Entonces, ya tenemos el nombre —se adelantó Franklin.

—No. Tenemos tres y nos sobran dos.

—Pero... Sí, claro.

—Quinto: con este golpe, se han desmantelado dos tercios de la cúpula del Partido.

—Eso convendría no decirlo —precisé con severidad.

—¿Por qué? —Perpiñana me traspasó el cerebro con la mirada.

—Para que los camaradas no se desanimen.

—La verdad es revolucionaria.

—...

Habían pillado al pobre Simón con un pensamiento poco revolucionario y muy probablemente pequeñoburgués. Diez avemarías.

—¿De acuerdo? Pues sigo: sexto o séptimo o lo que sea, esta célula vuestra, la de militantes liberados, ha sido designada.

Perpiñana no había respirado prácticamente hasta aquí. Abrió el bolso que había dejado encima del hule de la mesa del comedor, sacó un paquete de Celtas cortos y cogió un cigarrillo. Chato y Simón tuvieron la misma idea.

—Designada ¿para qué?

—Sí, eso, ¿para qué? —se sumaron Franklin y Cunillera.

—¿Conocíais al camarada Mingo?

—No.

—¿Para qué nos han designado? —dijo Simón.

—Haced el favor de dejarme hablar. —Mientras encendía el Celtas y se escondía un momento detrás del humo.

—Sí, claro.

—He venido a comunicaros que, como esta célula está formada por cuatro camaradas del área militar y según todos los indicios estáis limpios —se detuvo para quitarse con los dedos una brizna de tabaco de la lengua—, os han designado para llevar adelante el proceso de restitución del ánimo revolucionario entre todos los camaradas, tanto los de dentro como los de fuera.

—¿Y eso cómo se come?

—¿Qué tenemos que hacer?

—¿Por qué has venido a nuestro piso en vez de acudir al enlace preceptivo?

Y Bolós salió del comedor y volvió con una pistola negra como el miedo y la puso encima de la mesa, a su lado, a modo de aviso, y a Simón (Dios, qué saltador de trampolín) le pareció una idea maravillosa. Perpiñana se limitó a sonreír sin soltar el Celtas de entre los labios, con los ojos entrecerrados por el humo; abrió el bolso otra vez y sacó un pistolón más grande.

—Cuidado con lo que hacéis, que no está el horno para bollos —escupió.

Pero Franklin no cejó y volvió a pincharla, típico de Bolós.

—¿Por qué no te has puesto en contacto preceptivamente?

—Ojos Azules está fuera de la circulación.

Lo dijo casi con desgana, harta de tanta desconfianza infantil. Y los cuatro camaradas se quedaron petrificados y se les cortó el pensamiento, como si se les hubiera muerto alguien parecido a un padre. Lo único que podían hacer era tragar saliva y cagarse en el traidor que les estaba haciendo tanto daño. Perpiñana consultó el reloj, suspiró profundamente, aplastó en el cenicero la colilla del Celtas y, con el último humo del cigarrillo, dijo:

—Séptimo, esta misma noche...

Cada cual fue por su cuenta. Cunillera y Franklin coincidieron en el tranvía azul, pero como si no se conocieran de nada. Uno de ellos esperó al siguiente funicular, por si acaso. En cuanto a Chato, tan reservado y rarillo como siempre, ni dios sabía cómo llegó. Y yo, sólo por quitarme de encima el miedo que tenía, preferí ir a pie, que era una forma más revolucionaria e imprudente, porque a ver qué pinta un joven subiendo a pie al Tibidabo él solo. La cuestión es que a las seis en punto de la tarde, cuando el sol empezaba a sonrojarse de ver el poniente tan cerca, estaban los cuatro haciendo cola, uno detrás de otro, para subir a la atalaya del Parque de Atracciones que, debido al frío, estaba tristísimo. En la entrada de la atalaya, el encargado, un chico pelirrojo que mascaba chicle incansablemente, de una forma que se me hacía la boca agua, tenía la nariz al borde de la congelación. Nos miró con ojos tristes y comprobó la validez de las entradas. No había mucha cola, la verdad, porque, si abajo

hacía un frío que cortaba la respiración, arriba, en la cesta, debía de cortar hasta las ideas.

Los cuatro seguimos las instrucciones de Perpiñana al pie de la letra. No supieron cómo, pero cuando estaban los cuatro instalados en la cesta, apareció de pronto, sin saber de dónde, una quinta persona que entró también, y el pelirrojo cerró la cesta y nos mandó al cielo a chicletazos. Cuando las personas empezaron a empequeñecer, vimos que esta quinta persona se quitaba el sombrero y nos enseñaba la cara: era Ojos Azules y quería ir directo al grano.

—Tengo vértigo —dije—. No soporto las alturas.

—Pues siéntate en el suelo de la cesta, que no hay tiempo que perder.

Y allí, en medio del cielo, con el lamentable Cristo de los Brazos Abiertos como único testigo mudo, Ojos Azules les comunicó que, de momento, se habían terminado el quiosco y los contactos habituales.

—Creíamos que te habían trincado —dijo Franklin sonriendo.

—He dicho que no hay tiempo que perder. Os han elegido para hacer justicia. En memoria del camarada Mingo. —El tono era un tanto ceremonioso—. Le he dicho al Comité que os sentiríais orgullosos. —Nos miró en silencio—. ¿Acaso me equivoco?

Silencio, glups, miedo, y yo con ganas de vomitar por culpa del balanceo cruel de la cesta.

—Hacía diez años que luchábamos juntos. —La voz venía de lejos, del Cristo de los Brazos Abiertos, parecía—. El Partido quiere que seamos dignos de los camaradas mártires.

Guardamos silencio todos, como una oración fúnebre por Xavier Caràs Hernández, a quien la prensa había despachado con una breve nota informando del suicidio de un obrero de SEAT que tenía perturbadas las facultades mentales. Y el viento frío dijo amén, Mingo, amén.

—Tenéis que actuar en grupo: da igual quién dispare, y mejor que no se lo digáis a nadie, nunca.

Y Franklin, Cunillera, Chato y Simón se miraron por primera vez con su nuevo estatus de encadenados por un secreto terrible. Y los cuatro sonrieron para disimular el miedo inmenso que los embargaba. Franklin, para hacerse el valiente, encendió un Rumbo, y a mí, desde las profundidades del mareo, me dio por soltar una gracia:

—¿De qué sirve?

—Nos ha destrozado el Partido, nos ha destrozado la vida, ha traicionado a la causa y a la revolución... y ha asesinado a Mingo.

—Un traidor es peor que un enemigo. —La voz de Chato, que a veces ejercía de teórico.

—Además, la bofia tiene que enterarse de que no nos andamos con tonterías.

—¿Queréis que lo sepa la policía? —Me estremecí.

—Por descontado. Que se lo encuentren tieso con una bala en el cogote. Que sean ellos los que oculten la verdad. Que digan que fue un suicidio, si pueden. Es la forma

que tenemos de recuperar la iniciativa. Y jamás podrán demostrar quién ha sido.

La cesta inició el descenso lentamente, como si el pelirrojo del chicle hubiera adivinado el tono concluyente de las palabras de Ojos Azules. A ninguno de los cinco ocupantes se le había ocurrido mirar la hermosa panorámica de aquella Barcelona atemorizada, agachada de espalda al mar, en la que se cocían tantos dramas, en la que se encarcelaba a los compañeros y en la que todavía respiraba el traidor. Con aplomo, Ojos Azules aprovechó los últimos segundos del trayecto: o Solà o Toro o Sevillano. Uno de los tres. Y no cabe la menor duda. El primero al que suelten de la cárcel será vuestro hombre.

—Pero nosotros tenemos que actuar sobre seguro.

—De eso no os preocupéis. Quiero un trabajo limpio. Un día recibiréis un nombre y una dirección. —Ojos Azules nos miraba como si le diera vergüenza decir esas cosas—. Es en lo único que tenéis que pensar. El piso en el que vivís todavía es seguro. —Leve vacilación—. Después de... de la actuación os dispersaréis, cada uno a otro piso: Perpiñana os dará las instrucciones de mi parte.

Cuando la cesta ya estaba casi a ras de tierra empecé a encontrarme más seguro.

—Buenas noches, chavales —dijo Ojos Azules para poner punto final a la conferencia.

Me levanté y, sonriendo a lo Humphrey Bogart, me sacudí el polvo del culo. El chico pelirrojo cortaba las entradas de otros mártires. No pude verle la tristeza en los ojos porque me pareció que rehuía nuestra mirada. Cuando pisé tierra firme, suspiré en dirección a Ojos Azules:

—Es decir, que nos ha tocado aplicar una dura crítica a un camarada en el cogote...

Alguien sonrió, pero Ojos Azules me fulminó con su mirada oscura.

Para mí es un esfuerzo hablar de estas cosas, Miquel... Porque me han marcado la vida entera y todo ha salido como ha salido porque soy como soy, Miquel. Pero he tardado docenas de años en aceptar que no podía ser de otro modo. A los diecisiete o dieciocho años, o tal vez un poco mayor, sólo lloraba. Ahora no me río, pero cuando hablo de ello no se me humedecen los ojos. Y además, hablo de ello, puedo contártelo. Tengo la impresión de que la primera vez que lo constaté sin lugar a dudas fue a los veintiún años. Con las mujeres, tu padre era un chavalón muy... ¿Cómo te lo diría?

—Putero.

—Es lo que iba a decir —murmuró mi tío, recostado de cualquier manera en la cabecera de la cama, con la mirada perdida en el hilo del recuerdo de todas las cosas que Miquel nunca habría de saber sobre la vida privada de su padre.

Y su tío especificaba que a los diecisiete o dieciocho años ya se había estrenado en Ca la Manyana. Sin embargo, yo, por lo visto, no tenía ninguna prisa. Fue él quien me llevó, haciéndose el entendido en mujeres, putas, champán y entrepierna con la actitud socarrona que lo caracterizaba desde pequeño. Tú no has conocido Ca la Manyana, pero era un burdel de lujo que estaba en la carretera de Mura, en un sitio delicioso, rodeado de árboles y lleno de cortinajes y de putas. Dicen que en los tiempos de mis padres era incluso más famoso; pero, sea como fuere, toda la población masculina de Feixes acababa pasando por allí en algún momento de su vida. Mi momento fue a los veinte años, arrastrado por el entusiasta Pere I Gensana, Amigo del Alma, que quería que probase los favores de Llúcia (ella prefería que la llamasen Luchía, en italiano), una mujer joven, guapa, de ojos oscuros, sensual, pelo negro y cuerpo perfecto que tenía una larga fila de rendidos admiradores. Más tarde me enteré de que era hija de Gironella y sobrina de un rector que hizo muchos estragos. Era evidente que Luchía había adquirido la belleza demoníaca que heredan los hijos del pecado.

—Siéntate bien, tío, que se te va a dormir el brazo.

—Estoy muy cómodo así. Y calla, haz el favor, que quiero hablar. Pues Luchía era guapa, preciosa, lo reconozco.

—Maurici: toda tuya.

Me atraganté: era mucha hembra para mí; pero Pere no paraba de decir que era una mujer como un ataque al corazón, que me abriría los ojos a la vida, porque yo era una mosquita muerta y que me enseñaría a encontrar la alegría. Todo eso me decía tu padre, un mocoso de diecisiete años. Y Luchía estaba en complicidad con él, porque

los dos se reían... de mí, me da la impresión. Me guiñó un ojo y me dejó solo, hijo de perra, con aquella mujer que cortaba el aliento. Y lo que intuía se me hizo evidente en ese momento, Miquel, qué vergüenza tener que decírtelo, pero fue uno de los motivos por los que me refugié en los estudios con desesperación, para ver si lograba olvidarme de mí o, más desesperadamente todavía, si lograba cambiar. Luchía se desnudó delante de mí y empezó a hacerme carantoñas y a quitarme la ropa, pero yo parecía un palo de escoba.

—Tu amigo me ha dicho que eres muy tímido.

—Yo... es que no...

—Da igual, rey, Maurici. Déjame a mí...

—Sí, pero...

Una conversación tan precisa no podía llegar muy lejos. Me llevó a la cama, que estaba allí mismo. Y entonces me di cuenta de que no era que la pobre Luchía me diera asco, sino que uno no puede intentar apoderarse, acercarse, hacer carne de su carne lo que no le interesa, porque automática e injustamente le produce repulsión. En cuanto lo entendí, me levanté de la cama con la idea clara, por fin, y le dije en voz baja pero firme:

—No me gustan las mujeres.

Ella se quedó inmóvil unos momentos y después empezó a excitarme con las manos para demostrar que yo mentía.

—¿Lo ves? —dijo, profundamente ofendida, al cabo de un minuto—. ¿Cómo puedes decir que no te gusto, con este pollón tan duro?

Lo que había ofendido a Luchía era la derrota de su poder de seducción; pero también debió de erigirse en representante de todas las mujeres del mundo, porque no entendía que un chavalote tan bien plantado como yo no fuera detrás de ella como un perrito.

—No tenía ni idea, tío.

—Es el secreto peor guardado de toda mi vida. —Por fin se incorporó en la cama y Miquel se tranquilizó—. Aparte de ti, ahora que ya todo me da igual, sólo lo han sabido tres personas: y si tuviera poder para repetir fragmentos de mi vida... ni esas tres personas lo habrían sabido jamás.

—¿Se lo dijiste a mi padre?

—No. Todavía no lo sabía ni yo. Nadie me había explicado el significado de la palabra homosexual. En mis tiempos se decía afeminado, amanerado, mariquita, pero no homosexual, como se dice ahora, porque, entre otras cosas, nunca se hablaba de eso. Pero yo lo vivía sin saberlo. Me parecía que era normal tener miedo a las mujeres, verlas tan lejanas. Y me refugié en Virgilio y Horacio; a la familia le parecía normal; sobre todo a mi abuelo Maur II el Divino. No, a él le pareció natural. Lo que no sabían era que Virgilio era un escondite para no encontrarme con las mujeres y para apartar de mí las figuras bellísimas de los hombres que me gustaban. No le cuentes a nadie todo esto, Miquel.

—Te quiero, tío. —Y pasó un ángel. El silencio nos permitió oír la regañina del sargento Samanta a un abuelo que había vuelto a orinarse sin su permiso. Para no deprimirse, Miquel se quedó mirando los vivos ojos de su tío, que había vuelto a los veinte años.

—Este mozalbate tiene espíritu artístico —decidió un día tu bisabuelo Maur II.

—¿Sí?

—Sí. Poeta será.

Y me matriculé en Filosofía y Letras. No protesté, porque me parecía bien seguir el rastro de los clásicos. Y momentáneamente me alejé de Pere, que estaba predestinado a ayudar a su padre, tu abuelo Ton, en la fábrica familiar. Y por ir con libros bajo el brazo me convertí en una persona especial a quien se le perdona que sea un poco rarillo, y en las noches alegres del charleston y las fiestas, todas las buenas juergas siempre terminaban durmiendo la mona en una cama de alquiler, tanto en Feixes como en Barcelona. Todas, menos las mías.

—Vamos, Maurici, coño, entra conmigo.

—Te espero en la sala tomando un té.

—No seas maricón, sube. Te lo vas a pasar...

Tu padre me sermonaba: me explicaba que vivir en continencia era muy malo para la salud, que ya llegaría el momento de sentar la cabeza y la vida y dedicarse a una sola mujer, y etcétera. Pero bajo ningún concepto estaba yo dispuesto a decirle que aquellas mujeres pintarrajeadas me daban miedo y me revolvían el estómago. No podía contarle que el corazón me daba un vuelco cada vez que veía a un hombre musculoso cargando el carro del hielo, con la pechera desabrochada, o subido en lo más alto de un andamio, con barba de tres días y la piel curtida por la intemperie... Y que mi fantasía era verlo desnudo delante de mí y poder acariciarlo. Pero yo no sabía que eso era ser mariquita ni que podía ser un problema para mí. Instintivamente, lo único que hacía era ocultarlo. Hasta que me decidí a ir a ver al padre Vicenç a escondidas.

—¿Por qué?

—Porque era lo que se hacía. El padre Vicenç ya era viejo, pero tenía fama de sabio y prudente, y creí que sabría explicarme lo que me pasaba e indicarme la mejor solución. Y sí, me dio una solución: me convirtió en un amargado para toda la vida. Y supo hacerlo con pericia.

—¿Sabes lo que eres?

—No, padre. ¿Cómo, lo que soy?

—Un vicioso.

Fue una sentencia vitalicia. Yo, Maurici Sin Tierra, el Vicioso, me aterroricé al oírla. Y, con mucha aflicción, me enteré de que estaba emparentado con Sodoma y Gomorra y de que caería sobre mí el castigo divino, si no...

—¿Si no qué, padre?

—Si no reprimes esos impulsos contra natura y no ofreces la mortificación a

Dios, Nuestro Señor; si no te abstienes de por vida de toda clase de relación carnal; y si no vas al médico.

—¿Al médico? ¿Para qué?

—Y cien avemarías.

Y fui al médico, al doctor Canyameres, que me prestó mucha atención, pero enseguida se entristeció. Él no podía ayudarme, no podía, ¿me entiendes, Maurici? No puedo recetarte ninguna medicina... A menos que hagas un esfuerzo...

—¿De qué clase?

—Bueno, pues... no es que yo quiera incitarte, pero... ¿Por qué no intentas ir con una mujer? A lo mejor le tomas afición.

—Lo he intentado.

—¿Y?

—Me dan asco. No. Me pongo fatal. Me dan miedo. No puedo con ello...

Gracias al sacerdote y con la ayuda inestimable del doctor Canyameres, yo, Maurici Sin Tierra el Vicioso, príncipe de Sodoma y señor de Gomorra, viví llorando por dentro y creyéndome un pecador.

Sesenta años más tarde, tumbado en la cama de la residencia, señaló a su sobrino nieto con el dedo, lo miró fijamente y confesó, con dolor en la mirada y la voz rota, que, después de hablar con el padre Vicenç y el doctor Canyameres, comprendió que alguien lo había condenado a no ser feliz jamás.

—¿Por qué no te rebelaste?

—Hoy día, es fácil... —Cogió aire y me miró con un amago de sonrisa—. Sí que me rebelé: no recé las cien avemarías.

—¿Quieres descansar un poco, tío?

—No. A los veintidós años me enamoré.

Se quedaron un momento en silencio. De las profundidades del recuerdo salió una nueva confesión.

—Se llamaba Miquel, como tú, Miquel. —Se perdió unos instantes en sus recuerdos—. Miquel Rossell. No se lo había contado nunca a nadie.

—Ni tienes que contármelo a mí ahora.

—Sí, sí. Ya lo verás. —Miró a la mesita de noche—. ¿A que quieres chocolate?

Mordisqueando el chocolate golosamente, tío Maurici le contó que Miquel Rossell era un muchacho de su edad, un poco más joven, que trabajaba de tejedor en *can* Gensana.

—Nos costó mucho reconocer que nos atraíamos. Era difícil; era imposible, ¿me entiendes?

—No hace falta que me lo cuentes.

Pero mi tío siguió, imperturbable, su monólogo de dolor, que en ese momento era de amor, Miquel, la primera vez que un hombre respondía con interés a mi mirada de interés; Miquel Rossell estaba comiendo carne fría en su fiambarrera, sentado en el suelo, apoyado en la pared de la nave de los telares, completamente despreocupado

de la borra que me daba asma. Y mi tío me contó que iba con Pere buscando a su padre y se pararon al lado del compañero de Miquel, y les dijo que el amo Gensana había pasado por allí en dirección a la caldera. Y Maurici miró a Miquel a los ojos y Miquel, sin dejar de masticar, también lo miró con una sonrisa interior franca y desconcertante. Y cuando iban por el pasillo, antes de torcer por la nave del apresto, Maurici miró atrás y vio con sobresalto que ese muchacho tan bien plantado lo seguía. Sin esfuerzo, dijo a Pere que siguiera, que enseguida lo alcanzaría.

—¿Cómo te llamas?

—Miquel.

—Yo Maurici.

—Lo sé.

Miquel se rio sin carcajadas, como sólo algunos saben. Desde ese momento supe que podía quererlo. Y nos vimos, siempre a escondidas, siempre disimulando; al principio, hasta disimulábamos entre nosotros, fingiendo que no nos dábamos cuenta de que nos gustábamos; hasta que un día, Miquel me cogió la mano con la que había partido una ramita en el bosque del Pla del Bonaire, al que habíamos ido a buscar setas; y nos quedamos un rato mirándonos a los ojos, muy cerca el uno del otro, demasiado, escrutándonos los escrúpulos y las palpitations del deseo, y fue Maurici Sin Tierra el primero que dijo te quiero, Miquel... Y cuando el eco de las palabras del dulce recuerdo se perdió entre las paredes de la habitación, terminó de contarme que Miquel le respondió con un beso suave, y las dos mejillas mal afeitadas se rascaron y pensé que tal vez fuera posible alcanzar la felicidad, como los demás; pero la cosa fue así porque en aquellos instantes apartaba de mí, con desesperación, la idea del pecado que me ahogaba desde hacía unos años.

—¿Te parece que esto está bien? —pregunté yo, Maurici Sin Tierra el Moralista.

—Calla y abrázame.

A Miquel no le interesaban esas filigranas. Y por eso nos abrazamos y perdí la cabeza, y desde ese momento supe que sí, que era posible alcanzar el placer, aunque fuera un placer prohibido del que no podía hablar con el padre Vicenç, ni con el doctor Canyameres ni con mi amigo del alma Pere I Gensana el Fugitivo, que en esos momentos estaría revolcándose con dos pelanduscas a la vez, pensando en lo bonita que es la vida, que el pecado se confiesa y a otra cosa. La trampa, Miquel, es que esos largos momentos de placer no eran más que islotes de felicidad minúsculos y escasos.

Miquel, el otro, Miquel Rossell, fue muy tierno y prudente. Me demostró que yo podía ser objeto de deseo; me enseñó muchas caricias que no conocía y también a explorar un cuerpo ajeno. Aquella madrugada no encontramos setas, Miquel, nos encontramos el uno al otro y sellamos nuestro afecto, nuestro amor tal vez, no sé, con el incómodo cerco del deseo. En nuestra familia, son muchos los Gensana que han vivido toda la vida con un secreto inmenso a la espalda; yo era uno más. La cuestión es que amé a Miquel, Miquel, hasta que murió.

La tarde pasó como un suspiro en el silencio del manicomio. Hasta que las

sombras se hicieron borrosas.

—Tío.

—Sí.

—¿Me llamo Miquel por tu Miquel?

—No. Te llamas Miquel por tu hermano Miquel. Así lo quiso tu madre. Pero tu hermano sí que se llamaba Miquel por Miquel. —Mi tío se enjugó una lágrima con el arrugadísimo pañuelo—. Ejercí el derecho de padrino para tener un recuerdo eterno de mi amor. Pero tus padres no lo sabían.

—¿Ya no estabais juntos cuando nací yo?

—Había muerto, Miquel. Hacía muchos años que Miquel había muerto. Lo mataron.

—¿Cómo? —Y, tras un silencio lleno de sombras—: ¿Quién?

Nunca estuvimos juntos Miquel y yo. Nos veíamos en las sombras. O entre la gente, disimulando que éramos lo que éramos el uno para el otro. Él, el obrero; yo, el familiar del dueño, fuimos juntos a la proclamación de la República Catalana que se celebró en la plaza de San Jaime, en Barcelona. Miquel se enardecía mucho y enseguida se apuntó a la FAI. Recorrimos juntos las calles de la esperanza sin poder ir de la mano, pero unidos por la ilusión extrema que provocan los sueños colectivos. Y juntos recorrimos un montón de pensiones del puerto de Barcelona (siempre lejos de Feixes y de su maledicencia) y aprendimos lecciones sobre los gestos prohibidos de la ternura y poco a poco llegamos a conocer nuestro cuerpo inexperto, y nuestro amor clandestino nos convirtió, a Maurici, estudiante de Lenguas Clásicas, y a Miquel, tejedor, operario de segunda, en una sola cosa.

—¿Quién mató a tu Miquel, tío?

Y abuelo Maur II el Divino dijo basta a la vida a finales del treinta dos, completamente disconforme con la poesía que se hacía en esos momentos, él, que la conocía tan bien, y que desconocía todo lo que le pasaba a la gente que tenía alrededor. Murió poéticamente; don Maur siempre se había imaginado un final susceptible de ser traducido en alejandrinos, pronunciando la última frase (había preparado tres), con toda la familia alrededor, desolada, y un segundo círculo más amplio, formado por todos los escritores del momento, que estarían aturdidos por tan sensible pérdida y por no saber a quién pasar, tras la muerte de Maur Gensana, la antorcha de la genialidad. Pero no fue así: abuelo Maur murió en la galería norte, sentado en el sillón, con la pipa en una mano y sujetando fuertemente un cuaderno en la otra. No se sabe cuándo murió exactamente, pero murió solo, tal vez sabiendo lo que pasaba y rindiendo homenaje a los Antonis y Mauris y a sus mujeres respectivas, que asistían a su último suspiro desde la inmovilidad de sus retratos. Ni siquiera ladró *Bonaparte*, el perrito. Se lo encontró Lluïsa, que ya era muy mayor y que unos meses antes, cuando se proclamó la República, había cumplido cuarenta y seis años de servicio ininterrumpido en *can* Gensana. Y la pobre mujer, con un gemido débil que nadie pudo oír, recorrió toda la casa hasta que me encontró en la biblioteca, encogido

detrás de Ovidio. La pipa se quedó para siempre en el escritorio del abuelo poeta. El escritorio, en el despacho, también para siempre. Y el cuaderno que tenía en la mano pasó directamente a las mías, porque tu tío Maurici Sin Tierra se quedó casi más pálido al ver ese cuaderno entre sus manos que al ver muerto a su abuelo. Mi abuelo Maur II el Divino, Miquel, hizo lo que han hecho todos los Gensana varones desde que la historia es historia.

—¿Qué hizo, tío?

—Morir de repente. Es una fatalidad que siempre nos ha perseguido, y nunca falla. Y en la esquila, que ocupaba media página del periódico de Feixes y de todos los de Barcelona, doña Pilar mandó imprimir la *Oda a Feixes* y la *Oda a mi Jardín*, deliciosas composiciones, muestras del altísimo valor de la obra de nuestro noble poeta, lamentablemente fallecido. Y el heredero, Anton, mi padre adoptivo, tu abuelo, se convirtió automáticamente en el amo Anton III Gensana el Fabricante. Y yo vivía entre Virgilio, Homero, Miquel, el sueño y el miedo al infierno. Con el tiempo, el infierno de Pedro Botero dio paso al infierno de los hombres, que es más poderoso, y gastábamos todas las energías en proteger nuestro dulce secreto indefenso. Y una semana después, el notario nos dio la noticia que se llevó para siempre la paz de esta familia y que escandalizó a los Antonis y Mauris y a sus mujeres, los de la galería de retratos, porque las desgracias que llegaron hasta la huida de tu padre y, por tanto, llegan hasta ti arrancan de la información que nos dieron en el despacho del notario.

Para mi —para nuestra— desgracia, dieciséis días después de la excursión al Tibidabo recibimos un nombre y una dirección.

—Las llaves son de un chalé de Valldoreix: no hay vecinos. Hoy a las cinco lo vais a buscar a su casa y lo lleváis al chalé. —Perpiñana, la muy puta, no nos miraba a los ojos. Miraba al suelo—. Aquí tenéis su dirección. En Valldoreix le espera un comité de bienvenida, que os dará más instrucciones.

Ninguno de los cuatro condenados dijimos ni pío. Perpiñana, como haciéndonos un gran favor, posó la mirada en la pared:

—El Partido os asegura que nadie sabrá jamás quién se ha cargado a Toro. Y agradecerá vuestra fuerza revolucionaria.

—Pero...

—Suerte. Mucha suerte, camaradas.

Toro. El camarada Toro. Cinco años de militancia. Primera promoción de graduados por la Universidad de Beirut: Cum Laude en explosivos. Ideólogo de la última escisión. Estalinista hasta la médula; demasiado, incluso. En el Comité Central desde hacía tres meses. Por qué, por qué, excamarada Toro, por qué. ¿Es que no sabías que Mingo era un buen hombre, que tenía novia y futuro?

Fue fácil pero muy desagradable. El excamarada Toro no esperaba una reacción tan rápida. A lo mejor no esperaba ninguna reacción. Cuando Simón y Chato lo metieron en el coche que conducía Franklin, perdió la media sonrisa con la que los había recibido y los ojos se le empezaron a salir de las órbitas. En el coche salió a relucir una pistola, la de Cunillera, tal vez el más nervioso. Toro charlaba, decía qué hacéis camaradas, adónde me lleváis, pero qué es esto, y los excamaradas, mutis, como muertos, sin aludir a Mingo para nada, tal como se lo habían mandado, como si todo eso no les interesara nada, sin odio, yo mirando por la ventanilla para no echarme a llorar y maldiciendo el día en que me lié en las pintadas con Berta y en todo lo que vino después, y pensando no puede ser, no puede ser, no puede ser que esté colaborando en la muerte de un hombre, y otra voz profunda, como la de Ojos Azules, me decía, de profundis, Toro es un cerdo traidor asesino que ha vendido la causa al enemigo. Y así todo el inquietante trayecto hasta Valldoreix. Tres hombres enmascarados se encargaron de hacerle recitar hasta la primera lección de la cartilla. (Por qué, qué información has pasado, por qué, cuánto tiempo, por qué, Toro, por qué, a quién, el nombre del contacto. ¿Por qué, Toro? ¿Eres un infiltrado desde el principio? ¿Eh? ¿Eres de la bofia? ¿Un obrero que se hace de la bofia? ¿Qué te han prometido, eh?). Y él estuvo tres o cuatro horas negándolo todo, incluso las pruebas,

diciendo que se equivocaban, que él era muy amigo del camarada Mingo, quejándose de que todo era un error. Pero como los sistemas clandestinos de interrogatorio no podían andarse con zarandajas, enseguida se puso a tono y empezó a decir paridas: que lo hacía porque tenía una prima que estaba enferma y tenía que pagarle la hospitalización; que nunca había dicho nada esencial y que no entendía cómo habían podido hacer aquella redada. Que tenía familia (cierto) que dependía de él (falso). Y también el nombre del enlace en la bofia. Y la seguridad prácticamente absoluta de que no tenía cómplices dentro del Partido. Entretanto, Chato, Franklin y Cunillera, como en las películas más ortodoxas de policías y ladrones, jugaban a las cartas en otra habitación llena de humo y se esforzaban por pensar en Mingo, y el camarada Simón leía en un rincón, y los demás lo miraban con malos ojos porque ya vale de libros. Pero los cuatro esperaban órdenes con el estómago revuelto sin querer confesarlo, porque era peligroso declararse cobarde en semejante coyuntura. Nadie del Partido sabía exactamente que ellos eran los encargados, a excepción de Ojos Azules.

—Y Perpiñana —dijo Miquel II Gensana el Gorila levantando la vista del libro. Los otros lo miraron como si fuera una aparición, y añadió—: Perdonad, estaba pensando en voz alta.

—Josep Maria también pensaba en voz alta —recordó Júlia con cierta timidez.

—¿Qué Josep Maria?

—Bolós.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he dicho que lo conocía. —En su plato sólo quedaba la cebolla—. Un poquito.

La verdad era que a nadie le interesaba saber quién componía el pelotón de ejecución. Además, sólo a dos de los cuatro elegidos les tocaría el gordo, de manera que los otros dos camaradas no sabrían exactamente cuál de los dos afortunados apretaría el gatillo. Chato, Simón, Cunillera y Franklin, los afortunados de la rifa de noviembre, los campeones de la crítica en el cogote.

En las horas que duró el interrogatorio, y después de preguntárselo mirando al jardín, decidieron que, como no había voluntarios, tendrían que echarlo a suertes. Y Franklin fabricó cuatro palitos de medidas distintas y se los dio a Chato. Y lo hicieron al palito más corto. Simón casi se desmaya de alegría al ver que su palito era largo. Cunillera... corto. Franklin... mediano. Pero a Chato le quedó el más corto. Cunillera y Chato fueron los afortunados premiados con un viaje al Caribe para dos personas. Previa ejecución de un excamarada. Y el cielo se abrió sobre mi cabeza, porque no tenía que ser el autor material de un asesinato, por muy justificado que estuviera, y di gracias al dios que no existía y miré a Bolós de reojo, y también estaba dando gracias a sus divinidades. Mil veces mejor deshacerse del cadáver que transformar a Toro en cadáver. Mil veces mejor tener que esperar que entrar allí dentro. Mil veces mejor. Y Cunillera y Chato, pálidos como la muerte.

Cuando el comité de recepción e interrogatorio se fue discretamente, después de advertirnos que aquello tenía que quedar vacío al cabo de una hora, y las llaves debajo del felpudo, Cunillera y Chato se pusieron de pie. Simón les ofreció un Rumbo como si fuera el último cigarrillo de unos condenados a muerte. Lo fumaron con avidez, como si de verdad estuvieran en capilla. Para ayudarlos a digerir el momento, Franklin, envalentonado, les dijo que no os tiemble el pulso, camaradas: no es más que un gusano traidor; pensad en Mingo. Y Cunillera lo miró con aborrecimiento, le tiró el cigarrillo encendido a los pies y le escupió si lo ves tan claro, por qué no vas tú, cabrón. Yo a Mingo ni lo conocía. Pero Chato lo agarró por el brazo y se lo llevó a las habitaciones de atrás.

Franklin y Simón nos pusimos a andar de aquí para allá como esperando noticias de la comadrona, sin atrevernos ni a mirarnos, sin querer mirar al jardín húmedo del chalé, con ganas de terminar y seguramente pensando que nunca habríamos creído que fuera tan difícil llevar pistola. Y entonces oí el disparo. Dios. Dos. Dos disparos un poco amortiguados. La crítica en el cogote del pobre Toro, repugnante traidor a la causa. Y el suspiro que soltamos Bolós y yo, esperando oír el llanto del recién nacido.

Chato y Cunillera volvieron con las pistolas guardadas, imposible saber quién había sido. El Secreto Más Terrible quedaba entre los dos Camaradas Héroe. Y ni Bolós ni yo quisimos mirarlos a la cara. Pero adivinamos que tenían unas ganas tremendas de emborracharse. Y el camarada Mingo podía descansar en paz.

—Ahora os toca a vosotros —dijo Chato.

Y sonrió, liberado de todo. Cunillera no nos dijo nada. Desaparecieron los dos en el jardín, que estaba en penumbra. Entonces me di cuenta de que la puerta del jardín había estado abierta todo el tiempo y de que en la casa hacía mucho frío.

—Vamos —dijo Franklin.

Era peor. Ahora a Simón le parecía que era peor. El sueño horrible de tener que ocultar un cadáver. Primero, tener que enfrentarse a Toro, muerto, cuando hacía tan poco que estaba vivo, asustado en el coche, y ahora lleno de sangre e inmóvil. Y después, tocarlo y llevarlo hasta el coche, hacerlo desaparecer, oh, qué horror. Y Bolós y él (Franklin y Simón, unidos por el destino desde el día de la Primera Comunión hasta el día de su Primera Ejecución) se levantaron, no dijeron gracias, camaradas, por el servicio que nos habéis hecho, y, muertos de miedo, fueron por el pasillo de la derecha a buscar un cadáver.

Una lámpara de pie en un rincón, con una mísera bombilla de veinticinco, iluminaba pobremente la habitación adyacente a la cocina. En el centro, en el suelo, yacía Toro el traidor con las manos atadas a la espalda, al lado de una silla caída, con un hilillo de sangre que salía por un orificio pequeño, el mismo por el que se le había escapado la vida hacía un momento.

—Han pensado en todo.

Franklin me enseñó una toalla que había al lado de la cabeza. Simón sonrió con tristeza. Cuando iba a ponerle la toalla en la cabeza para que no quedara un reguero

de sangre, sucedió lo que no tenía que haber sucedido nunca. A Franklin, que se inclinaba sobre el pobre Toro repugnante, se le congeló un grito en la garganta. Toro movió la cabeza, abrió los ojos y soltó un gemido.

—¡La madre que os parió, cabrones!... —dije gritando muy fuerte hacia dentro, de una manera que hace mucho daño en el alma. Pero es que estaba horrorizado—. ¡Estos cabrones de mierda no se lo han cargado!

Y salí corriendo de la habitación, y Franklin detrás, gritando con rabia, subvirtiendo contrarrevolucionariamente las más elementales normas de seguridad de la clandestinidad. Y en cuanto llegué a la calle solitaria, y el pobre Bolós detrás, jadeando, echando nubes de aliento que se recortaban contra la luz raquílica de la única farola de la calle, oímos el paso despreocupado del tren, el silencio de las ardillas que ya se habían recogido en sus nidos, y ni rastro de los mayores hijos de puta del mundo, que habían hecho el trabajo a medias. Sí, claro, podía echar a correr por las calles deshabitadas y húmedas, llegar a la estación de tren, acercarme a Sant Cugat y proclamar a Chato y Cunillera grandes malos compañeros, porque habían matado a medias a un traidor y nos habían dejado el trabajo a medias, y ahora nosotros dos, el amigo de mi vida, Bolós, y yo, que habíamos sacado el palito largo, teníamos que rematar al traidor; sí, podía hacer eso. O podía decir a Bolós, vamos, larguémonos de aquí, y dejar a Toro con su agonía y su soledad, y a los dueños de la casa con un cadáver. O...

—Miquel, que se nos echa el tiempo encima. No hagas bobadas.

—Pero ¿son unos hijos de puta o no?

—Seguro que tenían más miedo que nosotros.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que se muera?

—No. Sería horroroso. No. A lo mejor tarda horas... Y es hacerle sufrir.

—Habrá que hacer como con los animales.

—Calla, hostia.

Nos callamos. Sacamos un cigarrillo y mezclamos el humo con el vaho de la respiración. Y Toro dentro, agonizando. Era difícil pensar en Mingo. El Rumbo olía y sabía a serrín. No lo he vuelto a fumar nunca más, pero aquellas caladas me serenaron.

—Tenemos que echarlo a suertes, Miquel.

—De acuerdo. La porra no vale.

Miquel y Bolós se pusieron a jugar a pares y nones inocentemente en una calle desconocida: pares y nones; uno, dos, tres. Pero lo que se jugaban era quién le daría el tiro de gracia. El del oficial del pelotón. Uno, dos, tres: le tocó al teniente Franklin y, mientras se quedaba blanco y se desesperaba, el alférez Simón pensó qué suertaza tengo, no volveré a quejarme nunca más en la vida.

—Pobre Josep Maria.

—Sí.

Y volvieron en silencio, conscientes de que los dos sabrían que quien realmente

habría matado a Toro sería él, Bolós, mi amigo del alma, y cuando entramos en la habitación adyacente a la cocina, Toro miraba con desesperación hacia la puerta, y ellos tuvieron una leve esperanza de que hubiera muerto ya, pero no fue así; el hombre abrió y cerró los ojos e iba a decir algo, pero se me llenaron los ojos de lágrimas y todavía tuve tiempo de descubrir las de Bolós, y me puse de espaldas y oí el disparo del teniente, un solo disparo, seco, definitivo, y cuando el alférez Simón fue a tapar la cara a Toro para llevárselo, constató que el teniente Franklin había tenido la compasión de abrirle la boca y mandarle el tiro como un viático sagrado, directamente a la memoria.

La cosa no podía ser más desagradable. Metieron el cadáver dos veces ajusticiado en el maletero del coche. Y cuando lo dejaron, en plena noche, en un vertedero cerca de Granollers, con la esperanza de que lo encontrara alguien enseguida y la bofia empezara a preocuparse y se enterara de que con el Partido no se juega, tuvieron una sensación de vacío en el corazón, pobre Toro, tan solo, tan muerto entre la basura.

El trayecto hasta el taller del Guinardó, en el que tenían que cambiar las ruedas al coche y limpiarlo a fondo, lo hicieron en silencio, y nunca he dejado de pensar en aquel cuerpo muerto de tres críticas en el cogote, trémulas, indecisas, que lo habían dejado en el sitio, acompañado únicamente por el frío, las estrellas y las ratas. Me lo guardé y me hizo daño, Júlia.

—Dice el capitán Samanta que la engañas.

—¿Yo? Si casi no la veo cuando vengo aquí.

—Dice que me traes chocolate a escondidas —insistió mi tío.

—¡Fantasías! —respondió Miquel, mientras le dejaba dos tabletas de fondant en el cajón, debajo del papel japonés amarillo para hacer leones abisinios.

—Ya se lo digo yo, pero nada...

—¿Te duele la tripa últimamente?

—No, nada, lo normal. El sargento es la más lista de todo el manicomio.

—Residencia.

Tío Maurici no se dignó a hacer esgrima con Miquel. No tuvo ganas de volver a hablar hasta que se comió la primera pastilla de chocolate. Cogió un trozo de papel y se quedó mirando a lo lejos, mientras los dedos, por su cuenta y riesgo, con la misma sabiduría que los ciegos, empezaban a doblar el papel para un extraordinario e inesperado mandril de culo inflado. Y cuando lo terminó, los dedos se lo llevaron hasta la mesita de noche como quitándose importancia, porque en ese momento no era el recuerdo lo que ocupaba su vida, sino la realidad de la muerte de su tío Maur II el Divino. Y se le cayó una lágrima hasta la sábana.

—A mi tío lo maté yo.

—¡Anda ya! —Pero la lágrima era de verdad. Miquel señaló el mandril—. Este mono es... es fabuloso, tío.

—Lo maté. Murió al leer el cuaderno.

—¿Qué había en el cuaderno?

—Una historia. Unos pensamientos...

Mi tío arrugó con crispación el papel que ya empezaba a tener forma de caballo y lo dejó encima de la sábana. Para Miquel se convirtió en un anónimo arrugado, y le recordó a los esclavos de Miguel Ángel que emergían dolorosamente de la piedra reclamando a gritos una forma para poder vivir.

—Es que sería mejor no empezar a contártelo por ahí.

—Déjalo si no quieres contármelo, tío.

—Claro que quiero. —Y, con un gesto enérgico—: Siéntate.

Los dedos empezaron a hacer otro mandril: no es bueno que el mono esté solo. Y empezó a contarle la sorpresa que se llevó la familia cuando el notario Tutusaus les leyó el testamento de mi bisabuelo Maur II Gensana el Divino. El documento en sí era una preciosidad literaria en la que tu bisabuelo divagaba entre legajos determinando la excelsitud del jardín y la grandeza de la poesía que aquel *locus*

amoenus le sugería. Y se citaba a sí mismo diciendo sombra a ras de muros del bosque de castaña / sólo mejor que tú, la sombra de los tilos, y provocando el primer bostezo a su hijo Ton, que había tenido que salir del trabajo para ir a casa del notario y, entre la muerte, el velorio, el entierro y ahora esto, llevaba una semana exagerada; y, con disimulo, sacó el reloj para calcular si todavía llegaría a tiempo al despacho o si se iría directamente al casino. Pero se quedó inmóvil en la acción, con el reloj a medio camino del chaleco, porque en ese momento el notario Tutusaus decía que tu bisabuelo Maur II el Divino, habida cuenta de las circunstancias extraordinarias que acababan de llegar a su conocimiento, hacía una modificación en el testamento y que dicha modificación quedaba validada por la presencia de etcétera, etcétera, y cualquiera podía darse cuenta de que al notario le temblaba la voz, y por la nueva disposición anulaba todas las disposiciones anteriores que contradijeran la nueva que, en resumen, decía que nombro heredero universal de todos los bienes familiares, tierras, casas, jardín y casa solariega, así como la propiedad de la fábrica que regenta y regentará don Antoni Gensana i Eroles, y el terreno de la montaña que llega hasta Navarcles, y el dinero líquido que en este momento tengo depositado en el banco, a mi querido sobrino don Maurici Sicart i Gensana, Maurici Sin Tierra, hijo de mi bienamada hermana Carlota. Y tu abuelo Ton, el hijo del poeta, abrió la boca y la cerró como los barbos anaranjados del estanque del jardín que ya no era suyo. Desheredado ¿por qué? ¿Y la fábrica? ¿Por qué? Y desde ese momento y habida cuenta de la mirada que me echó tu abuelo Ton, comprendí que tenía un enemigo muy cerca. Pero lo que peor me pareció, Miquel, fue que tu padre, incluso tu padre, me mirara mal, seguramente porque consideraba que la única forma legítima de heredar bienes en *can* Gensana era a través de la sucesión masculina. Dos enemigos en casa. Y tu bisabuela Pilar y mamá Amèlia, calladas, mudas, aparentemente perplejas, porque aquello no había quien lo entendiera. Fue la mirada de los hombres lo que me hizo jurarme que, pasara lo que pasase, no me movería jamás de esa casa porque era mía. Me la había regalado un poeta.

—No. Es mía, Maurici. Moralmente es mía. —Me señaló agresivamente con el dedo índice—. Devuélvemela.

A papá Ton le temblaba el bigote. Quince días después, todavía no se lo podía creer; todavía abría y cerraba la boca como un barbo a causa del estupor; el mismo estupor que me embargaba a mí, aunque mezclado con un miedo inmenso a mi extraño poder.

Dejó de hablar. Parecía que quisiera continuar con la cabeza del caballo, pero se le distrajeran los dedos. Y con voz lúgubre, mi tío Maurici añadió que juré que no me movería jamás de esa casa, Miquel, porque era mía y podía disponer de ella como quisiera. Hasta que me volví loco y me trajeron a hacer guardias con el sargento. Y así resumió cincuenta años de historia, en los que estaba comprendida toda la vida de Miquel. Y enmudecieron los dos y percibieron el eco lejano del límite de los silencios.

—¿Por qué dices que lo mataste tú?

Tío Maurici miró a Miquel como si acabara de llegar de un viaje agotador. Cogió la cabeza del caballo y la desplegó nerviosamente: ahora tenía otra vez una hoja amarilla llena de dobleces ilegibles y misteriosos, que poco antes deseaban ser un caballo. Y entonces dijo que mi bisabuelo no tenía que haber leído aquello. No lo había guardado como lo guardaba siempre, hasta aquel momento. Fue por mi culpa. Y, por lo que vi después, mi tío, tu bisabuelo, lo encontró encima de mi escritorio. Antes de que llegara alguien, le dio tiempo a leer el cuaderno, a desesperarse, a llamar al notario, a modificar el testamento, a sentarse en la galería de retratos con el cuaderno en la mano, a desesperarse un poco más y a morir.

Dejó de hablar al oír unas órdenes autoritarias del sargento Samanta o de uno de sus genizaros. Miró a Miquel a los ojos y, sin dejar de mirarlo, dijo seguramente para acallar el eco de la mala conciencia, rogué a tu abuelo Ton que se quedara en mi casa: él, su familia y su rencor. Y entonces empezó a circular en Feixes la voz de que yo era jugador y perdía fortunas al bacarrá. Fue lo que la Historia llama mi Primera Gran Decepción.

Simón y Franklin estuvieron muy ocupados los meses que siguieron al cumplimiento de la venganza. Un alma sensible del Partido se encargó de que los cuatro héroes estuvieran muy ocupados, además de separados, para que no cayeran en la tentación de pensar demasiado y les sentara mal tanto pensar y se echara a perder su capacidad de militancia. Después de tres cambios de piso, el camarada Simón participó en docenas de reuniones de células nuevas en las que, además de severas autocríticas por el mal funcionamiento del Partido, se planteaban enmiendas a la línea ideológica de la organización. Se volcó en cuerpo y alma y se convirtió, ahora sí, en algo semejante a un apóstol de los gentiles que predicaba la buena nueva de la ortodoxia, y tendría que haberse cambiado el nombre de Simón por el de Saulo. Y Mingo, su protomártir.

Corrían tiempos abruptos: la última escisión revisionista había dejado al Partido en cueros vivos; pero a Miquel no le dolía, porque sabía que estaba en posesión de la verdad y él era uno de los justos que Yahvé exigía a Lot. Qué tranquilidad, saber que se es uno de los diez. Entretanto, Franco, con la boca abierta, babeaba babas arterioescleróticas y firmaba con fruición sentencias de muerte inútiles y crueles, porque quien nace matando tiene que morir matando. Y el país aguardaba, impaciente, el ataque al corazón, o al kamikaze imposible, y todavía se acordaba de los silencios por Puig Antich. Y, curiosamente, los planteamientos de Simón se centraban en el hecho crucial de si la vanguardia obrera, en el momento previo a la revolución, tenía que pactar o no pactar con los intelectuales y los cristianos. La línea revisionista decía que sí, y Simón, apóstol de los gentiles, decía que no. Que la vanguardia obrera tenía que ejercer una dura dictadura del proletariado para hacer efectiva de una vez por todas la revolución socialista y el Advenimiento del Comunismo, como predicaba Jesús. Y otra cosa más difícil todavía: qué actitud había que tomar frente a los excamaradas del PSUC, revisionistas contrarrevolucionarios que iban tirando y contemporizaban con los partidos clandestinos de la burguesía. Y en esto la división de opiniones era más notable, y la nueva vieja guardia del Partido opinaba que los del PSUC eran peores que los burgueses porque eran traidores. Y a Miquel II Gensana, el Apóstol de la Ortodoxia, un día, de repente (mientras daba un discurso en la universidad ante un público de cinco personas, en el aula 11), se le cayó todo el cansancio encima, y, a pesar de su conciencia, tuvo que reconocer para sus adentros que esperaba la oportunidad de decir adiós a las armas. Si no fuera porque Berta, la camarada Pepa, estaba en la cárcel desde que la traicionó el cabrón de Toro. Y la dirección antigua del Partido, con condenas de ocho y diez años de cárcel, intentaba reconducir la situación mientras las heces hemorrágicas llevaban a

cabo su hecho revolucionario en las entrañas del dictador. Y todo empezó a moverse en el seno del Partido; un movimiento continuo de militantes, unos mirando arriba y otros abajo. En esos momentos, Pinochet volvía a Chile después del entierro de Franco, el camarada Simón no tenía ni dinero ni ocasión de comprar champán para celebrarlo como la gente decente y, milagrosamente, España se despertaba monárquica de toda la vida. Entonces, el Partido estableció que, con el proceso de cambio, era preciso volver al PSUC, porque el Partido se disolvía. Muchos militantes dijeron amén y quisieron olvidar las pestes que habían echado hacía pocos meses de los hermanos revisionistas del PSUC. Pero a los que no lo veíamos claro, a los que decíamos que para terminar participando en unas elecciones no hacía faltar tirar a matar, ni Beirut, ni bombillas de veinticinco, ni una toalla empapada de sangre de Toro, nos invitaron a participar en el proyecto Equus. Traiga la pistola, haga el favor. Y yo, que no deseaba más que dejarlo, abandonar la guerra, volver a casa y apuntarme a una asociación de veteranos, sentarme en una mecedora y recordar batallitas, dije que me apuntaba al proyecto Equus, y en el fondo del corazón pensaba pareces Antígona, o mejor todavía, Edipo, incapaz de rebelarte contra tu destino revolucionario.

Al salir de la pensión madrileña en la que había pasado la noche, Miquel Gensana vio pasar por delante de mí, en la Puerta del Sol, muchos coches negros, relucientes y descubiertos, llenos de risas grandes y de rockefellers, fabiolas y reyes nuevos. En las aceras, la gente con la boca abierta y la ilusión en los ojos (después de las desconsoladas lágrimas por la muerte del dragón), porque volvía a haber familia real. Y a dos pasos del rey nuevo, yo, con un libro en un bolsillo y una pistola en el otro. Me dio un ataque de risa y me dirigí, triste, decepcionado, esperanzado y desorientado, a la boca del metro, para asistir a la reunión de Equus en Puente de Vallecas.

Me había imaginado el encuentro, el proyecto, como un relanzamiento no deseado e inviable de las actividades en pro de una revolución cada vez más lejana, pero resultó ser un acto muy curioso, casi académico: en un comedor espacioso de un piso prácticamente desamueblado, una mesita de formica y una silla de cocina inestable para mí, ante otra mesa alargada en la que Ojos Azules y tres miembros desconocidos del Comité Central me agradecieron los esfuerzos realizados en favor de la lucha revolucionaria, me notificaron que, habida cuenta de la disolución definitiva del Partido dentro del PSUC, y en su caso, dentro del hermano PCE, y habida cuenta de mi negativa a seguir este proceso, a partir de ese momento dejaba de tener obligaciones de toda índole con el Partido, del mismo modo que el Partido dejaba de tener vinculación u obligación de toda índole conmigo. Tuve que jurar que jamás, bajo ninguna circunstancia, divulgaría los secretos que había llegado a conocer como militante y que jamás traicionaría a ningún excompañero bajo ninguna circunstancia, del mismo modo que el Partido no divulgaría jamás mis actividades como militante. Supongo que se referían a la muerte de Toro y a mis estudios en el

Líbano. Es la primera vez que se lo cuento a alguien, Júlia.

Por una parte, a Miquel Robin Hood II Gensana le alivió inmensamente no tener que seguir llevando la pesada carga de la clandestinidad, pero el camarada Simón se asustó muchísimo, hasta el mareo, porque se había jugado la vida y había luchado contra toda una estructura de poder dictatorial, cierto, pero sobre todo había luchado contra sí mismo para creerse todo lo que tuvo que vivir. Y para creérselo con entusiasmo revolucionario. Miquel y Simón se miraron el alma:

—Y ahora, ¿qué hago con mi vida?

Me salió así, mirando a Ojos Azules a los ojos, en tono de queja y reproche, porque los esquemas no se pueden cambiar de la noche a la mañana. Pero el hombre del bigote poblado, que parecía el mandamás y tenía los ojos siempre llorosos, hizo un levísimo ademán con la mano: ellos no estaban allí para hacer mesas redondas.

—La pistola, por favor. Devuélvesela al camarada Pablo.

Hice lo que me decían sin dejar de mirar a Ojos Azules.

—¿Qué?

Por primera vez en muchos años, Ojos Azules rehuyó la pregunta y miró al techo, mientras el camarada Pablo me pasaba un sobre con una cantidad de dinero notable pero tacaña, para hacer frente a las primeras semanas de reingreso en la sociedad de los que no habían dejado de reírse, hacer el amor, pasear, esconder la cabeza bajo el ala, hacer tesis doctorales, ir al cine y andar por la calle sin vigilar de lejos a un hipotético perseguidor.

Salí de la habitación del piso de Puente de Vallecas sin atreverme a mirar otra vez a Ojos Azules, sin atreverme a preguntar por la suerte que esperaba a los camaradas encarcelados, como por ejemplo Berta, es decir, la camarada Pepa, sin preguntarles cómo había reaccionado el camarada Franklin, en caso de que hubiera pasado ya por el proyecto, sin preguntarles quién había sido el imbécil que había inventado ese nombre tan solemne de proyecto Equus para referirse a una dimisión colectiva inevitable, dedicada —me habían dicho— sólo a los militantes que se habían distinguido en la acción o en las estructuras del Partido y que no habían vuelto a las filas del PSUC.

Con el dinero del camarada Pablo puse gasolina a la Vespa que me había llevado a Madrid y volví a Barcelona como Miquel II Gensana el Liberado de Toda Carga Pesada Excepto la del Recuerdo. A sesenta por hora, canté, me reí, lloré y desafié la mirada de los guardias civiles de tráfico, porque ahora, aunque me parasen, no tendría que sentir el espanto de pensar que podían descubrirme la pistola en el bolsillo ni el miedo en el corazón.

Miquel dispuso de seiscientos kilómetros para pensar en lo que haría a partir de ese momento. No quería volver a casa bajo ningún concepto: sería una forma de reconocer que se había equivocado; y tendría que soportar la mirada silenciosa y triunfal de su padre y tal vez las miradas de lástima de su tío Maurici; pero sobre todo

tendría que soportar el silencio de su madre; eso era lo que más pánico le daba. A la altura de los Monegros había cambiado de opinión tres veces; hasta Fraga no se dijo que, ya puestos... Pero no: le quedaban ciento cuarenta kilómetros para seguir dudando y, de pronto, cuando tomó la decisión, se levantó y se fue en busca de su padre. Todavía estaba bastante lejos cuando su padre lo vio, se compadeció y, echando una carrera, lo abrazó y lo besó. Y entonces el hijo dijo: Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; no soy digno de ser tu hijo. Pero el padre dijo a sus criados: Rápido, traed la mejor tela y vestido, y ponedle un anillo en la mano y calzado en los pies; traed el ternero más gordo y sacrificadlo; comamos y celebrémoslo, porque este hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado. Y lo celebraron.

—¿Les traigo la carne?

El maître miraba con impaciencia la ensalada de Miquel, que acababa de empezar por un lado. Miquel volvió a la realidad y miró el plato. El maître disparó la ceja hacia arriba y lo acusó:

—¿Tal vez no le ha gustado la ensalada?

—Es sólo que...

Puso los cubiertos sobre la ensalada con aire culpable. Júlia lo miró comprensivamente e hizo una seña al maître, quien a su vez chasqueó los dedos y llegó un camarero a retirar los platos.

—Más vale que hables menos y comas más, Miquel.

—No puedo dejar de hablar. Hace una vida que no hablo.

Miró su sonrisa y se preguntó hasta qué punto sería capaz de contárselo todo. En ese momento se acercó el camarero con las carnes que, por lo visto, estaban muy impacientes. La ceja tirante del maître, que, detrás del camarero, estaba dispuesta a no dejarlos comer con tranquilidad, les preguntó si querían más vino y dijeron que sí, más vino, más motivos para seguir aquí un rato muy largo, porque da lo mismo un siglo más que un siglo menos, Júlia. Y, además, me has traído aquí para hablar de Bolós, y ya ves.

Se dieron todas las condiciones que temía Miquel II Gensana el Hijo Pródigo: su primo Ramon, por teléfono, desde la fábrica, le preguntó si había arreglado el mundo y redondeó el comentario con una risita odiosa. Núria dijo hola, cuánto me alegro de que vuelvas a tu casa, y se calló sin aludir al escrito triunfal que le había mandado él cuando empezaba a recorrer el camino de la clandestinidad y la gloria. Y lo invitó a que fuera a verlos para conocer a su sobrinito. Su padre lo miró en silencio, burlonamente, y (aleccionado por su madre) no le dijo ni una palabra de reproche. Se las dijo todas con la mirada y con un suspiro de satisfacción. Y volvió a la fábrica, porque él trabajaba. Su tío lo miró desde la biblioteca, levantando la cabeza de los libros, y soltó mucha pena entre él y su sobrino predilecto, Miquel de su corazón, que había vuelto a casa. Y sí, lo peor fue el silencio de la madre. Puede que por aligerarlo o puede que en penitencia, Miquel se pasó la mitad de la tarde sentado en el sillón al

lado de su madre, junto al inmenso aparato de radio que toda la vida había visto en la pared de detrás de Júlia, escuchando el silencio de ella mientras zurcía calcetines y cosía bajos de pantalones, con una música tenue que se expandía solamente hasta donde llegaba el círculo de la bombilla. Y en silencio se dijeron ya ves, madre; sí, hijo, no hace falta que me cuentes los detalles, me alegro muchísimo de que estés aquí, sano y salvo; he pensado en ti, madre, pero era contrarrevolucionario dejarme bloquear por los recuerdos; lo comprendo, o no, no lo entiendo, pero lo acepto, lo bueno es que has vuelto, y ¿qué vas a hacer? No sé, madre; creo que quiero estudiar, pero no sé qué. Necesito unos días para reflexionar, para ver si quiero reanudar los estudios de Historia o dedicarme a otra cosa, madre. Y desde la biblioteca entreabierta me llegó el sonido pausado de la *Música callada* y comprendí que mi tío me estaba dando la bienvenida. Mi madre apagó la radio para dejarme oír a Mompou y partió el hilo con los dientes, con las gafas en la punta de la nariz, y por dentro decía tómate el tiempo que quieras y no hagas caso de los resoplidos de tu padre, porque éste es un momento muy importante para tu vida, Miquel, hijo pródigo.

—Tu padre está muy inquieto porque la fábrica no funciona. —Ahora, tras dos horas de silencio, mi madre me miró a los ojos y dejó la labor en el regazo—: Todo el mundo cierra, y teme tener que cerrar él también.

—¿Qué pasa? ¿Es que Ramon no es suficiente ayuda?

—No es eso. Se trata de una crisis que, según dicen, es mundial. No hay fondos para renovar la maquinaria. El textil desaparece, hijo.

—Pero todos tenemos que vestirnos. Eso no lo he entendido nunca.

Si fuera eso lo único que no entendía en la vida... Pero, en fin, fui haciéndome un hueco discreto en la cotidianidad de casa y reanudé las lecturas con más ímpetu, y ahora me tocaba leer Todorov y Barthes. Mi padre se pasaba el día fuera y mi madre me miraba de lejos y se enternecía, y yo paseaba por el jardín, solo, solitario, soltero, reencontrando el estanque sin cisnes y el rincón de los castaños, haciendo cálculos sobre el futuro, llamando a algunos amigos, que se sorprendían al saber que todavía estaba vivo, evitando la página del teléfono en la que estaba el número de Bolós y refugiándome en la biblioteca con mi tío, que, para entonces, ya me había desvelado el secreto que sólo sabíamos él y yo, que era que definitivamente él pasaba a la Historia con el nombre de Maurici Sin Tierra, y las malas lenguas empezaban a decir que se estaba volviendo loco. Y me enseñaba los retoques que quería incorporar al árbol genealógico de la familia y chinchaba a mi madre diciéndole que tenían que hacerse la foto para la pared de los retratos de la galería norte. Y decidí cambiar la Historia por la Filología; porque sí, porque leí tres poemas de Foix y empecé a descubrir que el arte es un fenómeno en el que se puede entrar sin pedir permiso, para quedarse, sin tener que justificar los propios movimientos. Todavía era joven para saber que los críticos existen. Todavía era joven para darme cuenta de que buscaba el camino de la salvación.

Volví a la universidad por la puerta de atrás; por no tener Templo, ni las clases se

impartían en el edificio de la plaza de la Universidad, sino en una dispersión caótica de edificios a ambos lados de la Diagonal que, con un poco de voluntad e imaginación, empezaban a llamar Campus. Al salir de una clase de Ricard Salvat conocí a Gemma. Estaba comiendo un cruasán y enseguida me fijé en los hoyuelos que tenía en las mejillas. Berta quedaba muy lejos. Y, aunque ahora me parezca imposible, Teresa también estaba muy lejos. Como ya no tenía que disimular, Miquel Gensana cumplió con la liturgia que prescriben los signos de los tiempos y se dejó barba.

Nuestra familia es una gran fachada con balcones guarnecidos con damascos, que la gente tiene que mirar a la fuerza. Una de las cosas que todos los Gensana han evitado durante generaciones es el escándalo. Hemos acumulado mucha ropa sucia a lo largo de doscientos años, pero siempre la hemos lavado en el cuarto de la colada, donde está el lavadero. Siempre, Miquel. Tu padre es el único que ha roto esta norma sagrada. Nunca trascendió nada, ni en los tiempos del bisabuelo Anton II Crisóstomo Gensana, que, además de decir maravillas en público, no se percataba de la cornamenta que lucía. Y yo, Maurici el Propietario, soy hijo de esta estirpe que teme el escándalo como la peste. Por eso, cuando la vida me enriqueció desmesuradamente, vivía a escondidas el amor con Miquel Rossell, y lo que más miedo me daba era que alguien se enterase de que yo era un vicioso invertido, y envidiaba a los efebos griegos, que vivían el amor sin temor y a plena luz del día. Tu padre dejó de insistir en llevarme con él a sus juergas, pero no porque sospechara algo de mis anhelos, sino porque el imprevisible desenlace del testamento del poeta lo había herido profundamente. Se terminaron las bromas, las confidencias, los vasos de cerveza y los cigarrillos a medias, y Pere I el Fugitivo se convirtió en una mirada desconfiada y silenciosa. Es cierto que nada cambió en nuestra vida al hacerme yo dueño de todo: salvo el notario, nadie de fuera de la familia sabía el secreto que nos amargaba, y yo seguí sin pisar la fábrica; me dedicaba a mis Plautos y Horacios y no me faltaba el dinero en el bolsillo para gastar sin tener que llevar las cuentas. Me esforcé en inclinar a mi Miquel a las apuestas del Canódromo y lo introduje en unos círculos semiclandestinos en los que se jugaba mucho dinero a las cartas. Y le daba dinero para que lo perdiera con alegría. Hasta que un día me agarró por las solapas y, en vez de darme un beso, me amenazó diciéndome que si seguía frecuentando esas costumbres embrutecedoras, me dejaría. Ya ves cómo era Miquel. Y dejé de jugar. Por amor.

En casa era donde más solo me encontraba, porque no podía invitar a Miquel a ir allí. Prácticamente hablaba sólo con el piano, y abuela Pilar y mamá Amèlia venían a sentarse silenciosamente a la biblioteca, y supongo que se les llenaría la cabeza de interrogantes que no sabían resolver; y cuando miraba a abuela Pilar casi me echaba a llorar. Fueron años de silencio en *can* Gensana, como si la familia en pleno hubiera dado la espalda al bullicio que provocaba la historia en el resto del país, en aquellos años treinta llenos de esperanza. ¿Lo ves, Miquel? Ahora voy a hacer una jaula para estos monos.

Yo tuve la culpa: hacía muchos días que no podía ver a Miquel y lo mandé llamar

con urgencia, un poco por capricho. Era verano y resultaba agradable pasear de noche. Tuvo que entrar a escondidas, por la puerta de la tapia, al lado del bosque de castaños. Y nos amamos como animalillos sedientos, y cuando empezaba a poseerme, nos enfocó de pronto una luz feroz. Oí maldecir a tu abuelo, y Miquel, con una rapidez exquisita, aunque tenía el sexo en pie de guerra, saltó la tapia desnudo y desapareció. No llegué a saber cómo se las arregló para ir a su casa. Lo que sí recuerdo es que las maldiciones de mi padre adoptivo tomaron forma de blasfemias y me escupió en la cara y me llamó degenerado, puerco, afeminado. Pero no identificó a mi amado y eso me consoló, a pesar de la vergüenza. Y entonces supe que estaba indefenso, desnudo ante el hombre que me hacía las veces de padre, que ya me odiaba porque su padre me lo había dado todo a mí. Y noté que había alguien detrás de él, pero no llegué a saber si Pere también estaba allí o si se lo inventó mi corazón. Antes de que pudiera decir algo, tu abuelo me dejó a oscuras con mi desolación. Aquella misma noche, un general que terminaría su vida en cama, con esclerosis, se rebelaba en el norte de África contra el gobierno legítimo. Pero yo lloraba por otros motivos, encogido en el bosque de castaños, agarrado inútilmente a la ropa de Miquel. Lloré mucho porque mi secreto máspreciado había caído en manos de la persona que más daño me podía hacer.

Al día siguiente la rebelión fascista era un hecho consumado. Pero tu abuelo, en cuanto se aseguró de que no movilizarían a Pere, se encerró conmigo en la biblioteca. En mi biblioteca. Con un documento muy recargado y una orden.

—Firma esto.

—¿Qué es?

Era simplemente la cesión en vida de la propiedad de la fábrica. Y que si no firmaba, pregonaría por todo Feixes que yo era un maricón vicioso. Y recalcó que sabía perfectamente quién era mi cómplice. Lo miré a los ojos y pensé: jugada de póquer.

—Tú no sabes quién es mi amante.

—¿Amante? ¿Se llama amante? ¡Cerdo! ¡Claro que lo sé!

—No voy a firmar. Haz lo que quieras.

Tu abuelo Ton fue al teléfono de la biblioteca, marcó y preguntó por la redacción de *La Veu*. ¿Jugada de póquer? Estaba muy sulfurado y comprendí que era capaz de todo. En aquella época me avergonzaba de ser como era. Cogí la pluma y tu abuelo colgó el teléfono. Hoy creo que sí, que fue una jugada de póquer, porque tampoco tu abuelo hubiera querido un escándalo. Firmé por Miquel; la fábrica me importaba un rábano. El caso es que de esta forma tan sencilla volvió a sus manos, Miquel. Y yo me sentía sucio y miserable. No lloré por la fábrica, porque nunca he perseguido la riqueza, aunque ella siempre se ha empeñado en acompañarme. A los dos días volví a llorar, cuando Miquel me dijo que no le afectaban las peleas entre burgueses, pero que mi padre adoptivo me había hecho una putada y que tarde o temprano él me vengaría. Y que se iba al frente. Entonces se me cayó encima la soledad y el desastre

con todo su peso. Y tu padre cerró la boca y no quiso saber nada de mí. No se lo reprocho: sólo tenía veintidós años y estábamos en guerra. No se lo reprocho, pero ésa fue mi Segunda Gran Decepción.

—¿Qué miras?

—Nada. Estaba pensando. —Miquel miró atentamente el inmenso bistec pensando por dónde empezar a atacar.

—Tanto hablar, se te habrá enfriado la carne. —El tono de regañina de Júlia me recordó a mi madre. O a abuela Amèlia.

—Habla un poco tú, anda. —Estaba tierna, sí, y el cuchillo se hundía fácilmente.

—Nunca te había oído decir tantas cosas seguidas, Miquel.

—Yo tampoco.

—Es porque este restaurante te inspira.

No dije nada. El bocado que había elegido tenía buen aspecto. Antes de llevármelo a la boca sonreí a Júlia:

—No. Me parece muy feo.

—No. Este restaurante te hace hablar. ¿Conocías a los que vivían aquí?

—¡Ya te he dicho que no, Júlia, coño! —En efecto, la carne estaba fría.

—O a lo mejor vivías aquí... —Movié las manos como dibujando un interrogante, deliciosamente, englobando la casa y su pasado y a sus antiguos moradores y la ilusión de que yo fuera uno de ellos—. ¿Eh?

—Hostia, nena...

Miquel dio un golpe en la mesa, el maître lo captó tout de suit y se le disparó la ceja hacia arriba, a pesar de que estaba atendiendo a los caprichos de la dix-neuf. (Tres señoras solteras que con toda probabilidad pertenecían a un club de bridge muy selecto).

—¿Qué mosca te ha picado?

Miquel sonrió para pedir perdón y alargó la mano por encima del desierto de la mesa, hasta encontrar la de Júlia, que empuñaba un tenedor. Unos segundos de imposición de manos, litúrgica pero eficaz; una manera de pedirle perdón por el golpe, por la violencia, por la impaciencia, y una sonrisa amarga, disimulada, porque estaba seguro de que ella no entendería que era una expresión de ternura.

—¿Eh, Miquel?

No. No la entendió. Pero así era ella, y eso también me gustaba. Suspiré.

—La carne está fría.

—¿Pido que te la calienten?

—No, no... Seguro que me pondría una multa por...

—¡Anda ya! —Y, mientras lo decía, se levantó, dio una palmada, cogió mi plato, y el maître, que estaba lejos, aterrizó a sus pies. Todo eso mientras yo abría la boca

para decir que no hacía falta, Júlia, en serio. Júlia es una mujer deliciosa.

Mientras veían lo que se podía hacer con mi bistec, ella unió las manos, sonrió y me pidió que siguiera.

—Pero no lo sé todo sobre Bolós.

—Sabes más que nadie. Más que su mujer.

Yo sólo sabía que había compartido con Bolós el crecimiento, las dudas, la curiosidad por las mujeres inaccesibles, a Franklin y a Simón, el sueño, el miedo y el llanto. Pobre Bolós, que se enamoró de una nube, como yo. Pobre Bolós, que podía haber conseguido que la venganza tardía cayera sobre mí, y no sobre él. Pero no lo hizo, quizá porque era mejor amigo que yo. De los tres amigos inseparables ya no quedaba nada, porque en la época de los tres mosqueteros, cuando se comían el mundo, Rovira decidió hacerse fraile y Bolós y yo compartimos la incomodidad de oírle decir me hago jesuita, entro en el noviciado este verano. Y Miquel y Bolós no se atrevían a mirarse, ahora que estaban más que matriculados en el Templo del Saber, porque les parecía que perdían a un amigo, que se les moría en las manos, que a los diecisiete años iba a enterrarse en vida, que había tenido el valor de hacer lo que había pensado yo tres veces. Y no me atreví a decirle no te vayas, Rovira, coño, ni quise preguntarle y las mujeres qué.

Rovira, de Preu B, ingresó en el noviciado el veintidós de septiembre. Fueron los dos a despedirlo a la Estación del Norte. También acudieron muchos miembros de su familia y de las de los otros locos que lo acompañaban en la aventura. Y Bolós y Gensana se quedaron en segundo plano, callados, sonriendo por fuera, intentando mirar a Rovira a los ojos, viéndole repartir besos a diestro y siniestro haciéndose el fuerte, el muy hijo de puta, y se les acercó ofreciéndoles la mano para darles un apretón, y no los miró a los ojos, y Miquel sabía que estaba al borde de las lágrimas y sólo pudo decirle que seas feliz, Rovira, y él, con cara de suficiencia, le dijo gracias, Gensana, lo mismo digo. Nos escribiremos, ¿verdad? Y Miquel dijo no lo dudes, sin saber que era mentira. Y Bolós le dio una palmada en el hombro y lo único que se le ocurrió decirle fue gracias, Rovira, porque nos dejas el camino libre para conquistar a todas las chicas del mundo, y Rovira se rio estrepitosamente, demasiado, y, sin haberlos mirado a los ojos, se fue a dar un abrazo a sus padres porque el tren lanzaba bufidos de impaciencia y la madre que parió a las estaciones de tren y a las despedidas que te dejan con un nudo en el corazón.

Por eso, al cabo de doce años, pocos meses después de que Rovira colgara el hábito tras dos cursos de noviciado, dos de formación humanística y tres de Filosofía, más unos cuantos de Magisterio, cuando ya iba a enfrentarse a los estudios de Teología con los que los jesuitas concluyen su larguísima carrera, quedaron los tres para verse porque Rovira tenía el deseo imposible de reanudar una cosa que se había roto. Antes de aceptar, tuve que pensarlo mucho, como Bolós, seguramente, porque Franklin y Simón no se habían vuelto a ver desde el proyecto Equus, lo habían evitado, tal vez por vergüenza o tal vez por temor a que el reencuentro propiciara el

recuerdo de Toro. Y entonces Rovira, inocentemente, quiso quedar con ellos, como si doce años no fueran toda una vida; e insistió tanto que al final accedieron, casi treinta años tenían los tres, y Bolós casado con Maria, y yo con la mirada clavada en los deliciosos hoyuelos de las mejillas de Gemma. Y qué difícil era reemprender algo en torno a una mesa y reunir tres miradas, sobre todo porque hablar es sencillo, porque el vino suelta la lengua; pero el contacto de las miradas es más duro porque es muy directo, muy evidente, como si los ojos fueran música.

Quedamos en un restaurante solitario de la Barceloneta, sin la sensación interior de estar cerca del mar, sólo con la angustia del reencuentro de tres perdedores insignes. Rovira no había tardado nada en adoptar el uniforme del momento: barba, pelo largo, Ducados en la boca, como Bolós y yo. Y nos contó que, en efecto, había sido una época muy dura, pero que había aprendido mucho, por ejemplo, a encontrarse a sí mismo, a valorar el silencio, el paso del tiempo, la soledad.

—Sí, Rovira, pero las mujeres ¿qué? —Bolós siempre tan delicado.

Rovira lo pensó antes de contestar, como si tuviera que reflexionar sobre los múltiples matices de una pregunta con respuesta imposible. Sacudió la cabeza con resignación.

—Horroroso, os lo prometo. He pasado muchos años de soledad de corazón. Y todavía duran. —Y casi sin respirar—: Es inhumano: no se puede vivir sin una mujer. Me enamoraba de las vírgenes de las capillas; me pasaba horas haciendo deporte para espantar la tentación.

—Qué rollo, ¿no?

—Nada de rollo: un horror. Colgué el hábito por las mujeres.

—¿Por las mujeres o por una mujer?

Rovira los miró a los ojos por primera vez en doce años.

—Por las mujeres. Y por una mujer.

—Esto se pone interesante —dijo Bolós riéndose, y encendió un cigarrillo. (La pipa quedaba muy lejos).

—Me enamoré de una chica... Bueno, estoy enamorado de una chica...

—¡Fantástico! —Los dos a coro.

—No, no... Es difícil de explicar.

—¡Qué va, hombre! —Lo animé—. Todos nos hemos enamorado alguna vez. —Y añadí una mentira—: Es una delicia.

—Pero para mí es una brutalidad; recuerda que no hace ni dos días que iba con sotana y... ¡Coño, que casi soy cura, no fastidies!

—Pero se te levanta como a los demás.

—¡El problema no es que se te levante, coño, Gensana!

—¿Cuál es?

—Que se dispara el corazón. Eso es muy difícil de dominar.

—Bueno, ¿y qué pasó?

Que se enamoró de una catequista de la Verneda, que pensaba en ella día y noche,

que estaba inquieto toda la semana deseando que llegara el sábado, que era cuando iba a la Verneda a convertir gitanillos, y las calles sucias y el exceso de barro le olían a rosas porque Montserrat andaba por allí y daba forma a la alegría y era simpática y siempre sonreía y tenía unos dientes blanquísimos y unos ojos de color indefinible, y algunos sábados, ay, dios, le regalaba un rato de paseo en el que (él con la sotana y ella con ropa sencilla, pero ¡os aseguro que es tan guapa!) hablaban poco, pero hablaban de sueños, de lo que harían y de lo que dejarían de hacer, y cuando llegaban a la parada del autobús, él esperaba hasta que llegaba el de ella, y se daban un apretón de manos mirándose a los ojos y se reían, y ella sonreía y un día, él le apretó la mano más de la cuenta, sólo un segundo, de verdad, y ella lo miró, extrañada, y subió al autobús sin decir adiós y él se pasó la semana llorando, y encima tenía un examen de los *Soliloquia*, imaginaos, y yo deshecho en lágrimas como un tonto y no podía contárselo a nadie. Horroroso. No paraba de llorar porque era infeliz y, cuando llegó el sábado, parecía imposible que el autobús entrara por fin en el barrio, porque el corazón le daba unos vuelcos tan descomunales que no entendía que la tierra siguiera dando vueltas tan tranquila, y Miquel entendía todas esas cosas porque, aunque pensaba en los hoyuelos de las mejillas de Gemma, el recuerdo sobresaltado de Berta y de su amor clandestino volvía con fuerza; sobre todo cuando Berta se convirtió en Pepa; sobre todo cuando estaba tan cerca de ella que se fundía de amor literalmente; y no había podido contar todo eso a Bolós, porque en aquellos momentos heroicos no era Bolós, sino Franklin, y el Partido no permitía que esas cuestiones pequeñoburguesas entorpecieran el trabajo de ningún camarada. Pero lo peor de todo para el pobre Rovira fue que Montserrat no volvió a presentarse. No dio ninguna explicación, no dejó ninguna nota, ninguna señal, ningún teléfono, ningún indicio. Desapareció para siempre.

—¿No has vuelto a verla?

—¡Qué fuerte, tío! ¿Quién tiene tabaco?

—Nunca más. Seguro que pensó que me hacía daño y...

—¡Qué legal!, ¿no?

—¿Qué?

—Que qué buena tía. Si se fue para no hacerte daño...

—Mierda, no me hacía daño. Ahora sí que me lo hace.

—A lo mejor tiene novio.

—No. Me sé toda su vida.

—Vete a su casa.

—No sé dónde vive. Teníamos una relación de sábados, sabíamos que nos veríamos y no necesitábamos nada más...

—¡Ay, Rovira, Rovira!... Un amor platónico.

—¿Platónico? ¡Y un huevo!

Lo cierto es que Rovira decidió pedir las dimisorias y colgar el hábito por ella, por Montserrat la de la sonrisa celestial, porque no encontraba la serenidad lejos de

ella. A sus superiores no les extrañó la petición y todo sucedió bastante deprisa, y Rovira dejó la Compañía de Jesús desesperado, enamorado y triste, dispuesto a recorrer las calles de Barcelona llamando a Montserrat. Y dejó amigos en la Orden y ya no los tenía fuera, porque doce años son muchos años. Pero, como no lo sabía, les dijo que quedaran en la Barceloneta para poder llorar su amor y poder preguntar si alguien había visto a su Montserrat. Pero qué podían decirle ellos, si también habían vivido una historia repleta de sobresaltos de amor y de muerte, en el seno de otra organización que también prohibía los amores entre camaradas no casados ni emparejados, castigaba el adulterio e imponía una moral rigidísima por el bien de la lucha y la revolución, después de haber provocado en todos y cada uno de los militantes un análisis concreto de la realidad concreta. Ad Maiorem Dei Gloriam.

Pero Rovira no se daba cuenta de lo incómodos que estaban Franklin y Simón y lloraba su mal de amor. No se daba cuenta de que hacía años que Bolós y yo no nos contábamos confidencias, aunque éramos copartícipes de un Secreto Terrible. O tal vez fuera por eso. Y Rovira no paraba de insistir en que le contásemos lo que habíamos hecho desde aquel día en la Estación del Norte en el que partió a cumplir su sueño.

—Matar a gente. —Lo dije mirando a Bolós con franqueza por primera vez, y él apagó el cigarrillo y, echando humo, dijo:

—Exacto, matar gente.

—Bueno, hombre. ¿Es que no me lo queréis contar?

Bolós le contó su historia, una muy interesante que yo desconocía: que había empezado a trabajar en un despacho de abogados y que seguramente se dedicaría a la política, y lo miré con extrañeza y le dije ¿tú, Bolós?, y él, un poco ofendido, qué pasa, por qué te parece tan raro. Y yo, hombre, porque... creía que estarías hartito. Lo dirás por ti, me contestó con aspereza, y Rovira se quedó fuera de juego, mirando una partida de tenis con reglas nuevas. Y como la cuestión podía desembocar en una discusión, conseguí volver a hablar de los amores de Rovira y le dije que la vida nos tenía un poco desorientados a todos.

—Lo dirás por ti. —La respuesta de Bolós fue muy seca.

—Bueno, pues que la vida nos tiene un poco desorientados a ti y a mí, Rovira. Y así es.

Bolós bebió cerveza y decidió no hacerme caso. Señaló a Rovira y se puso a teorizar, que era lo mejor que podía hacer para no hablar de nosotros. Miquel se unió a la conversación y estuvieron unos minutos teorizando sobre la imposibilidad física y metafísica de que un hombre y una mujer puedan ser amigos. Porque (defendió Miquel, especialista en el tema) mucho antes de que se te levante por ella, el corazón ya te ha hecho verla de otra manera. Y Bolós, tan estudioso (master in Friendship por Yale), añadió que, precisamente, lo que define la amistad es que el afecto se entrega generosamente, sin esperar nada a cambio, y menos aún compensación sexual. Y Miquel, un poco mareado por la cerveza, explicaba a Rovira que el verdadero amor

no egoísta es el que se da entre amigos. Y Rovira, sí, ya y qué más. Y si un hombre y una mujer querían intentar ser amigos, siempre terminaban enamorándose sin haberlo previsto (Herr Michael Gensana, Doktor in Freundschaft por Heidelberg), porque la gente es más ingenua que la leche, Rovira. Y al final siempre se enamora el hombre. Y Bolós: ¡no, qué va! Muchas veces la que se cuelga es la mujer: te lo digo por experiencia. Eso lo dijo sólo para impresionar al público.

Pero Rovira estaba tan triste que no hacía caso de los matices y, aprovechando el momento en que tanto Bolós como Miquel estaban con la jarra de cerveza en la boca, soltó una frase humilde, de aprendiz, de alumno:

—¿Y si se enamoran los dos?

—Formidable. —Herr Doktor Michael Gensana se limpiaba la cerveza de la barba con una servilleta de papel—: Es el comienzo de una extraordinaria historia de amor.

—¡Cuidado! —Bolós siempre tan exigente—. No estarás hablando de ti, ¿eh?

—Sí. Estoy seguro de que Montserrat también me quiere. Si no, no habría huido de mí.

—¿Te digo una cosa? No la busques.

—¿Por qué? Yo la quiero.

—Es una idiota, no vale la pena.

—Ha desaparecido por mi bien, porque me quiere. Es generosa.

—Si te quisiera —Bolós era un gran teórico del amor ajeno—, te habría sacado del convento o como se llame con sus propias manos.

—¡No fastidies! Tiene principios.

—¿Y tú no?

—Yo estoy enamorado. —Los miró tímidamente y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Miquel—. Aunque haya colgado la sotana, soy creyente.

—No te durará mucho, Rovira.

—¿Por qué dices que Bolós era un gran teórico del amor ajeno?

—Porque sí, Júlia. Porque era así.

El maître volvió con mi bistec un poco más oscuro y, con la mirada, me dijo allez-y, monsieur Lambin.

La carbonilla imperceptible del humo de la locomotora le irritaba los ojos, pero no quería cerrar la ventanilla; tenía tan profundamente arraigadas las costumbres de la clandestinidad, que le parecía normal pasarlo mal con tal de no llamar la atención; como si moverse, como si sonreír (igual que la señora joven del vestido de color castaña que había subido en Balenyà, que sonreía a un niño de pecho llorón, con los labios pintados de un rojo intenso y la expresión tranquila, y que decía enseguida llegaremos a casa, Anna, y verás a tu padre, y la niña dejaba de llorar como si entendiera a su madre), como si cerrar la ventanilla para que no entrase humo fueran gestos peligrosos y su vida dependiera de no hacerlos. Así, se limitó a parpadear y se entretuvo inventando la posible historia de la hija y la madre que sonreía, porque, aunque sólo hacía un par de años que había terminado la guerra, había gente que intentaba sonreír, con timidez, como rompiendo las normas del luto riguroso en el que se había sumido el país después de la derrota. Era posible. Puesto que faltaban muchos minutos para que el tren llegara a la Estación de Francia, aprovechó para descabezar un sueñecito, después de asegurarse de que todo estaba bajo control.

Ni los policías que vigilaban, con ojos y bigotes de hurón, ni la gente que se apeó del tren de Puigcerdà percibieron los exagerados latidos del corazón de Rossell cuando pasó a su lado fingiendo desesperadamente que iba con la mujer de la sonrisa y su hijo, su hija, la niña de pecho. Y cuando un inspector de pelo blanco y gafas ahumadas lo miró con desconfianza a veinte metros de distancia y él se vio con dos tiros en la cabeza, a ras de los andenes, una milésima de segundo antes de intentar la huida entre las vías tirándose al primer tren que pasara, como las ratas, vio que la mujer, sin dejar de sonreír, le entregaba a la niña y le decía toma, padre, lleva tú a Anna un poco, que me pesa mucho, y lo agarró del brazo sin dejar de andar hacia el inspector desconfiado, y ahora un poco desorientado... Y cuando pasaron por su lado, ella decía con voz cristalina, que sería para recordarlo toda la vida (¡qué pena que le quedara tan poca!), que hoy vamos a hacer pescado para cenar, porque Tonet nos ha traído caballa.

—Sí, la caballa me gusta mucho.

El inspector quedó atrás, horadando el cogote a Rossell, pero enseguida lo distrajo su colega, que, con un codazo, le llamaba la atención hacia otro hombre solitario que arrastraba su desánimo por el andén, preocupado seguramente por cómo se las arreglaría para llegar a mediados de mes.

Salieron de la Estación de Francia en silencio y, en cuanto llegaron a la calle, mezclados con el ruido de taxis y tranvías, por fin la mujer, discretamente, se volvió y

miró por encima del hombro de Rossell.

—Haga el favor de devolverme a la niña.

Rossell se la devolvió y, sin saber cómo, se le cayeron dos lagrimones densos porque se había dado cuenta de que no estaba solo y de que valía la pena pasar tanto miedo.

—Muchas gracias, señora. No lo olvidaré jamás.

—Yo tampoco. He pasado mucho miedo.

—¿Quiere que la acompañe a algún sitio?

—Creo que es mejor que se aleje usted de aquí, señor. —La mujer tenía unos labios muy bonitos—. Además, vivo aquí mismo.

Rossell se permitió dar un pellizco a la niña en la mejilla: «Adiós, Anna, hija», oyó que le decía. Y, mientras los lagrimones le emborronaban la visión de la mujer, añadió, como prueba de amor: «Hacía cinco años que no tenía familia». Y se alejó a toda prisa para no ver la cara de la mujer, y subió al tranvía que arrancaba en ese momento con un gemido perezoso en dirección al centro.

El tranvía no iba vacío, pero encontró un asiento. Se levantó el cuello de la chaqueta y se puso a mirar a la calle, que era la mejor forma de no enseñar la cara a algún secreta que pudiera haber en el mismo tranvía. Qué gris estaba Barcelona en mil novecientos cuarenta y dos... Parecía una cárcel sórdida toda ella. La gente andaba con prisa, sin mirarse a los ojos, con la cabeza un poco agachada, como si hiciera frío, aunque no lo hacía. Se acordó de la mujer del tren, la de los labios rojos, y le mandó un beso mentalmente. Faltaba media hora. Calculó que sí, que llegaría a tiempo para morir.

En Arco de Triunfo, Miquel Rossell se apeó del tranvía y recorrió a pie la calle de Trafalgar, por precaución, para observar si pasaba algo raro en el lugar de la cita. No percibió nada. Tampoco era especialista en el tema. Él era un simple tejedor, oficial de segunda, que se había apuntado a la FAI y había hecho una gran labor el primer año, había ido a la guerra, al frente de Huesca, y había huido con la vigesimosegunda, un grupo de faístas y gente del PSUC, que echaba de menos a Maurici, que se había integrado en las unidades del maquis, que vivía en continuo sobresalto en la Francia de Pétain, y al que ahora habían mandado a Barcelona a restablecer el contacto con los camaradas del interior. Con Saborit, precisamente. Y le llevaba instrucciones por escrito. En clave, pero por escrito, junto al corazón, que le latía con fuerza, ahora que estaba llegando a la puerta del cine Borràs y no veía nada raro alrededor, que todo estaba en orden.

La taquillera le cobró la entrada sin soltar la labor de ganchillo. Ni lo miró. Cuando entró en la oscuridad de la sala, se sentó donde habían convenido. A su izquierda, el bulto de Saborit gruñó, como molesto por el retraso, y Rossell pensó este Saborit no cambiará nunca. Y se llevó la mano al corazón para sacar los papeles que le quemaban. Fue todo muy rápido: Saborit lo miró a la cara y le puso algo en la muñeca izquierda. Una cosa. Unas esposas. Tiró con fuerza, saltó atrás, a la fila vacía

de atrás, llevándose las esposas, y oyó una maldición ahogada. A oscuras, guiándose sólo por la luz roja, se fue de cabeza en dirección a los lavabos (evitar el frecuentado camino de la entrada principal) y pensó oh, no, esto significa que se han cargado a Saborit, mierda, no, y al llegar a los lavabos vaciló dos segundos: las seis hojas de instrucciones, rotas en cuatro trozos, fueron a parar a la taza del váter. Y él, por el hueco de la ventana. Saltó a la calle Junqueras y echó a correr con tal desesperación que no se dio cuenta de que iba directo al cuartel de la policía. Pero ni siquiera llegó a pensarlo, porque, en ese instante, el primer disparo, el que lo tiró al suelo, le llegó al riñón. El segundo, el que lo mató, ni lo notó: ya estaba en el suelo, con un adorno vergonzoso en la muñeca izquierda. Estoy seguro de que sus últimos pensamientos fueron para mí. Y quizá para la mujer de los labios rojos.

—Toma, tío, un pañuelo.

—Hace casi cuarenta años que pasó y todavía me hace llorar. —Se sonó ruidosamente—. El pobre Miquel, perdido en los Pirineos, luchando, y yo en casa, perdido entre los libros. En aquellos momentos estaba traduciendo *La Eneida*, tocaba obsesivamente *Les adieux*, el Opus 81a, ¿me entiendes?, y echaba de menos a mi Miquel y soñaba con que podríamos volver a vernos al cabo de algunos meses. No me imaginaba que se metería en los grupos de maquis. —Volvió a sonarse—. Aunque, sabiendo cómo era... —le salió un suspiro de lo más hondo del recuerdo—. Mi Miquel sólo podía morir si alguien lo traicionaba, como mis héroes clásicos.

Se quedaron en silencio un momento muy largo. Hasta que Miquel, que no había llorado, no pudo contenerse más.

—¿Sabes quién lo traicionó?

—Sí.

—¿Quién?

—Uno que con la muerte de mi Miquel se cargaba a un maquis y enterraba un escándalo familiar.

—¿Quién?

—Tu abuelo Ton.

—¡Anda, hombre!

—Sí. Tenía muchos motivos para matarlo. Y Pere lo ayudó.

—¿Mi padre?

—Tu padre. Fue la Tercera Gran Decepción. Y desde aquel día odio a mi padre adoptivo y a su sombra. Entonces decidí jugarme *can* Gensana a las cartas.

—¿Cómo?

—Al póquer. —Desvió la mirada—: Había jurado a mi Miquel que nunca más volvería a apostar ni un céntimo, para convertir en mentira la puta verdad según la cual Maurici Sicart tenía un agujero en el bolsillo por culpa del juego. —Y más tranquilo, tras un silencio—: Perdona, la verdad.

—Creo que no te entiendo del todo.

—Sí que me entiendes. Me juego *can* Gensana. La casa y el jardín.

—¿*Can Gensana* es tuya?

—Sí.

—No me lo creo.

Comerma apuró la copa de anís y chupó el purito con fruición. Entretanto, Maurici el Propietario desplegaba en el velador del café del Casino de los Amos los títulos de propiedad a nombre de un tal Maurici Sicart i Gensana, que, para asuntos de papeleo, es el pseudónimo habitual de Maurici Sin Tierra. Comerma alisó los documentos con la palma de la mano y la piedra del anillo que llevaba en el dedo brilló de una manera que me pareció de buen augurio, y si te escandaliza que tu tío abuelo, una persona culta y sensible, estuviera atrapado en el juego, te advierto que hace mucho tiempo que lo dejé y que ahora no me apetece ni jugarme una de estas jirafas con el capitán. Y Comerma me miraba fumando el puro, y el anillo, lanzando destellos, y pensaba qué jugada me estará preparando este Sicart de las narices..., no me fío.

—No te fías, ¿verdad?

—Sí, hombre, cómo no... Pero es que...

—Lo único que quiero saber es qué ponen los demás.

—Hombre, pues ahora mismo...

—Yo pongo una propiedad que vale muchos duros. —Y entonces acepté el purito que había rechazado antes—. ¿Puedes montar una mesa?

—De cuatro, como mucho.

—Me parece bien. Si son solventes.

—Dame una semana.

—¿Por qué te jugaste la casa, si era tu vida? —Miquel, como un caballo de papel, surgió maravillado del fondo de la historia.

—Eso te quería preguntar —dijo Comerma—: ¿Por qué te la juegas?

Sonreí y me limité a chupar el puro y a echar humo. La casa me gustaba, eso es verdad; era mi vida y lo único que tenía, porque la fábrica se me había escapado de las manos. Y era mía por la inesperada decisión de un poeta, que me la puso en las manos a mí, el único Gensana auténtico, el único que sabía valorar lo que era una casa cargada de historia, con una capilla y unas campanas que sonaban en los grandes acontecimientos familiares, y con rincones secretos y generaciones enteras que habían nacido y muerto allí. Una casa así no tiene precio. Por eso me la jugué. No por desesperación, no; no porque hubiera empezado una partida jugando fuerte y, al límite de mi dinero, me hubiera mareado por un trío de ochos y hubiera pedido crédito a ciegas a cambio del coche de mi padre en primer lugar, de mis acciones de Pearson en segundo y, para acabar, porque al trío se sumaba una inocente pareja de doses, por la casa, contra la fortuna de otro desafortunado como yo. No, no fue por eso. Fue una decisión meditada, calculada y fría. Quería hacer daño a quienes me despreciaban tanto que habían sido capaces de matar a mi amor, medio esposado en plena calle Junqueras, con dos balas cargadas de desprecio. Porque cuando me enteré

de la muerte de Miquel juré dos cosas, Miquel: la primera, que los despreciaría toda la vida, y la segunda, que les devolvería el daño que me habían hecho. Y por el primer juramento me juego la casa: porque desprecio a mi padrastro, Anton III Gensana el Fabricante, y, aunque lo digo con lágrimas en los ojos, desprecio a su hijo, Pere I el Fugitivo, antiguo Amigo del Alma, convertido en la sombra de su padre, convertido en una persona prudente que, al final de la guerra, se afilió a la Falange porque lo principal era conservar la fábrica, que volvía a ser suya, a cualquier precio. Pues bien: yo, por el precio de una escalera de color, me jugué la casa con ganas de perderla, imaginándome el día en que llegara al jardín un carro de mudanzas, hasta la entrada, y abriera la puerta mamá Amèlia y le dijeran señora, se va sola o con los muebles, y se armara un cataclismo, y tuvieran que ir a avisar a Anton a la fábrica a toda prisa y, con un poco de suerte, le diera un ataque al corazón. Y Pere detrás de él, asustadísimo, sin osar mirarme a los ojos. Era un plan perfecto, salvo por el daño que podía hacerle a mamá Amèlia. Era perfecto porque así no volvería a verme sometido al sucio chantaje del padre, que lo encontraría todo hecho cuando el mozo de cuerda cargase su escritorio en el carro.

—Para ver lo que se siente —mentí a Comerma, mientras recogía y doblaba los títulos de propiedad y los guardaba en el bolsillo—. Soy jugador, Comerma.

—Ya sabes que las deudas de juego son sagradas.

—¿Por quién me tomas?

De todas maneras, para protegerme, especifiqué una serie de condiciones. Lo que yo quería era ver a tu abuelo Ton fuera de casa. Lo demás eran meros detalles.

—De todas formas, no sé por qué estabas tan seguro de que mi padre y mi abuelo habían traicionado a tu Miquel.

—Te lo contaré algún día. —Se incorporó en la cama—. Si me has traído más chocolate sigo hablando.

Miquel sacó una tableta de las de ochenta por ciento de cacao, de las que todavía se tenían que comprar en Andorra. Para celebrar que por fin tenía trabajo estable, había hecho un viaje consumista a Andorra: su conciencia posrevolucionaria lo soportó bien; volvió cargado de chocolate para su tío, queso para su madre y discos y paisajes para su recuerdo. Su tío, mordisqueando una pastilla, prosiguió con su historia diciendo éramos el doctor Vilalta, un pianista y patólogo de Feixes que había empeñado la biblioteca de su abuelo por perseguir tréboles y corazones; un fabricante de Manresa que tenía un tic muy molesto; un jugador profesional de Barcelona y yo. Enseguida me pregunté cuál de los tres buitres iría a vivir a casa. Comerma, muy nervioso, nos presentó, informó a todos de la clase de apuesta que proponía yo, los demás ofrecieron recortes de fortuna, nos pusimos de acuerdo, Comerma miró el reloj, recogió su comisión y nos dejó solos con el humo del puro de Vilalta y el del hombre de Manresa. La habitación, sin ventanas, clandestina, escondida, era el rincón prohibido en el que cambiaban de manos los patrimonios de Feixes que no podían evitar jugarse el sudor al azar. Jugamos dos o tres manos para ver el estilo de cada

cual y no me fijé en que el jugador de Barcelona todavía no había encendido ni un cigarrillo. Entonces dije que pondría el jardín encima de la mesa en cuanto quisieran. Se hizo el silencio y lo puse. Los demás se miraron de soslayo y no dijeron nada. El jugador profesional, que probablemente tenía más experiencia que el médico, se llevó la mano al bolsillo y, en vez de un fajo de billetes o un talonario, sacó una placa.

—Policía —dijo.

Y me di cuenta de que Vilalta y el de Manresa bajaban la mirada para no encontrarse con la mía. Nunca te fíes de los jugadores que no fuman, Miquel; lo aprendí demasiado tarde. Después me enteré de que el cabrón de Comerma había contado mi plan a mi padre y que éste ideó la estratagema para darme un escarmiento. La cuestión es que saludé educadamente a los de la mesa, me levanté, me dejé esposar, me acordé de mi Miquel y pasé seis días en los calabozos sin que nadie viniera a interrogarme, ni a molestarme ni a interesarse por mí. Fue una humillación. Porque una semana después vino tu abuelo Anton a rescatarme. No me dirigió la palabra en todo el trayecto de vuelta; tampoco hubo denuncias por juego ilegal; nada. Sencillamente, me habían dado una lección, porque con el patrimonio familiar no se juega. Y así, cuando llegamos a casa, después de dar un beso silencioso a mamá Amèlia, me encerré en la biblioteca con Chopin a esperar a que entrase papá Anton. Tardó seis preludios, y vino acompañado por Pere. Cerraron la puerta, corrieron el pestillo y, por la cara que traían, comprendí que iban a asesinarme. En actitud tranquila, o eso creía yo, hice como si terminara el preludio. Toqué la última nota con pena de terminar, y papá Ton se aclaró la garganta, cogió aire y no le dejé hablar:

—Tenéis una semana para iros de mi casa.

—Estás loco, hijo.

—No me llames hijo. Quiero que os vayáis.

—No.

—Ésta es mi casa.

—Y la nuestra. Es de la familia. —Y se acercó amenazadoramente—: Si te quedas solo aquí, no te durará ni dos días, y a saber quién se la quedará.

Quise hacerme el cínico y argumenté que, como era mía, podía hacer con ella lo que se me pasara por el forro de los cojones. Y entonces papá Ton empezó a gritar y a decir barbaridades sobre el proceso de inhabilitación por perturbación de las facultades mentales. Cuando terminó, miré a Pere, que se había sentado lejos y no nos miraba, y, despacito, en voz baja, lo solté:

—Asesinos.

—¿Qué has dicho?

—No quiero asesinos en mi casa. Largaos.

Papá Ton sonrió, dijo si quieres guerra la tendrás, y empecé a perder la partida. No he dejado de perderla desde entonces, Miquel.

—Si nos echas de aquí te denunciaremos por loco —dijo.

—Y yo os denuncié por... —iba a decir por haber delatado a Miquel, pero enseguida comprendí que en el año mil novecientos cuarenta y dos no podía acusar a nadie de denunciar a un maquis. Tuve que callarme.

—Muy bien, Maurici. —Ahora papá quería zanjar el asunto—: Si vuelves a insinuar que tu madre tiene que irse...

—Ella puede quedarse.

—Si vuelves a insinuar que nos vayamos de nuestra casa, diré a los cuatro vientos que eres maricón perdido y das por el culo a los camioneros.

Eso dijo, Miquel, que yo daba por el culo a los camioneros. Era cierto que buscaba expansiones de alguna clase, pero siempre con discreción y jamás con camioneros, que tienen el culo destrozado por el trabajo. Perdona.

—Tu quoque, ¿Petrus?

Me salió como a César. Pero tu padre, Pere, en vez de distanciarse de papá, bajó la cabeza y encendió un cigarrillo como si todo le fuera indiferente. Fue la Cuarta Gran Decepción. A partir de aquel día, la única aliada que tenía en casa era mamá Amèlia. Y me callé, y los readmití y empecé a aficionarme a los muñecos de papel; me parece que fue porque me concentraba tanto buscando formas con los dedos, que se me olvidaba la humillación de la presencia de mi padrastro en mi casa. No volví a amenazarlos, porque me daba pánico que todo Feixes se enterase de mi vida privada. Y, sobre todo, quería preservar el más dulce de mis recuerdos íntimos: el recuerdo de Miquel Rossell. Después del mareo de la apuesta, juré que, por muy llena que tuviera la casa de enemigos, pasara lo que pasase, yo no me iría jamás: la había puesto en peligro suficientemente, y no la abandonaría hasta la muerte.

Mi tío guardó silencio, entristecido. Lloraba por la casa, su amor, junto con las dos madres y Miquel Rossell; lloraba porque veía que moriría fuera de casa, en contra de lo jurado. Miquel sintió un vivo deseo de ser Superman, pero optó por quitar a su tío de la cabeza ese pensamiento tan triste.

—Lo que no entiendo es por qué estás seguro de que fue abuelo Ton el que denunció a tu Miquel.

Sonrió, cansado. Entonces le contó que, al terminar la guerra civil, su padrastro recuperó la fábrica que le había confiscado Miquel. A mí me daba igual, porque cuando la recibí en herencia no la deseaba, y cuando mi padre me la robó con malas artes, me quitó un peso de encima. La cuestión es que, con ayuda de los vencedores, enseguida la puso a pleno rendimiento. Fue un traidor que jamás pidió cuentas de la muerte de la madre y de la hija; a nadie. Al contrario, obligó a Pere a apuntarse a la Falange; conmigo no lo intentó porque le puse muy mala cara y porque, a mi edad, no podía obligarme a nada. Llevaba meses preparando la estrategia, ya ves. Al final de la guerra, al ver lo mal que se estaban poniendo las cosas, había metido a tu padre en la cabeza la idea de desertar. Y cuando llegó el momento, no le permitió irse con la diáspora del ejército republicano. Dijo que ya había suficientes muertos en la familia... Intentaba olvidar por todos los medios que a su hija y a su madre las habían

matado los aviones de Franco. Pere, mi amigo del alma, fue a buscarme al gobierno militar con el uniforme puesto; estábamos embalando documentación y cargándola en los camiones. Tuve que dejar la tarea y salimos por la puerta central con dos paquetes, que dejamos junto al camión. Nos fuimos Rambla arriba esperando que alguien nos diera el alto, pero los mandos estaban muy ocupados como para reparar en dos desertores de última hora. Había dejado una maleta con ropa de civil en una casa de putas de la calle de Sant Pau. Pasamos cinco días escondidos en el desván de la casa de Horta, la de los familiares de tu madre, que nos acogieron fríamente, pero no dijeron nada. Creo que fue entonces cuando tu padre conoció a Maria. Yo esperaba que volviera Miquel, porque hacía más de dos meses que no me escribía. Por escondernos en Horta, evitamos los campos de concentración y el exilio, o volver con la oreja marcada. Cuando se hizo evidente que ningún militar iría a reclamarnos a *can Gensana*, volvimos a casa. Oíamos la radio y no daba crédito a las voces del abuelo Ton, que decía que vengan los de Franco, lo que hace falta aquí es orden. Y su madre y su hija todavía estaban calientes en el recuerdo de todos. Y mamá Amèlia no decía nada, como si comprendiera que era muy difícil sufrir con dignidad. Creo que yo también despreciaba a mi padre por eso, porque había dejado de odiar a los asesinos de su hija sólo para que no le tocaran la fábrica. Y no se la tocaron. Al contrario, le dieron una mano de pintura y pocos meses después empezó a fabricar tela para los uniformes de la compañía de tranvías de Barcelona, una pana tirando a marrón, color años cuarenta, que llenaba la vida entera cada vez que íbamos a Barcelona en tren. Y en poco tiempo, la fábrica producía a todo trapo y tu abuelo perdonó a los asesinos antes de tiempo y así engordaba su cuenta corriente. No me mires así, Miquel. No me parece mal que se enriqueciera, sino que olvidara esas muertes tan pronto.

Y un día, tu abuelo Ton, que todavía no era abuelo, sino el señor Ton Gensana, nos puso a Pere y a mí juntos contra la pared y nos disparó qué pensábamos hacer con nuestras vidas. Y Pere, que hasta entonces había ido trampeando, haciendo cursos de textil en la escuela de Feixes, dijo en tono resignado que, si su padre lo quería, entraría en la fábrica y lo ayudaría. Y desde aquel día, Pere I Gensana empezó a ayudar a su padre en la fábrica.

—¿Y tú qué, Maurici?

—No sé, papá... Me gustaría seguir estudiando. Además, no es cosa tuya.

—¿Quieres estudiar latines y esas cosas?

—Sí. Y piano.

La verdad es que lo único que esperaba era una carta de Miquel, pero no podía decirlo. Lo único que deseaba era que pasara el peligro en el que estaba y pudiera venir a verme. En cuanto los alemanes entraron en Francia, el mundo se me hundió bajo los pies.

—¿No te parece que ya eres mayorcito para estar así, sin hacer nada? ¡Treinta años!

—Treinta y cinco, papá. Y no paro de estudiar.

—Déjalo que estudie. —La bendita voz de mamá Amèlia.

—Si fuera una mujer, bueno. Vendrás a la fábrica.

—Me he preparado para hacer otras cosas en la vida.

Mi padre se contuvo y no me llamó maricón porque mi madre estaba allí. Sólo dijo ¿ah, sí? ¿Por ejemplo?

—El estudio, la investigación, la... —lo dije por decir algo, porque sólo pensaba en Miquel.

—A la fábrica. Mañana.

—No te hagas ilusiones. Es tuya. Me la quitaste.

—No quiero vagos en casa.

—Es mi casa, papá, que no se te olvide. —Y sonreí. Creo que podía haberme comido esa sonrisa.

Para evitar que acabáramos destrozándonos a arañazos, mamá zanjó el asunto diciendo que yo podía ir unos días a la fábrica y hacer una tarea concreta de oficina, pero con libertad de movimientos, etcétera, etcétera. Me pareció bien porque lo había dicho ella y empecé a ir unas horas a la fábrica, a llenar libros de números, y a las doce volvía a casa, me encerraba en la biblioteca y preparaba la tesis doctoral que nunca llegué a presentar por desprecio a todo el mundo, más o menos. Y tocaba Chopin muy bien, todo muy decadente. Y pensaba en Miquel. Hasta que un día llegó a las oficinas de *can* Gensana un cazador siniestro, de esos que llevaban gabardina y una libreta en la mano, y preguntó por un tal Miquel Rossell, tejedor, oficial de segunda.

—Lo conocemos muy bien, ¿verdad? —dijo Ton, y se quedó mirándonos, esperando que dijéramos claro que lo conocemos—. Es el hijo de puta que me confiscó la fábrica. Un cabrón de la FAI.

—¿Dónde está? —El de la gabardina pasaba hojas de la libreta con dedos nerviosos, manchados de nicotina.

El tal Miquel Rossell había desaparecido del mapa al final de la guerra, y me puse tan pálido que pensé que el policía vería la pena bajándome por la piel. Advirtieron a tu abuelo Ton de que, si nos enterábamos de algo, teníamos la obligación, como buenos españoles, de denunciarlo inmediatamente a la autoridad. Nadie dijo nada, porque era la tercera vez que se presentaban de pronto, soltaban un nombre y se llevaban al interesado y adiós para siempre. Pero a tu abuelo Ton le brillaron los ojos esta vez.

Por la noche, en casa, estaba yo tocando *Fêtes lointaines*, de Mompou, y me puse a llorar pensando que los primeros compases de la primera de las *Six pièces pour piano* eran el grito desesperado con el que llamaba a Miquel y le pedía que volviera de Francia. Y parecía Penélope, y la tela que tejía eran las notas. No sabes lo difícil que es esperar, Miquel. Prácticamente, se necesita la fortaleza de las mujeres para conseguirlo. Entonces, tu abuelo Ton entró en la biblioteca y me dijo Maurici, qué pasa con ese Rossell, el de la FAI. Y me quedé más blanco que la pared. Me lo tuvo

que repetir con variaciones:

—¿Qué hay entre ese Rossell y tú? —Sacudiendo la carta—. ¿Es el que te da por el culo, maricón de mierda? ¿Eh? ¿El que ha intentado dar por el culo a toda la familia?

No tenía obligación de darle explicaciones de ninguna clase y no se las di. Pero tu abuelo Ton empezó a agitar la carta delante de mí, la que tanto esperaba desde hacía meses, la que Miquel, tan imprudente como impaciente, me había enviado. Y sentí la traición en lo más hondo de lo más hondo del corazón. Jamás le perdoné que me la diera abierta. Miquel me escribía con cierto distanciamiento, como si supiera que cualquiera podía poner las zarpas en ese trozo de papel. No había remite en el sobre, pero me decía que podíamos vernos el día después de Reyes, porque tenía intención de venir a verme. Lo mataron el siete de enero.

—Eso no quiere decir que lo hiciera el abuelo. —Miquel Gensana se erigía en defensor de su abuelo inconscientemente.

—¡Ya lo creo! Me escupió en la cara que atraparían a ese hijo de perra de la FAI antes de que se me acercase a veinte metros, que ya se encargaría él de que así fuera. Y yo me desesperaba porque no podía hacer nada, no podía avisarlo a él ni a sus amigos, porque no sabía quiénes eran. Pasé unos días recorriendo los bares que frecuentaban los de la FAI cuando la guerra, pero todo había cambiado y era imposible decir a un desconocido oye, compañero, estoy buscando a mi amante, no serás de la FAI por casualidad, ¿eh?, porque podía ser un secreta. Fue horroroso, Miquel. Desde entonces, pienso en la pobre abuela Pilar, que vivió tan intensamente el amor a su hijo, como prenda del amor imposible. ¿Se imaginaría que ese hijo suyo podía tener tan mal corazón?

—No somos responsables de los genes que no están a nuestro alcance —reflexionó en voz alta Miquel Darwin Gensana, mientras daba un mordisco al chocolate de su tío—, aunque sean la evolución de los nuestros. —Su tío lo miró en silencio y él vaciló antes de seguir—: Ningún individuo conocería la paz moral. Hitler sería culpa mía.

—Es cierto. —Partió un trozo de chocolate y echó un vistazo alrededor, como si temiera que el kapo Samanta fuera a salir de debajo de la cama de improviso—. Probablemente sea cierto.

—¿Por qué no te fuiste de casa?

—¿De mi casa? Jamás. Y, como me obligaron a soportar su presencia, decidí que *can* Gensana era lo bastante grande para todos, aunque estuviéramos enfrentados. Además, no quería abandonar la biblioteca, ni el recuerdo de mi madre... Por otra parte, yo era el único Gensana auténtico, con genes Gensana auténticos; aunque también sabía que era Maurici Sin Tierra. Y Pere se casó con Maria y poco después nació tu hermano, y Pere me dejó que le pusiera de nombre Miquel. Fue el último favor que me hizo tu padre.

La primera noche que dormí solo, sin Gemma, no me lo podía creer. Sólo habíamos convivido un año, siete meses y doce días y medio, pero me parecía toda la vida. Había cerrado la puerta sin ruido, sujetando con rabia la maleta llena de ropa precipitada. Bajé por las escaleras para no encontrarme con ningún vecino en el ascensor que me preguntase ¿qué, chico, de viaje?, y yo tuviera que decirle no, me voy, simplemente me voy de casa porque mi mujer y yo hemos reñido, y el otro diría vaya, qué rápido lo solucionáis los jóvenes, y Miquel tendría que defenderse, es que las cosas no iban bien desde el primer día; no empezamos con buen pie. Pero no creas que era un infierno, qué va; ni por cuestiones ideológicas ni nada de eso. Ni que las respectivas familias se hayan entrometido, no; ni que yo sea un sátiro y ella una nevera, ¡ni mucho menos! En la cama las cosas iban más o menos, no me quejo. Tampoco ha sido cuestión de cuernos, la economía no me permite ir en busca de aventuras y, la verdad, con Gemma estaba muy a gusto, lo reconozco. ¿Gemma? ¡Arrea! Bueno, no es que la conozca mucho, pero no me lo imagino, la verdad. ¿Qué? Que el marido es el último que... Bueno, bueno. Bueno, ya te he dicho que no es por eso; y si me engañaba, mejor para ella, porque nos separamos por otro motivo, coño. Si no quieres, no te lo cuento. Y como el vecino diría sí, sí, cuenta, cuenta, Miquel habría tenido que decir lo primero que se le hubiera ocurrido, porque no se separaban por una sola razón; eran muchas cosas, pequeñas y grandes, que... Lo habría resumido como si fuera un titular, diciendo pues verás, Gemma es una tía... no sé, quiere que lo haga todo yo en casa. Porque dice que es feminista. Y el vecino diría pues estupendo, chico: yo también soy feminista, ¿sabes? Y le contestaría y yo también, ¿qué te has creído? Pero lo que no quiero es currar. No tengo ni idea de cocina, ni puta idea. Y no quiero planchar, oye. Bueno, diría el otro: motivos puramente domésticos, lo siento, chico. Porque si hubiera sido cosa de un revolcón mal escondido, siempre te quedaría el consuelo de pensar, que me quiten lo bailao, no sé si me entiendes, Miquel. Y la conversación podría seguir un rato, porque el ascensor es lentísimo: oye, Miquel, ¿no hay forma de solucionarlo? Pero si a ti ni te va ni te viene, ¡caray! No, claro, pero lo siento mucho... Es que sois una pareja estupenda, hostia. Y Miquel tendría que concretar que lo que pasa es que todos los días nos enfadábamos un poco, y llegó un momento en que nos dijimos barbaridades, tanto el uno como el otro, y lo que se dice dicho queda. Y el vecino, que es un hombre sensible, porque los domingos se encierra en su despacho a intentar escribir versos, le daría unas palmaditas en la espalda y diría ¿y eso qué, hombre?, las palabras se las lleva el viento. Y saldría del ascensor, sujetaría la puerta para dejarme

salir con la maleta y mis penas y todavía añadiría piénsalo bien, hombre, no sea que después te arrepientas. Y yo habría preferido que me dijera, con una palmadita en la espalda, qué narices, oye: se ha terminado, ¿no? Pues ¡a vivir, que son dos días! ¿Quieres que te presente a una morenita que...? Pero no.

Lo cierto es que cuando llegué al rellano del tercer piso (Gemma y Miquel vivían en el sexto) ya me había arrepentido. Había hecho el idiota. Pero es que ella me miró con tanta rabia cuando me dijo que no quería volver a verme nunca más, que de ninguna forma quería pasar por la humillación de volver y pedirle perdón, y esperar que ella hiciera lo mismo. ¿Y si no respondía? Porque había muchas posibilidades. Porque cuando me miraba con tanto desprecio, con los hoyuelos de las mejillas rígidos, que la hacían más aborrecible todavía... ¡Ah, seguro que no respondería!

En resumen, Miquel el Recién Separado no hizo caso de este arrepentimiento en el rellano del tercer piso y siguió bajando la escalera pensando en cómo se lo tomaría la familia. Mi madre, fatal, horroroso. Igual que mi abuela Amèlia, si estuviera viva. Mi padre resoplaría y se largaría a la fábrica. Ramon chasquearía la lengua como arreando a un burro y diría lo sabía, este Miquel no tiene remedio, siempre será un crío; no madurará nunca, y ya tiene treinta años, ¿no?, y con la carrera a medias. Como lo oyes; según con quién estuviera comentando la jugada, levantaría un dedo y añadiría, a modo de puntilla, y menos mal que no hay hijos de por medio, me entiendes, ¿verdad? Sólo Núria me miraría con tristeza y me daría un beso. ¿Y la familia de Gemma? Como unas castañuelas, por fin vuelve la nena, y se ha quitado de encima al pardillo cazafortunas ese que la tenía atontada; sí, hija, tranquila, descansa, distráete. Nosotros nos ocupamos de todo. ¿No estarás...?

Qué asco, me dije cuando llegué al portal con la maleta en la mano. Justo cuando iba a pensar que no volvería a ver ese vestíbulo nunca más, me dije oh, no, porque en ese instante entró el vecino feminista con el que no quería encontrarme en el ascensor y, por si fuera poco, peligrosamente acompañado de su señora (era de los que decían «mi señora») y con ganas de pegar la hebra. En cuanto lo vislumbraron en la oscuridad, ella encendió la maldita luz y él señaló la maleta:

—¿Qué, chico? ¿De viaje?

—Sí... Me voy a... a Nueva York.

—¡Ah, Nueva York, la Quinta Avenida, Greenwich Village, Tiffany, etcétera! ¡Qué envidia, chico! ¿Muchos días?

Miquel agarró el pomo de la puerta de la calle, dispuesto a desaparecer enseguida, y seguí fantaseando:

—No sé; tardaréis un poco en volver a verme, porque se trata de un trabajo delicado.

—¡Ah, qué envidia! —mintió la señora sin entusiasmo. Entretanto, había recogido las cartas del buzón.

—Bueno, adiós, que tengo prisa.

—Adiós, chico, y buen viaje. ¡Ah, mira! Carta de Puigcerdà. —Y a ninguno se le

ocurrió que a esa hora de la tarde nunca salían aviones para Nueva York.

Miquel Gensana el Separado desde Hace Bastante se encontró solo en la calle, y la maleta de la desesperanza lo acusaba de prófugo. (No le quedaba otro remedio: era él quien tenía que irse, porque el piso lo habían pagado prácticamente los padres de Gemma y no procedía iniciar discusiones estrictamente territoriales que estaban perdidas de antemano). Solo en la calle, al anochecer, sin absolutamente nada que hacer y sin saber adónde ir, y con el agravante de no saber qué hacer para buscar una pensión en Barcelona si vives en Barcelona. Antes de dar un paso en falso palpó el bolsillo para comprobar si había cogido la billetera. Me alejé de casa prudencialmente (el balcón cerrado, las cortinas corridas, sin luz en el comedor, pero tal vez Gemma estuviera espiándome) y miré el reloj. Para pensar en una estrategia con garantías, me metí en un bar. Y allí empezó todo.

—Ahogando las penas en el vaso, ¿me etivoco?

Miquel se volvió, un poco brumoso, pero picado por un recuerdo muy amargo y vivísimo. Por encima de él, unos ojos risueños y llorosos, sembrados de capilares rojos, lo miraban con curiosidad. La voz rota añadió:

—¿Verdad, Simón?

Tardé unos segundos en situarme. Y fue como un pinchazo.

—¡Ojos Azules! —exclamé.

—Me llamo Garcia —se apresuró a puntualizar Ojos Azules.

—Y yo Miquel —contestó enseguida el camarada Simón. Y fingió un entusiasmo que no sentía—: ¿Qué es de tu vida?

—Esta ronda la pago yo. —Señaló al camarero de las cejas pobladas—: Para mí, dos deditos de jotabé. Sin hielo. —Me sonrió y me dio un codazo en el hígado—: Y tú, ¿qué?

Nos quedamos callados, sonriendo. Qué coño podía decirle, después de tantos años, y precisamente el día en que huyes de casa... Ojos Azules se aclaró la garganta:

—¿A que no me etivoco? ¿A que estás triste?

Miquel cogió el nuevo whisky y bebió un sorbo rápido. El líquido le quemó por dentro y le produjo una sensación muy desagradable de acidez de estómago. De eso se trataba: de llegar a un grado soportable de nebulosidad para afrontar la primera noche maldita.

—No te preocupes, chaval, que nadie me ha contaó tu vida. La he adivinao yo solito. —Sacó un paquete de tabaco de la nada y me ofreció un cigarrillo. Mientras lo encendía, rodeado de humo, prosiguió con el interrogatorio—: ¿Qué popplema tienes?

—No tengo ningún problema.

—Mujeres, ¿a que sí?

Tres whiskies más tarde, todavía no se habían contado la vida. Ni se la contarían nunca, porque ¿qué se cuenta a los compañeros de causa cuando uno se queda sin

causa y han pasado cinco años? Además, yo tenía otro lío en la cabeza. Precisamente, mientras me emborrachaba, pensaba en mi madre, en si debía de ir a casa y decirle nos hemos separado, madre: ¿tienes un rincón? Y la mirada escrutadora y silenciosa de mi madre preguntándome sin palabras, una mirada de reproches y de pena por ese hijo catacaldos que crecía a fuerza de errores, hijo, un rincón... ¿Por qué dices eso, Miquel, si lo único que nos sobra aquí son habitaciones vacías?

—No quiero la compasión de nadie. —Se le escapó, porque no quería entrar en el terreno de las confidencias con Ojos Azules. No, por mucho que lo apreciase. ¿Y si se iba a casa de un amigo?

—¡Equilicuá, chaval! —Ojos Azules chascó la lengua—. En eso eres un hombre: las penas, pa dentro.

Pero ¿qué amigo? No se le ocurría ninguno para un favor de esa clase. Vaya, no tenía amigos; como todo quisqui. Una pensión, la solución era una pensión. Y entonces me acordé de Bolós. Pero es que hacía muchísimo que no lo veía, desde el día después de las primeras municipales. Como si nos hubiéramos divorciado.

—¿Sabes de alguna pensión por aquí cerca?

—La primera noche siempre es difícil.

—¿Es que se me nota?

Ojos Azules sonrió y me dijo es la vida la que te da experiencia, Simón, que no eres más que un chavalín, en cambio yo ya tengo más de cincuenta tacos. Sacó un billete del bolsillo, con otro codazo en el hígado me impidió pagar y se entretuvo con el camarero, que todavía tenía las cejas pobladas. Y yo, con la maleta en el suelo, medio drogado de whisky y por culpa del no quiero volver a verte de Gemma.

—Ven conmigo.

A trompicones, sin ánimo, Miquel pasó la primera noche en la pensión que regentaba Ojos Azules en la calle Consejo de Ciento. No era una maravilla, pero él estaba orgulloso, porque, desde que perdió el quiosco, las había pasado canutas para sobrevivir y, por importante que fuera en el Partido, cuando hicieron la liquidación se quedó con una mano delante y otra detrás, como todo dios. Me contó que se había ido a vivir con la dueña de la pensión, una tal Lúdia, y que ahora tenía trabajo y cama caliente. Que no podía quejarse, le contaba al camarada Simón, que estaba cada vez más mareado, de camino al Edén. A Miquel no se le ocurrió corresponderle con alguna confidencia, pero le preguntó ¿qué cojones es eso del Edén, Ojos Azules?

—García. El nombre de la pensión. Pensión Edén. Y encontrarás a otra mujer, ya verás.

Miquel creyó que los ojos de Ojos Azules podían radiografiarle el alma.

Con solicitud maternal, y pasando por encima de la mirada gélida de Lúdia, que exigía explicaciones inmediatas a su pareja, Ojos Azules preparó un café amargo para Miquel, me desvistió, me hizo vomitar en el retrete toda la amargura que llevaba dentro, me obligó a tragar agua con limón, me metió en la ducha, me secó amorosamente y me metió en la cama. Y, a todo esto, Miquel llorando y diciendo

barbaridades en torno al tema de qué mierda, rompo todo lo que toco, en trece o catorce variaciones.

—Eso no lo hago yo ni por ti —oí decir a Lída—. ¿Quién es este tío?

—Un amigo na más.

—Pues será muy amigo.

—De la guerra. Lo pasó bastante mal el paisa.

Y Lída dejó de refunfuñar.

A pesar de las atenciones de Ojos Azules (ahora puedes gomitarse, Simón, que la guerra se ha acabado), pasé una noche de perros y cuando me desperté, entrada ya la mañana siguiente, tenía un dolor de cabeza tan brutal que parecía imposible. Al principio no sabía dónde estaba ni qué me pasaba. Me parecía que era de corcho y cualquier ruido del Edén me resonaba como si el cráneo fuera una campana. Y tenía la lengua de trapo. Poco a poco, el corcho fue recuperando las ideas y pude recomponer la situación. La nueva situación. Estaba calculando si sería conveniente darme otra ducha o tirarme directamente por el balcón, cuando oí la voz conocida de Ojos Azules, que me invitaba a reintegrarme en la vida.

Miquel tardó dos días enteros en volver a ser persona. Entretanto, estuvo encerrado, fumando unos Ducados que nunca se terminaban, que le ayudaban a pudrirse el espíritu, y unos cuantos litros de cerveza que Ojos Azules me concedió a cambio de no tomar ni una gota de licor. Y Miquel pensó muchas horas seguidas cómo puede ser que sea imposible dar marcha atrás, volver a empezar, pero limpio, e intentar hacerlo bien, porque no hay derecho a que la vida no te permita hacer ensayos éticos, sino todo lo contrario: todo pesa desde el principio; el cronómetro corre y el reglamento está vigente, qué drama. Y dale a la cerveza, que era la forma más práctica de embrutecerse. Y en esos días tomó la desacertadísima y gratuita decisión de no terminar la carrera que había reanudado cuando conoció a Gemma, y que se metan por el culo las formas verbales rizotónicas. Se lo tomó como una venganza contra Gemma (como si a ella le importara un comino).

En el Edén descubrí que no hay amor que resista la falta de amor; y que, aun así, la muerte de un amor, por mucho que se espere y se desee, deja un vacío inexplicable que parece una mutilación. Y, como a nadie le gusta ir cojo por la vida, lo más fácil es que intentes llenar ese vacío con lo que sea. A veces, con odio. A veces, con tristeza. Muchos logramos convertir nuestra vida sentimental en un espléndido desastre.

Pasé unos días vomitando mucho y comiendo poco, y todavía no había hablado con Ojos Azules ni le había dado ninguna explicación de mi conducta. Perdí un par de kilos: cuatro libras largas de angustia que volaron en forma de energía inefable hacia la parte del universo a la que van a parar los suspiros que arrancan los dolores del alma. Y poco faltó para que me saliera una úlcera de estómago. Cuando me fui del Edén, Ojos Azules no me había pedido explicaciones, no me había metido prisa ni me había exigido nada a cambio de tanta paciencia. Miquel Gensana II el Jaqueca, aliviado, pero con el dolor subido a la chepa, no pudo convencerlos de que, como

mínimo, tenía que pagarles los días que... Lo echaron Lúdia (pero ¿tú que te has creído, hombre?) y Ojos Azules (apaga y vámonos, no sé si me explico, Simón) antes de poder convencerlos. Casi no le dio tiempo ni a agradecerse. Pero pensó que menos mal que de vez en cuando había Lúdias y Ojos Azules en el mundo, aunque, para hablar con él, a veces hacía falta un diccionario Ojos Azules-Catalán, Catalán-Ojos Azules. Y, después de sopesarlo, Miquel decidió ir a *can* Gensana a ver a su madre y a pensar qué podía hacer. Y volvió a acordarse de la parábola del hijo pródigo y se dijo que algunas cosas nunca cambiarán y nunca podré ser una persona normal, sin complicaciones, con una sonrisa de verdad.

—¿Por qué no te quedas a vivir en casa?

Miquel evitó mirar a su madre a los ojos y ni se planteó dar explicaciones a su padre, que a la sazón prácticamente vivía en la fábrica. Yo entendía que mi madre intentaba desesperadamente llenar tantas paredes, tabiques, pasillos y habitaciones con más vida que la que podían darle ella, la señora Angeleta, que venía a coser por horas, y el fantasma de mi padre; y la pobre Remei, que era la última criada que quedaba en casa, que empezaba a ajarse y era la única persona que veía la televisión en aquel aparato grande, pesado, gris y aburrido que don Pere había mandado instalar en la sala sólo porque era lo que tocaba.

—Y mi tío ¿qué tal está?

—Bien, quédate en casa, hijo.

Pero con los ojos me decía estoy sola, tu padre sólo piensa en las deudas, tu primo Ramon quiere liquidar la fábrica como sea, a cualquier precio, antes que se venga abajo, pero tampoco puede más; estoy cansada. La casa me resulta muy grande, tengo ganas de ir a vivir a un piso en el centro de Feixes. El otro día vinieron a tasar la biblioteca de tu bisabuelo Maur, una sociedad inversora está interesada en el precio de la casa, no utilizamos ni una quinta parte, hace años que no subo al desván... Y tu tío Maurici no la quiere vender por nada del mundo. Bueno, cuando se lo digo, cierra la boca.

—Es que quiero vivir en Barcelona. —Qué canalla fui al decir eso. Pero era la verdad.

—Está muy cerca, y están haciendo la autopista. Puedes ir y volver todos los días... O en tren, como cuando estudiabas.

—Madre...

Tras un silencio, mi madre repitió, como si fuera un suspiro:

—Hay que vender esta casa. Tenemos que convencer a tu tío.

—¿Y qué opina papá?

—Que él ya la habría vendido, para tapar agujeros.

—Pues no la vendáis. Es lo único que os queda.

—Es más cómodo vivir en un piso. —Sonrió con fatiga—: Esto parece una residencia de ancianos.

—No la vendáis. Estás acostumbrada a vivir en un jardín. ¿Cómo cuidarías

flores?

—En tiestos.

—No te lo crees ni tú. Vamos, madre... Me quedaré una semana... Y podemos dejar preparada mi habitación, porque vendré de vez en cuando.

—Dios te oiga.

Un suspiro y un silencio. A su lado, nuevecita, una bufanda, seguramente para Roger, el hijo de Ramon. Y a continuación, la gran pregunta que íbamos retrasando:

—¿Y tú qué, Miquel?

A los treinta años, de repente, tras haber vivido fuera de casa una temporada, es imposible hacer de tu madre una confidente. Era imposible contarle por qué Gemma y él se habían separado, por qué había decidido dejar la carrera, por qué se estaba tomando el quinto whisky del día, por qué pasaba tantas horas escribiendo poemas que después rompía con desesperación; por qué se estaba aficionando a las sesiones del Palau de la Música para huir de Gemma, y por qué lloraba tan a menudo en el anonimato de la butaca al contemplar los brincos de la flauta o el gemido profundo del violoncelo... Por qué quería dejar de dar clases por no encontrarse con Gemma en el trabajo, y un etcétera largo hasta la desesperación. ¿Tenía que contarle todas esas cosas?

—Voy tirando, madre... Pero necesito estar solo y pensar.

—Aquí puedes vivir solo.

—Madre, quiero vivir en Barcelona, solo.

Aquella primera noche del regreso del hijo pródigo la pasé casi en vela. Cené con mi madre, mi tío y Remei prácticamente en silencio, las dos mujeres lo hacían todo como de puntillas, como si temieran romper algún cristal de la conversación que no acababa de cuajar, porque entendían lo difícil que era que les contara algo de las grietas de mi matrimonio. Mi tío no decía nada ni levantaba la mirada del plato. Y mi padre cenó fuera para no tener que verme. Y además, tan pronto, porque no llevábamos ni dos años de casados, y ellos lo decían desde el principio, que esa chica no me convenía. Y ahora ¿con qué cara vamos a mirar a los Molins cuando nos los encontremos por la calle? Porque... ¿seguimos siendo familiares? ¿Y si voy a verlos? Entonces habló mi tío y dijo pero Maria, mujer, no te preocupes por los Molins, eso no es problema, queriendo decir que el problema era Miquel II, su sobrino preferido y único. Y Remei servía los platos con los ojos desorbitados, como si quisiera emular la futura ceja enarcada de un futuro maître que deambularía entre esas mismas paredes, ajeno a todo ese sufrimiento, con ademanes profesionales muy parecidos a los suyos. ¡Qué bárbaro es el futuro!

—Hijo... —Bolitas nerviosas de migas de pan en la punta de los dedos—: ¿La separación es definitiva?

—No tengo ganas de hablar de eso, madre. —Y Remei se levantó con el pretexto de llevarse algo a la cocina.

—Pero, hijo, si no me ocupo yo de ti...

—Ya soy mayor. —Y en un tono muy seco—: Gracias.

Mi madre no se atrevió a saltarse la orden. No quería tirar tanto de la cuerda porque temía que se rompiera y que el pobre Miquel se fuera de casa. Y seguimos cenando en silencio, un silencio que sólo quebraba el ruido de un postigo mal cerrado que jugaba con el viento.

—¿A qué hora viene papá?

En cuanto se quedó solo en la habitación, Miquel abrió la ventana y encendió un cigarrillo. El jardín estaba oscuro, pero se adivinaba la mole del madroño. El viento se había llevado las pocas nubes que había, y una hilera de estrellas parecía darme la bienvenida, qué felicidad la suya, por el regreso. Me di cuenta de que hacía ocho años que no levantaba la cabeza para ver el firmamento. Exactamente desde que me fui de casa para hacer la revolución y a mi madre se le cayó el huevo de cristal con el que zurcía calcetines. Aquel día cogí el tren equipado con una bolsa llena y mis ilusiones revolucionarias, jurándome solemnemente no volver hasta terminar el Trabajo. En aquel entonces, el estímulo de la misión me convirtió en un hombre enérgico y dotado para la lucha. Lo demostré aquel día que, en una manifestación del Metal, derribé de un puñetazo a un secreta que estaba empeñado en detener a un militante del Partido, que después supe que era un cargo importante. Sí, fue un acto heroico, pero completamente inconsciente por parte de Miquel: le dio un puñetazo en los morros porque estaba muerto de miedo, quería echar a correr y el poli le cerraba el paso. El camarada, igual que yo, huyó por piernas y, horrorizado, oí unos disparos detrás de mí, cosa que me puso alas en los pies. La cuestión es que me gané un hecho heroico para el historial. Pero las cosas venían atravesadas, porque la policía estaba obsesionada con lo que llamaban grupúsculos minoritarios, que éramos nosotros y otras cinco o seis organizaciones, que manteníamos encendida la antorcha de la lucha, armada si es necesario, mientras el PSUC iba de baja y las demás fuerzas, si existían, sólo ellas lo sabían. Más o menos en esos momentos, cuando llevaba seis o siete meses en el piso de mi célula, fue cuando me dieron la pistola. He dormido tres años con pistola.

Pero a Miquel Che Gensana se le complicaría la vida un poco más; no bastaría con la guerra: tenía que tropezar con lo que, para mí, ha sido más irresoluble: el dolor del corazón. El esquema de la organización del Partido de la zona del Congreso se descoyuntó a raíz de cuatro o cinco detenciones, y tuvieron que reorganizar las células. La cuarta y la quinta se fusionaron, y así me reencontré con Franklin Bolós. Pero también llegó un camarada responsable nuevo, cosa que me desorientó; bueno, una camarada: la camarada Pepa. Y Miquel tuvo que tragar mucha saliva y decirle al corazón que dejase de hacer bum, clan, plof, porque, desde que desapareció de la universidad, no había vuelto a ver a Berta, Pepa, la camarada Pepa, Berta, la que hacía mucho tiempo que había dejado el abrigo rojo de los primeros tiempos de universidad, Berta, la de mis pintadas de libertad en las paredes del Ayuntamiento de

Barcelona. Oh, no, Berta y yo en el mismo piso, o casi, ella tan enérgica como siempre, o tal vez más, viendo ante sí únicamente su objetivo concreto, como si no pudiera enamorarse ni pensar que podía enamorar, Berta, Berta. Y las relaciones sentimentales entre camaradas no casados está prohibida; y es un error contrarrevolucionario retrasar la labor revolucionaria por cuestiones puramente personales y privadas. Y sobre todo, la mirada de Berta era dura como el hielo y yo me quería fundir. Por eso, cuando la saludé en un momento en que nos quedamos solos (bum, clan, plof) hice como si no me pasara nada.

—Podías haberte puesto un nombre menos cursi, Berta.

—Siempre serás un pequeñoburgués, camarada Simón.

Y me fundí. Las estrellas seguían guiñando un ojo en el cielo de mi ventana de *can* Gensana y acababa de fumar el primer cigarrillo. Berta estaba relacionada con la guerra, sí, pero también con mi primer gran amor unidireccional. ¿Por qué la humanidad se pasa la vida enamorándose de quien no debe? No tenía cenicero en la habitación, y como tampoco tenía ganas de ir a dar una vuelta por la casa y que mi madre me traspasara con la mirada, o mi tío, preferí hacerme uno de cartón con una caja de zapatos que había debajo de la mesa. De los zapatos de mi boda. ¡Cuántas cosas me habían pasado, a mí, que abultaba menos que un real de queso! Y no volví a verla nunca más cuando todo terminó y Franco murió en la cama. Dejé los pisos francos, viví desorientado unos cuantos meses, fui víctima de la operación Equus y volví a casa con un suspiro de alivio por parte de mi madre, y mi padre casi no me dirigía la palabra, y Miquel Gensana Guerrero Que Reposo decidió volver a la universidad con Bolós, para reanudar los estudios triturados por la Causa. Y su padre ya fraguaba la huida. Y conocí a Gemma. Se llamaba Gemma Molins y tenía unos hoyuelos en las mejillas que le favorecían mucho y le hacían una cara muy besadora. Estudiaba el mismo curso que nosotros y me encapriché de ella y permití que Bolós perdiera la cabeza por una tal Maria, una morenaza que a mí, ni fu ni fa. Y Gemma era simpática, muy pizpireta, dos o tres años menor que yo, muy estudiosa, y yo le hacía gracia. Gracias a ella recuperé el interés por la música que me había despertado mi tío. Ella me llevó a los primeros conciertos y enseguida me enganché, porque necesitaba vivir cosas profundas, porque hacía muy poco que me había quedado sin causa y no soportaba tanto vacío en el alma. Y la vida se hizo bastante digestible, porque todavía, a veces, de noche, me despertaba sudando y gritando, porque Mingo y Toro se me aparecían en sueños, Toro y su mueca horrible, y la toalla, oh, todo, y estos sueños espantosos iban distanciándose y se me tranquilizaba el espíritu. Pero a veces me venía el recuerdo de Berta y pensaba qué habrá sido de ella, de Berta, de la camarada Pepa. Creo que alguna vez lloré. Pero lo podía resistir todo, porque tenía a Gemma cada vez más al lado y delante de mí. Y me reinició en la música, sí, y Miquel el Desorientado decidió cambiar la Historia por la Lengua y la Literatura, porque estaba descubriendo la capacidad de sobresaltar que tiene la poesía, y mientras Gemma estudiaba como un buldózer, él soñaba y se presentaba a los

exámenes, y por la tarde daba clases en una academia para pagarse los estudios. Y el mundo empezaba a ser digestible. Y descubrí a Vinyoli, a Palau i Fabre, a Artaud y a Rimbaud, al Góngora más oscuro, que me llevó a Cernuda y a Guillén, y a Ausiàs March. Y paseaba por el jardín de casa, aristocrático pero decrepito, con un libro en la mano, y, frente al estanque sin cisnes y lleno de verdín, Miquel recitaba en voz alta: Allá, allá lejos; Donde habite el olvido, En los vastos jardines sin aurora, Donde yo sólo sea Memoria de una piedra sepultada entre ortigas, Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios, catecúmeno intrépido de la nueva religión de la poesía, y sabiendo que nadie podía oírlo, salvo algún pinzón despistado, decía «Por tanto amar mi vida es una duda», y también, «¿Quién sino un loco pregunta si añoro en ausencia de aquella que me nutre?», y le fastidiaba no estar locamente enamorado de Gemma y, por el contrario, ser incapaz de olvidar la imagen, cada vez más tenue pero misteriosamente poderosa, del abrigo rojo de Berta, imagen perdida en la niebla, y cuando más triste estaba por todo eso, se iba a oír con reverencia la *Ofrenda musical* en el tocadiscos familiar, en la versión de Karl Richter, y clamaba a un Dios en el que no creía porque no me había dado talento suficiente para ser músico ni poeta, y tenía la sensación de ser muy poca cosa, y cuando se lo contaba a Gemma, ella hacía un gesto de preocupación con la cabeza y, con bastante tacto, me decía pero Miquel, a tu edad no se puede vivir en las nubes, y él respondía que había perdido muchos años haciendo el tonto y ahora tenía que recuperar ese temps perdu. Y esa misma noche empezaba a leer a Proust en francés y se volvía más pequeño que nunca al ver cómo es posible hacer sentir todo esto solo con palabras, una detrás de otra, y llegaba a la misma conclusión entusiasta que su santo patrón y proclamaba ¡nada como el arte!, en el jardín, junto al recuerdo de los cisnes. Y mi canto tenía un regusto de blasfemia.

Con la segunda colilla comprobé que el cenicero de campaña daba muy buen resultado. Cogí una silla y la coloqué frente a la ventana sin dejar de pensar en Gemma, en lo estudiosa que era. Y las pocas horas que pasábamos juntos, ella siempre tenía un libro en la mano y él llenaba las suyas con las de ella. Siempre era así. Y un día le propuso llevarla a casa después de los exámenes (antes no, que para esas cosas Gemma era muy cuadrículada). Y ella aceptó. No es que quisiera presentársela a mis padres, es que me hacía ilusión que conociera la casa y el jardín. Pero conoció a mis padres, no les dije que casi salíamos juntos y nos dejaron solos. A Gemma le entusiasmó la casa, tan señorial, y yo la desengañé enumerando la humedad, las grietas del frío, la falta de luz. Y el jardín la sedujo, ¡qué maravilla, Miquel, pero si esto es imposible en pleno siglo veinte! Y ayudados por la euforia de los descubrimientos se contaron la vida y se sobaron el cuerpo mutuamente, y fue delicioso, porque Gemma despertaba entusiasmo. Y no era virgen.

—Pero ¿por qué te pones así, Miquel?

—No me pongo de ninguna manera... Lo que pasa es que me ha... me ha sorprendido.

Se vistieron, no por el giro que dio la conversación, sino por el que dio el aire;

pero todavía estaban bajo los castaños, en el mismo sitio en que tío Maurici Sin Tierra hizo cosas inconfesables o don Pere I el Fugitivo sobaba de arriba abajo a algunas conocidas. Y en el que muchos vástagos de la estirpe cometieron clandestinidades con su cuerpo o con el de sus amigos. Como si en *can* Gensana faltaran camas. Si las castañas hablaran...

—Pero a ver: sé que tú también has estado con otras mujeres, y me da igual.

Miquel cogió una hierba y se la puso en la boca. Sonrió y se apoyó en el tronco del castaño mientras suspiraba:

—Nunca he estado con una mujer.

—No... —Fue un no escéptico, incrédulo y un poco cruel, años setenta.

—Hoy he visto a una mujer desnuda por primera vez.

—¡No...! —Más incrédulamente todavía, más años setenta.

—Hoy he visto un coño en directo por primera vez.

Después de semejante declaración de principios nos quedamos un rato en silencio. Más que un rato, la mitad de la tarde, porque eran los dos tan torpes que no supieron resolver la situación con un quiebro, una voltereta y plaf, ya está. Y Miquel estuvo cien mil veces a punto de decir que quería saber con quién te has acostado antes, Gemma, pero no se atrevió porque le daba miedo que ella me dijera y a ti qué más te da. O peor aún, que le dijera es que no fue con un chico, Miquel, querido, sino con tres o cuatro, y muchas veces con cada uno, y me daba vergüenza pensar que ella supiera un secreto que yo no sabría nunca y eso empezaba a dolerme en el alma, y todavía me dolía más que, a pesar de haber aprendido lecciones (finales de los sesenta, amor libre, Berkeley, yankees go home, Marcuse) y de tener claro que los celos eran un defecto estrictamente pequeñoburgués y decadente, a la hora de la verdad, Miquel, el Teórico Radical, era tan celoso como cualquier otro ciudadano. Y muy celoso.

—Es que no me puedo creer que no hayas estado nunca con una mujer.

—¿Por qué?

—¿Cómo te lo has montado hasta ahora? ¿A base de pajas?

—Ostras, Gemma...

¿Cómo explicarle que el problema no era el pajarito, sino el corazón? Y cómo explicarle que me había emocionado verla desnuda delante de mí, y que había sentido que esa chica de hoyuelos deliciosos en las mejillas me quería y me pedía que la penetrara después de haber jugado un rato, y yo, haciendo esfuerzos, Dios mío, por no correrme antes de tiempo, porque en ese momento, bajo los castaños del jardín de casa, se estaba concentrando toda la espera del mundo, qué momento tan emocionante. Fui tan cobarde que no le pregunté y si te quedas embarazada, ¿qué?, y pensé que seguro que ella sabía lo que hacía.

—¿Ni de putas, nunca?

—Nunca. Y no soy un bicho raro, Gemma. Estaba ocupado haciendo otras cosas.

La carcajada dulce de Gemma sólo asustó al pinzón: Miquel, entre avergonzado y

deslumbrado por esa chica que de pronto resultaba ser tan espabilada, no se molestó. Sólo me preocupaban los celos, o tal vez la imaginación. Por otra parte, yo había mentido un poco, porque, aunque técnicamente no había estado nunca con una chica, había visto a una desnuda, y sí..., pero en ese momento no me apetecía contarle nada de Berta ni del día en que, después de la reunión de la célula con los camaradas de la sexta, ella prefirió quedarse en el piso en el que vivía Miquel porque no se encontraba bien, y le dije dispón de mi cama, Berta, Pepa, camarada Pepa. Y ella me dio las gracias secamente y fue a acostarse, mientras yo, el camarada Simón, preparaba una sopa de sobre para los dos, y por unos momentos pensé, ya ves, como si estuviéramos casados, y, de una sacudida, me quité el pensamiento pequeñoburgués de la cabeza.

—¿O te parece mal que no haya estado nunca con una mujer, Gemma?

Ella le cogió la mano y se la besó casi con adoración:

—No seas tonto —me dijo, y, como si me adivinara los negros pensamientos—: Y espero que no te parezca mal que yo... Fue hace mucho tiempo, con un chico al que no he vuelto a ver. —El viento jugaba con las hojas de los castaños como si asistiera con mucho interés a nuestra conversación—. Y al que no volveré a ver nunca más.

—Me da lo mismo —mentí—. Cada cual que haga lo que quiera con su pasado.

Tuvo la sensación de ser un héroe. Un héroe con ganas de llorar.

La cuestión es que después de lo de los castaños, Miquel empezó a querer a Gemma y la chica se le fue metiendo en la cabeza como si iniciara poco a poco un enamoramiento extrañamente tardío y ralentizado. También aprendí, sin comprenderlo del todo, que eso de que dos tetas tiran más que dos carretas es una gran mentira, porque a mí me tiraba más una sonrisa, una mirada o un recuerdo; y, tal como se estaba poniendo la vida, un polvo bien echado producía menos bajas en el corazón que un afecto sostenido en la distancia. Pero estaba yo muy tierno todavía para entender esas cosas, porque Miquel II Gensana el Casto sólo tenía veintiocho años, casi, la edad a la que el angelical Schubert, enfermo de sífilis, había compuesto los Tríos, el noventa por ciento de sus lieder (incluido *Die Schöne Müllerin* y también *Die Winterreise*), todos los cuartetos, las sietes misas y todas las sinfonías, menos la Grande.

—Estaba segura de que lo entenderías, Miquel.

Hay que revolver con cuchara y esperar a que vuelva a hervir. Y dejarla a fuego lento. El vaho de la sopa le trajo recuerdos de cenas y sentía que en la cocina estaba seguro, a menos de diez pasos de Berta. Y se le abrió el apetito gracias a la sopa de Avecrem, y se dejó llevar por el pensamiento pequeñoburgués de como si estuviéramos casados. Y durante los diez minutos de cocción a fuego lento, con la cazuela semitapada, no se movió de la cocina, atento al menor ruido procedente de la habitación. Pero seguramente Berta se había dormido. Era verdad que tenía mala cara en la reunión, y no había fumado ni un pitillo, ella, que... Simón llenó un plato de sopa humeante y lo llevó a la habitación. Estaba a oscuras.

—Berta —dijo—, es decir, Pepa.

—Hummm...

Miquel Bocuse dejó el plato en el suelo y encendió la luz. Berta se había quitado la ropa. Sólo llevaba una camiseta de tirantes y las bragas. Tenía los ojos abiertos y no sé si me veía. El sudor empezaba a empapar la sábana.

—¿Tienes fiebre?

—Hummm...

—Voy a la farmacia. Hay que bajarte la fiebre.

Tropecé con el plato de sopa y maldije en voz baja al suelo pringado, y bajé a buscar una farmacia de guardia con veinticinco pesetas en el bolsillo. De lejos, del paseo de Maragall, me llegó el gemido de un tranvía nocturno. Tuve suerte, porque había una a menos de un cuarto de hora. A esas horas, el farmacéutico lo miró con un poco de desconfianza y a punto estuve de decirle oiga, no tengo dinero, pero mi amor se está muriendo de fiebre y quiero curarla, y se llama Berta, pero hay que llamarla Pepa, igual que yo me llamo Miquel pero me llaman Simón, ¿sabe?, por lo de la lucha clandestina, sí. ¡Ay, coño, pues claro que nos la jugamos! No es un juego, ¿sabe? Es que Berta es magnífica y tiene grandes dotes de mando, aunque esté muy flacucha, y hoy la he visto desnuda; bueno, casi desnuda, y por eso estoy emocionado y puedo dar la vuelta al mundo para ir a buscar una dosis de quinina y quitarle las fiebres palúdicas, ¿me entiende, Livingstone? Y no crea que estoy nervioso porque no sé cómo pedirle preservativos, porque, aunque tenga veintitrés años, ni se me ocurre que haya que tenerlos a mano en ocasiones como ésta; casi casi no sé ni cómo son; además, Berta, Pepa y yo, nada; en serio, ¿eh?, nada. Sólo somos camaradas.

El farmacéutico seguía mirando con desconfianza al explorador mudo del salacot heroico que acababa de llegar de lo más profundo de la selva.

—¿Cuánto vale una caja de aspirinas?

—Veintitrés.

Sopla. Estaban salvados. Pero no podía pensar en preservativos, desde luego, aunque, al menos, podía volver corriendo por la selva con su valiosa carga de sulfamidas para combatir la lepra del campamento. Y todavía me sobraban dos pesetas:

—Una caja de Juanola, por favor.

Cuando volvió a casa oyó ruido en la habitación desde el comedor. La luz estaba encendida y Berta, sólo con las bragas (de color de rosa, con un encaje blanco que tenía una flor que todavía recuerdo), se agitaba, inquieta, entre los libros que se le habían caído encima a fuerza de mover los brazos, y Lukács le tapaba un pecho y Arnold Hauser le oprimía el estómago, y aparté mi biblioteca clandestina y juro que solamente la contemplé unos segundos, porque pensaba tengo que llamar a un médico, pero ¿cómo lo hago sin levantar sospechas?

—Berta, Pepa, tranquila; soy yo.

Le toqué la frente, que todavía le hervía, sudaba por todos los poros de la piel y le

pasé la toalla amorosamente por el cuello y el pecho, y ella, semiinconsciente, me dejaba. A veces abría la boca reseca como si tuviera sed, y Miquel, muy atemorizado, al ir hacia la cocina volví a tropezar con el plato de sopa, que seguía en el suelo, y repetí la maldición y deshice dos tabletas en un dedo de agua y se lo llevé a la enferma, Berta, Berta, tómate esto, anda. Oh, Simón I Stanley dando el brebaje a la compañera gravemente enferma por la picadura de una víbora, mientras, fuera de la cueva, las fieras esperan su turno; y Pepa, tan disciplinada como siempre, se lo tomó con una mueca de asco, porque nadie ha dicho que la quinina tenga buen sabor. Después le di un poco de agua. Luego, ella seguía inquieta y decía está todo controlado, camarada, no os preocupéis porque no lo sabe nadie. Simón no sabía si se lo decía a él o si estaba delirando, y, con los ojos desorbitados y la boca reseca otra vez, lo agarró por las muñecas, y él le humedeció los labios con la toalla como buenamente pudo, Berta, Berta, cómo te encuentras, Berta, y la chica seguía diciendo incoherencias y se agitaba con la furia de la fiebre y decía tengo calor, tengo calor, y antes de que Simón pudiera evitarlo, la camarada Pepa, responsable de la célula, responsable de agitación y propaganda del Comité de Barrio, militante fundadora, veterana estricta en la pura ortodoxia del Partido, se quitó las bragas delante de Michel el Voyeur, que estaba muy azorado, porque tenía calor. Pero el calor no se le pasaba y empezó a quitarse ropa imaginaria, y, durante unos segundos, a Miquel se le olvidó que su compañera estaba enferma y se dedicó a contemplarla con adoración, de arriba abajo, de abajo arriba, hasta el último rincón de ese cuerpecillo menudo pero enérgico, y la quiso más clandestinamente todavía. No sé si serían las aspirinas, pero, un cuarto de hora después, para mi gran alivio, Pepa dejó de moverse y su respiración se normalizó. Abrió los ojos. Sonrió, creo que porque se encontró con mi mirada aterrorizada.

—¿Qué me ha pasado? —lo preguntó como si preguntara si había llovido mientras dormía.

—Tienes fiebre; no te encuentras bien.

—No. Soy epiléptica. No es la primera vez que me sube tanto la fiebre.

—Pero...

—Tranquilo, Simón. Ya ha pasado.

—Oye, creo que...

—Gracias, Simón.

Se tumbó en la cama, desnuda, sin ser consciente de su desnudez, infinitamente fatigada y puede que también cansada de repetir las mismas advertencias en distintos sitios, y Miquel se sentó en la cama y le dijo ¿no te parece que tendrías que ir al médico, Berta, Pepa?

—Sí, cuando termine la revolución.

Cuando termine la revolución. Pobre Berta, Pepa de mi corazón, que te quiero desde lejos y te tengo al lado desnuda y no puedo tocarte, responsable del Comité de Barrio, si hubiera tenido la energía necesaria, la habría llevado al médico agarrada

por las orejas, oiga, doctor, una exploradora revolucionaria epiléptica; déjemela como estaba antes de la revolución. Pero Miquel no lo hizo, y así le fueron las cosas a la pobre Berta, ay, coño, mierda, hostia, ¿por qué no nos damos cuenta de las cosas en su momento, no cuando ya no se puede hacer nada? La putada de la vida es que sólo marcha en una dirección. Además, no sé cómo lo hago, pero las mujeres de mi vida viven en mi cabeza, y Berta es una de ellas, lejos de Teresa, pero es una, y lo sé sin ninguna duda, ahora que estoy frente a Júlia, que tiene la misma edad que ella entonces, que se incorporó en la cama y me decía tienes que ayudarme, Simón, y Miquel, ¿qué quieres que haga, Pepa? Casi se le había olvidado que Berta estaba medio desnuda. Nada de medio: completamente desnuda.

—Tengo que ducharme para quitarme toda la mierda de encima.

Se tocó el pecho con una mano, con una actitud alejadísima de la lascivia, sancta Berta in pectore insudato. Sancta Yosefa.

—Tienes que ayudarme, porque no puedo más.

A Simón, el revolucionario, al que le faltaba muy poco para dormir con pistola, al que unos meses después lo apartarían de las células normales para ponerme en el Grupo de Acción Directa, me pareció excesivo tener a mi lado a Berenice desnuda, pero me lo estaba pasando en grande y notaba un cosquilleo en la parte izquierda del alma. Seguro que tengo madera de masoca. Sancta Yosefa me miró a los ojos y me dijo ¿tienes fuerzas para hacerlo, Simón, Miquel?

—Sí, cómo no... Pero ¿no te parece que tendríamos que ir al médico?

—Calla y ayúdame, anda.

La puse de pie y, haciéndole de muleta y de san Cristóbal, la llevé al cuarto de baño. Al cruzar por la puerta de la habitación, Miquel el Chapucero volvió a tropezar con el plato de sopa.

—¿Qué es eso?

La camarada (cada vez más Pepa y menos Berta), completamente desnuda, empezaba a tomar las riendas de las cosas.

—Nada, un plato vacío.

Lo dije como si dejar platos de sopa a la puerta del dormitorio fuera la práctica revolucionaria más normal del mundo.

Miquel bañó a su camarada, la enjabonó, la sostuvo amorosamente, la enjuagó, le preguntó cien mil veces si se encontraba bien, se mojó con la mojadura y la secó con la toalla como si fuera una hijita pequeña, en vez de una chica bajita y misteriosa de pechos magníficos, ancas rotundas y un pubis negro y exótico, y ella, con ternura (sancta Berta), se dejó cuidar sin sentir humillación. Cuando le secaba el pelo, trastornado todavía, ella se agarró a la toalla como si en ese instante se hubiera terminado su desnudez de persona débil y me dijo Miquel, te agradezco mucho lo que has hecho por mí; nunca lo olvidaré. Y yo, pum, pom, pum, plaf, al borde del infarto. Conseguí sonreír como Bogart y salí del cuarto de baño diciendo ya lo sabes, Berta, siempre que lo necesites; por dentro lloraba como un imbécil y en algún momento

pensé que estábamos en los inicios de una larga amistad imposible, porque ella es mujer, y yo hombre, y cuando el sexo se entromete la amistad se complica, y entre un hombre y una mujer siempre acaba entrometiéndose el sexo. Oh, gran teorizador del concepto de la amistad, Miquel Sigmunfreud, que volvió a la cocina con el corazón acelerado y abrió otro sobre de Avecrem para mezclarlo con los restos del anterior; en el recuerdo, sólo ese cuerpo tan bonito que volvía a ser inaccesible y se convertía en objeto de nostalgia, y ahora qué hago yo. Entonces se dio cuenta de lo excitado que estaba desde hacía un rato y empezó a masturbarse, triste, abatido, mirando el agua, que empezaba a hervir; lo dejó al oír ruido en el cuarto de baño, porque hacerse pajas era poco revolucionario. Pero el desasosiego se quedó y por eso, cuando la increíble Gemma me enseñó sus secretos bajo los castaños del jardín de casa y soltó una de sus dulces carcajadas (los hoyuelos de las mejillas), le confesé que nunca había estado con una mujer ni la había visto siquiera. La carcajada me dolió y tuve que hacer un esfuerzo para tragarme todos los celos del mundo. Lancé la gran proclama.

—Me alegro mucho de que hayas sido tú la primera.

Seguramente, el beso que nos dimos en aquel momento bajo los castaños del jardín de *can* Gensana fue el más dulce de su vida en común. Juntos vivieron la experiencia de ir a votar por primera vez, Gemma, a mis casi treinta años vamos a votar por primera vez; y nos tomamos el acontecimiento con una devoción litúrgica. Hacía pocos meses que nos habíamos casado, con la alegría cansada de mi familia y la desconfianza explícita de la de Gemma, que me consideraba un cazafortunas sin futuro. No tenían razón en lo de cazafortunas, porque lo que yo perseguía eran los hoyuelos de las mejillas de Gemma, no la cuenta corriente familiar; en lo que acertaron plenamente fue en lo de mi futuro.

En la universidad, cada vez más sosa, más llena de gente que pasaba de todo o se reconvertía velozmente en Juventudes de partidos del arco institucional, a Miquel Gensana sólo le quedaba la posibilidad de pasear por el claustro, porque a los de Filología les habían dejado el edificio viejo. Y de vez en cuando se acordaba de Toro, y empezó a darle pena que tantas energías disueltas en peligros, cárceles y muertes terminaran concretándose en unos partidos políticos cuya primera providencia era la propia subsistencia, como si fueran un fin en sí mismos. Y es que cuando el hombre se encuentra con la posibilidad de ejercer el poder, le tiembla el pulso de emoción y, con un dribling del alma, olvida los sueños y sólo piensa en acaparar poder. Es una barbaridad, Gemma, pero es así.

—Tú siempre estás en las nubes. Vuelve a haber democracia.

—Yo luché por unos ideales más profundos, aunque me ha hecho ilusión votar.

—Tienes que contarme los años de clandestinidad algún día.

—Sí.

Costaba explicarlo. El debate era sobre si ruptura o reforma. Pero el debate no estaba en la calle, sino entre los partidos. Y, como siempre, ganó la prudencia. Y los sueños se alejaron, y todo por lo que habían luchado Berta, Franklin, Simón, Toro

Judas, Ojos Azules, Mingo Protomártir y mil camaradas más se convirtió en una ilusión casi infantil.

Llevábamos unos meses casados y ya teníamos amueblado casi todo el piso del Guinardó cuando, un día, Miquel estaba oyendo *Quator pour la Fin du Temps*, maravillado por la sonoridad mesiánica del segundo movimiento y, sin poderlo evitar, pensó que en el mundo existían muchas formas de belleza, al alcance de cualquiera, que él había apartado de sí voluntariamente, como un monje, maldiciendo la decadencia estética pequeñoburguesa. Y pensó por qué la persona es tan limitada y no puede sintetizar todos sus intereses. Y entonces el teléfono le arañó el pensamiento.

—Gensana, soy Rovira.

—Hostia, tío, qué es de tu vida. —Miquel, sin el menor entusiasmo.

—Ya ves.

—Ya, y qué más.

—Pues eso, ya ves. Oye, ¿te llamo en mal momento?

—No, qué va. Bueno, ¿qué me cuentas?

—Nada, ya ves.

—Ah.

—Oye, me gustaría mucho hablar contigo. Y con Bolós.

Oh, no. Tengo una tendencia enfermiza a revolcarme en el pasado, y en aquella época ya la tenía. Sólo me faltaba que Rovira me hiciera ejercicios de regreso a lo vivido. No podía ser. No.

—Uf, estoy muy liado.

—Bueno, hombre, cuando puedas.

—Pues... ¿Has hablado con Bolós?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que cuando digas tú.

Típico de Bolós: dejarme a mí la responsabilidad. No, era injusto decir eso, porque en el Momento Terrible fue él quien apretó el gatillo dentro de la boca de Toro Judas el traidor, y no se le ocurrió decir Simón, hazlo tú, que estoy muy liado.

—Ah, pues, a ver... Puede que la semana que viene... tenga algún hueco.

Típico de Gensana: ceder a la primera presión, porque soy incapaz de discutir con nadie, de enfrentarme a los intereses de otros; porque me acomodo con facilidad a las exigencias de los demás; hasta el punto de mentir en lo de tener algún hueco la semana siguiente, porque lo único que tenía Miquel Gensana en la agenda eran huecos, porque se pasaba el día estudiando las raíces del Modernismo Literario, Chrétien de Troyes, Jordi de Sant Jordi y el barón de Maldà. Y oyendo música y asistiendo a conciertos sabiamente guiado por Gemma, y daba algunas clases particulares de latín y leía, y se negaba a aceptar el televisor a pesar de la indignación frontal de los padres de Gemma, que se lo regalaban y no entendían semejante cabezonería. Pero si es en color, caray. Lo cierto es que tenía muchas horas libres.

Gemma puso mala cara, pero él se fue, a su pesar, de juerga con los amigos.

Un viento frío traspasaba el paseo solitario de la Escollera y tuvieron que subirse el cuello del anorak. Sólo las olas rompían el silencio, hasta que Bolós, después del tercer cigarrillo murmuró que había tenido la feliz idea de elegir ese lugar tan práctico para charlar. La siguiente frase ligada la compusieron en el vaho confortable de una taberna desconocida del Paseo Marítimo con vistas al mar. Ante la inevitable jarra de cerveza, Rovira nos dijo que necesitaba hablar con alguien, que si no, reventaría, y que nosotros éramos sus confesores privados, y que nos pedía que le escucháramos, y yo, sin parar de darle sorbitos a la cerveza para disimular lo incómodo que estaba.

—Sigues pensando en aquella chavala.

—Sigo pensando en Montserrat. Nunca dejaré de pensar en ella. Me abrió los ojos a una nueva dimensión del compromiso. Y mi crisis existencial se debe a que no puedo realizarme porque ella, que es la pieza fundamental del proyecto, ha desaparecido de mi vida. Pero no de mi cabeza.

—Siempre terminan por desaparecer. —Primer trago de Gensana.

—Montserrat no. Tiene una forma de ser que no, se te pega la obsesión y no te deja vivir.

—No, Rovira: eres un hombre como los demás. Olvidarás a Montserrat. —Herr Doktor Bolós.

Miquel Gensana echó una mirada a la playa. Las olas estaban tan grises como ellos y le dio mucha pena ser como una ola de vida efímera, hecho sólo de viento que le viene de fuera. Miró a Rovira con simpatía por primera vez:

—Y si no se va, aprenderás a vivir con ella en el pensamiento.

—Antes me muero.

—Pues muérete.

Se quedaron en silencio. Ya sé que no tenía que haberlo dicho, pero me fastidiaba que creyese que era el único que tenía ese problema. ¡Como se pusiera él a hablar de Berta...! Si empezara a contarle cómo habían sido sus enamoramientos... Y menos mal que, en esos momentos, Miquel no tenía ni idea de la historia que lo marcaría para siempre y que todavía no había empezado ni a gestarse, porque no conocía a Teresa ni a su violín.

Dos jarras de cerveza después, con los ojos un poco nublados, Rovira empezó a llorar. Bolós y Gensana, amigos íntimos del corazón, que hacía años que no se contaban las intimidades del alma, se incomodaron al ver las lágrimas de Rovira, cuyos años de paréntesis en el convento habían congelado el tiempo, y volvía ahora con exigencias de un estilo de amistad que para ellos se había desvanecido entre los callos que deja el paso del tiempo. Si al menos hubieran sido mujeres los tres... Pero como no era así, les venía muy bien tener una jarra de cerveza entre las manos. Incluso servía para desviar la mirada. Y para intentar emborracharse cuando Rovira les confesó con la voz quebrada que, para intentar quitarse a Montserrat de la cabeza,

se había pasado una semana de putas, hasta el hartazgo, él, que nunca había estado con una mujer y cuya primera obsesión era la imagen de la pureza virginal de Montserrat.

—Y ¿qué? —Herr Doktor Bolós era más comunicativo.

—Que le cogí el gusto. Algunas son muy guapas. Y si cierras los ojos del corazón, finges que quieres a esa mujer; como si fuera una representación brechtiana, ¿me entendéis?, y... como si fuera una actuación en el escenario de la vida, sabiendo conscientemente que es una representación, pero que en el fondo estás ahí porque buscas un imposible... No sé si me explico. La cuestión es que funciona. Y después...

—¿Qué?

—Bueno, después lloras de todos modos. Pero has pasado unos momentos buenos... Dame un Ducados.

—¿Follas mucho?

—Sí. Quiero ponerme al día.

—No me digas que cuando estabas con los frailes no hacías ninguna escapada. Rovira lo miró como si hablara desde el púlpito. Le salió un tono solemne:

—Ni se me habría ocurrido. Salí de la orden tan virgen como el día en que entré.

—Pero dicen que...

—Es mentira. Sólo follo ahora, para ponerme a vuestra altura.

—No creas... —se le escapó a Gensana.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

—¡Se refiere a que no folla, hostia, Rovira!

—Hombre, no es...

—En el fondo, es igual. En cuanto se te pasa la obsesión, la cosa se tranquiliza. Y lo mismo te pasará a ti, Rovira.

—No sé. Mis reflexiones me han llevado a descubrir que la dimensión humana de la persona es biológica... —Abrió los ojos obsesionado únicamente por el eco de sus palabras. La barba, el pelo largo y el bigote larguísimo, húmedo de cerveza, recordaban un poco a Rasputín... Y, por lo tanto, todas las expresiones de afecto han de tener un componente físico que las contextualice en los parámetros oportunos.

—¿Qué dices? —preguntó Herr Doktor.

—Quiere decir que a follar, que se acaba el mundo —aclaró Gensana antes de hundirse en el fondo impreciso de la jarra.

—Quiere decir —terció el interesado— que, por lo que hace al folleteo, pienso tirarme a todas las mujeres de Barcelona: es la única forma de olvidar a Montserrat. —Le salían chispas por los ojos—. Y si me queda tiempo, me licenciaré en latín.

Se quedaron en silencio, como si necesitaran esperar un poco. Miquel volvió a fijarse en las olas del otro lado del paseo y le parecieron más grises que nunca. Tenía ganas de gritar y de decir *Où sont les neiges d'antain* y de sentir que no estaba solo en

su irremediable insatisfacción, que estaba con otros dos amigos insatisfechos que, a la edad que tenían, todavía sufrían espasmos en la encrucijada de los desorientados. Pero no se atrevió a hacerlo y eligió distanciarse:

—Por fin: alguien que sabe lo que quiere hacer en la vida.

Esa estupidez les costó cinco minutos más de silencio. Bolós pidió otra ronda; todos, por turno, fueron a orinar y tuvieron ocasión de comprobar los efectos del alcohol emboscado en la cerveza.

Cuando nos sentamos los tres otra vez (las olas seguían a lo suyo detrás de los cristales), Bolós se puso a hablar en un tono que Miquel desconocía. Les dijo que él, a pesar de sus treinta años, se consideraba una persona un poco desorientada, pero, ahora que por fin había encontrado un trabajo que le abría los...

—¿En qué trabajas?

—En un despacho de abogados.

—Pero ¿tú no...?

—No. He estudiado dos cursos y cuarto de Historia. No tengo ni puta idea de Derecho, pero tengo cultura. Y, lo que decía, se me están abriendo los ojos.

—¿En qué sentido? —Miquel lo preguntó con la idea de que, ya puestos, por el mismo precio.

—En el sentido de que tengo la obligación de seguir con mi compromiso.

—¿Qué compromiso? —dijo Rovira, desde la distancia de sus penas.

—El político.

Gensana lo miró con disimulo. ¿Qué quería decir? Volver a... No, Franklin, eso no. No comprendes que es una etapa que tenemos que enterrar para poder olvidar la muerte y...

—¿Y qué quiere decir compromiso político? —dijo Rovira, con más cerveza en el cuerpo.

—Voy a presentarme a las primeras elecciones municipales democráticas.

—Hostia.

—¿Con qué partido?

—Con el socialista.

—Pero, Bolós..., si tú...

—¿Te molesta, Gensana?

—No, pero nosotros luchamos por...

—Y ahora no hacemos nada. Es mejor seguir moviéndose, como sea. Aunque sea muy despacio, pero no quiero quedarme quieto.

—Sería el año setenta y nueve —calculó Júlia, tomando nota en un papel que sacó de no sé dónde.

—No sé. No sé si te lo estoy contando por orden. Pero es eso, es cierto que yo me identificaba con la ola gris del mar y que Bolós seguramente también, y que a Gensana las palabras de Herr Doktor se le atravesaron como plomo líquido. Lo había pensado muchas veces, pero no se había animado a embarcarse en los proyectos

pequeñoburgueses de las actividades parlamentarias dentro de un orden.

—Eres un revisionista, Bolós.

—Y tú un inmovilista. Quédate de brazos cruzados y ya verás si encuentras justificación en la vida.

—¿Te metes en política para justificarte?

—Para salvarme.

—Yo me salvo follando, Bolós. —Grigori Yefimovich Rovirov Rasputín, con espuma de cerveza en el bigote.

—Mejor para ti.

—Y yo... intento partir de cero... —Gensana no quería decirlo, pero se vio obligado. Y no sabía cómo expresarlo—: He probado la actividad política y ya estoy hartito.

—¿Por qué?

—No me apetece hablar de eso ahora, Rovira...

—¿Y qué quieres hacer? —El tono de Franklin escondía cierta acusación.

—No sé, pero me dedico a leer poesía.

—Te pregunto qué es lo que quieres hacer.

—Eso: leo poesía. Voy a conciertos con Gemma y empiezo a entender la música.

—Está bien, hombre. —Lo animó Rovira—. Eso nunca está de más. Pero ¿qué piensas hacer?

—Esteta decadente.

El tono de Herr Doktor Franklin fue tajante, como de terminar la conversación y despedirse. Pero Gensana no se lo creyó; intuyó unas chispas de miedo, o de envidia, tal vez.

—Te envidiaba —corroboró Júlia, mirando la botella después de terminar su copa de vino.

—Me gustaría ser artista.

—¿De qué arte?

—No sé. Estoy buscando. Lo malo es que no sé hacer nada. No sé tocar ningún instrumento, no sé componer, no sé escribir... Pero las obras de arte me ensanchan la vida. El arte es...

—Con lo mucho que hay que hacer para construir la democracia... y tú, en las nubes.

Era envidia. Bolós le tenía envidia. Sin embargo, él estaba desanimado porque el camino elegido era extraño, insospechado antes e imposible según sus aptitudes. Miquel II Gensana el Soñador siempre se equivocaba al elegir sus sueños. Mujeres imposibles, como Teresa, como Gemma, como Berta... Y el recuerdo de esas mujeres... Y, ante Júlia, Miquel tenía lágrimas en los ojos y las lágrimas se derraman dentro del corazón, aunque duela mucho; pero no quiero que Júlia me vea llorar porque, aunque estoy desnudándole mi corazón, no nos conocemos tanto como para dejar que vea las lágrimas de dentro. Me da la impresión de que es la primera vez que

lloro por Gemma serenamente. Qué estará haciendo, con quién vivirá y con quién follará, cuánta felicidad llevará consigo. A Berta, imposible ya, pero a Gemma me gustaría preguntárselo.

Vi que el cenicero hecho con la caja de zapatos estaba lleno hasta el borde; ya no tenía más tabaco y las fieles estrellas habían dado un paseo por el cielo en dirección oeste, acompañando a mi perplejidad. Oí un mochuelo más allá del jardín de *can* Gensana. Seguramente estaría en el río.

No sé si fue con la esperanza de encontrar un cigarrillo perdido en una casa en la que no fumaba nadie, pero Miquel Gensana salió de la habitación y, en silencio, se fue a la galería de retratos. Tanto sufrimiento, tanto trastorno, y no sospechaba que enseguida conocería a Teresa.

Anton III Gensana el Traidor nunca llegó a saber por qué lo había desheredado su padre poeta. Nunca llegó a saber las causas profundas que le hicieron odiarme e instaurar el odio permanente en casa.

—¿Y tú las sabes, tío?

Mi tío se asomó a la barandilla. Hacía una tarde tan suave, que salieron a la galería de la residencia a tomar el sol. Tío Maurici movía los dedos con inquietud, como si necesitasen un papel japonés para convertirlo en caballito de mar.

—Tu abuelo empezó a odiarme por culpa de la literatura.

Miquel había pensado muchas veces que tío Maurici estaba menos trastocado de lo que constaba oficialmente; pero aquella tarde pensó que tal vez fuera cierta su locura. Por eso dejó pasar el silencio suavemente.

—Consta en los anales de la Historia con el título de la historia de tía Pilar —dijo mi tío, media tarde después—. Esta gesta fue la causa de mi inquietud y de toda mi locura.

Miquel no se atrevió a protestar; su tío tampoco le dio tiempo, porque empezó a decir en cuanto mi Miquel se enteró de que mi padre adoptivo me había quitado la fábrica con un chantaje tan rastrero, me juró que se vengaría. Fue la única vez que nos peleamos. Yo no quería líos; si mi sino era volver a ser el Sin Tierra, lo había aceptado y punto; pero Miquel quería volver a poner las cosas en lo que él creía que era su sitio.

—Te lo juro, Maurici: la fábrica volverá a tus manos.

No pudo cumplir el juramento porque se fue al frente. Pero volvió unos meses después, esplendoroso y valiente, con el pañuelo al cuello y los ojos brillantes, al frente del pelotón de la FAI, y se presentó en la fábrica y comunicó a mi padre adoptivo que, desde ese momento, la fábrica era del pueblo y que, si quería, tenía un puesto de hilandero. Tu abuelo estuvo a punto de reventar de rabia. Tal vez por eso no sufrió tanto como su mujer cuando llegaron las muertes que habían de llegar; porque, al ver que las cosas se ponían feas, mandó a su madre, tu bisabuela Pilar, y a su hija Elvira fuera de Feixes, lejos del tumulto. Mandó a su madre y a su hija a la muerte, como si le corriera prisa que se reunieran con Elionor, la pobre hijita que había muerto de fiebres hacía ya mil años. Mi pobre mamá Amèlia no lo resistió; se le rompió el alma y no volvió a recuperarla nunca más. Un día, hacía muchos años, me había dicho que lo más cruel de la muerte de su hijita Eli, a las puertas de la fiebre y del siglo, era que los años pasaban y, a pesar de su férrea voluntad, iban dejando una pátina de melancolía sobre el sufrimiento, y otra, y otra y, tenuemente, la resignación

alejaba a su pequeña Eli cada vez más, de forma que unos diez o quince años después ya no lloraba y sabía que Eli estaba más muerta porque ya no le daba ni pena; y a su corazón de madre le parecía injusto. Nunca se lo dijo a papá Ton por no provocarle el mismo dolor y porque hacía tiempo que él había encontrado refugio en la fábrica y su dolor perdía fuerza y se diluía en metros de pana. Lo que hizo papá fue cargar las culpas de las muertes nuevas a la FAI y a mi Miquel, en vez de a los aviones de Franco. En aquellos momentos no sabía que el oficial de la FAI era el mismo al que había espantado entre las sombras de nuestro bosque de amor de los castaños. Es que la historia se mueve por fobias y filias individuales.

—No estoy de acuerdo, tío.

—Porque eres marxista.

—No sé lo que soy.

—Siempre verás el mundo con ojos de marxista. —Y retomó el hilo—: Mi Miquel tampoco estaba de acuerdo, aunque era anarquista. Decía que era un planteamiento reaccionario de la Historia. ¡Qué sabría él, que no era más que tejedor de segunda!

Y cuando llamó el Ayuntamiento de Granollers preguntando por los familiares de las dos mujeres muertas, sobreviví al pinchazo del corazón pasando por encima del llanto de mamá Amèlia y de su dolor inmenso y del silencio lleno de papá Ton, que probablemente también recordaba la muerte, hacía ya muchos años, de su otra hijita y la comparaba con la de su querida Elvira, que estaba a punto de echarse por novio a un muchacho de la casa de Arumí...

—¿Ves como querías a mi abuelo Ton?

—Y una mierda. Pero lo pasó mal, sí.

Y cuando hacía de chófer a mis padres adoptivos, de camino a Granollers, casi explota la bomba de los reproches, por qué se te ha ocurrido mandarlas a Granollers, Ton, y maldije el destino que, con su risita repulsiva de hermafrodita, aguda y caprichosa, nos cubría de pena. Y tenía que hacer unos esfuerzos inmensos para que las lágrimas me dejaran ver los baches de la carretera. Y cuando se instaló en casa la calma del cementerio, no supe ver que mamá Amèlia empezaba a ordenar las cosas de su suegra con un nudo en la garganta, y las de su hija con los ojos hechos lágrimas de lluvia. Porque por segunda vez en su vida, la pobre Amèlia tenía que recoger las cosas de una hija muerta y decidir qué hacer con ellas. Tenía que haberse vuelto loca ella, no yo. Pero mamá Amèlia siempre ha sido una mujer muy fuerte. Como su suegra, la abuela Pilar, doña Pilar Prim de Gensana, la Biencallada, que había sabido guardar en secreto su secreto, pero eso ya es la historia de tu bisabuela Pilar, que en la Historia, hasta ahora, sólo se la conocía por su inusitada intervención cuando estalló la Guerra de los Nombres. En aquellos momentos, Pilar Prim de Gensana despertó de su ensoñación misteriosa desde que se había casado con un poeta y se puso de parte de su nuera, la bienaventurada Amèlia, e informó a Maur II Gensana el Eximio, que se quedó perplejo, de que a ella le parecía que eso de los Maur y los Anton era una

tontería. Y volvió a callarse para siempre con la mirada perdida en el silencio de su secreto.

Se dejó casar con el abuelo Maur principalmente porque le tocaba; no protestó cuando su madre la informó de la decisión de su padre, porque, aparte de no tener trabajada ninguna opción (el hombre que le había despertado la ilusión se había ido a La Habana sin dar explicaciones), sentía cierta curiosidad por saber cómo se vivía al lado de un poeta de familia rica. Cuando lo tuvo claro (después de dos meses y medio de aguantar inflamados discursos de su suegro, Antoni II Gensana, Crisóstomo, lecturas declamadas de su marido, Maur II Gensana el Divino y lecciones de la suegra, más la obligación de estar eternamente agradecida por los seis sonetos que había inspirado y que le estaban dedicados), concluyó que se había equivocado, que la vida en aquella casa era más bien insoportable, y reanudó el diálogo con un tal Pere Rigau que había vuelto de Cuba con el rabo entre las piernas, después de un intento de montar una naviera y de arruinarse con una agilidad increíble. Pere Rigau, de los Rigau pobres, primo carnal de los distantes y estirados Rigau del Vapor, una de las familias más ricas de Feixes. Lo que pasó fue que, herido en su orgullo y en su patrimonio, Pere Rigau, después de dos años de ausencia, descubrió con desconcierto que la chica a la que rondaba antes de la aventura antillana se había casado, mientras que él, a los veintiséis años, se había quedado con una mano delante y otra detrás. Estas circunstancias lo empujaron a buscar consuelo en ambientes desaconsejables que no le aliviaron las penas y le aumentaron el desasosiego. Se convirtió en el cliente más asiduo de Ca la Manyana y se emperró en pasarse por las armas a todas las mujeres del burdel (como un vulgar Rovira, pensó Miquel) con un ardor que lo habría arrastrado directamente al infarto, de no haber sido por un oportuno picor insufrible en la ingle que lo obligó a desistir de semejante sistema para olvidar y a hacer un esfuerzo sincero por serenarse. Cambió de táctica. En pocas semanas, y procurando que se enterase la gente de Feixes en general y Pilar en particular, rondó y empezó a cortejar a la heredera de *can* Colomer (la de los Colomer del algodón, los del Camí Fondo, para entendernos). Cuando se casaron, para mayor alegría de los Rigau pobres y con un punto de desconfianza de los Colomer, Pere Rigau ya llevaba en los pulmones, sin saberlo, el estigma de la muerte. Y el destino, al ver que los enamorados de antaño, Pilar y Pere, estaban ya casados cada cual por su parte, soltó su risita repelente y se puso en acción.

Pasaron unos meses sin novedad. Los dos matrimonios, los Gensana y los Rigau, hacían cada cual su vida sin dificultades aparentes. Hasta que tanto Pere Rigau como Pilar de Gensana aceptaron que el único y verdadero motivo de su desmesurada afición a ir a la iglesia era para cruzar miradas a propósito e interrogarse, mediante el hilo inexistente entre ambos pares de ojos, si el otro tenía los mismos sentimientos que el uno. Hasta que un día, el roce de esas miradas arrancó tantas chispas en la penumbra del Arciprestal que, al salir del Espíritu Santo, cometieron la primera imprudencia y, ante sus respectivos consortes, ella invitó al matrimonio Rigau a

tomar café en su casa. A partir de entonces, todo fue sobre ruedas. La primera cita pública trajo consigo la primera clandestina. Fue cuando los dos matrimonios paseaban junto al estanque del jardín, después del café y las pastas, y don Maur se entretuvo a mirar dos cisnes indiferentes con la estúpida y fea (en opinión de doña Pilar) señora de Rigau y le recitó, sin respirar, un soneto y una sextina dedicados a los reflejos irisados del estanque de *can* Gensana al caer la noche. Y la señora de Rigau (inteligente y sensible en opinión de don Maur) asentía complacida, con los ojos cerrados. Fue el único instante que Pere y Pilar pudieron pasar solos.

—Todavía no me lo creo.

—¿Qué?

—Que te hayas casado. Que me haya casado yo.

—*Irisado rumor de clara color; / incertidumbre de agua trémula...*

—Te fuiste sin decirme nada.

—Tenía que intentarlo. Perdóname, Pilar.

—Lo has destrozado todo.

—No.

—*Habitantes de este nocturnal piélagos / pues en el agua tenéis vuestro hogar.*

Esta imagen se refiere a los cisnes.

—¡Qué bonito! ¿Cómo dice que los llama?

—Habitantes de este piélagos, pues en el agua tenéis vuestro hogar. Es decir, que tienen la casa, el hogar, en el agua.

—Sí, claro, porque viven ahí, ¿verdad? —Suspiro profundo de la señora de Rigau
— ¡Qué bonita es la poesía!

—No me preguntaste lo que opinaba yo.

—Te escribí una carta desde La Habana.

—La gran excusa. Me hiciste daño.

—Lo hice por ti, para poder ofrecerte...

—Podías haberme preguntado si yo quería.

—... *charlando con el aire vespertino*. Éste es el soneto. Y ahora la sextina, Natàlia. Bien entendido, si no se cansa usted.

—Pero ¿cómo se le ocurre decir eso? Estoy emocionada. Nunca había conocido a un poeta de carne y hueso. ¡Oh!

—Pues la sextina dice:

—¿Cuándo podemos vernos para hablar con calma?

—Nunca. Ya está hecho. Decidiste tú por los dos.

—Pilar... Quiero explicártelo con calma, sin tener que hablar en voz baja.

—Nunca.

—Pilar, querida...

—Mi marido se va de viaje la semana que viene.

Dicho y hecho. A partir de la primera cita clandestina, el amor fue sobre ruedas. Los primeros días, Pere se deshizo en excusas y pidió perdón millares de veces. Los

siguientes días, silencios inacabables y reconocimiento de que sí, no he dejado de pensar en ti, Pere, Pilar. Y al tercer bloque de citas, ya tenían el estímulo de algún tímido contacto físico (besos, manitas, suspiros largos, larguísimos silencios). Y entonces empezó la fase de los celos por causa de los respectivos cónyuges (cada vez que pienso que se mete en tu cama...) y las lágrimas de ella, porque la situación era enervante. Hasta que decidieron ser amantes y recobraron la tranquilidad de espíritu. Por un impulso suicida, tu bisabuela Pilar empezó a escribir un diario personal, donde anotaba, para que lo supieras tú, Miquel, y yo y algunos pocos y desgraciados elegidos, los detalles de esa relación, gracias a la cual estás tú aquí ahora conmigo, con esa cara de besugo cocido y la boca abierta, con una sombra de duda en el corazón.

Y tío Maurici sacó el famoso cuaderno de pastas negras de debajo de la silla con cierta impaciencia, como si llevara mucho tiempo esperando ese momento. Se lo entregó a Miquel sin decir ni una palabra.

Miquel lo abrió por la primera página. La letra de mi bisabuela Pilar era ordenada, apretada, con un algo indescriptible de poco femenina y con una energía que no encajaba con la imagen de mujer mustia que le habían transmitido las voces de la familia. Se puso a leer allí mismo, mientras su tío esperaba con impaciencia alguna reacción.

20 de marzo de 1886

Con mano temblorosa empiezo a escribir estas líneas secretas que sólo yo he de ver, leer y releer. No sé por qué lo hago. No tengo deseos de correr riesgos, pero si no las escribo, sentiré que soy la mujer más desventurada del mundo. Mi vida es triste, porque tengo prohibida la entrada al único lugar en el que puedo encontrar el amor, la felicidad, el sosiego. Mi amado y yo hemos decidido romper esta barrera que nos imponen las personas. Pero también hemos decidido que nadie sepa nada, nadie, ni las respectivas familias ni nadie de Feixes. Nuestro amor es profundo y, como tal, secreto. Es un amor imposible y, como tal, profundo. ¡Dios mío! ¡Cuánto sufrimiento me acarrea esta situación! He estado muchos días pensando si debía dar este paso o, mejor dicho, si debía seguir adelante con el paso que empezaba a dar. Me moría de ganas por contárselo al padre Vicenç, pero no lo he hecho. Aunque es mi confesor desde que me casé, no tiene mucha experiencia. Es muy joven e inexperto e intuyo que tiene un grave desconocimiento del corazón femenino. Pero seguro que no me habría entendido, me habría condenado y, sobre todo, me habría mandado que dejase esta locura para siempre. No tengo estudios, pero no me falta sentido común y comprendo que es imposible combatir los impulsos del corazón cuando son tan fuertes. Después de hablar de esto horas y horas con mi amado, veo con claridad que un amor tan profundo no puede ser pecado; que un cariño tan hondo tiene que preservarse y alimentarse. Sí, es verdad: nos equivocamos los dos; teníamos que habernos casado. Cometimos un error y ahora lo pagamos aunque no seamos culpables. Lo he hablado mucho con mi amor, muchísimo. Pero también le he dado muchas vueltas yo sola, paseando por el jardín de casa o encerrada en la habitación cuando mi marido se ausenta. Después de aceptar esta situación tan difícil, lo peor es tener que guardarme los sentimientos sabiendo que pueden pasar muchos días, demasiados, hasta que pueda volver a verlo y vaciar mi corazón en él. Por eso he tomado la decisión de confiar mis cuitas a estas páginas íntimas. No lo sabe ni mi amado. Es un secreto mío. Hoy, mi amor me ha besado como no me ha besado nadie en la vida. Me habría hecho suya si hubiera querido. Estoy sedienta de amor. Cuando llegué a casa, la magnífica casa en que vivo, me encontré a mi marido en el despacho, leyendo tranquila y reposadamente un libro de su biblioteca... Me puse infinitamente triste y llegué a pensar que soy una mujer perversa y malvada.

—¿Me lo puedo llevar a casa, tío?

—Ni hablar. Es mío. —Suspiró y miró el paisaje—. Puedes leerlo aquí; tengo todo el tiempo del mundo.

Las primeras páginas del diario eran una declaración de intenciones y dudas y, sobre todo, un anhelo constante de justificar unos actos que la moral petrificada de mi bisabuela Pilar debía de condenar tajantemente.

—¡Pobre mujer, qué mal lo pasaría!

—Sin duda. —Mi tío cogió el cuaderno y paseó la mirada por encima de las letras sin leerlas—: Cuando lo... leí por primera vez, me identifiqué con ella totalmente: mi tía Pilar había vivido la misma historia clandestina que yo con Miquel... Era como si el poder de las palabras nos uniera en una sola persona en el dolor.

—No escribía nada mal mi bisabuela.

—¿Te acuerdas de su cara?

—Tío, cuando nací, hacía diez años que había muerto.

—¿Sí? —Vaciló unos momentos, desorientado—: Bueno, pero supongo que te acordarás de su retrato, el de la galería.

Ya lo creo que Miquel se acordaba del rostro de su bisabuela en el retrato que había visto toda la vida: una mujer esbelta, de actitud discreta, con unos ojos soñadores, de los que ahora sabía que, además, eran rebeldes: el silencio obstinado y rebelde de la bisabuela tenía una causa profunda. En el retrato, era una mujer de veintipocos años y ya había asumido la doble vida que tanto le costó empezar. Por lo tanto, al pobre pintor (Rafael Colàs, de Manresa) debió de suponerle un gran esfuerzo reflejar el misterio de esa mirada. La bisabuela Pilar, de joven, tenía el pelo oscuro, pero los ojos, ahora podía decir que los tenía claros, profundos, misteriosos, secretos, tristes, rebeldes, excepcionales.

4 de mayo de 1886

He llorado mucho. Hoy he llorado mucho. Hace días que mi marido se preocupa por esta tristeza mía, que no sabe de dónde viene. Y veo que no se atreve a preguntarme y que se distrae con sus versos, tal vez porque le da miedo saber lo que me pasa. Hoy he llorado de alegría y de pena. De pena, por tener que vivir mi amor en secreto. De alegría, porque por fin he decidido no dar más vueltas a esta situación. La acepto. Amar no es pecado. Y si, por las circunstancias, tengo que vivir mi amor a escondidas, así será. Pero que nadie me juzgue, porque sé que está bien. Todavía no sé si ir a confesarme. A lo mejor no lo confieso nunca. No sé. De todas maneras, las reflexiones que me cuenta mi amado me dan fuerza. Él cree con toda sinceridad que no estamos en pecado, que no es necesario que me confiese de nada, que si los curas se enteran, sólo liarán las cosas con sus reglamentos absurdos que no tienen en cuenta el corazón humano. Creo que me está convenciendo. Pero... ¿cómo voy a ir a comulgar? ¿Seguro que no estoy en pecado? Puedo ir a confesarme a otro sitio, a un sitio donde no me conozcan. La idea del pecado me horroriza. La de perder a mi amado también. ¡Ay, qué desventura, Dios mío!

30 de mayo de 1886

Hoy, mi marido me ha regalado un impresionante piano de cola, por ver si puede eliminar el dolor y la pena y dar a mi corazón un rincón de alegría. Lo han puesto en la biblioteca y he llorado más, mucho más todavía, porque soy una desagradecida. Mi marido empieza a decirme que a lo mejor tendría que ir al médico. ¡Ay, si supiera que mis males no los cura ningún médico!

¿No te parece que tenía que ser apasionante vivir con esta mujer, Miquel? Pues yo viví treinta años a su lado y nunca sospeché la menor posibilidad de pasión en ella y, si no te molesta, vamos dentro, que empiezo a tener frío.

—Estamos en febrero, tío.

—¿Tienes prisa?

—No, no tengo ninguna prisa. ¿Se puede fumar aquí dentro?

—Mira a ver. Si nos gritan, es que no.

Desde el primer momento, en *can* Gensana se aceptó con normalidad que la nueva nuera tenía cierta tendencia a salir de casa con cualquier excusa. Le gustaba supervisar personalmente las compras diarias y solía acompañar a Rosa a cumplir con dicho menester. Además, tenía muy arraigada la costumbre de ir de visita y siempre encontraba un momento para pasar por casa de sus amistades o incluso para ir a ver a su madre, que vivía en la otra punta de la ciudad. Pero el sistema de citas de los dos amantes era ingenioso e imaginativo. A Miquel le recordaba el estilo de sus peligrosas citas de la clandestinidad, con toda la cautela de fiera acorralada que lo acompañaba. (A las tres en punto pasar por Terminus, a ver si hay algún movimiento extraño. Lo mismo media hora más tarde. Primer contacto visual con el mensaje. Veinte minutos después, otra vez. La cita, tres cuartos de hora más tarde en el bar Campeón, en Pau Claris. Diez minutos de cita, nada de palabras inútiles, transmisión de información y desear buena suerte al camarada. Te vas tú primero y yo espero unos minutos. No cojas el metro). A veces la cita era breve: ella salía a pasear al jardín y, disimulando, se iba hacia el bosquecillo de castaños. Allí, encogida cerca de la puerta de madera, esperaba a oír el ruido del carruaje de Pere al otro lado del muro. Y cuando llegaba, abría rápidamente y subía a la berlina que conducía él, y Pere llevaba al animal poco a poco hacia el camino solitario de *can* Boada, y daba media vuelta mucho antes de llegar. Aprovechaban cada minuto, cada segundo del encuentro, para decirse que se querían, para reafirmar su amor, para evitar hacer planes, porque era imposible. Y, sobre todo, para quedar otro día, siempre en un sitio distinto, nunca dos veces de la misma forma. Hasta que un día, Pere consiguió las llaves de una habitación solitaria de una casa medio abandonada, propiedad de una anciana casi arruinada y sorda a la que sólo le interesaban los reales que le daba el caballero a cambio de un silencio absoluto. Y allí fue donde las cosas se intensificaron, Miquel. Huy, seguro que no se puede fumar, porque viene hecha una furia.

—Lo siento.

—Nada, hombre. Ahora ya lo sabemos. —Escondió rápidamente el chocolate que acababa de sacar—. ¿Te has fijado en la delantera que tiene mi sargento?

22 de junio de 1886

Hoy he yacido con él y no me da vergüenza escribirlo. Lo que me causaría gran turbación sería contar lo que pasa entre mi marido y yo. O, mejor dicho, lo poco que pasa entre mi marido y yo. No es nada

apasionado, sabe aceptar las cosas como son y tiene pocas necesidades del corazón, seguramente porque la poesía lo llena. Me mira de lejos porque estoy triste, pero nada más. Supongo que alguna vez se preguntará por la causa de esta tristeza, pero prefiere encontrar la respuesta en sus versos. Es cierto que hemos hecho uso del matrimonio, pero muy poco, casi como sin querer, y me parece que lo hace sólo por asegurar la descendencia que, por ahora, no viene. Es muy probable que yo sea estéril, por lo que me dijo el doctor Canyameres; pero eso, que tanto preocupa a mi marido, a mí me deja indiferente. Y prefiero que tarde mucho en acercarse a mí, porque cada vez que se acerca me cuesta más disimular, y un día de éstos se preguntará por qué lo trato con tanta frialdad. No me quiere, no lo quiero. Pero gracias a esa indiferencia, cohabitar no es un infierno para él ni para mí. Al menos, de momento.

Pero yo no quería hablar de mi marido, sino de mi amado. Hoy hemos yacido juntos. Hoy me han abrazado unos brazos fuertes, leales y amorosos. Hoy he podido guarecer la cabeza en un pecho que apenas puede contener un corazón que late. Hoy he podido permitir que descubriera mi cuerpo y he sentido un placer infinito al saber que me contemplaba. Y me ha dicho que soy la belleza personificada y me ha dejado verlo a él y... Hay cosas que no se pueden confiar ni a un diario. He sido la mujer más feliz y segura del mundo. He tenido a mi amado dentro de mí y he sentido que estaba completa. ¿Por qué será que las palabras bonitas que me dedicaba mi marido cuando me cortejaba no me daban el estremecimiento que vivo cuando me habla mi amado? Soy feliz porque nuestro secreto es cada vez más intenso. ¿He dicho «soy feliz»? Sí, lo he escrito. Pero ¡qué desventura la mía, también! Dentro de cuatro días volveremos a vernos en el mismo sitio y le pediré que vuelva a poseerme. Soy feliz. Me llaman. A esta hora del anochecer, cuando las sombras igualan los objetos de can Gensana, creo estar más segura paseando por los largos pasillos de la casa. Tengo que ir a ver qué quieren. Tengo que dar las órdenes para la cena de mañana: mi marido ha invitado a mi amado y su cargante señora. Ha sido iniciativa suya y yo no le he llevado la contraria porque, aunque me horroriza pensar que podamos delatarnos, me emociono sólo con saber que estará cerca de mí, que voy a verlo. Acaba de cantar un ruiseñor. Y los canarios de la galería no paran de alborotar, como si fuese el amanecer.

Me he sentado un rato al piano, por si mañana me animo a tocar algo. Pero los dedos no se mueven tan ágilmente como cuando estaba soltera. Seguramente sea por el mal de amor.

—Tenía gracia para escribir, ¿verdad?

—La Historia suele ser injusta —contestó con voz seca—: Jamás dirá que esa mujer silenciosa tenía más dotes literarias que su marido.

—¿Por qué te pones el abrigo?

—Salgamos otra vez y podrás fumar tranquilamente.

—Da igual, tío.

—Arreando, que es gerundio. Coge el cuaderno.

La cena, contaba minuciosamente abuela Pilar unos segundos después, fue interesante. Ella no seguía el hilo de la conversación general. Se manchó dos veces, se equivocó al dar las instrucciones al servicio (que pusieran vino en una copa llena, que trajeran los postres antes del segundo plato) y no se atrevió a mirar a su amado más que de reojo, pensando que Natàlia, esa estúpida que tenía por mujer, a lo mejor se daba cuenta de su turbación. Por el contrario, él, hombre de mundo, disimuló a la perfección, se rio, insistió en oír la última composición de Maur II el Rimador de Feixes, y trató con consideración a los suegros (bisabuelo Antoni II Gensana, Zoon Politikon, jubilado por afonía, y bisabuela Margarida), y así, todo el mundo quedó encantado con su savoir-faire.

—¿Qué te pasaba, nena?

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

Don Maur Gensana se quitó los tirantes y se desabrochó el cuello almidonado que

tanto lo mortificaba. Antes de ir a ponerse la bigotera pasó por el tocador de Pilar y le hizo esa pregunta. Ella, con temor a que detrás de la pregunta la acusara de algo, sonrió a la imagen de su marido, reflejada en el espejo.

—¿Por qué lo dices, eh?

—Estabas como ausente. —La señaló con cierta autoridad—: Mira, Pilar, si no te caen bien mis invitados... —hizo una pausa para imponer mejor la frase— tienes la obligación de hacer un esfuerzo y comportarte como es debido, que ya no eres una niña.

—Pero si...

—Ni pero ni pera. Al despedirnos, el señor Rigau me ha dicho que tal vez no te encontrabas bien.

—¿Ah, sí? —La abuela, asustada.

—Sí. ¿Te extraña que haya gente educada en el mundo?

Para no tener que responder, doña Pilar se frotó la cara con algodón y adoptó una actitud como dando a entender que el agradable señor Rigau y su simpática señora le eran completamente indiferentes. Hasta esas cosas contaba la pobre mujer en su diario. Y sí: por lo que Miquel iba viendo, con más dotes literarias que su eximio marido.

30 de diciembre de 1886

No soy estéril. Dios mío, ahora no sé qué hacer. Espero un hijo de mi amado y me horroriza, porque además de lamentarlo mucho, me llena de orgullo. ¿Tanto ha cambiado mi forma de pensar? ¿Tanto me han influido las ideas liberales de mi amado? No sé, pero ya no pienso en el infierno con el horror de antes, no hace muchos años. Él me dice que me estoy liberando poco a poco. Pero pienso a menudo en las llamas eternas.

Estoy encinta de mi amado. De mi marido no, porque hace mucho... En fin, porque lo sé. Hoy el doctor Canyameres me ha confirmado la sospecha que tenía. Le he pedido que, de momento, me guarde el secreto estrictamente, que quiero ser yo quien dé la grata noticia a mi marido.

—¿Le pasa algo, señora de Gensana?

—No...

—Pero su marido estará deseando saber una noticia así.

—Sí, señor, pero le ruego que...

—Al contrario. Creo que tendría que comunicárselo ahora mismo.

Tuve que apelar a la obligación del secreto profesional porque, por motivos que él no tenía por qué saber, yo quería esperar unos días antes de anunciárselo a mi marido.

—El doctor Canyameres era un pesado y un imbécil —dijo mi tío, mirando el frío anochecer—. Lo conocí cuando ya no podía con su alma y era igual de inútil.

10 de enero de 1887

Hace diez días que fui a la consulta del médico y todavía no se lo he dicho.

11 de enero de 1887

Mi amor y yo hemos hablado largo y tendido, tranquilamente, sobre el hijo que llevo dentro. Está loco de alegría, dice que no le importaría fugarse a América conmigo, de repente... Hemos considerado esa posibilidad un momento, pero yo no me atrevo. No quiero hacer daño a nadie y prefiero sufrir un poco,

aceptar las limitaciones de esta situación tan incómoda y esperar que lleguen tiempos más favorables. Pero él insiste mucho y más; dice que no hay otra salida. No sé...

Hace un momento, mientras escribía esto, he estado un rato largo, muy largo, pensando, imaginándome lo que sería de mí si hiciéramos lo que quiere mi amado. Qué complicación, sí, pero qué sensación de felicidad, él y yo solos en un barco, rumbo al futuro. Me he obligado a pensar en mi marido, e incluso en la mujer de mi amor. Y he descubierto una cosa que me ha asustado mucho: pensando en un barco, en un mundo nuevo y diferente, me he dado cuenta de que no echaré de menos a mi marido, ni a mis padres ni a la familia de mi marido, ni la gran casa en la que vivo, tampoco la vida cómoda que llevo aquí. Con cierto miedo, he tenido que reconocer que sólo echaría de menos la risa de Carlota. Y mi piano. Y me ha parecido que soy muy muy egoísta. Pero la fuerza de mi amor lo hace todo tolerable.

12 de enero de 1887

No sé qué hacer. No tengo la menor idea de lo que tengo que hacer. Pronto se me notará el embarazo. He tomado una decisión que me duele, pero no quiero que el hijo que llevo dentro sea víctima de mis indecisiones. No se lo he contado a mi amado, porque no tengo derecho a hacerle sufrir. De momento, quiero que mi marido crea que el hijo es suyo. Así tendré unos días más para pensar con tranquilidad.

Pere está triste, pero cada vez está más convencido de que tenemos que huir. Yo también, aunque me asusta no ser capaz de echar de menos casi nada.

13 de enero de 1887

Parece que hemos parado el golpe. Mi marido y yo hemos yacido oportunamente y, a partir de ahora, no será difícil anunciarle la noticia. Bueno, si el impertinente del doctor Canyameres no se me adelanta. No estoy muy segura de lo que hago. Ni pizca. Si dejo que siga pasando el tiempo, nuestro hijo será Gensana y no conocerá a su verdadero padre. Es una injusticia que me subleva. Pere y yo tenemos que ser más valientes y afrontar la realidad: cuanto más tiempo pase, más difícil se nos hará. Seguramente tengamos que huir de aquí.

Me gustaría pedir consejo a alguien, pero no sé a quién. Ojalá Carlota no fuera tan joven para ser mi confidente. Ha empezado a recibir clases de piano y lo hace bien. No creo que sea decente intentar huir.

17 de enero de 1887

No me da miedo huir. No nos fugamos: vamos en busca de nuestro futuro.

17 de febrero de 1887

Hoy, mi marido ha dedicado un poema a mi hijo. Esta noche, cuando nos disponíamos a ir a la cama, le he dicho que estaba encinta. Pobre hombre; al principio no lo entendía (como si fuera una cosa del otro mundo), pero poco a poco se ha ido haciendo a la idea. Y al final, parece que incluso se puso contento. Esta mañana, nada más levantarme, ha venido radiante, feliz y contento con el poema hecho. Es bonito, pero me da mucha pena porque se basa en su ignorancia de la realidad. Me he estremecido al oír los versos que dicen «vástago de mis venas, / de un árbol lozano fruto...». ¡Pobre marido mío, si supiera la verdad!... Pobre marido mío, cuya pena no me apena.

28 de febrero de 1887

Estoy muy desorientada. Con los primeros vómitos y mareos, percibo cierta indiferencia y distanciamiento en mi marido, como si todo lo que me pasa no tuviera relación con él. Como si sospechara algo. O tal vez se trata de otra manifestación de su carácter gélido... Se lo he contado a mi amado y me ha dicho que mejor, que así no me sentiré tan culpable, porque, si se desentiende tan pronto de «su» hijo, mi liberación será mayor. Lo que sucede es que temo que esta indiferencia provenga de una sospecha. Sería horrible. Tenemos que irnos antes de que suceda tal cosa.

Es decir, hijo mío, tu bisabuelo Maur II Gensana el Divino no sabía, de momento, que en realidad era Maur II Gensana el Cornudo o el Astado, el último Gensana, biológicamente hablando, de la rama central, causa pasiva de la aparición de la nueva descendencia de Gensana que, a partir de su hijo Anton III Gensana el Bastardo, o

también el Hijo del Amor, se convirtió en rama bastarda y espuria, sin ninguna relación genética con los anteriores Gensana.

—Es decir, yo no soy Gensana, sino Rigau.

—¿Lo lamentas?

—No. Si es verdad... —A él, Miquel el Progre, le costó pensarlo, pero lo sacó con fórceps—: Si es verdad, me alegro de que así sea, porque si en realidad fuera biznieto de bisabuelo Maur, yo sería distinto.

—Sí. Y tu padre y tu abuelo. Todos seríais distintos. En cambio yo sería el mismo.

—Es decir, eres el único Gensana auténtico que queda.

—Sí: Maurici Sin Tierra el Legítimo, hijo de Carlota, Hijo de Otro Gran Amor. Pero no me ha servido de nada.

—Ahora sí que me fumo un cigarro. ¿Por qué no se fugaron, tío?

Fijaron la fecha para escaparse cuando ella estaba de tres meses. Se irían a finales de primavera. Él hizo un viaje muy rápido para dejar todos sus asuntos en manos de un abogado de confianza. Se puso de nuevo en contacto con unos comerciantes cubanos a los que conocía de la otra vez y preparó el plan lo mejor que pudo. Se lo contó todo a tu bisabuela Pilar, hasta el último detalle. Incluso le dijo dónde había guardado toda la documentación de su nueva vida y los billetes del barco que los llevaría a la salvación. Pero el pobre Rigau no tuvo en cuenta un detalle: no pensó que la muerte no pregunta. Quince días antes del día programado, cuando doña Pilar había redactado mil veces la carta en la que decía estimado Maur, no tengo intención de hacerte daño, sino de encontrar la felicidad que se me niega a tu lado, no sé si podrás perdonarme, pero yo te perdono tu indiferencia, procura no ser muy injusto cuando me juzgues, no te preocupes por mi hijo, que no es tuyo, sino mío y del hombre con el que voy a vivir a partir de ahora, que no se te ocurra emprender ninguna acción para recuperarlo, porque su padre y yo lucharemos a muerte para tenerlo con nosotros; cuando doña Pilar la Fugitiva terminó de hacer la maleta y la escondió en el armario más hondo, Pere no acudió a la cita. Dos, tres días sin noticias. Hasta que, desesperada, mandó a una criada, Fina seguramente, para que invitase a los señores Rigau a merendar, y ésta volvió diciendo que la señora le había dicho que su marido estaba en cama con mucha fiebre. Fue visto y no visto. El día en que las campanas de la Arziprestal tocaron dan y después don, el toque de difuntos, doña Pilar la Desventurada supo lo que significaba la soledad absoluta, porque no pudo acudir junto a su amado, porque no lo pudo consolar, porque no pudo velarlo ni amortajarlo y, sobre todo, porque no pudo llorar por él. Todas sus ilusiones, pendientes de un hilo tirante que estaba a punto de romperse, fueron borradas por la muerte. Todas. Y, a pesar de la desgracia, tuvo la suerte de que ninguno de los dos amantes había anunciado todavía su decisión. Y a partir de aquel día, doña Pilar cerró la boca y no existió más que para su hijo, que todavía llevaba en su seno. Al principio se preocupó

mucho por si Natàlia descubría los papeles de su amante y su inminente huida con una desconocida; pero fue pasando el tiempo y, como no se oyeron más lamentos que los normales que acompañan a la muerte, dejó de pensar en ello. Y para poder criar al hijo de su amor, con su silencio lo convirtió en un Gensana hijo de poeta. Y no se lo contó a nadie. Y en el fondo del corazón, su hijo siempre se llamó Pere, es decir, que tu abuelo Ton se llamaba Pere en el fondo del corazón de tu bisabuela. Tu bisabuela Pilar fue el ser más solo que he conocido en mi vida; pero nos engañó a todos, porque convirtió la soledad en silencio y, en todo caso, en horas y más horas al piano.

—Por eso no rompió el cuaderno.

—¿Eh? —La afirmación de Miquel pilló a su tío por sorpresa—: Sí, claro, por eso. —Y, como si quisiera disimular una extraña turbación, señaló un punto con orgullo—: Mira, aquí habla de mí.

11 de noviembre de 1914

Pobrecito Maurici, el hijo de Carlota, fruto de un amor intenso: es el único Gensana auténtico que queda en la familia Gensana. De nada valen retratos ni reproches. Los otros Gensana, por muy Gensana que sean, son Rigau, descendientes de mi amado Pere, que les ha dejado la semilla pero no ha podido darles su apellido. Mi hijo Pere, al que todos llaman Tonet, es hijo de Pere Rigau y tiene los ojos igual que él. Mi nieto Pere es nieto de Pere Rigau. Y se le parece. Sin habérmelo propuesto he cambiado las cosas de una manera tan brutal que más vale que nunca se sepa.

27 de agosto de 1932

Ha muerto mi marido. Ha muerto porque ha leído este cuaderno. Sé que llevaba años buscándolo porque sabía que entre él y yo habitaba un misterio. Y lo encontró, cincuenta años después, cuando creía que se le había pasado la obsesión. Pobre Maur. No lo he querido nunca. Lo he respetado, pero nunca lo he querido. Y no puedo decir que le haya sido infiel.

20 de septiembre de 1932

Maurici ha descubierto el cuaderno; se lo noto en la mirada. Y sé que no dirá nada.

Son las últimas palabras del cuaderno. Después, muchas hojas en blanco, esperando inútilmente que alguien les diese forma y vida con una historia hecha de palabras o, tal vez, con sabias dobleces que las convirtieran en criaturas de cualquier zoo fantástico. Qué lástima que tu bisabuela Pilar no pudiera terminar el cuaderno con una nota que dijese mi biznieto Miquel es biznieto de Pere Rigau y se parece a él, porque diez años antes de que nacieras tú murió ella en el bombardeo de Granollers, abrazada a su nieta Elvira, que era nieta de Pere Rigau y se parecía a él.

Mi tío volvió llorando a la habitación, con el cuaderno entre las manos. Se volvió y le dijo acusadoramente:

—Ya ves, para que luego digan que la literatura no tiene poder. —Me enseñó otro papel doblado en cuatro—: Mira cómo se ha transformado el árbol de la familia.

Con dedos temblorosos, desplegó el papel y me enseñó el Segundo Árbol Genealógico; el Verdadero, el Desconocido y Cierto de la familia.

—Tío...

—¿Qué? —Se puso en actitud defensiva mientras doblaba otra vez el Segundo Árbol con todo cuidado.

—Me voy fuera unas semanas.

—Hay que llevarlo a enmarcar, Miquel. —Y volviendo a la realidad—: ¿No vendrás más a verme?

—Claro que sí, cuando vuelva.

—¿Adónde vas?

—A hacer una entrevista. Es un trabajo nuevo que tengo.

—A mí también me estás entrevistando.

—No es lo mismo, tío. Se trata de un escritor.

—Yo también soy escritor. ¿De quién se trata?

—De un tal Amis.

—Es muy viejo.

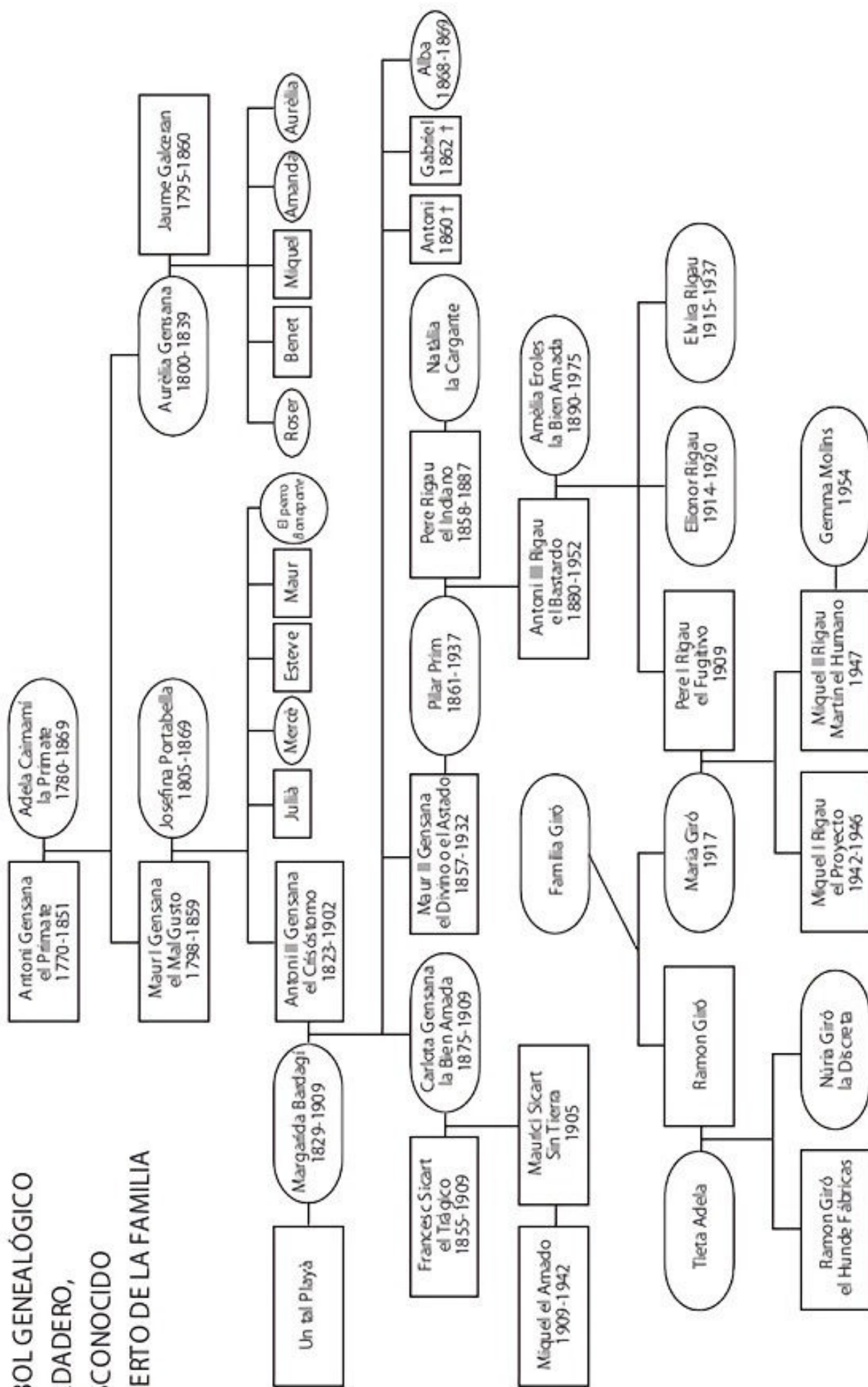
—No. Es de las nuevas generaciones británicas.

—Ah, entonces es otro. A lo mejor es hijo del otro. O sobrino. —Y, como si le hubiera estropeado los planes—: ¿Estarás fuera mucho tiempo?

—Quince días como máximo. ¿Puedo llevarme el cuaderno de la abuela?

—No. No tardes, que quiero morirme.

ÁRBOL GENEALÓGICO
 VERDADERO,
 DESCONOCIDO
 Y CIERTO DE LA FAMILIA



Y todo sucedió como estaba escrito. Un día, un viernes lluvioso de otoño, después de comer, a media tarde, llamaron a la puerta. Fue a abrir mi padre, que nunca lo hacía, como si estuviera esperando la llamada. O tal vez no; la cuestión es que fue a abrir. Después, mi madre, abatida, mi tío, nerviosísimo, y yo reconstruimos la escena.

Yo estaba un poco adormilado, leyendo a Borges y lamiéndome todavía las heridas de la separación de Gemma, y en casa reinaba el silencio de las tardes, que sólo rompía el tictac del reloj del vestíbulo y algún que otro crujido misterioso de la madera centenaria. Oía, amortiguado, el ruido que hacía Remei en la cocina, y mi madre, como siempre que iba a pasar algo importante en la familia, estaba zurciendo o haciendo punto en el sillón, rodeada de música suave de la radio, aquí, en la pared de detrás de Júlia.

—Debe de hacer mucho frío ahí fuera.

Mi padre, que hojeaba distraídamente el periódico, en vez de contestar, miró el reloj. Como si hubiera sido una respuesta, mi madre prosiguió:

—¿Hoy no vas a la fábrica? —Y, como no decía nada—: ¿Eh, Pere?

—A lo mejor. Dentro de un rato. —Pausa para dar la vuelta a la página—. ¿Por qué?

—Por nada... Hacía tiempo que no te veía tan tranquilo a esta hora.

Mi padre se concentró en una noticia. Miquel vivía estos movimientos como música de fondo de la magia de *El Aleph* y procuraba no pensar en Gemma. Entonces sonó el timbre de la puerta.

—Voy.

Mi padre dejó el periódico abierto por las páginas internacionales, con las gafas encima, y fue al vestíbulo arrastrando las zapatillas.

—¡Cómo llueve! —dijo mi madre, saliendo de su música.

Más tarde, cuando reconstruimos la escena, quedamos en que, después de cómo llueve, oímos a mi padre hablando con alguien y que luego nos dijo salgo un momento y que mi madre le dijo ¿con lo que llueve?, y que Miquel pasó la página porque estaba un poco distraído. Y pasaron unos minutos, cinco o diez, y entonces mi madre se levantó para ir a la cocina y, al pasar por la puerta de casa, vio que estaba abierta y que la lluvia, a pesar de la protección del porche, salpicaba las baldosas de la entrada.

—¿Pere?

Después, un tanto extrañada, me llamó. Miquel se asomó al porche. El coche de mi padre soportaba la lluvia con indiferencia. No había rastro de él ni de nadie más. Y

entonces dije yo ¡papá!, y bajo el paraguas grande recorrí el jardín; un temor extraño y un poco literario me empujó hacia el estanque, pero allí no había ningún cadáver. Buscamos por la casa y al final nos reunimos en la sala, y mi madre, perpleja, se fijó en la gafas de su marido, que estaban tranquilamente colocadas encima del periódico, y me miró. Y empecé a preocuparme, porque comprendí que mi madre estaba preguntando a las paredes con la mirada.

—¿Dónde está tío Maurici?

—No sé. Se fue después de comer.

—¿Sabes si papá tenía que ir a algún sitio...?

—No.

Y mi madre llamó a la Cámara, pero hacía días que el señor Gensana padre no iba por allí; que de parte de quién. En la fábrica tampoco lo habían visto; que había dicho que no iría por la tarde, señora Gensana. Y los dos pensábamos que había que llamar a la policía, pero no nos atrevíamos a decírnoslo para no alarmar al otro y por un leve sentido del ridículo.

Tío Maurici volvió una hora después de que dejara de llover, cuando empezaba a anochecer. Oyó en silencio los temores de mi madre, se sacudió unas gotas inexistentes del impermeable y se sentó en su sillón en silencio.

—¿A ti no te había dicho nada, Maurici?

—No. Sabes muy bien que...

No terminó la frase por no herir a mi madre; pero le habría dicho sabes muy bien que casi no nos hablamos. Y entonces empezamos a reconstruir los hechos. A mi tío le temblaban las manos cuando me preguntó ¿y dónde estabas tú?, ¿y no salió nadie a ver con quién hablaba?, ¿y qué hiciste tú?, ¿y cómo sabéis que hablaba con alguien?, ¿y oísteis la voz de ese alguien? Y se encerró en su cuarto, puede que a intentar aclarar el misterio de la desaparición.

Mi madre llamó a la policía después de medianoche, cuando ya era evidente que el asunto era muy raro e inexplicable. Había salido en zapatillas, lloviendo a cántaros como estaba, en mangas de camisa, sin las gafas, y había desaparecido en el jardín.

Los días y semanas posteriores fueron de lo más extraño. El silencio se apoderó de *can* Gensana y las gestiones de la policía fueron extraordinariamente ineficaces. Una noche sí y otra también, mi madre esperaba una llamada en silencio, un hola, estoy en Brasil, no os preocupéis, me encuentro bien; o una milagrosa voz de ultratumba que le dijera que en el infierno hace mucho calor. Pero nada. Entretanto, tío Maurici deambulaba por todos los rincones del segundo piso, pasaba horas y horas sin salir de la biblioteca y hacía sesiones interminables en el piano de abuela Pilar, ristas de nocturnos, Chopin y Mompou, romances sin palabras de Mendelssohn y Schumann, como para justificarse por no hablar con nadie en casa. La policía lo interrogó, igual que a los demás, dos o tres veces, y salía de los interrogatorios profundamente afectado, temblando como una vara verde, pobre tío Maurici, que no entendía cómo era posible que su amigo y enemigo del alma, el primo con el que

había vivido siempre, se hubiera convertido de repente en un proscrito sin escrúpulos, en un cobarde que había tirado la toalla sin avisar. En la vida hay cosas que no se hacen, Pere el Fugitivo. En esa época, mi tío era todavía un gran desconocido para mí, una sombra benévola que vivía en casa, un poco de gorra, sin querer llamar la atención, rey de la biblioteca y del piano, cuya tapa llenaba con un zoo vivísimo de papeles recogidos por toda la casa, que mordisqueaba chocolate entre horas, siempre ausente en el momento de las grandes decisiones y muy amable con la gente menuda. Durante los años que Ramon y su hermana pasaron en *can* Gensana, los de la infancia de Miquel, la única persona mayor a la que podíamos pedir que perdiese el tiempo con sus fantasías era tío Maurici.

Las cosas cambiaron un poco cuando, después de unos días de desorientación, se supo que la secretaria del departamento de ventas de la fábrica también había desaparecido, el mismo día que don Pere, cosa que hizo más honda la herida de mi madre, que, tras la desorientación, empezó a sentir una humillación profunda. Los Gensana se armaron de valor y fingieron que no oían los comentarios que corrían por Feixes sobre el paradero de Pere Gensana, que lo habían visto en París con una fulana gabacha, en un barrio de prostíbulos de Frankfurt y en Milán, saliendo de un cine porno en compañía de dos señoras excesivamente risueñas y oxigenadas. Todo la misma semana. Sin embargo, oficialmente, la policía concluyó sin mucha convicción que lo más probable era que don Pere Gensana se hubiera fugado con la secretaria desaparecida, seguramente a América del Sur, y que le echaran un galgo.

Un día, Remei les había dejado el café preparado y había salido a comprar, y madre e hijo se pusieron a desayunar en silencio en la cocina, él procurando no pensar en Gemma, y ella procurando olvidar a Pere.

—Mi padre es un canalla.

Mientras Miquel tomaba un sorbo de café con leche oyó que su madre se quedaba inmóvil, se cargaba de electricidad y posaba delicadamente la taza en el platillo.

—No juzgues a tu padre, Miquel. —Y, con voz ronca, añadió—: No juzgues a nadie si no estás en su pellejo.

—Pero nos ha hecho daño. Te ha hecho daño a ti.

—Sí.

—Y te quedas tan tranquila.

—No, pero no quiero que lo juzgues.

Era difícil no juzgar a un hombre que, ante el hundimiento inminente de la fábrica, había optado por apartar sistemáticamente, a lo largo de unos meses, unas cuantas decenas de millones a escondidas, por no decir nada, por negociar con Mariona Crespi (¿estarían liados antes de todo eso?, ¿eran amantes consolidados?, ¿mi padre tenía amantes?), por no decir nada, por desorientar a su sobrino Ramon, que era su sucesor más previsible en la fábrica, y huir a la carrera para que no lo pillara la onda expansiva del hundimiento del negocio que había creado su padre, mi abuelo Ton III el Bastardo. ¿Se consideraba culpable del fracaso? ¿O podía felicitarse

por haber resistido diez años de desastre en los que habían cerrado veintisiete fábricas sólo en Feixes?

—No sé por qué no puedo juzgarlo.

—Has vivido lo tuyo, has cometido errores. ¿Sí o no?

En vez de decir sí, madre, muchos, tomé otro trago de café con leche.

—Y nunca has querido saber nada de la fábrica.

Era la primera vez que su madre lo acusaba de algo. Hasta ese momento siempre había consentido los disparates románticos de su hijo; pero le había llegado el momento de pagar.

—Y menos mal que Ramon ha estado a nuestro lado.

—No tengo ninguna obligación de...

—Ya, pero siempre has vivido al margen de la casa. No te quejes.

Tuve que callarme. Y su madre, con una actitud elegante, no le contó los apuros que pasaba Ramon para liquidar a la baja, malvender, y afrontar la caída, ni la impaciencia de los acreedores, ni los larguísimos conciliábulos que celebraba con ella y con tío Maurici, que cada vez se perdía más en sus angustias, sobre la viabilidad de vender tierras para poder pagar a los más impacientes. Hasta que, cuando hicieron las paces, después de meses de quebraderos de cabeza, la única propiedad que le quedaba a la familia era la casa en la que vivían y el jardín que la rodeaba. Todo el esplendor de los Gensana, Maurs y Antonis, había pasado a la historia definitivamente. Pero, por lo visto, no era suficiente, porque después de unos cuantos silencios, llegó Ramon, deprimido, y nos dijo que no podían con un pago urgente. Mi madre miró a mi tío de reojo y susurró:

—Hipoteca esta casa, Ramon. El terreno vale mucho.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Ya está hipotecada. Y embargada. —Se tapó la cara con las manos para anunciar—: Lo hizo tío Pere a escondidas.

Tío Maurici se levantó pálido de la sorpresa. Miró a Ramon con incredulidad. Dijo no, eso no; miró a Maria y después se desplomó en el sillón, mudo. Mi madre, con voz aguda:

—¿Cómo que embargada?

—Os la quitan, tía. Al día siguiente, cuando vinieron a *can* Gensana a buscar a tío Maurici, hacía un frío anormal para ser el veranillo de San Martín. Lo cierto es que mucho antes de desayunar, cuando el sol todavía no se había decidido a salir por culpa del frío, estábamos todos en la cama, menos Remei, que estaba trajinando en la cocina. Desde la cama oí una carcajada y un golpe de postigo contra la pared, y no le di importancia. Después, Remei me contó que estaba preparándose un café, al tiempo que ponía la cafetera grande para los señores, cuando oyó el golpetazo y pensó vaya, un postigo que juega con el viento. Y al cabo de un rato miró por la ventana de la cocina y pensó pero si no hace viento. Y se distrajo con el olor del café. Luego pasó

todo muy rápidamente y con mucho lío. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía y se puso a despertar a toda la casa a voces, tío Maurici ya se había encaramado al alféizar de la ventana de su habitación, en el segundo piso, y se esforzaba por agarrarse al rosal (el rosal trepador, de troncos gordos, que, a principios del verano, daba docenas de rosas rojas y fragantes, y que nacía al lado de la puerta principal y se extendía con orgullo hacia la derecha de la fachada: el rosal que mandó plantar mi madre cuando nació el primer Miquel y que tantos años le sobrevivió). Al parecer, se le había metido en la cabeza bajar al jardín por el rosal, pero no tuvo en cuenta las espinas (tío Maurici no se acordaba de Schubert) y cada pinchazo con la rosa, rosa, roja flor, se convertía en un alarido de dolor, acompañado por una carcajada rara, casi demoníaca. En pocos minutos, batas, zapatillas, temblor, ensoñación, mi madre, Remei y Miquel salieron, estremecidos, a ver la fachada, y vieron a tío Maurici colgado, en pijama, gritando, pinchándose y mirando abajo como calculando el salto (oh, no, tío, que te espachurrarás en el jardín, no), y nadie sabía qué hacer, y Miquel entró corriendo en casa, gritando como si estuviera en Qurnat al-Sawda, señalando a su madre y a Remei, ¡colchones, colchones!, y ¡llamad al cero noventa y dos!, y subió los peldaños de la escalera noble de tres en tres, comiéndose la madera de roble de la barandilla y diciendo no, tío, no fastidies, hostia, y cuando llegó a la habitación de su tío, tiró del pomo y se dio de narices contra la puerta, porque no se había abierto. Entonces, por unos segundos, le pareció que todo estaba perdido, pero enseguida reaccionó, tío, hijo de puta, no saltes, espera. Y abajo, con lágrimas secas en los ojos, mi madre, espeluznada, ¿qué te pasa, estás triste, Maurici? ¿Por qué? ¿Qué te falta, qué te duele? Y mi tío aullaba agarrado a una rama milagrosamente sólida y sin espinas, y decía ahora bajo, Miquel, ahora bajo, y mi madre, ¡Miquel, Miquel, te llama a ti!, y sólo hacía unas semanas que había desaparecido Pere Gensana el Fugitivo. Y si la madre de Miquel o los demás hubieran sabido por qué decía Miquel ahora bajo, a lo mejor le habrían dejado saltar tranquilamente hacia la paz, porque es muy difícil, es imposible vivir en un infierno como el de tío Maurici, en un infierno que sólo él conocía y que no sospechábamos ni mi madre ni yo. Entretanto, Miquel, que se había deslomado dando golpes contra la puerta con un hombro, lo intentó con el otro rechinando los dientes de dolor y diciendo llamad a Ramon, que venga Ramon, y entonces la puerta cedió con un crac que recordaba a un hueso roto, y los gritos de Remei resonaban en todos los rincones de *can* Gensana, hasta en la galería de retratos de los bisabuelos, y la kentia de debajo del retrato de Carlota se estremeció de pena, como si la desgraciada Carlota temiera por el hijo al que se le estaban aflojando los tornillos. Lo cierto es que la puerta se abrió y Miquel se lanzó hacia la ventana. Tío Maurici estaba fuera de su alcance. Respiró hondo y miró de reojo, a ver si abajo, en el jardín, había algún colchón o algún coche patrulla.

—Tío. —Alargó el brazo como para ofrecerle ayuda. Hacía frío.

—No te muevas, que salto.

Iba a preguntarle por qué, pero le pareció ridículo.

—Yo no me muevo, pero tú estira el brazo hacia mí, a ver si llegas.

—¿Para qué?

—Para... para bajar juntos.

—Buena idea. —Y soltó un grito—: ¡Este rosal hijo de puta pincha! —Mi tío diciendo palabrotas: acontecimiento insólito.

Y entonces Miquel vio que su tío tenía el pijama lleno de salpicaduras de sangre y, a pesar del frío, empezó a sudar de angustia. Vio que, abajo, su madre y Remei acababan de sacar un colchón y le pareció que, aunque pusieran muchos, sería inútil, y los municipales que no vienen.

—No te muevas.

—Bien, pero ven. La vista es estupenda. Veo el estanque y los cisnes.

—Hace mucho que no hay cisnes.

—Pues yo los veo.

—¿A ver? Yo también quiero verlos.

Y se subió al alféizar, y su madre, que por lo visto acababa de llamar a la policía, se quedó helada, no, no, Miquel, que te vas a matar, y ese pensamiento le desgarraba el corazón y no podría soportarlo, y a punto estuvo de decir déjalo, Miquel, que se mate si quiere; ¿no ves que se ha vuelto loco? Y ya es mayor, pero tú eres joven. Pero no lo dijo. Sólo decía no, no, no... Y Remei también estaba muy asustada y no paraba de sacar cojines, asientos de sofás y colchones pequeños, angustiada, y también creía que mi tío se había vuelto loco; pero lo que nadie sabía era que mi tío no se había vuelto loco, sino que la tristeza lo atiborraba tanto que le tapaba los orificios de pensar con libertad; era sólo tristeza, porque se había dado cuenta de que era imposible dar marcha atrás y que lo que se ha hecho en la vida hecho está y lo único que se puede hacer, con un poco de suerte, es lamentarlo. Y Miquel se pinchó con la primera rama del rosal, y pensó rosa del espino.

—Qué bien se está aquí, tío.

—Sí. ¿Ves los cisnes?

—Ya lo creo. —Lo dijo con la nariz pegada a las piedras de la pared—. Qué bonitos son los cisnes.

—Te quiero, Miquel.

Miquel todavía no sabía por qué le decía eso y no prestó atención. Y volvió a pensar lo mismo que en Qurnat al-Sawda, cuando el druso aquel de ojos enloquecidos que gritaba más que las detonaciones de los morteros le apuntaba con el agujero negro del Kalashnikov, ay, Dios, quién me manda meterme aquí, idiota de mierda, hostia, aquí colgado de un rosal a cinco metros de donde me aplastaré el cerebro cuando resbale. Ay, el borde de uno de los escalones de la entrada, hostia, estoy justo encima haciendo el idiota, salvando el mundo, intentando salvar lo insalvable. La madre que te parió, Miquel.

—¿Nos quedamos un rato, tío?

—Sí. ¡Ay, que me pincho! —Hizo un movimiento brusco que le rasgó una

pernera del pijama y le dejó una línea fina, de lápiz fino, pero roja, en la pierna, blanca como la leche—. Me parece que voy a saltar. ¿Vienes, Miquel?

Los municipales, la ambulancia, las luces intermitentes, mi tío: todo se fundió en la niebla, de camino a Urgencias. Dos días después lo ingresaban, aparentemente tranquilo, en el sanatorio de Bellesguard. Y entonces empezaron las visitas de Miquel. Y entonces empecé a conocer a mi tío y a la familia por dentro, lo que tanto se esforzaba la familia en esconder para siempre. Y entonces me di cuenta de que mi tío Maurici no estaba loco, sino que tenía demasiada memoria.

—Me llamó mi madre a Oxford. Había terminado el trabajo con Martin Amis esa misma tarde.

—Fue la primera entrevista que hiciste, ¿verdad?

—Sí, la primera. Ahora la haría de una forma muy distinta. —Miquel levantó la mano. No quería que Júlia rompiera el hilo—: Lo que más pena me dio fue que, cuando llegué al sanatorio, mi tío ya estaba en el depósito. Samanta, en silencio, le dio la cartera llena de cosas inútiles de su tío. Soltó un grito silencioso de dolor cuando vio que habían tirado todos los leones abisinios a la basura. En la cartera encontró el cuaderno de pastas negras de abuela Pilar. Y no vi morir a mi tío. Se murió solo, sin su Miquel, sin mí, sin su casa. Creo que no podré perdonármelo nunca. Hacía ya dos meses que habíamos tenido que irnos de *can* Gensana. Mi madre y yo nos habíamos instalado provisionalmente en un piso de Feixes y yo ya había hecho los primeros trabajos para *Revista*. Fue Bolós quien me dio el trabajo. Él empezaba a ganar posiciones en el Partido Socialista y a distanciarse de mi manera de entender la vida, tan poco práctica. Pero todavía éramos amigos; todavía se acordaba de mí y me encontró trabajo, pobre Bolós.

—¿Fue él quien te llevó a *Revista*?

—Sí. Era uno de los que la habían empezado.

Júlia no lo sabía. Miró de soslayo mi plato, en el que todavía quedaba un trozo de carne increíblemente grande.

—Es decir que estás en *Revista* desde el ochenta.

—Sí. El año en el que ingresaron a mi tío, el año en que murió. El año en que nos quedamos sin casa.

—¿Sabes una cosa, Miquel?

—Qué.

—Me imagino todo lo que me estás contando como si hubiera pasado en esta casa.

—Esto es un restaurante.

—Bueno, entiéndeme.

—No, no te entiendo.

—Ésta era tu casa, ¿a que sí?

—No Júlia; ya te lo dicho antes.

Y para romper la incomodidad de la mentira, Miquel empezó a hablar de Gemma, porque a mí siempre me parecía que hacía muy poco que me había separado de Gemma y todavía consideraba mi estancia en casa totalmente provisional. Por eso tenía tan afilada la melancolía, y si algo no me gustaba, en vez de enfadarme me ponía triste. Y mi madre empezó a insinuar que se pueden rehacer todas las vidas, y a la hora de la cena, cuando cenaba en casa, me decía, dulcemente pero con insistencia, que me buscara una mujer, que formara una familia, que tuviera en cuenta que la vida seguía dando vueltas, como el mundo... Y Miquel se callaba o desviaba la conversación y preguntaba por su tío y a partir de cuándo podremos hacerle visitas normales, y su madre miraba al suelo y se resistía a la tentación de pensar ¿y por qué tuvo que morir el otro Miquel, si parece que este Miquel hijo mío no tiene ganas de vivir? Por huir de casa y de la mirada de mi madre me entregué a la vida que me había enseñado Gemma y para la que me había amaestrado mi tío contándome, como sin querer, cosas de Mendelssohn y de Ausiàs March con ojos brillantes. Aparecí, un tanto fantasmagórico, en todos los vernissages que se celebraron en aquellos meses y en todas las salas de conciertos en las que podía sumergirme en cualquier música y atenuar el azogamiento interior. Pero no contaba con el fantasma de Gemma, porque la reconocía en las carcajadas, los gestos, las miradas de todas las mujeres que miraban los cuadros o asistían al concierto. Me harté de fingir que conocía a la gente que me saludaba y no sabía por qué, de sonreír a rostros desconocidos que, al parecer, me conocían a mí y tal vez encontrarán raro que no estuviera con Gemma; de mirar de refilón a la chica que había desaparecido detrás de la columna del café del Palau de la Música, porque me había parecido Gemma; de beber whisky y de preguntarme si sería capaz de aguantar con dignidad el primer encuentro casual con ella; de oír a Schumann y a Scriabin, a Messiaen y a Lutoslawski y de pensar la suerte que tienen los que hacen belleza, porque de ellos es el reino de la felicidad.

—Cuánto tiempo, Gensana. Toma.

—Ya ves. He estado fuera. No, gracias, lo estoy dejando.

—¿De viaje?

—No, de acá para allá, pim, pam y tal.

—¿Lo habías visto antes al natural?

—¿A quién, a Stern?

—Ajá.

—No.

¿Y si llegaba Gemma acompañada de un tío? ¿Sentiría celos? Le diría hola, Gemma, qué tal va la vida, y ella, ah, Miquel, te presento a Ricky, es americano. Me dolería, seguro.

—Pues, por lo visto, es un auténtico espectáculo. Dicen que tocará *El cant del ocells* en los bises. —Codazo de entendido—: En homenaje a Casals, ¿sabes?

Me dije que me daba igual y me limité a sonreír. A quien yo buscaba era a Gemma, para poder evitarla. Me sorprendía el dolor que me producía la separación.

Aunque hubiera sido fruto de la irritación; aunque me hubiera ido de casa maldiciendo contra la cabrona de mi mujer, ahora la echaba de menos dolorosamente, porque todo amor perdido deja un vacío, aunque hayas querido perderlo. Y el vacío te da la sensación de estar incompleto, aunque intentes ordenarte el cerebro y busques una justificación lógica a la ruptura. Y, a pesar de lo que había pasado con mi padre, Gemma no se me iba de la cabeza en todo el día, porque en el fondo somos hijos de nuestras obsesiones, y por la evidencia de que no soy el mismo después de Gemma: soy Miquel II Gensana el Mutilado y, puesto que Miquel tenía memoria, como su tío, renunciar a Gemma tuvo como consecuencia añorar todo lo que amaba en ella por ser único, y el mundo era un vasto océano en el que Miquel era un náufrago de amor, y eso duele y tengo la sensación de que el futuro no tiene ningún sentido, Júlia. Y el timbre nos avisó de que Isaac Stern iba a salir al escenario con su sonrisa, su barriguita y su Guarneri del Gesù. Fui al vernissage a apalabrar una entrevista con Vidal-Fornells, si conseguía acercarme, porque estaba rodeado de señoras entusiasmadas. Y a mi espalda oí una voz que decía eh, Gensana, capullo, y me volví sonriendo, pensando por fin una persona a la que conoces, y se me entumecieron los labios porque no tenía la menor idea de quién era ese hombre gordo, bajo, joven e imbécil que me llamaba capullo. Y sin dejarme progresar, se puso a hablar del Trío Rimsky y me puse triste, una tristeza un poco literaria, porque era consciente de que me ponía triste y me gustaba, y le dije a mi interlocutor que sentía que se tomara como competidores a unos músicos que sólo querían hacer arte. Los trataba como si fueran caballos de carreras, y yo no...

—Bueno, lo son, en cierto modo —me cortó el desconocido, vaso de whisky en mano y mirada de reojo, muy desinteresada, a uno de los cuadros de Vidal-Fornells.

—Son músicos —dije, como si proclamara una buena nueva.

—Son intérpretes que quieren hacer carrera. —Trago de whisky—. Tienen que ponerse en la salida y esperar al pistoletazo de salida.

—El arte está por encima de la competencia y de la rivalidad.

—El arte, puede, pero el corazón humano...

No me hacía ninguna gracia hablar de eso y pedí un whisky yo también, para defenderme. Fue el primero de más de un centenar que tomé hasta que pude hablar con Teresa. Y tomé un trago interminable, desafiante, como si quisiera poner en guardia a mi interlocutor, porque estaba harto de optar siempre por la postura más idealista y más irrealizable y no tenía ganas de convertirme en apóstol de la pureza del arte. Pero me fastidiaba que se hablara de los músicos como si fueran animales de competición. Miquel miró fugazmente a la gente con la esperanza y el recelo, todavía, dioses, todavía, de encontrarse casualmente con Gemma.

—Todo el mundo paga peaje al corazón, créeme, Gensana. —Glup—. El artista puro no existe. ¿Crees que Vidal-Fornells es un artista puro?

—Pues...

—Verás, hombre —insistió el desconocido, ofreciéndose generosamente a abrirle

los ojos a la realidad—: VidalFornells pinta bien, tiene cierto don de la originalidad...

—Para mí, la originalidad...

—Calla, déjame terminar, Gensana.

Quería decirle que, para mí, la originalidad es como mucho un valor añadido, no intrínseco. Pero se tuvo que conformar con encogerse de hombros mientras el desconocido (¿de qué lo conozco, caray?) seguía adoctrinándolo.

—Tiene técnica, sensibilidad, etcétera.

—Etcétera. —¿Y si llegaba Gemma con ganas de bronca? Más de una vez había soñado que ella lo perseguía y le ordenaba vamos, Miquel, volvamos a vivir juntos, y él, a modo de respuesta, se ponía a llorar y se despertaba con sus propios sollozos. ¿Por qué seguía pensando en ella?

—Sí: etcétera. Ya sabes a qué me refiero. —Y señaló al pintor que, con los ojos brillantes por efecto del whisky y de los elogios, sonreía a las señoras, a las columnas de color verde y a la preciosa philadelphia del rincón, igual igual que la que tenía mi madre en la biblioteca de *can* Gensana—. Pero, para que lo sepas, amigo Gensana, Vidal-Fornells sólo está pendiente de los halagos y de las enhorabuenas, y no querrá saber si son sinceros o hipócritas, ni si quien se los dedica entiende de pintura o pasaba por allí. Y, por otra parte, calcula los posibles compradores que puedan surgir del vernissage y de la exposición. Y a lo mejor también se lamenta del precio que ha puesto el marchante, de que es muy alto o muy bajo. —Mirada triunfante—: Lo que es seguro es que no piensa en el arte.

—Cuando estaba pintando, seguro que sí —se opuso Miquel.

Por un momento le pareció que la mujer que tenía enfrente, de espaldas a él, hacía un gesto que, para mí, era patrimonio exclusivo de Gemma.

—No creas. Vivía anticipadamente la jornada de hoy.

—No sé. Me parece un planteamiento muy cínico.

—Ah..., no me lo he inventado yo. Son cosas de la vida.

Y entonces fue cuando el desconocido (¿cole, facultad, Partido, guerra? ¿De qué le sonaba la cara de ese cínico que tan bien lo conocía y que le llamaba amigo Gensana?) derivó hacia la música y dijo, por poner un ejemplo, el Trío Rimsky.

—No los conozco.

—Pues tendrías que conocerlos, Gensana. —Era una orden.

Y emprendió un sofisticado cálculo de probabilidades deportivas de aquella formación musical. Y de problemas, sobre todo los dos Moliner.

—¿Y la violinista no tiene defectos?

—Hombre, es Teresa Planella.

—Ah.

—El próximo martes, Gensana. Podrás verlos en directo. Y recuerdos de Gemma.

—Oye, perdona la pregunta, pero... ¿cómo te llamas? ¿De qué te conozco?

Pero el conocido ya había dado media vuelta y estaba en el bufé esperando otra dosis y algo de picar, al tiempo que entablaba, casi sin pensar, otra discusión sobre el

futuro real de las escuelas oficiales de Bellas Artes con una mujer bellísima que, hasta el momento, había estado comiéndose los cuadros con los ojos. Como si le interesaran. Me fui solo, porque no conocía a nadie más. ¿Me había dicho recuerdos de Gemma? Y me desperté:

—¿De Gemma?

Di media vuelta, eché a correr por la calle y entré otra vez en la galería. El desconocido ya no estaba. Y no me volví a acordar de la conversación pendiente con VidalFornells.

Sí: el destino, el de la risita de tiple mezquina, fue el que me hizo mirar la programación de la Casa Elizalde. El concierto por el que se me abrió la grieta insospechada de los momentos más extraordinarios, más felices y más tristes que he vivido en mi vida y jamás podré volver a vivir. Brahms, Schubert y Shostakóvich con el desconocido Trío Rimsky. Y una buena porción de mi futuro en manos de la felicidad estancada.

Segunda parte

En memoria de un ángel

Tercer movimiento

Allegro (Cadenza)

«Nací en Feixes en el año 1905, de Francesc Sicart, ciudadano, y de Carlota Gensana, ciudadana. El único medio de subsistencia de mi padre, que recibió una parte ínfima de una herencia mediocre repartida entre tres hijos, era su oficio de relojero, en el que verdaderamente era muy hábil. Mi madre, hermana del insigne poeta Maur II Gensana el Divino e hija del diputado Anton II Gensana el Pico de Oro, era más rica; era bella y prudente; mi padre tuvo dificultades para casarse con ella; yo las tengo, para acordarme de ella».

Me parece ésta una manera muy noble de empezar unas páginas que escribo ahora que tú, mi Miquel II Gensana el Indeciso, estás ausente unas semanas por no sé cuál de tus viajes. Y te las escribo porque tengo que morir pronto y sin protocolos ni agonías, según la tradición de todos los hombres de la familia. La única mentira del encabezamiento, que adopto de Rousseau, se refiere al oficio de mi padre. De todo lo demás, Miquel, sé tú el juez, si te apetece.

Naciste el treinta de abril de mil novecientos cuarenta y siete. En aquellos tiempos, ya se me había dibujado en los ojos una raya fina de odio, una raya tensa como tanza de pescar, tirante y fina, pero tan resistente que, manipulada con habilidad, puede decapitar. En aquellos momentos ya era Maurici Sin Tierra, el Proscrito, que nunca llegaría a reinar, como te pasará a ti. Cuando naciste eras rubio y tenías los ojos azules. Y te ponía un dedo en la manita abierta y me lo apretabas como si te fuera la vida en ello. Estaba convencido de que tenías muy claro que no querías seguir el camino de tu hermano y por eso te aferrabas a mí. Y eres el tercer Miquel de mi vida. Tus padres pusieron a tu hermano el nombre de Miquel por mala conciencia. Y contigo repitieron el rito. Seguramente tu nombre es la única guerra que he ganado en esta familia en la que me ha tocado morir. Pero, para que te bautizaran con ese nombre, fue necesario que mi gran amor inmarcesible sufriera el dolor más brutal que pueda sufrir jamás una pasión.

El día en que naciste, en *can* Gensana olía a tierra mojada. Vivíamos la primavera más lluviosa que recuerda Feixes en todo el siglo. Y el olor a tierra mojada, que es uno de los más antiguos de que dispone cualquier jardín, me envuelve la memoria y está ligado a tu nacimiento. El jardín estaba brillante, magnífico, un poco desconcertado con tanta lluvia, pero hasta la última brizna de hierba crecía. Tu padre, amigo de los detalles inútiles, mandó plantar un madroño a la entrada de casa. Pere no sabía que no era prudente vincular la vida de una persona a la de un árbol, pero como no podía hacer nada para impedirselo, me resigné a considerar el madroño parte de tu vida; por eso, la misma noche en que lo plantaron, salí al jardín, cavé

alrededor del arbusto y, como un nuevo barbero de Midas, deposité las palabras de mi secreto de amor antes de que volasen hacia las nubes; posiblemente por ese motivo tengo ahora el valor de repetirlas. Si es que no las has oído ya algún anochecer ventoso, hablándote entre el rumor del viento en las hojas.

Los hombres de la familia siempre me han odiado, menos tu padre, que, de joven, era mi amigo del alma. En cambio, las mujeres siempre me han respetado y han comprendido que la única forma de felicidad que me ha quedado durante muchos años es Mompou, Satie y Debussy. Y cuando me ponía al piano, no cerraban la puerta de la biblioteca, como hacía, con una mueca de desprecio, tu abuelo Ton, Anton III el Fabricante, a quien Dios confunda.

No quiero que el sargento Samanta encuentre el cuaderno de tía Pilar. Voy a esconderlo debajo de las láminas de hacer figuritas. Y cuando vuelvas de ese absurdo viaje tuyo a no sé dónde, de entrevistar a no sé quién, lo encontrarás entre mis papeles de difunto. Y Miquel pensó sí, creo que puedo contarle todo sobre mi tío.

Me lo imagino perfectamente. Yo, Maurici Sin Tierra, el bribón que ha desbaratado la familia, reposo eternamente en el panteón familiar de los Gensana, donde me corresponde, porque últimamente ya no se enterraba a ningún Gensana auténtico. Y en el cementerio, al lado del cura bostezante, mi querido Miquel II Gensana el Oyente de la Gran Historia de la Familia y Custodio de Sus Secretos. Y seguramente, nadie más, aparte de tu madre, que estará muy triste. Tal vez el sargento Samanta, si no tiene mucho trabajo en la residencia, se digne perder unos minutos. Y quizá Ramon y Núria, con la esperanza de que les toque alguna migaja de la herencia, como si no supieran que Maurici Sin Tierra no deja tras de sí nada más que penas y dolores: ni un trozo de tierra, ni un tabique de una casa, ni un objeto que no se encuentre en estas tres cajas y que son para ti, mi Heredero Universal. Requiéscat in pace, Mauritius. Y hará la señal de la cruz hendiendo el aire y suspirará pensando quién es este pobre diablo a cuyo entierro sólo asisten dos personas y un sargento. Y una voz de ultratumba le dirá que soy yo, Maurici Sin Tierra Sicart Gensana, hijo de Francesc y Carlota, muertos de amor, e hijo en segundas de Anton Rigau i Prim el Bastardo, falsamente conocido como Anton III Gensana i Prim el Fabricante, que Dios confunda y maldiga para siempre, y de mamá Amèlia, bendita sea su mirada dulce.

—¿La familia? —preguntó el cura, como distraído.

Miré a uno y otro lado como dispuesto a decirle ¿es usted imbécil o qué? Y le dije qué quiere, porque mi madre no tenía fuerzas para nada. Y se notaba de sobra que éramos la familia, porque Ramon y Núria se habían quedado un poco atrás, y el sargento, montando guardia casi en la esquina de la calle, admirada, tal vez, de que un hombre tan loco recibiera sepultura en un panteón tan lujoso, pero, al parecer, a mi padre no se le ocurrió venderlo cuando huyó. Y detrás del sargento, una comitiva de gente marchita de Feixes, antiguos conocidos de mi tío: no llegaban ni a una docena, aunque, según las previsiones de mi tío, no tendría que haber habido nadie.

Miquel se despidió de su tío en nombre de todos, y en su fuero interno rezó su plegaria personal que decía descansa en paz, tío Maurici, mi tío predilecto y único, que me enseñaste a distinguir el fagot del oboe y me construiste teorías que jamás me creí sobre la supremacía de Wagner respecto de Brahms con unos argumentos que hoy, además, me dan risa. Y me contaste quién era Plutarco y por qué Plotino no era Platón, pero tanto el uno como el otro convergían en el Uno al que llegó Foix cientos de años después. Y más adelante me enseñaste la magia del ablativo absoluto y el secreto del aoristo. Y ahora me parece que fuiste toda una universidad, y yo, el único alumno matriculado, que ha desaprovechado lamentablemente tus conocimientos, porque me fui a la guerra al ver que no sabía conciliar la Locura con la Razón. A veces me parece que no lo he desaprovechado tanto, porque veo que sé cosas que llevo muy dentro y no sé cuándo las aprendí, y seguro que fue en el momento en que tocabas el preludio número siete de Chopin y después me dijiste y ahora fíjate en cómo se puede hacer música sobre la música y pasabas a las variaciones de Mompou. Eras un tío imposible. Y ahora que te has vuelto loco y te has muerto me das en testamento y como legado este cuaderno de pastas negras que me pondré a leer en cuanto llegue a casa. Amén.

—Si hacen el favor... —sonrisa profesional—. Es que me parece que hay otro entierro en esta zona.

El año cuarenta tenía un color parduzco con incrustaciones de gris y de silencio. Los hombres todavía llevaban sombrero, pero no el canotier festivo y risueño, sino el de fieltro gris con cinta negra que hacía juego con la costura negra de las medias de las mujeres. Y todos recordábamos continuamente la presencia de la muerte con la cinta de luto en la manga izquierda de las americanas y de los abrigos. En el año cuarenta, la gente andaba con la cabeza gacha y había que resolver las historias de amor disimulando la alegría entre las gruesas paredes de las casas, con bombillas de veinticinco que iluminaban mal los hules de las mesas de comedor, sembrados de migas de pan. Todo el país era un gran hule de florecillas mortecinas y ennegrecidas por débiles bombillas Osram. Las únicas que vivían bien alimentadas eran las palomas de Barcelona, que anidaban debajo de las azoteas de las casas del Ensanche y podían volar, indiferentes a los pasos fúnebres de los individuos de gabardina oscura y odio en la cara que buscaban comunistas, masones, separatistas y judíos. Y todos éramos judíos, separatistas, masones, comunistas y rojos, Miquel. Y en Feixes, en la plaça Vella, las cosas eran igual, pero en pequeño. Porque todos llevábamos la carga de la tristeza. Y los pocos que hablaban en voz alta eran los que llevaban las botas de aplastar o los que se dejaban pisar el juanete con una sonrisa y luego ponían el otro.

Después de todo lo que te conté sobre la guerra declarada entre mi padrastro y yo, cuando me humillaron el día que decidí jugarme la casa en venganza, llegó el momento de la Cuarta Gran Decepción. Las decepciones de esta historia, Miquel, se las debo todas a tu padre, que era mi amigo hasta que empezó a acumular

decepciones. Tu abuelo no me decepcionó, porque siempre hacía lo que esperaba que hiciera. Tengo seis decepciones, igual que Dvorak tiene Nueve Sinfonías, como Beethoven, y Mahler tiene diez y Mendelssohn cinco. Pero mi caso se parece más al de Schubert, porque ¿cuentan los borradores de la sinfonía en Re? ¿La número 7 es la número 8? Por lo tanto ¿es la inacabada? ¿La Sinfonía Gmunden-Gastein es la número ocho, es decir, la número nueve en Do, conocida como la Gran Decepción? Es decir ¿la Gran Sinfonía? Y digo que mi caso se parece al de Schubert porque los historiadores me atribuyen Seis Grandes Decepciones, aunque se podría objetar que la Cuarta y Quinta Sinfonías, es decir, Decepciones, son la misma Decepción. Yo, como autobiógrafo, me permito diferenciarlas. La Cuarta empezó con lo del Casino, y la Quinta, el día en que tu abuelo me dio otra vuelta de tuerca, después de lo del Casino. Estaba yo leyendo a Ovidio en la biblioteca a media mañana. Estaba en *Posse pati volui, nec me tentasse negabo: / vicit Amor. Sed vos, per ego haec loca plena timoris*, cuando una hoja mecanografiada me tapó esa historia tan hermosa y oí la voz de tu abuelo diciendo firma aquí. Y señalaba un punto con el dedo, por si las dudas.

—No. ¿Qué es?

—Te he dicho que firmes.

—¿Qué es?

—Tu renuncia voluntaria a la casa.

—¿Qué? —No me lo creía, de verdad, Miquel—. ¿Se ha vuelto loco?

—Muy bien: pues, si no es voluntaria —y se sentó frente a mí—, será forzada por el informe médico que te calificará de dilapidador y vicioso del juego. —Volvió a poner el dedo en el papel—: Firma aquí.

Cogí el papel como si fuera a examinarlo y lo rompí sin dignarme leer una sola palabra de semejante vergüenza.

—Maricón de mierda.

—¿Qué ha dicho?

—Maricón de mierda.

—Papá...

—No vuelvas a llamarme papá nunca más, a menos que firmes lo que te ordeno.

¿Puede haber mayor pelea entre dos personas? Sí, claro: pueden matarse. Pero me da la impresión de que entre él y yo había una corriente de odio tan brutal y un desprecio tan profundo que no teníamos ninguna necesidad de matarnos. Y todo fue muy deprisa, porque al cabo de dos días me lo quitó todo. Con un certificado médico.

Y entonces acudí a tu padre y le dije Pere, tienes que ayudarme. Pero él se alejaba más de mí a medida que pasaban los días y supongo que empezó a despreciarme, instigado por su padre. Cuando le conté lo que me acababa de hacer, se sonrojó porque todavía era capaz de avergonzarse. Pero no quiso enfrentarse a su padre; era débil, y me ofendió mucho que no moviera un dedo ni en nombre de nuestra antigua amistad. Fue la Quinta Gran Sinfonía. El tiempo me ha enseñado que hay gente más fuerte y más débil y que, para que las personas no te decepcionen no se les puede

exigir más de lo que pueden dar. Lo aprendí tarde. Pero en el estanque de los cisnes conseguí arrancarle el Gran Juramento que decía júrame, Pere Gensana, que cuando recibas esta casa en herencia me dejarás vivir en ella hasta la muerte, y que no la venderás jamás y se la dejarás a los hijos que tengas, para que sea para siempre la casa de nuestra familia.

—Te lo juro, Maurici.

Tomé una decisión egoísta. Pero ¿cuándo no son egoístas las decisiones humanas? A mi edad, había llegado a la conclusión de que, en la vida, siempre buscamos la salvación, y los movimientos desesperados para evitar la muerte pueden ser codazos para el vecino confiado, o para un ser querido. Son los espasmos desesperados del que se está ahogando y no sabe nadar, y brucea atolondradamente para seguir en contacto con el aire contaminado que le da la vida. Sí, Miquel era un egoísta; pero ¿qué podía hacer en casa sino entregarse a la muerte? Por eso se armó de valor y dijo a su madre me voy, madre, por segunda vez en la historia; he encontrado un piso en Barcelona. Y sabía que la dejaba sola con el dolor de la huida vergonzosa de su marido y con el reciente entierro de tío Maurici en el fastuoso mausoleo que el Fugitivo les había dejado en herencia.

—Siempre te vas de casa, Miquel.

Lo peor de mi madre no eran las palabras, sino la mirada que las acompañaba: una mirada que decía Miquel, hijo amado en el que he puesto mis esperanzas de felicidad, tú no serás mi perpetuación biológica, porque jamás tendrás hijos, porque no sabes asumir la responsabilidad de formar una familia, y no lo digo porque el matrimonio con Gemma haya terminado mal, sino porque te conozco, Miquel: nunca serás capaz de dar sentido de continuidad a la familia y, por tu esterilidad, nos moriremos todos un poco más. Y no sé por qué, pero me disgusta mucho, hijo. Como me disgustó también ver que no querías saber nada del negocio familiar y diste la espalda a tu padre, al que habrías hecho feliz quedándote a su lado. Puede que no hubiera huido, puede que hubierais sabido encontrar una solución a la suspensión de pagos; puede que tu padre no se hubiera atrevido a endeudarse hasta el cuello, por vergüenza, por ti. Pero dimitiste cuando te tiraste a las calles contra mi voluntad, contra la voluntad de todos, a hacer la guerra contra Franco. Contra mi voluntad, hijo, aunque me hacía ilusión ver que tenías ideales generosos, y no se puede decir lo mismo de todo el mundo; y me parece que a tu tío Maurici también le noté esa ilusión por la proeza de hacerte guerrillero. Y a veces se me ocurre una idea horrible: pienso en lo que habría pasado, Miquel, si no hubiera muerto Miquel; a lo mejor él habría sabido orientar a tu padre; a lo mejor habría sabido darme nietos y nos habría dado vida para unas cuantas generaciones más. Es posible que sea un pensamiento muy injusto, porque el único Miquel que tengo ahora aquí, conmigo, diciéndome que se va de casa, es el vivo, el que me desespera.

A Miquel le resultaba muy difícil sostener una mirada con tantos argumentos y tantas heridas en el alma. Y se limitó a darle un beso, porque todavía no había

aprendido a decir a las personas que las quería; a lo mejor no lo he aprendido nunca. Y no le dije que la quería, ni que un día me encontraría muy cerca de Teresa, enfrente del Ritz. Pero Miquel no podía saber eso todavía. Y así, se limitó a sentir mucha pena por su madre, que se quedaría sola con Remei, y le prometió ir a verla todas las semanas, pero que tenía que vivir solo, ahora que había encontrado un trabajo que le gustaba, ahora que había dejado de fumar, ahora que empezaba una nueva vida. Tampoco podía decirle que no se había refugiado en *can* Gensana todos esos meses para que ella le lamiera las heridas del corazón, sino porque necesitaba un techo lejos de Gemma, la seguridad física de que, mientras el corazón se debatía entre el todavía te quiero y el qué estúpida es, no se la encontraría a la vuelta de una esquina y le reventara el corazón del susto. Lo único es que su padre, con su fuga inesperada y teatral, había complicado las cosas. Y su tío había hecho otro tanto con no menos teatralidad. Y a su madre le resultaba todo más doloroso. Y la víspera de la partida por la tarde, cuando ya tenía las maletas hechas y preparadas en la habitación, salí sin decir nada y me fui al cementerio de Feixes, y estuve un rato allí repasando a mis muertos, como si en vez de irme a Barcelona iniciara un viaje sin retorno a las selvas del fin del mundo y de la historia. Pero lo hice: hice una visita a escondidas al panteón familiar y, cosa rara, no encontró la tumba de su padre, como si el haberse fugado de casa lo expulsara de la muerte definitivamente. Ante Miquel, la tumba reciente de su tío. Pero lo que no se esperaba era encontrarse por primera vez, conscientemente, con su propia tumba: en la pared de la izquierda de la capillita estaban las losas de los Gensana que habían muerto de pequeños, en la inocencia, y mi tumba estaba al lado de tía Eli, era la que decía Miquel Gensana i Giró, 1942-1946, y me dio un brinco el corazón, porque por primera vez fui consciente de la existencia de mi hermano, que se murió para no tener que conocerme y que me pasó el nombre con el que lo había bautizado tío Maurici. Y volví a saber que la vida es una injusticia que dura todos los años que uno vive, porque yo era un ladrón del sitio del hermano al que no llegué a conocer, y me pareció muy cruel que mis padres lo borrasen de la memoria de los vivos extirpándole el nombre y dándomelo a mí, porque a partir de aquel momento sólo viviría en aquella lápida fría, pobre hermano mío al que no conocí. Él fue el esquema, Miquel I el Pionero, y yo, el texto inacabado. Y Miquel II Gensana el Usurpador se hundió del todo en la tristeza.

Por la noche, después de esperar pacientemente a que mi madre se fuera a la cama, di la última vuelta por la galería de retratos, porque sabía que nunca más volvería a vivir los rincones de la casa. E hice una ronda nocturna por el jardín en el que jugaba con el fantasma de mi hermano Miquel y con los amiguitos que me traían mis padres porque les daba un poco de angustia ser de una familia tan poco lanzada históricamente a la procreación indiscriminada y les preocupaba un poco tener un hijo único, solo y perdido en una casa tan grande. Me fui de madrugada, solo y sin mirar atrás.

El piso del Guinardó era pequeño y soleado. No había ni un cenicero en toda la

casa: aire puro de ciudad por las ventanas; vida nueva. En aquellos momentos, para mí era una señal de futuro y de volver a empezar, de partir de cero; y estos sentimientos no dejaban espacio para añorar una casa grande y espaciosa, que habría sido la dicha de millares de ciudadanos, pero que estábamos a punto de perder. Como me pasaba siempre que tomaba una decisión, a Miquel le pareció que abandonar a su madre era un error importante. Pero, incluso con ese cargo de conciencia, decidió empezar a vivir solo.

—Por una mamada, mil cucas, chato.

—¿Cucas son pelas o duros?

—Graciosillo, ¿eh?... Dos mil.

—No.

—Te lo hago dentro del coche. En un pispás.

—No.

Miquel arrancó. Le temblaba el recuerdo. Había salido de caza después de lamentarse una semana entera de su soledad idiota, después de pasarse siete días en el piso del Guinardó sin ánimo para colocar los libros en los estantes, buscando el de Conrad, que seguro que estaba en esta caja, en el fondo, maldiciendo su pereza, bebiendo whisky, pensando qué hará mi padre en Brasil, qué hará mi tío en la tumba y qué estará pensando mi madre, sola con Remei.

—Francés, mil. Completo, cinco, y griego, diez mil.

Le notó un aliento desagradable y le dijo adiós con la mano antes de arrancar el coche. ¿Por qué seguía buscando? ¿Qué esperaba? ¿Las rebajas de enero? ¿A la princesa encantada? ¿A Gemma diciéndole tres mil la mamada, perdona, me pasé, Miquel, lo intentamos otra vez?

Lo que no podía asumir era la infelicidad de sus padres. Lo que no podía hacer era ir a buscar a su padre a la selva y decirle vuelve con tu mujer. Ni podía decir a su madre por qué lloras, madre, si la vida sólo dura setenta u ochenta años. Nadie llega a los ciento veinte, madre, tranquila. Porque quedarse en *can* Gensana con ella era mantener abiertas todas las heridas de la pena y él no podía permitirse el lujo de enterrarse en esos momentos. Y un día, el Banco miró a ver lo que tenía encima de la mesa y encontró la hipoteca de *can* Gensana; y el Banco dijo toma, esto está en Feixes, la finca esa que vale un huevo. Y chasqueó los dedos y abrió el expediente de *can* Gensana. Y ganó el recurso.

—Me echan de casa, hijo. Me dan un mes.

—Ven a Barcelona. Tengo una habitación que...

—No. Quieres vivir solo. Y no quiero dejar a Remei.

—Alquilemos un piso aquí, en Feixes. Me encargo yo, madre...

—Qué quebradero de cabeza, todo este papeleo...

Se lo arregló Almendros, compañero de escuela y abogado encarriladísimo de Feixes que estudió en su momento, que no se metió en aventuras políticas raras, que se casó el año de los adoquines en la calle, que trabajó por cuenta ajena y que ahora

hacía dos años que tenía despacho propio en Feixes y empezaba a ganar dinero rápidamente, que votaba a Convergencia, que tomaba rayos UVA y que calculaba de lejos entrar en el Partido.

—Tres mil por la mamada.

—¿Y por qué es tan cara?

—Mi trabajo es único. —Metía la cabeza por la ventanilla de al lado. Perfume incitador, ojos azules y hoyuelos en las mejillas, como Gemma.

—Sube, anda.

Ella le pasó la mano por el paquete durante todo el trayecto hasta el hotel; nena, que estoy conduciendo, y ella soltó una risita que le recordó a la sonrisa de Berta y pensó que esa mujer misteriosa parecía el resumen de todas sus mujeres.

—¿Cómo te llamas?

—Michèle.

—Ma belle.

—¿Qué?

—¿Y qué haces? ¿A qué te dedicas?

—¿Eres idiota o qué?

—Pues deja de tocarme, hasta que...

—¿No te gusta el trato, precioso?

—Es un trato que os interesa. La señora —y Almendros señaló a mi madre con elegancia— ya no es propietaria de la finca, porque el banco ejecuta la hipoteca. Es el momento de las carreras.

—También puedo morirme.

Que yo recuerde, y que Dios me perdone si miento, era la primera vez que mi madre se ponía irónica, al estilo de mi tío. La quise un poquito más. Almendros no se dio cuenta. Contestó un poco desconcertado:

—Sí, claro..., si me permite la expresión.

—Pero un banco... ¿para qué quiere esta casa? ¿Para poner una sucursal? —Intento de Miquel de introducirse en el durísimo terreno de la economía para adultos.

—¿Por qué no? —Golpecitos de impaciencia en el cristal de la mesa—. Lo más seguro es que se lo vendan a terceros.

—Es decir, sacarán pasta de nuestra casa.

—Es que no es vuestra, Gensana, si me permites la expresión.

Miquel desistió de precisar a su antiguo compañero de escuela que no, que los recuerdos, las vivencias y tal y cual. Se limitó a encender un cigarrillo.

—¿No lo habías dejado? —saltó su madre, que ejercía de madre incluso al borde del abismo. Miquel hizo como si no la oyera:

—¿Pueden edificar?

—No lo sé —dijo, en tono de salirse por la tangente.

—¿Se les puede impedir que construyan pisos?

—No, señora. Eso sólo puede hacerlo el Ayuntamiento. Pero, al parecer, no han

recalificado la zona.

—¿Qué significa eso?

Almendros nos miró un poco molesto porque pedíamos explicaciones de todo.

—Que pueden construir, sí.

Se callaron. Pena infinita por dos siglos de *can* Gensana. Pero su padre no les había dejado alternativa. Pena infinita.

—¿Tienes prisa?

—Si no nos alargamos más de una hora, no, ninguna.

Era guapa, alta, de mirada noble, tenía voz de terciopelo dulce y Miquel se preguntó por qué una chica como ella tenía que hacer la calle.

—¿Te desnudas?

—Tú primero.

Y lo envolvió en su perfume. Era... Es que a lo mejor podía cerrar los ojos y hacer como si la vida fuera sólo esa habitación anónima de hotel en la que una mujer magnífica le quitaba la ropa y se agachaba y empezaba a acariciarle el pene, y él le revolvía el pelo, suspiraba y veía que ella se lo metía dulcemente en la boca, Dios mío, y hacía unas cosas, Dios mío. Y parar y decirle que se desnudara, y ella le decía que si completo o francés, decídete, chato.

—Pero, nena, da igual. Olvídate de...

—No, que no quiero líos después. Completo son quince mil.

Y el pene de Miquel, desinteresándose de los aspectos comerciales del caso, iniciaba una triste cuesta abajo.

—Mamada, completo, todo. Lo quiero todo.

—Veinte mil y verás lo contento que te quedas. —Lo dijo con esa voz ronca que me enamoraba.

—De acuerdo. Desnúdate.

La belle Michèle se quitó la blusa. No llevaba sujetador. Me arrimé a sus pechos como hacía con Gemma, y por unos momentos me pareció que no estaba tan solo. Entonces, si al final construyen aquí, tu madre tendrá derecho a comprar un piso.

—Sí, hijo, es la mejor solución.

Tenía la sensación de que aquello era el final de una época, un embudo estrecho por el que se colaban cinco o seis generaciones de Gensanas, políticos, fabricantes, poetas, amantes, egoístas, generosos, todos al abrigo de esa casa a la que pretendían docenas de compradores ávidos de construir apartamentos, dispuestos a lanzarse sobre el Banco en cuanto hiciera la primera oferta: era el solar más cotizado de Feixes. *Can* Gensana con sus jardines, una finca valiosísima que no serviría ni para saldar las deudas del Fugitivo y cuya pérdida nos obligaba a empezar de cero y a olvidarlo todo. Todo, las bragas también, Michèle.

La chica sonrió con picardía, se puso frente a Miquel, dijo tú lo has querido, y se bajó las bragas y le enseñó un orgulloso miembro que empezaba a animarse.

—¡Oye! Pero...

Michèle se agarró el miembro y se lo pasó a Miquel por los muslos con la intención de endurecerlo más.

—Vamos a jugar, anda.

—Pero... No, si yo...

—No me digas que no te habías dado cuenta...

El golpecito del pene de Michèle sobre el muslo de Miquel fue como una bofetada a su orgullo. Los pechos, el refugio; la risa de Berta, los hoyuelos de las mejillas, la frescura femenina del perfume... Todo se derrumbaba ante el miembro duro que no estaba dispuesto a renunciar fácilmente.

—Vístete.

—Perdona, chato: ¿qué diferencia hay?

—Vístete.

—La cuestión es pasárselo bien, ¿no, precioso?

La voz aterciopelada de Michèle sonó como un sarcasmo espeso en toda su vanidad. Veinte mil pesetas por el servicio completo, veinte mil pesetas por la sorpresa completa. Cuando el perfume provocador de Michèle cruzó la puerta de la habitación, Miquel se quedó solísimo. Sintió que estaba estremecedoramente solo.

—¡Michèle!

Michèle no había cerrado la puerta todavía. Volvió a entrar escondiendo una sonrisa de triunfo. Se plantó frente al cliente dispuesta a hacerle notar todo su poder. Y, en señal de derrota, a Miquel le temblaba la mano cuando se acercó a ella.

—Dame un cigarrillo, anda.

Y los años añadían años a mi vida y aprendí a vivir con la herida abierta y a transformar el recuerdo de Gemma en una mueca irónica. La intentona de Tejero me pilló terminando de comer con Bolós. Ahora que me había contado que se preparaba para acceder con garantías a la política municipal y emprender una larga carrera pública, ahora que yo confesaba que me encontraba más equilibrado y que el trabajo en *Revista* me gustaba y me iniciaba en la etapa de entrevistador (notario estéril de las creaciones ajenas), los tricornios de Tejero venían a tocarnos las narices, Bolós, ya verás cómo vas a tener que volver a llamarte Franklin, cagüen todo lo que se menea. Y Simón, con la oreja pegada al transistor, no estaba pendiente de las derrotas del Barça, sino de los tres cordones policiales que rodeaban el edificio de las Cortes y de las noticias nefastas que llegaban de Valencia y de la lúgubre sensación de tener que volver a empezar de cero, como tantas otras veces, porque la vida es partir de cero continuamente. Y el camarada Franklin le dijo que se iba a la sede del Partido, a ver lo que había que hacer, si coger el cepillo de dientes y pensar en Perpiñán, o irse a la sierra del Corredor o a la de Montnegre, a las guerrillas. Simón se fue a casa a pie, llorando en silencio, calculando si cabrían en la bolsa de deporte una muda y dos libros, porque era la mejor manera de pasar desapercibido en la frontera, y preguntando a los dioses por qué demonios no había nacido en Suecia.

Pero volvió la calma y se extendió como niebla pequeña, y el camarada Simón sacó la bolsa de deportes de debajo de la cama y volvió a poner la muda en el armario. Bien pensado, en Estocolmo no había esa luz mediterránea; pero qué difíciles nos querían poner las cosas. Seguramente por eso no le costó ningún esfuerzo decir que sí a la llamada de Rovira (a las siete en la plaza Real, que se está poniendo de moda, sin Bolós, que es un racionalista), que, seis o siete años después del disgusto, todavía lloraba su amor imposible por la virginal Montserrat. A todo hay quien gane. Una paloma oscura picoteaba cerca de su mesa.

—Es agotador, pero duermo acompañado tres días a la semana como mínimo.

—Te lo pasarás pipa. —Lo dije con envidia: siempre me ha atraído la exploración gratuita, aunque no he llegado a practicarla.

—Envidio la monogamia.

—¿Qué? ¡Es más divertido ir por ahí probando...!

—Y un cuerno. —Rovira se retorció la punta del bigote obsesivamente—: El principio siempre resulta muy animado. —Rovira lo miró con tristeza después de tomarse un trago largo—: No, ni el principio, si sólo se hace por borrar a Montserrat del recuerdo.

—Qué tontería. Ligar es divertido, aunque lo hagas para olvidar.

—No. Al final te repugnas y te repugna la chica que te ha servido de paño de lágrimas.

—El comienzo de una aventura me parece emocionante.

—Eres un teórico.

—Dijiste que te tirarías a mil mujeres.

—Y sigo en ello, pero llorando.

—¿Y por qué no lo dejas?

—No puedo. Si no, vuelve el fantasma.

—¿El de Montserrat?

—Sí.

—Estás como una chota.

—Sí, por eso follo. ¿Tú no?

Miquel II el Casto ahogó la respuesta en una grandiosa jarra de cerveza. Michèle, ma belle. Rovira se entretuvo mirando el vuelo rasante de una paloma orgullosa que, por lo visto, era macho y perseguía a la paloma oscura, y sonrió.

—¿Sabes una cosa, Miquel? Muchas veces, cuando ligas, cuando...

—Cuando estableces opciones sexuales con una compañera. —Miquel le guiñó un ojo—: Así lo habrías dicho hace cinco años.

—Hostia, tío, qué corte.

Encendieron un cigarrillo eterno y Rovira prefirió pasar por alto la ironía, porque quería decir que, cuando empezaba una aventura sentimental, con sólo mirar a la mujer a los ojos ya sabía que la ruptura se había producido en el mismo momento que el encuentro. No duele, Miquel, porque lo sabemos los dos: sabemos que vendrá a

casa, que fingirá que le asombra ver tantos libros juntos, me preguntará si vivo solo, se tranquilizará al no ver rastros de otra mujer y me pedirá una copa que no probará. Y follaremos como si fuera una cosa maquinal, Miquel...

—¿Por inhibición?

—No. Por aburrimiento. Por pereza. Lo que es seguro es que no volveremos a buscarnos el uno al otro. Son polvos únicos que no dejan recuerdo.

—Ya, sí, pero vas tirando.

—No, es cansadísimo. Luego tienes que buscar a otra, tienes que volver a empezar el proceso de seducción, y hay que estar atento por si alguien lo inicia contigo... Y no te das cuenta de que hay más cosas en la vida, porque te pasas el tiempo pendiente de si por la noche echarás un polvo o no. Y alguna vez repites con la misma: dos, tres noches... Hasta que ella o tú os dais cuenta de que es un camino peligroso que podría llevaros a la rutina prematrimonial. O, lo que es peor, que empieces a enamorarte y entonces te diga que está casada y no, oye; y una niña muy rica. Y entonces..., no sé cómo decirlo, pero es muy triste.

Rovira quería decir que cuando pasaba eso, la mujer desaparecía de tu vida y él volvía a quedarse solo, dando un puntapié a una lata vacía en una calle regada por las mangueras de los basureros, como en los anuncios.

—Pero no entiendo por qué predicas contra la promiscuidad que practicas.

—Porque es agotador. Follas cada día en un sitio distinto, con una mujer distinta.

—Eso ya me lo has dicho.

—Si eres rápido, en cuanto sabes lo que le gusta, se te va de las manos. Y vuelta a empezar. Es frustrante. Esa vida cansa.

—Repito que eso ya me lo has dicho, Rovira.

—Agota: vives en desorden total. Desorden material, espiritual, de vida, de agenda, de horario y de alma. Y porque te falta en la vida ese rincón que tenemos todos en casa en el que te reencuentras con tus pensamientos periódicamente, aunque sólo sea alguna vez.

Se quedaron en silencio. El palomo seguía rondando a la paloma, que se lo ponía difícil. Los arrullos los acompañaron un rato mientras ellos le hacían un agujero a la jarra. Miquel quiso sacar conclusiones:

—Es decir, que quieres tomar partido por la monogamia.

—Sí, pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque sólo me casaría con Montserrat...

—Olvídala. No sabes dónde está.

—Lo averiguaré. Entretanto...

—¿Por qué no te dedicas a la vida solitaria una temporada y piensas un poco?...

—Montserrat, Poblet, ermitas perdidas, casas de campo...

—No puedo dejar de follar. Me realizo follando.

—Y cuando no tienes suerte y vuelves solo a casa, ¿qué?

—Me hago una paja.

El palomo y la paloma echaron a volar, escandalizados. Y con ellos, media bandada que picoteaba en la plaza Real y la ensuciaba. Miquel se quedó infinitamente alicaído porque los lamentos de Rovira le ponían la cabeza como un bombo. Se prometió no volver a hablarle en mil años. Y para dejar constancia de que ese propósito significaba un giro importante en su vida, al llegar a casa se afeitó la barba.

—¿Llevabas barba? —Con una mano autoritaria, Júlia paró al maître, que nos traía la carta de postres.

—Todos llevábamos barba.

—¿Josep Maria también?

—Sí. Debo de tener alguna foto todavía.

—Me gustaría verla.

Y entonces aceptó la carta. Me gustaba tanto que hiciera pasar al maître por el aro, que le dediqué una sonrisa burlesca. Seguramente fue el deseo de venganza lo que impulsó al maître a quedarse cerca, y al oírme confesar que no tenía ni idea de lo que era la mousse, oye, ya estaba otra vez delante de nosotros dispuesto a tomar nota y a intervenir en la conversación.

—Bueno, sí, lo he oído alguna vez, pero...

—Pues Josep Maria en eso...

—Era un gourmet, sí. Yo sólo sé que la mousse es un postre.

Y el maître enarcó más, casi un milagro, la ceja de su menosprecio y dijo con educadísimas palabras envenenadas tal vez el señor prefiera un zumo de naranja; ¿sabe de qué le estoy hablando?

Yo soy caso aparte, hijo mío, porque, como segunda generación, tendría que haber formado parte de la segunda parte del axioma que dice que la primera generación crea de la nada, la segunda impulsa y acrecienta y la tercera se lo bebe en whisky. Pero, como soy Maurici Sin Tierra, no tenía ninguna obligación con la Historia y he podido dedicarme siempre a estudiar la vida en los aspectos que más me han interesado. Y como he hecho lo que he querido, tengo que dar gracias a Francesc Sicart, mi padre, que murió de amor por su adorada Carlota, de la que no me acuerdo porque han pasado muchos años para mí, y la presencia de Amèlia me ha ayudado a añorarla sin dolor. Es decir, de mi padre he heredado esta capacidad brutal de morir de amor. Y, aunque no sea exacto, ninguna fábrica. Y me alegro, porque así no me ha pasado lo que a tu padre, que ha visto hundirse la fábrica precisamente porque la crisis del petróleo no entiende de axiomas que dicen que la segunda generación es la que acrecienta. Lo que es cierto es que tú, la tercera generación, pasas olímpicamente de la fábrica, de deudas y de... Así se hace, hijo mío. A veces me parece que eres más hijo mío que de Pere, porque él no ha llegado a enseñarte cómo se hacen las canillas, qué lanzaderas se usan más ni en qué consisten los inventos del Jacquard; ni las clases de hilo según la fibra, la elasticidad, el grosor. Ni el tinte y sus secretos. No ha podido enseñarte nada de eso porque, cuando podía hacerlo, te fuiste a tu guerra, y cuando volviste ya era tarde, habías matado mucho. ¿Has matado, Miquel? Y te acogí yo y te enseñé a reconocer una sonata barroca, una sonata clásica, la diferencia entre el Nocturno de John Field y el de Chopin, y por qué Quevedo es un artista como De Chirico. Y estoy orgulloso de ello. He conseguido convertirte en un perfecto inútil, hijo mío, Miquel II Gensana el Sin Tierra.

Sé que cuando termine de contártelo todo me odiarás. Pero no quiero dejar pasar la ocasión que se me presenta.

Eres el segundo Miquel de la familia, el tercero de mi corazón, Miquel. Por eso te acogí bajo mi protección y te leía a Kipling mientras paseábamos por el bosque de castaños, o nos sentábamos junto al estanque a ver a la última familia de cisnes que vivió allí. Jamás bostezaste: siempre, con tus ojos grandes y claros, parecías pedir más y más historias. Por eso te las ofrezco todas ahora, que ya me da igual.

Cuando tu abuelo Ton murió, durante el Congreso Eucarístico de Barcelona, me alegré mucho, que Dios me perdone. Y por eso se enfriaron tanto las relaciones con tu padre. Tu abuelo murió un día en que había reunido en el despacho de la fábrica a todos los jefes de sección. Murió en su despacho, en el que había vivido rodeado de contables con visera y secretarias silenciosas, al que el rumor de los telares llegaba

tan apagadamente que parecía que proviniera de otro mundo. Aquel bendito día les estaba dando un sermón sobre cuestiones de productividad. Levantó el dedo para decir se lo he advertido muchas veces, señores míos, y se murió. Me cabe la pequeña satisfacción de que mi humilde persona fuera una de las causas de su muerte.

No quise ir al entierro de papá si no me dejaban escupir en su tumba. Fue entonces cuando tuve la primera pelea gorda con tu padre, Miquel. Es comprensible y no se lo reprocho. Mamá Amèlia, en vez de enfadarse, se puso triste. Y yo seguí con mi vida al margen de la fábrica, igual que has sabido hacer tú. Porque en nuestra familia siempre ha habido visionarios, como mi madre Carlota, como el abuelo Maur II el Divino o Anton II Crisóstomo. O como tú y yo. Y junto a ellos, los que tenían los pies en la tierra, como tu abuelo Ton o tu padre.

Trío Rimsky

Primera parte

Adagio en Mi bemol M,
Op. post. 148, D. 897
«Notturmo» FRANZ SCHUBERT
(Duración aproximada: 10' 30")

Trío en Mi m, Op. 67 DIMITRI SHOSTAKÓVICH
Andante
Allegro con brio
Largo
Allegretto
(Duración aproximada: 23')

Segunda parte

Trío núm. 1 en Si M, Op. 8 JOHANNES BRAHMS
Allegro con brio
Scherzo. Allegro molto
Adagio
Allegro
(Duración aproximada: 40')

Trío Rimsky

Violín: M.^a Teresa Planella
Violoncelo: Joan Moliner
Piano: Sergi Moliner

Era un buen programa. Y difícil de interpretar. Mientras se sentaba en la primera fila, al lado de previsibles familiares de los intérpretes, se escandalizó porque la sala estaba medio vacía. El *Trío* de Shostakóvich es difícil. Faltaban cinco minutos y la gente seguía entrando sin prisa, charlando, riéndose y sin el respeto de carácter religioso que se imponía él cuando entraba en cualquier templo de la música. Miquel Gensana se pasaba la vida entrando en templos de algo. Le habría encantado ser oficiante de la ceremonia, con un violoncelo entre las piernas o con alma suficiente para haber escrito la música. Pero tenía que conformarse con tomar asiento en primera fila y escuchar ávidamente. Bendijo a Gemma, cada vez más lejos de sus pensamientos, y a su tío Maurici, porque le habían inoculado la manía por la música, y los maldijo porque le daba mucha rabia haber contraído el gusanillo y no poder pasar de la primera fila.

Miró atrás, a ver si... No: ninguna cara conocida. Delante de él, el piano esperaba

con la boca abierta y, a un paso de las sillas vacías, los atriles cargados de partituras. Tres minutos, si eran puntuales. Toses. Un señor con cara de desorientación tras el bigote se sentó al lado de Miquel y se puso a estudiar el programa de mano. Era la primera vez que veía a Armand. Toses. Comentarios en voz alta. Miquel volvió a mirar atrás: la sala estaba prácticamente llena.

Se hizo el silencio cuando un ser misterioso cambió las luces de la sala. Sólo el escenario quedó iluminado. Entonces entraron, con prisa, potentes, los tres músicos. Se situaron justo enfrente de Miquel. Altos, jóvenes, dioses, poderosos, el violoncelista transportaba el instrumento con delicadeza, el pianista un paso por detrás de él y Teresa con su violín. Enseguida me fijé en sus ojos, que desaparecieron cuando saludó con una inclinación, y en el escote que apareció en ese momento. Tres músicos, tres personas que habían alcanzado la felicidad, así lo vi yo. Los tres sonreían con una seguridad que después sabría que era fingida. Con movimientos diestros, como si tuvieran prisa por terminar e irse a comer una pizza, se acomodaron, probaron la silla respectiva, respiraron hondo, y el pianista ofreció a sus compañeros un la discretísimo, que recogió el violín. Y después, el violoncelo. Todos afinados. La chica era muy guapa. El violoncelo miró tímidamente al público, ella se colocó el violín a ras de sonrisa y entonces empezaron las miradas, eléctricas, intensas, brillantes. Y el silencio se hizo etéreo y Schubert enseñó la patita. Primero los dos compases de arpeggios del piano



y enseguida, desde la profundidad de la vida, el mi bemol del violoncelo y el solo de violín, pianísimo los dos



hasta el si bemol del violín que crece hacia el do con la ruptura dulce y punzante del violoncelo, y el re, y decrecer e ir a recoger toda la idea

The image displays a musical score for piano and violin. It consists of three systems of staves. The first system shows the violin and piano parts with dynamic markings 'cresc.' (crescendo) in both. The second system includes dynamic markings 'f' (forte) and 'pp' (pianissimo) for both instruments, along with 'decresc.' (decrescendo) markings. The third system shows the continuation of the piece with various rhythmic and melodic patterns.

y encontrarse como al principio de la frase, como al principio del «Notturmo», pero más crecido, más persona, y pensar dios, cómo es posible tanta belleza. En esos momentos (duración aproximada: 55'') ya me había enamorado de Teresa. Definitivamente. Y los pizzicatos eran las fiestas orquestales de nuestra boda, sentimientos de felicidad inexplicable que traía un violín mágico. Y entonces me indigné porque no entendía qué hacía aquel par de idiotas, el del violoncelo y el del piano, tan cerca de mi amada. Y, por si fuera poco, cuando pasaron a mi mayor, Moliner, el del chelo, la miró con una intensidad feroz y ella le respondió con una mirada intensa y brillante. Miquel Otelo Gensana miró con desprecio a los dos jóvenes que se comían a su violinista con los ojos y que, una tercera por debajo, vivían con ella una aventura intimísima ante ciento cincuenta espectadores. Y Miquel, además de celos, tuvo envidia del gran poder de Schubert, y más todavía de no saber decir la música como aquellos tres elegidos. A medida que el movimiento del trío avanzaba volvió a preguntarse, como lo hacía a menudo últimamente, si el pedacito de vida que había vivido hasta el momento era válido, si había servido de algo, si lo había salvado, si lo justificaba. Sintió lo miserable que era.

Schubert fue muy breve. Demasiado. Diez minutos de felicidad. Pero, para mí, un viaje directo, sin pretextos, a las profundidades de la naturaleza humana, como solía pasarme siempre con la música, con mucha más fuerza que en el caso de la pintura y la poesía. El suavísimo acorde final, con un caracoleo del piano que no le restaba

solemnidad, invitaba al silencio respetuoso; pedía un recuerdo casi religioso por los sonidos que, dispersos por la sala, todavía estaban en los oídos y la memoria de los presentes, empapando las paredes, las cortinas y las molduras del techo... A Miquel le hubieran gustado unos segundos más, para dar tiempo al alma a exhalar un suspiro y a tomar conciencia de que en ese momento vivía una felicidad. Pero la gente no quería saber nada de eso y se puso a aplaudir con entusiasmo y rompió en pedazos minúsculos la atmósfera mágica que había creado Schubert dentro de él. Tal vez aplaudieran con tanta fuerza precisamente porque se habían dado cuenta de que se les habían alterado los sentimientos y los conjuraban a fuerza de aplausos. Miquel no aplaudió. Con los puños en las mejillas, sentado, miraba a los tres músicos, que sonreían y saludaban. Se fijó en la blancura de los dientes de la violinista y confirmó que, en efecto, era bellísima.

Silencio. Los armónicos imposibles del violín al principio del trío de Shostakóvich. ¿Del violín? ¡Si son del violoncelo! ¡Siempre había creído que eran del violín!... He ahí la gracia de ver a los músicos en directo: se puede contemplar el altar de Pérgamo en el Pergamonmuseum, en vez de en una diapositiva. Y si yo fuera Shostakóvich, sería como estar en la isla de Pérgamo y convertirme en el mismísimo Eumenes. Qué armónicos tan duros, tan dulces. Y los graves del piano haciendo guardia a lo lejos. Fíjate, ahora el piano lo retoma y la cuerda se queda de fondo discretísimamente. Y Miquel mantuvo la atención durante el *Allegro*, el *Largo*, bellísimo, otro redescubrimiento, y el *Allegretto* final. Bendito Shostakóvich.

Cuando el público se hartó de lanzar incienso a los músicos y empezó el descanso, Miquel no se movió de su asiento en primera fila, con los codos en los brazos de la butaca y los puños en las mejillas. Absorto, mirada perdida, pensando ¿qué estará haciendo ahora? A lo mejor se está refrescando la cara y el cuello y se pone un poco de colonia. ¿Y el maquillaje? ¿Delante de los otros dos? ¿Un camerino para cada uno? A lo mejor los tres músicos no se llevaban bien, se tenían inquina, se aborrecían. Miquel no quería pensar que, muchas veces, los músicos tocan porque es su trabajo, y crean belleza mientras el alma llora por dentro; o bosteza, en el peor de los casos. O tal vez los músicos, ángeles felices en contacto permanente con la belleza, estaban enfadados y, en el camerino, el violoncelista se enfadaba con Teresa porque es la tercera vez que entras a destiempo y me estás tocando los huevos, y Teresa Planella contesta vete a la mierda, mientras el pianista termina el cigarrillo, se levanta, se coloca los puños de la camisa y dice, niños, ya es la hora. O tal vez, en el descanso entre las bellezas de Schubert y Shostakóvich y antes de la de Brahms, habían negociado, porque todavía no tenían representante, si les entregaban el talón prometido hoy mismo o tenían que esperar una semana, y Teresa, ¿lo veis?, esto nos pasa por ir de buena fe, porque somos unos inútiles, tíos, y el empresario diciendo oh, quise advertiroslo, pero no encontré al violoncelista en ningún sitio, y ella es que nos lo montamos fatal, y apuntaba con el dedo al empresario y decía pero es que es una putada: ¿qué queréis, que no toquemos la segunda parte?, y entonces el pianista

terminaba de fumar, se levantaba, se colocaba los puños de la camisa y decía niños, es la hora.

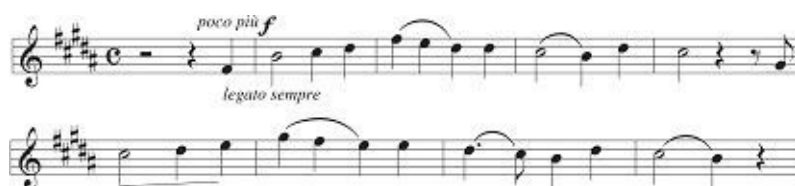
Y Miquel, que no se había movido ni para respirar, vio salir a los tres músicos sonrientes, con la mirada brillante, y cuando saludaron le parecieron dioses otra vez, irremediablemente ajenos a los problemas de la fecha del talón, y esperó a que se sentaran, se aposentaran, ajustaran el ángulo del atril y, con una mirada dulcísima, Teresa Planella pidiera el la y empezase el rito de la afinación. Contuve la respiración, violín y violoncelo se inmovilizaron, el arco abajo, los dos mirando al infinito, concentrados, y el pianista, un poco encorvado sobre las teclas, cerró los ojos, dejó pasar cinco deliciosos segundos, en los que Miquel se acordó imperfectamente de lo que venía a continuación, y entonces empezó el piano, *espressivo*, tan sabido, sí, pero tan Brahms,



y enseguida el violoncelo persigue al piano.



En este punto mágico Teresa se une al violoncelo.



Y los tres retoman el diálogo que fijó Brahms un día y que se repite cien años después igual, pero siempre diferente, porque diferente es la vida de quien lo dice y de quien lo oye.

Cuando terminó el concierto, Miquel no se atrevió a ir a ver a los músicos (rodeados de amigos), a sonreír, a acercarse a la violinista (rodeada de moscones), a ensanchar la sonrisa y decirle hola, me llamo Miquel II Gensana el Desorientado y me acabo de enamorar locamente de ti. Pero esperó a que salieran y los saludó uno a uno y los felicitó. Ella no se fijó en su actitud devota. Le dedicó una mirada de tres segundos y una brevísima sonrisa de cumplido mientras buscaba entre la gente a otra persona, que resultó ser el tío que se había sentado a mi lado. Nunca había estado tan

cerca de la felicidad. Y no lo sabía.

Naciste un treinta de abril y pensé que serías el Mesías y, llevado por un sentimiento muy justificable, permití que tu madre te bautizara con el nombre de tu hermano, el pobre Miquel que había durado tan poco en la vida, Miquel Gensana el Breve, que murió de meningitis. Y a veces no entiendo que las paredes de nuestra casa sean capaces de soportar tanta muerte, tantas penas y tan pocas alegrías, porque me da la impresión de que felicidad, lo que dice felicidad, se ha vivido poca en *can* Gensana. Y estabas destinado a ser un niño solitario en una casa demasiado grande para acoger tan pocos gritos. Menos mal que vinieron Núria y Ramon... Puesto que la familia de tu madre procedía de Barcelona, solían venir a vernos a Feixes a menudo: les parecía la selva abierta. Y el hermano de tu madre nos dejaba a los niños todo el verano muchas veces, y sus voces eran una bendición del cielo para la casa, para tus padres, para los abuelos y para Remei y Angeleta... y para mí, porque en aquellos momentos parecíamos una familia normal. A pesar de la traición de tu abuelo Ton. A pesar de que él y yo nos evitábamos por los pasillos y no nos mirábamos en la mesa; a pesar de que mamá Amèlia lamentaba tanto odio entre padrastro e hijastro. Y yo sentía que era más Sin Tierra que nunca porque conocía todos los secretos de la familia y sabía que el único Gensana legítimo era yo. Sí, sí, no te rías: ya sé que son cosas que sólo tienen la importancia que se les quiera dar. Pero para mí empezaron a adquirirla desde el momento en que me desterró tu abuelo Ton, y nunca contaba conmigo por maricón y porque me dedicaba al latín en vez de a la pana. Eran estos sentimientos de venganza que me ahogaban de vez en cuando los que me empujaron a dar pasos en falso, como cuando quise jugarme la casa al póquer. Sé que no lo entenderás nunca, porque siempre te he hablado del amor que le tengo a la casa. Pero a veces el individuo, para sentir que está limpio, para saber que está justificado, actúa en contra de lo que más ama, como si la catarsis purificadora fuera el prelude de la felicidad. O como si se nos prohibieran el placer y la felicidad. Seguramente sea más por esto, por esa clase de masoquismo del que nos ha impregnado el catolicismo hasta la médula de los huesos. Naturalmente, podrías preguntarme dónde queda para mí el concepto de pecado. Pero considera, heredero mío, que el padre Vicenç, con su condena eterna, me arrancó para siempre el sentido del pecado tal como lo entienden los católicos. Y yo seguí yendo a misa y haciendo lo que es debido si además eres presidente del Círculo Artístico, como era mi caso en el año cuarenta y siete. Pero no entendía el pecado como nos lo pide la Iglesia, porque me habría vuelto loco. Un amante valenciano que me duró unas semanas muy raras decía que de los pecados del pito se ríe Dios. Seguramente Dios se reía, pero el padre Vicenç ponía mala cara. Por

eso aprendí a abrirme compartimientos estancos en la conciencia, para poder sobrevivir. No pretendo que me justifiques ni que entiendas todo lo que he hecho en la vida. Sólo te pido que me escuches y que, cuando termines este cuaderno, hagas un pequeño esfuerzo para no odiarme. Ten en cuenta que nunca se lo he podido contar a nadie.

—Maria Teresa Planella.

—¿De parte de quién?

Ya empezamos. De parte de quién; quién quiere meterse en su vida; quién es tan imbécil que no se da cuenta de que si se pone al aparato una voz masculina y pregunta de parte de quién, lo tienes muy mal, compañero.

—De Miquel Gensana.

—...

—No, no me conoce.

—Bueno, es que no se puede poner. Si tiene la amabilidad de darme el recado...

¡Faltaría más, Voz Masculina! Dile que acabo de darme cuenta de que tengo que terminar con una situación que me consume desde hace un par de meses, desde que la vi y la oí por primera vez. Dile que estoy tan enamorado que no lo resisto, y no te embales, Voz: voy con intenciones serias. Voy a cumplir treinta y seis años y, como comprenderás, a esta edad ya no se juega con ciertas cosas. Lo único que quiero es tener ante mí a esta mujer para decírselo. Seguro que ella me entiende; seguro que no me corresponde.

—Sí, es para una entrevista.

—Ah... —Cautela, interés de la Voz—. ¿De qué clase?

—Para *Revista*.

—¿Cómo dice?

—Para la revista *Revista*.

—A ver: ¿Qué nombre ha dicho?

No soy quién, pero siempre me ha parecido una tontería poner a una revista el nombre de *Revista*. Incluso se lo dije a Duran cuando me contrató, pero se quedó mirándome como pensando este imbécil se cree que por ser amigo de Bolós tiene carta blanca para incordiar, y se olvidó de mí y se concentró en su trabajo. Es decir, que seguí trabajando, como todo el equipo, en la revista *Revista*. Primero de corrector y unos meses después de redactor. Compartía mesa con Lali, al lado de la ventana que daba al patio de luces, de donde me llegaban una docena de propuestas de menú y la tos persistente de una persona mayor que parecía que estuviera encadenada en una habitación parecida a la mía.

—*Revista*. Así se llama una revista de cultura: arte, cine, música, literatura y esas cosas.

—¡Ah, *Revista*! ¡Sí, ya! *Revista*, sí.

¡Pues eso te decía yo, Voz Masculina, hostia!

—Sí, señor.

—Con las tapas así como marrones, ¿no?

—De color magenta.

—Sí, eso. ¿Y dice que es para una entrevista?

Jo, qué tío. Seguro que es un celoso de órdago a lo grande. Una barrera inmensa para llegar a Planella.

—Sí. Es para una sección nueva que se titula «A fondo», ¿sabe? Queremos publicar nombres como Moravia, Steiner, Magris, Claret, Bassani, Victoria de los Ángeles, Richter... Por citar algunos. —El primer sorprendido por mi capacidad de improvisación era yo—. No es más que una muestra de intenciones; pero la dirección de la revista tiene mucho interés en empezar con Teresa Planella.

Seguramente la lista de personalidades que se me había ocurrido hizo mella, porque el tono de voz cambió un poco.

—¿Quién es Steiner?

Se lo dije en plan *Digest* porque no quería que se distrajera. Volví al meollo de la conversación con uñas y dientes y repetí la lista de compañeros de Planella. La Voz volvió a interesarse:

—Repítame su nombre, por favor.

Miquel II el Estafador Improvisador, Redactor de *Revista* Milagrosamente Convertido en Entrevistador de una Sección Inexistente Gensana, servidor de usted.

—Duran, tengo una idea.

—Hummm.

—Duran: una entrevista a Planella.

—Ya no hacemos entrevistas. ¿A quién has dicho?

—A Teresa Planella. —Miquel lo dijo en tono de: el que no sepa quién es la tal Planella es que no se entera de nada.

—Connais pas.

—¡Hombre, Duran! ¡La violinista! Oye, que ahora está en Varsovia con Kubelik, en el concierto de Saint-Saëns. El tercero.

Duran lo miró, primero de mala leche porque lo había distraído de lo que estaba haciendo, pero después con cierto interés.

—Entiendes de música.

—Qué va, cuatro cosas.

—Pero ¿entiendes?

No soy Schubert ni Perlman. Un pobre diletante con butaca fija en el Palau y unas treinta audiciones al año, preferiblemente de cámara. ¿Sabes, Duran, que para mí la música de cámara es la esencia? El cuarteto de cuerda, el trío con piano, el quinteto. Es a la música lo que la poesía a la literatura: la esencia sin argumento, la base, el núcleo.

—Cuatro cosas, ya te digo.

—Entonces podrías ocuparte de traducir... ¿Sabes inglés?

—Oui.

—Son unos artículos que...

—Pero Duran: te estoy hablando de crear una sección nueva: una entrevista con una gran personalidad de la cultura. Una en cada número. Pero gente muy escogida.

—¿Ah, sí? ¿Como quién, por ejemplo?

—Como Moravia, Steiner, Magris, Claret, Bassani, Victoria de los Ángeles, Ritche.

—¿Quién es Steiner?

—¿Qué te parece la idea? Podría titularse «A fondo».

—No tenemos presupuesto para tanto.

—Planella estaría dispuesta a concedernos la entrevista. —Error. Falta de conocimientos psicológicos por parte de Miquel.

—¡Ah, vaya! Es decir que te mueves por tu cuenta y luego me vienes con los hechos consumados, ¿eh, Gensana?

—¡Hombre, Duran, coño! —¿Qué digo ahora?—. Lo que no se puede hacer es presentarte un proyecto de buenas intenciones nada más. Por eso te propongo una entrevista asegurada. Y no costará dinero porque vive aquí.

—Y después Moravia, Bassani y compañía...

—Algo se podrá hacer, hombre. Y nos darían prestigio.

—La idea no está mal. Planella no está mal, para empezar... ¿Y quién te parece que podría hacerse cargo de la sección?

Duran siempre tenía ese rinconcillo cabrón. Si lo decía era porque lo pensaba de verdad. Miquel defendió la idea con los dientes, sobre todo porque la idea de que cualquiera del despacho se encargara de hacer la entrevista a Planella le revolvía el estómago.

—Soy la persona ideal.

—No, a ti te quiero en música.

—Planella es música. Es violinista. ¿Te suena? Violín, Paganini, pentagrama, do, re, mi...

Seguirle el juego era peor.

—Tú, a la música, eso es definitivo.

—Puedo hacer las dos cosas.

—¿Tú?

—Por el mismo precio.

—De acuerdo.

Ya lo decía Miquel, que Duran era un cabrón. Pero salió del despacho del director con el glorioso encargo de diseñar la nueva sección de entrevistas que, naturalmente, no se titularía «A fondo», porque era un título muy previsible para una sección de entrevistas. Y sus ansias de ponerse en contacto con Planella empezaban a salirle carísimas, porque acababa de doblarse el trabajo por el mismo precio, estrictamente.

Tenía los ojos de color miel de romero y el pelo liso, fuerte y negro. Los dientes blancos, bien hechos, distraían la atención de unos labios excesivamente finos pero muy expresivos.

—Voy a pedir un té, ¿y tú?

Y los movía con mucha gracia; tanta como la gracia con que se movía, como si la vida fuera una prolongación del escenario o, mejor, de su violín. Junto a la comisura de los labios, unas leves arrugas de la edad daban solidez a todo el rostro. Miquel tardó unos segundos en decir que también quería un té, como ella; con leche, como ella. Con ella toda la vida, y para ella. El moscón no quería nada; sólo miraba el reloj y daba golpecitos con los dedos:

—¿Cómo la has planeado?

Miquel miró al moscón, y éste, con un movimiento seco, cogió mis papeles sagrados y echó una ojeada rapidísima. Estúpido, mal educado. Los dejó otra vez en su sitio y Miquel creyó ver un cruce de miradas con el que el moscón decía a Teresa que podía ser una buena entrevista y ella le contestaba que de acuerdo, que se emplearía a fondo. Todo eso sin pronunciar palabra. Dios, qué bien se entendían esos dos. El moscón se levantó y le dio un rápido beso en la boca, sí, en la boca, a Teresa, y a mí me dedicó un gesto impreciso de despedida. Cuando nos dio la espalda parecía ya completamente absorto en sus cosas. Y ante mí, Teresa y nuestro futuro.

—¿Qué? ¿Te lo controla todo? —dije, señalando en la dirección por la que se había ido el moscón.

Fue un comienzo desastroso, fatal, horrendo. Y Miquel, con unas ganas locas de rebobinar y volver a empezar.

—¿Es una pregunta para la entrevista?

Buena bofetada. Las comisuras de los labios tenían una actitud vigilante y sentí que me hacía pequeño pequeño, y no supe cómo remontar la situación. El camarero con los tés fue como una tabla de salvación para disimular lo turbado que estaba y para intentar concentrarme en la primera parte de la entrevista, con la respuesta a una pregunta que, por lo visto, le daba pie a volar.

—No sé. Nunca me he planteado la música como vía de escape.

—Entonces, ¿cómo te la planteas?

—Como lo que es, una forma de vivir.

Una forma de vivir. Toda la envidia del mundo. Porque yo no era como Teresa, no podía decir a un mequetrefe cualquiera que la música era sencillamente una forma de vivir. Teresa Planella aludió al gran repertorio romántico: nombró a Beethoven, Mendelssohn y Chaikovski como las grandes metas de los solistas; pero reivindicó el concierto de Schumann, lamentó que Schubert no hubiera escrito ninguno, pasó de una forma rara por encima de los cinco conciertos de Mozart y habló con amor del concierto para dos violines de Bach. Lo había tocado con Marco Fiori en Torroella y en Barcelona, y lo dijo de una manera que me pareció que se acordaba más del tal Fiori que de la música en re menor de Bach. Y después encendió un cigarrillo

delicado y hubiera querido ser el filtro del Camel para rozar sus dientes. Y me dio una clase de repaso sobre Wieniawski, Vieuxtemps, Saint Saëns, Max Bruch, Elgar y Sibelius.

—Tienes un repertorio amplísimo.

—Sólo estudio, no hago nada más. Ahora estoy con el segundo de Bartók y los de Martinu. Y quiero empezar a conocer a fondo el de Alban Berg. Y estoy en el trío porque no quiero dejar nunca la música de cámara.

—Qué envidia me das.

—La gran ventaja de la música es que es inacabable. Como el arte.

Me contó que ampliaba el repertorio al margen de los encargos y que Armand le había conseguido...

—¿Armand?

—Sí, hombre... —Y señaló con un gesto la ausencia del moscón del bigote, como dando por sentado que Armand era Armand.

¿Amante? ¿Representante? ¿Marido? De momento, moscón. Le había conseguido el concierto de Saint-Saëns con Daniel Barenboim y la Sinfónica de París. Y, posiblemente, la grabación.

—Es fantástico, ¿no? —se alegró Miquel.

—Sí. Lo fantástico es que exista esta música.

—¡Qué envidia me das!

—Es la segunda vez que lo dices.

—Será porque es verdad. —Bebí un trago para disimular. Me moría de ganas de cogerle un Camel, pero no me atrevía a pedírselo. Estoy seguro de que los ojos me brillaban de entusiasmo—. ¿Y la música de cámara? ¿Sólo tocas en trío?

Me tuvo en las nubes media hora. Yo ni siquiera seguía las preguntas. Me dejaba llevar por lo que decía ella y comprendí que era la mejor manera de hacer una entrevista viva. Yo iba apuntando cosas, porque no me fiaba de que la cinta captara los matices que veía en lo que decía ella sobre Messiaen.

—Me gustó mucho el trío de Shostakóvich en la Casa Elizalde.

—¿Fuiste?

En primera fila, ¡y ni me había visto! Me enamoré de repente, y ni se acordaba de mí... Y Miquel se había hecho ilusiones de que tocaba sólo para él.

—Preparaba la entrevista.

Le salió como excusa, pero a Planella le gustó. Incluso le dijo que hacía tiempo que no la entrevistaban de una manera tan no sé cómo decirlo. Y el corazón le dio un vuelco, pobre Miquel el Cardiópata.

Cuántos años tienes, Armand es tu amante, los Moliner se van a la cama contigo, te parezco mínimamente no rechazable, serías capaz de pensar en mí, eres feliz.

—¿Actúas mucho en el extranjero?

—Estoy en el engranaje de los conciertos y no puedo rechazar ninguno. No creo en la mística de Glenn Gould; me gusta el concierto en directo. Tengo recelos con las

grabaciones, como Celibidache, aunque no llego a los extremos que llega él.

Lo dijo como si hiciera profesión de fe, y sonrió tímidamente para que la perdonara por hablar de dos grandes maestros casi como si se comparase con ellos.

—¿Todavía tienes algo que aprender?

—¡Claro que sí! De música, muchísimo. Y de violín también. Hay muchísima gente mucho mejor que yo...

—¿Quieres llegar a ser una number one?

Segundo error de la entrevista. Por un momento fue como si hablara de la WITA con Graf y Navratilova, y a Planella no le gustó. Miquel lo resolvió hundiéndose en el barro:

—¿Me permites coger uno?

Un gesto elegante para decir que sí. Teresa sacó un mechero escueto, de gasolina. Lo miré con curiosidad, pero discretamente.

—Regalo de Isaac Stern.

—¡Ostras! —Y lo veneré en silencio antes de dejarlo otra vez al alcance de Planella.

Tienes hijos, te has casado alguna vez o vivido en pareja. De verdad Armand te controla la vida tanto como parece. Te das cuenta de que te quiero sin remedio.

—Sabiendo tanta música, ¿has pensado alguna vez en componer?

Me miró a los ojos con los suyos de miel de romero. Seguramente era la primera pregunta que entraba a fondo en algún anhelo secreto de Planella. Lo cual significaba que, hasta ese momento, de entrevista extraordinaria, nada.

—¿No has tenido nunca una... frustración? —Planella contraatacaba y se fijaba en mí por primera vez. Procuré aprovechar la oportunidad:

—Sí. En muchos aspectos. Sí. Me gustaría saber música como tú, escribir como los ángeles y pintar como los dioses. Y lo único que puedo hacer por ahora es entrevistar a una persona que no tiene por qué estar frustrada, porque lo tiene todo.

—Mentira.

¿Estás deprimida? ¿Quieres que te...? ¿Armand no te llena?

—Con lo mucho que sabes de música, es imposible no ser feliz.

—Resulta que la gente tiene una imagen falsa de los artistas.

—¿Un intérprete es un artista? —Se le escapó, desviando la conversación del mundo personal en que había entrado.

—Naturalmente. Y quien escucha también.

—Es decir que yo también soy artista.

—No lo dudes. Cuando oyes música completas el ciclo que se inicia en la mente del compositor.

—Gracias, pero no me hace feliz.

—Es que la felicidad no depende de...

Seguramente fue en ese momento cuando Teresa Planella se dio cuenta de que caía en la trampa. Dejó de hablar tan bruscamente que hasta ella se turbó. Echó a

Miquel una mirada que podía ser de respeto. Dejó pasar unos segundos, dedicándolos a beber un sorbo de té y a utilizar el mechero de Stern. Miquel la ayudó.

—¿De qué lo conoces?

—Estudié un curso con él en la Juilliard.

—¿Y qué tal?

—Es un hombre... muy... muy humano. —Sorprendentemente, Teresa se olvidó del casete, de la entrevista, de mí y del té, y echó abajo las defensas que la protegían—. Es muy difícil juzgar a las personas desde fuera. Pero diría que Isaac Stern es un hombre bueno. Es mi maestro. Me enseñó la vida.

—¿Qué significa eso? —¿Relación sentimental entre maestro viejo y alumna joven?... Tu quoque, ¿Stern?

En vez de protestar y decir señor mío, no tienes derecho a hacerme esa pregunta porque entra en un terreno muy personal, Teresa Planella, violinista reconocida en todo el mundo, respetada por los grandes maestros del violín y bellísima, se quedó con la boca abierta unos momentos.

—Me enseñó que, para los músicos, lo más importante no es la música.

—...

—No me mires así. No lo entendí hasta que terminó el curso. —Una intimidad en voz baja y, por el tono, seguro que no la contaba a menudo—: Me considera una alumna predilecta, incluso ahora, después de seis o siete años. En Navidad coincidimos en Frankfurt. Vino a oírme y me temblaba el arco. Y al final me dijo que... —Planella se despertó—. Oye, esto no tiene nada que ver con la entrevista. No lo pongas.

—Permíteme que lo decida yo. —Y, para que no se partiera más la sesera—: ¿Se puede ser tan bueno tan joven?

—No soy tan buena ni tan joven. —Pero no le dijo la edad que tenía.

La entrevista duró una hora larga. Miquel se dio cuenta de que Planella estaba desembuchándolo todo, y por un momento tuvo la sensación de ser psicoanalista. Pero no se podía negar que, a pesar de los errores en la entrevista, Planella se lo tomaba bien. Hacia el final de la hora se atrevió a hacerle, mirándola a los ojos de miel, la pregunta que le quemaba los labios desde el principio y que, por pudor, iba retrasando hasta el infinito:

—¿Eres feliz?

Teresa Planella lo miró hasta el fondo, se limpió los labios con una servilleta de papel y apagó el casete. Al hacerlo, rozó levísimamente con la mano la de Miquel Gensana.

Amouroux, Armengol, Arrufat, Ayats, Ballester, Batallé, Carreras, Codina, Colomer, Comerma, Escayola, Ferrer, Gensana, Gómez Farré, Marcet Nebot, Marcet Rius, Marcet Soler, Pujol, Puig, Ramió, Reguant. Éste podría ser el resumen de los apellidos más notables de Feixes con representación filial en el último curso de Primaria y que buscaban el lugar idóneo para que sus respectivos vástagos iniciaran el curso de Ingreso al Bachillerato.

Todos estos vástagos, Miquel, habíais nacido en el año cuarenta y siete. A mediados de los cincuenta me habían publicado un pequeño tratado (en aquella época yo lo llamaba *Tractatus*) sobre Carner, Riba y Foix, y el prestigio de Maurici Sin Tierra Sicart iba en aumento en los círculos intelectuales clandestinos y subterráneos del país. Todavía tenía el corazón hecho pedazos por la gran traición de mi padre postizo y mi único acto de rebeldía era refugiarme en la música. Y de vez en cuando iba a maldecir la tumba de mi padre adoptivo y me ponía de mejor humor. Y todas las maldiciones bíblicas que tenían que caer sobre los que escupieran sobre la tumba de su padre cayeron sobre mí y mis descendientes hasta la séptima generación. Mira si soy desgraciado que, salvo la de mi madre Carlota, no sé dónde se encuentra la tumba de mi padre, ni la de mi amor. A mi padre lo condenaron a vivir la muerte fuera del cementerio, por asumir la valentía de ser cobarde en el último momento y decidir morir de amor. Y los Gensana no se han preocupado de sus restos. Cuando remodelaron el cementerio, su tumba desapareció. Y mi Miquel murió estampándose el cerebro contra la pared de la Casa de las Mantas, la de la calle Junqueras, y sus huesos reposan amontonados con las decenas de desgraciados anónimos que fueron fusilados en el Campo de la Bota, en una fosa común que no he sabido identificar. Como un Mozart cualquiera. Y a mí me parecía muy agradable que los Codina, Marcet, Puig y Reguant me consideraran un erudito de talla, y podía entrar libremente en las tertulias más conspicuas del Círculo. Era lo único que me quedaba. En aquellos momentos habría considerado una desgracia que la gente supiera que Maurici Sicart i Gensana era Maurici Sin Tierra y Maurici Sin Amor, heredero universal de una fortuna a la que tuvo que renunciar a la fuerza porque su padre adoptivo lo amenazó con pregonar que yo no me casaba porque tenía un gran amor en la memoria y ese amor se llamaba Miquel, y que no iba de putas como la gente de bien porque yo era un hombre de mal. Me comí mi desgracia en silencio y me reí cuando se murió tu abuelo Ton. Y mi Quinta Gran Sinfonía fue que tu padre, que podía haber restituido las cosas, no movió un dedo en este sentido. Simplemente se lo quedó todo y ni siquiera me preguntó si quería trabajar en la fábrica que había sido mía unos cuantos

meses. No llegué a saber si Pere estaba al corriente del chantaje que me había hecho su padre, porque nunca hablamos de esas cosas entre él y yo. Con lo buenos amigos que éramos, una línea invisible se interpuso entre nosotros desde aquel momento, desde el año en que nació Miquel II, y te lo digo para que sepas que, a veces, esas cosas pasan entre amigos, que se crea una distancia que jamás habrían sospechado que fuera posible. Ojalá no te pase nunca, Miquel II, compañero de los Comerma, Ayats y Ballester, que empezaste a crecer entre algodones y que enseguida fuiste víctima de la voluntad de tus padres de buscarte una educación singular, sin darse cuenta de que yo te la ofrecía gratis y además con amor. Por eso, prescindiendo de nuestros paseos por el bosque de castaños o por la galería de retratos, donde te explicaba los misterios de la vida, Pere Gensana, suavemente contradicho por su mujer, de entre las muy diversas posibilidades de escolarización que las familias acomodadas de Feixes (Amouroux, Armengol, Arrufat, Ayats, Ballester, Batallé, Carreras, Codina, Colomer, Comerma, Escayola, Ferrer, Gensana, Gómez Farré, Marcet Nebot, Marcet Rius, Marcet Soler, Pujol, Puig, Ramió y Reguant) elegían para sus hijos, se decidió por una incómoda pero de cierto pedigrí: mandarlo a Barcelona, a una escuela más prestigiosa que las prestigiosas de Feixes. En algunos casos (Comerma, Batallé, Ballester, Marcet Rius y Gómez Farré) optaron por internados lejanos, que todavía daban más aire de importancia a la familia. Sin embargo, los Gensana eligieron una solución intermedia: media pensión en los jesuitas de la calle de Caspe de Barcelona. No sé cuáles han sido los resultados educativos de estos vástagos que tenían que hacerse cargo de la pervivencia de la industria de Feixes, pero si podemos guiarnos por la situación actual de dicha industria, la educación que recibieron fue un fracaso rotundo.

—De todas maneras me parece exagerado —dijo Júlia, mirando la mousse que dejaba el camarero delante de ella.

—¿Exagerado? ¿A qué te refieres?

—A la crisis del textil. Tengo entendido que no fue por culpa de los fabricantes.

Tío Maurici era un historiador romántico. Además, había cosas que no podía saber. Es cierto que hice el bachillerato en los jesuitas; allí conocí a Bolós, a Rovira y a otros compañeros, como Masferrer y Coll. Crecí en sabiduría hasta el día en que entré en la universidad y las cosas salieron como salieron. Pero Puig, Ramió, Ferrer, Ayats, Ballester, Carreras, los gemelos Codina, Colomer el pequeño y Reguant lo tuvieron un poco peor, porque, aunque mi tío presume de estar bien informado, todos esos que dice él eran más jóvenes que Miquel y siguieron una vida un poco diferente: es cierto que se les caía el dinero de los bolsillos; es cierto que no tenían que dar un palo al agua y, por tanto, no necesitaban terminar una carrera que todos habían empezado por imposición paterna. Es cierto que la mayoría se dedicó a vegetar. Y, menos los que se fueron a la guerra, como yo, y los que decidieron emprender viajes iniciáticos con los riñones bien cubiertos, los demás sin excepción se hundieron en el complejo de no haber vivido ninguna épica que los salvara del anonimato y se

dedicaron al whisky o la ginebra, a fingir, con pericia y dedicación, que escribían poemas o que entendían de decoración de interiores, y a invitar a las amistades a fumar un porrito. Y sus hermanos menores lo tuvieron peor, porque llegaron a tiempo de probar el caballo y de picarse con recetas de ilusión eterna; los que no han muerto son puro despojo. Los más inteligentes entre los de mi edad se dedicaron a la épica del deporte. Éstos viven hoy una vida saludable, rodeada de vitrinas con copas y recuerdos. Miquel Gensana II el Lector de las Memorias de su Tío es de los que se han quedado más o menos medio alcoholizados, con recuerdos que se han convertido en secretos, con partes de mi vida, aunque sólo sean diez minutos, que quisiera borrar, y con un mandado para ir tirando, que consiste en aceptar que vivir es aprender a cargar con este fragmento de vida no deseada y sus consecuencias hasta la muerte.

—¿Y Josep Maria?

—¿Qué Josep Maria?

—Bolós.

—No lo situaría en este caso. Bolós era de Barcelona.

—Y qué. En todas partes sería...

—Pues Bolós es de los que ha querido salvarse por medio de la política.

—No seas estúpido. —¿Lo dijo con rencor?—. Bolós no se ha salvado. Ha muerto.

—Déjame probar la mousse, Júlia.

Todo mi anhelo reside en cazar. Yo concentraba todo mi anhelo únicamente en acosarla, en seguirla, en saber cómo era su vida, en entender cómo era su arte, en maravillarme, admirar tanta belleza y considerar que el resto de las cosas (*Revista* y el mundo que daba vueltas) era totalmente secundario para mí. Por fortuna para mi riesgo de infarto, quedé con Teresa para darle dos ejemplares de la revista con su entrevista.

—Nunca salgo favorecida en las fotos.

—¿Que no? —Miquel, escandalizado.

—Mira, qué vergüenza.

—Pero si estás preciosa.

Le salió del corazón y ella se dio cuenta. Se quedó callada un rato y pidió otro café. Después encendió el primer cigarrillo y yo quise ser otra vez el filtro que le rozaba los labios. Repasó la entrevista en silencio y Miquel esperaba, temeroso e impaciente, a que ella emitiera su veredicto. Pero cuando terminó de leer en diagonal se limitó a cerrar la revista y a sonreír.

—¿Quién será el siguiente?

—Lluís Claret, casi seguro. Y si no, George Steiner. ¿Qué te ha parecido?

—¿Quién es Steiner?

—Un crítico literario. Ha escrito novelas. Y si no, Magris. ¿Te ha parecido bien?

—La leeré en casa, con calma.

El paso siguiente era pagar los cafés, sonreír, un apretón de manos, darle una tarjeta que no tenía y que algún día tendría que hacer, decir hasta la vista e irse sin volver la cabeza. Pero, en vez de seguir la voz de la Razón, Miquel también pidió otro café y se atrevió a formular un deseo imposible en el momento en que cogía el enésimo cigarrillo:

—Me encantaría verte trabajar en casa.

—No tiene ningún interés. Lo que importa es el recital, el concierto.

—Sé lo que digo. Para conocer mejor otras dimensiones de la artista.

—¿Otras dimensiones? Me gustan los bombones de licor. —Sonrió, y yo no sabía qué estaba pensando con esa sonrisa—. ¡Pero la entrevista ya está hecha!

No contesté porque enseñaría demasiadas cartas. Al cabo de un rato fue ella quien dijo que le había gustado que no le hubiera exigido hacer la entrevista en su estudio, entre sus cosas, como hace todo el mundo.

—No quieres que vaya a tu casa. —Lo acepté con deportividad. Era el final de la etapa y ya está. Buenas noches, Miquel Gensana; vete por otro camino. Au revoir,

mon espoir.

—Vamos. Está aquí cerca.

Se levantó y mi corazón fue detrás, sin pensar en quién pagaba los cafés, con los ojos desorbitados, fingiendo que todo era lo más normal del mundo, y no reaccionó hasta que la vio dejar unas monedas en la mesa.

—Déjalo, pago yo.

—Otro día —dijo ella.

A veces, en la vida de las personas surgen oasis de felicidad pura, estancados, débiles, imprevisibles..., pero que, en los pocos segundos que duran, justifican toda la existencia del individuo. Así de hiperbólicamente feliz estaba Miquel cuando, a medio paso por detrás de ella, la acompañaba a su piso, en el que estaría esperándola en zapatillas el individuo del estúpido bigote y, al verme llegar con ella, pondría cara de decir quién es este mierda de moscón que te ronda.

La casa de Teresa era un piso amplio del Ensanche, de luz tamizada y techos altos, decorado con gracia, con una sala de música completamente insonorizada, presidida por un piano de media cola, un armario lleno de violines, un aparato de alta fidelidad, un escritorio grande lleno de partituras anotadas y una librería en la que, al primer vistazo, se distinguía mucha poesía. Y ningún rastro de ningún individuo con bigote estúpido que preguntara con la mirada quién es este mierda de moscón que te ronda. Miquel II Gensana, Transeúnte de Templos, respiró hondo, con respeto.

—¿Qué? —lo dijo al darse cuenta de lo callado que estaba.

—Muy bonito. Me hace mucha ilusión verlo, ahora que te conozco un poco.

—No me conoces nada.

Abrió los brazos abarcando toda la habitación.

—Cuando no estoy de viaje, me paso la vida aquí.

Miquel se acercó a la mesa y echó una ojeada discreta a las partituras esparcidas por allí. Le preguntó con la mirada. Ella, insegura:

—El concierto de Berg. Lo estoy leyendo. Me gustaría algún día...

—¿Y qué...?

—Es difícilísimo.

Me vio revolver entre las hojas de una partitura muy voluminosa, ahora con perplejidad.

—No: eso es la orquesta. La partícula del violín es ésta.

Precisamente estaba abierta por el tercer movimiento. En un principio de página decía Allegro () = 69, ma sempre rubato, frei wie eine Kadenz.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Tonterías. Es que... Bueno, pensaba..., bueno, como si creyera que estos conciertos sólo existen en disco.

—¿A qué te refieres?

—Que ver la partitura es como contemplar un cuadro original. —Miquel, un poco avergonzado, miró a un lado y a otro como si le faltara algo—. ¿Y tu compañero?

—Tengo sed.

—¿Quieres tomar algo? ¿Cerveza? ¿Agua?

—Cerveza, por favor. ¿También tocas el piano?

Pero Teresa no me oyó porque ya había salido de la habitación, que estaba insonorizada a conciencia. En ese momento, Miquel se lo tomó como una respuesta educada a una pregunta inadecuada. Cogió la partitura del violín del concierto de Alan Berg. Cuando volvió con los dos vasos, aprovechó que yo estaba mirando el concierto para contarme que Alan Berg lo había terminado cuatro meses antes de morir y que, a pesar de que ya estaba enfermo, seguramente no tenía conciencia ni certeza de la muerte, pero, a pesar de todo, había quien lo consideraba su propio réquiem, aunque él creyera que componía otro, el de Manon Gropius. Y aquí incluyó do, re sostenido, fa, ¿lo ves?, pues esta inclusión del tema de Bach también es una referencia a la muerte. Cogió un violín del armario y tocó el tema del coral de Bach, con los ojos cerrados, como si ante la música tuviera que prescindir de mí, pero al cabo de un ratito Miquel Gensana entendió que, por primera vez en su vida, Teresa Planella había tocado exclusivamente para él, como muchas mujeres hacen el amor con los ojos cerrados. Y mientras sonaba el tema de Bach, yo oía, como de fondo, los fagots y los oboes que lo acompañaban. Entonces Teresa detuvo el arco y abrió los ojos con una chispa de esperanza:

—¿Sabes tocar el piano?

—Dios mío...

—¿Eso es que sí o que no?

—Si supiera tocar el piano sería un hombre feliz.

—Me parece que mezclas las cosas.

—¡Vamos, anda! Con tu violín y tu música, es imposible que estés triste.

Por unos momentos, Teresa no supo si Miquel hablaba en serio o no. Se quedó con la boca abierta, intentando descifrar el tono de broma en la afirmación de ese hombre de ojos tristes. Pero no lo encontró. Guardó el violín en el armario y bebió un trago del zumo de naranja que se había servido. Señaló la partitura:

—Se estrenó en Barcelona en 1936; Berg ya había muerto.

—Qué... —No sabía qué decir—: Justo a tiempo, ¿eh?

—Tenía que estrenarlo Anton Webern, pero todavía estaba muy afectado por la muerte de su amigo y... ¿Te aburro con todo esto?

—¡Teresa, por el amor de Dios!... Habla...

Se levantó para quitarse un poco de incomodidad de encima. Seguramente se daba cuenta de que ese hombre abría los ojos demasiado cuando estaba con ella, y eso la inquietaba.

—¿Cuándo terminarás de estudiarlo?

—Huy..., a finales de invierno. Es que tengo otras cosas que... ¿Quieres ir este sábado a un recital del trío?

Miquel Gensana se quedó con la boca abierta. Era imposible, pero esa mujer, siendo una diosa, no lo rechazaba ni le consideraba una hormiga. Abrió la boca para decir que sí, sí, lugar y hora, estaré en primera fila, adorándoos. Pero tragó saliva y volvió a cerrar la boca. Y a abrirla para soltar:

—El hombre ese ¿no vive aquí?

—¿Qué hombre?

—El del bigote.

—Ah, Armand... —soltó una risita que podía significar mil cosas—. Sólo es mi representante. —Lo miró a los ojos—: El *Opus 100* de Schubert. ¿Irás al recital?

Te fuiste de mí, Miquel, porque los jóvenes no valoráis a vuestros padres. Ni a vuestros padres espirituales. Hasta que mueren. Pero a ti no te pasará eso, porque seguramente renegarás de mí en cuanto te cuente lo que quiero contarte. Sientas lo que sientas por mí o contra mí, no quemes jamás este cuaderno: es el único vínculo que tengo con el recuerdo. Ahora tengo que contarte lo que pasó el día de la Sexta y Última Gran Sinfonía de mi catálogo. O, más precisamente, la noche. Era muy fría, helada. Volvía yo del estreno de una obra de Bartra con el espíritu elevado y, como era bastante tarde, entré en casa furtivamente. A tuestas encontré el pomo del pasamanos y empecé a subir la escalera de memoria, con la calma que exigía mi edad. Unos peldaños más allá, vi de reojo una chispa de luz. Venía de la biblioteca. Volví atrás. Sí: una línea fina de luz por debajo de la puerta. ¿A esas horas? ¿Acaso Miquel volvía a leer y ya no pensaba en Gemma? Lo que no me habría imaginado nunca era ver a mi primo, tu padre, deshecho encima de la mesa de mi escritorio, llorando con un hipo silencioso. Dudé unos segundos si sería mejor cerrar sigilosamente y escrutarle la mirada al día siguiente, o ir directo al grano y decirle oye, Pere, coño, ¿qué te pasa? Hacía muchos años que nos habíamos distanciado bastante. Sobre todo desde la Cuarta Gran Sinfonía. No sabía qué hacer y dejé actuar al instinto:

—Oye, Pere, coño, ¿qué te pasa?

Por lo visto no me oyó, porque siguió llorando con la cabeza encima de la mesa. La verdad es que me impresiona ver llorar a los hombres, y aquellas lágrimas me hicieron olvidar momentáneamente las diferencias que había entre nosotros. Opté por tocarle suavemente el hombro, oye, chico, ¿qué te pasa?

Don Pere Gensana el Fugitivo levantó la cabeza, asustado. Contuvo como pudo el último hipido y buscó un pañuelo. La interrupción lo había asustado, e incluso molestado, tal vez.

—Nada.

—Y una mierda nada. —Me senté en el sillón, frente al escritorio, mi sillón de leer. Por hacer algo, me puse a cargar una de las pipas que tenía en la mesa—. Si no quieres contarme nada, no me lo cuentes, pero si puedo ayudarte en algo...

—No me puedes ayudar.

—¿Cómo se llama ella?

—Ojalá fuera cosa del corazón.

—Vaya... Es decir, que es algo serio.

—Estoy arruinado. Ni puedo renovar la maquinaria ni puedo competir con

Lozano.

—Hace tiempo que lo dices.

—Pero he llegado al límite.

—¿Qué vas a hacer?

—Huir.

—Eres un hijo de puta.

—Sí, y tú me ayudarás a escaparme de todo.

—Que te lo has creído.

—Sí, me ayudarás. En nombre de nuestra antigua amistad.

—¡Qué huevos, Pere! ¿Qué significa huir?

—Huir.

—¿Solo?

—Es la única posibilidad que tengo de salvarme. Tengo unos ahorrillos y...

—¿Solo?

—Sí. No.

—¿Con quién?

—Con Marionna.

—¿La rubita de ventas?

—Sí.

—¿Y Maria?

—Lo siento mucho, pero...

—Y tu hijo...

—Que le den. Ya es mayor y nunca ha querido ayudarme.

No me odies, Miquel, pero eso fue lo que dijo tu padre.

—Mira, Pere, yo tampoco voy a ayudarte ahora.

—Ya lo creo.

—Ni lo sueñes, Pere.

Y entonces llegó la Sexta Gran Decepción. Pere levantó la cabeza, los ojos secos, se puso las gafas y me miró con una mirada fría, dura, de diamante sin pulir, y me parecieron los ojos de su padre, de mi maldito padre adoptivo. Me acordé de muchas cosas. Dieron las dos de la madrugada en el Espíritu Santo, y si alguien se hubiera dedicado a pasear por el jardín de *can* Gensana, envuelto en el frío de una madrugada que todavía no alboreaba, habría visto las rendijas de luz que salían de la ventana de la biblioteca desde la que Antoni III Gensana el Bastardo había dirigido la fábrica, o en la que Maur II Gensana el Cornudo había escrito sus peores sonetos, o en la que Antoni II Gensana Crisóstomo había redactado sus más enardecidos e inútiles discursos para hacer bostezar a los diputados de las Cortes. Lo que nunca se habría imaginado este hipotético visitante nocturno del jardín de *can* Gensana es que en esos momentos Pere I estaba bordándose el sobrenombre de el Fugitivo (para algunos historiadores, también el de el Traidor); él, el heredero espurio pero oficial de la rama familiar, pedía ayuda al único elemento de la familia, Maurici Sin Tierra, que llevaba

los verdaderos genes Gensana, pues era hijo de Carlota la Bien Amada. La mirada: la mirada dura y fría de Pere:

—He dicho que me vas a ayudar.

—¿Vas a hacerme chantaje, como tu padre?

No lo confirmó. Sólo me miró y sus ojos me dijeron no lo dudes, soy capaz, de perdidos al río, de amenazarte con divulgar que el presidente vitalicio del Círculo es un maricón vergonzante y etcétera. Y, como adiviné lo que decía con la mirada, cometí la debilidad de adelantarme para evitar que tu padre cayera tan bajo. A esas horas de la noche, con voz ronca, le dije te ayudaré, Pere. En nombre de nuestra antigua amistad. Y así, tu padre no me hizo chantaje: me lo hice yo solo.

—Gracias, Maurici.

—Con una condición.

—¿Sí?

—Que seas fiel al Gran Juramento.

Tuve que recordarle que hacía años me había jurado solemnemente que, pasara lo que pasase, dejaría la casa a tu nombre para que nunca se perdiera. No supe entender la vacilación de medio segundo antes de responder. Pocos días después me enteré de que, cuando pronunciaba la renovación del Gran Juramento, hacía tiempo que había empeñado *can* Gensana. Por eso ahora, mientras lo escribo, todavía me resuenan en la cabeza las palabras de Pere I el Perjuro. Dijo lo juro, Maurici, por nuestra antigua amistad. Te lo juro, Miquel, eso fue lo que dijo tu padre.

Y, desde ese momento, tu tío Maurici el Engañado ha hecho cosas muy poco honrosas, Miquel. ¿Verdad que nos hemos preguntado muchas veces con quién hablaba tu padre la tarde en que desapareció? Hablaba conmigo. Os he engañado a todos, y también a la policía. Yo le saqué los billetes con nombres falsos. Lo ayudé a hacer algunas gestiones con documentación falsa y no dije nada, nada, nada, a pesar de la desesperación de tu madre. Y de tu silencio. Supongo que por eso me estalló el cerebro. A veces pienso que siempre he estado loco. A veces no sé si fue eso lo que me enloqueció, o fueron la Sexta Gran Sinfonía y el Perjuro. Si es que estoy loco.

Y todo sucedió como estaba escrito. Después de una semana de preparativos legales y logísticos, hice de chófer silencioso. Una semana de horror, porque sabía que a partir de entonces no podría mirar a Maria a los ojos. En el trayecto al aeropuerto, mientras Pere I el Desvergonzado se quitaba las zapatillas y se ponía los zapatos y el resto de la ropa que tenía preparada, no dejé de insultarlo. Sólo le dije, aunque Mariona estaba presente, en silencio, dile algo a Maria.

—No.

—Escríbele.

—Ya veremos.

¿Cómo que no? Tu padre, casi tan cobarde como yo, Miquel. Y me obligó a jurar que nunca en la vida contaría nada de lo que estoy contando ahora y que, por lo tanto, el sitio al que se iría a vivir sería un misterio para siempre. Y lo juré contra su

Juramento. Hasta que llegamos al aparcamiento del aeropuerto.

—Vamos, ayúdame.

—No. Apañooslas vosotros. No os hago falta para nada.

Pere I Gensana Quetedén me tocó el hombro con afecto. Hacía cien años que no tenía un detalle así conmigo.

—Nunca olvidaré lo que has hecho —me dijo.

—Yo tampoco.

Dos, tres, cuatro segundos de silencio, en los que vi pasar todos los años que hacía que nos conociáramos. Y tuve el horrible pensamiento de que todas las desgracias que caían sobre la familia desde hacía una temporada provenían de los amores clandestinos y apasionados que tu bisabuela Pilar había tenido con Pere Rigau el Indiano. O, más exactamente, de la mala idea de redactar el dichoso diario de pasión. Creo que fue esta idea la que me volvió loco.

—Adiós, y gracias por todo, Maurici. Y perdona la putada. No tenía otro...

—Lárgate.

Pere salió del coche en un instante, sin mirar atrás, como se hacen estas cosas, como el tirón enérgico del sargento Samanta cuando me quita el esparadrapo. No volví la cabeza ni dije nada porque no quería que Mariona me viera llorar. Santarém 1012. São Paulo. BRAZIL.

Hacía unas semanas que Miquel frecuentaba el entorno de Teresa. En el trabajo lo veían un poco más ausente y la propia Júlia, que tenía mucho olfato para estas cosas, insinuó a más de uno que Gensana estaba enamorado. En rigor, no era que estuviese enamorado: estaba perdido, con las manos atadas, a punto de cortarme las venas. Un psiquiatra habría hablado de dependencia excesiva. Yo lo llamaba sencillamente vivir en las nubes. Volví a oír al Trío Rimsky, tuve celos inútilmente de los dos Moliner, me los presentó y después Miquel y Teresa fueron a cenar y ella le contó que el mes siguiente tenía dos conciertos en París y yo le pregunté si podía acompañarla.

—¿Y el trabajo?

—Pero ¿me dejas ir? —Y, como un niño pequeño—: Estaré muy callado.

—Me acompaña Armand. —Sonrió.

—¿Armand? ¿El del bigote?

—El del bigote. —Me sonrió—. ¿Qué te pasa, Miquel?

—Supongo que tengo celos de...

Mal vamos. Para tener celos y encima querer llevar la razón se necesitan unas bases de entendimiento previo que no se daban entre Teresa y yo. Sonreí para demostrar que quería cambiar de conversación.

—¿Celos de qué? —Ahora le interesaba el tema—. ¿Qué te pasa?

—Perdona, no quería decir eso. Tú tienes tu vida.

—Y tú, la tuya.

Gran mentira. En esos momentos Miquel Gensana era un hombre solo que se pasaba el día leyendo, oyendo música, yendo a exposiciones, cada día más sensible a la belleza artística y cada día más vulnerable, y con una madre que se estaba apagando. Y nadie más, salvo que quisiera hacer alguna referencia a su padre. Y, aparte de eso, trabajaba en la revista *Revista* y el trabajo que le habían encomendado era el de poner de relieve la obra artística del prójimo. Y eso me convirtió en el Gran Envidioso.

—Me dijiste que... Bueno, da igual.

—Dime, dime.

—Me dijiste que Armand sólo era tu representante.

Teresa volvió a sonreír. Miquel no le vio la gota de sudor en el labio superior. Sin dejar de sonreír, me miró a los ojos:

—Armand fue mi compañero... Bueno, mucho tiempo.

Coño. ¿Qué te imaginabas, imbécil, amante inútil de mierda, que esta chica conservaría la virginidad para ti? En fin, Gemma, a mí me da igual que hayas estado

con veinte mil tíos, en serio.

—Perdona... No tengo ningún derecho a pedirte explicaciones, Teresa...

—Gracias.

Entonces se sentó alguien a la mesa de al lado y nos asaltó una leve sensación de desamparo. Hicimos como si no nos diéramos cuenta.

—¿Hace mucho que... que rompisteis?

—¿No acabas de decir que no tienes ningún derecho a...?

—Sí, sí. Perdona, Teresa. Es que... Nada, no he dicho nada.

—Cinco meses.

—Ah.

—Sí, hemos terminado. Pero sigue siendo mi representante.

—¿Por qué?

—Porque es muy bueno.

Era un trabajo ímprobo sacar información a esta chica que lo miraba, siempre sonriendo, pero un poco como de lejos. Y opté por contarle mi vida, todo lo que se podía contar. A veces todavía me parece que hablar de uno mismo es hacerse una limpieza interior. El problema es cuando hay muchos Toros que te obligan a omitir algunas escenas.

—Conmigo no las has omitido. —Júlia llamó al camarero y después sonrió—. ¿Verdad?

—A lo mejor es porque te quiero.

—O porque estás desesperado.

¡Hay que ver cómo las gasta Júlia!

Pedimos café y Miquel sostuvo una provechosísima discusión sobre el armañac y el coñac con un maître indignado por la santa ignorancia del monsieur de la dix-huit. Al final le sirvieron un Torres cinco. Y Miquel habló con Teresa de Gemma, del trabajo, de la vida. Y ella escuchaba con mucho interés. Y después la acompañó a casa, soñó con ella, volvieron a verse y cuatro o cinco días después, en silencio, en medio de la plaza de Cataluña, se dieron cuenta de que salían. Y él le pidió permiso para ir a verla trabajar, pero ella no cedió ni un centímetro. Aunque le preguntó que si quería ir a París.

—¿Y Armand?

—Pero ¿qué te pasa con Armand?

Es que él era muy viejo para entender esas cosas. Ella era joven, se había educado de otra manera, seguramente con más experiencia en las relaciones y con un currículum lleno de pequeños fracasos que le habían endurecido la piel y que la habían ayudado a ejercitar el método del compartimiento estanco, y cuando decía Armand fue mi compañero pero ahora sólo es mi representante, lejos de mentir, probablemente el contacto profesional con Armand no le provocaba ningún trastorno sentimental. Todo lo contrario de lo que le sucedía a Miquel. Y Miquel fue a París con Teresa y Armand, después de montarse una coartada de filigrana ante Duran: en París

entrevistaría a Lluís Claret, los gastos de viaje, a medias entre *Revista* y él; pero eso significaba una semana sin aparecer por la redacción.

—Tiene narices, irse a París a hablar con Claret.

—Es que nunca está en casa.

—De acuerdo, Gensana... —Cara de estreñimiento—. ¿Y las fotos?

—Las hago yo mismo.

—Y una mierda. No tienes mi puta idea.

Era el final del trato y había que improvisar: París bien valía una foto.

—No, no: quiero decir que tengo fotógrafo a mano.

—¿Quién?

—Un tal Armand, muy bueno.

—Armand ¿qué más?

—Armand Armand. ¿No lo conoces?

—No.

—Es bueno, no te preocupes.

—Contigo siempre estoy preocupado, Gensana.

Y yo; conmigo, siempre estaré preocupado, pero me aguanto. No se lo dije a Duran porque en ese momento me dio el visto bueno con un movimiento de mano displicente y fingió que se concentraba en su trabajo y daba la entrevista por concluida. Duran siempre finge que le cuesta un riñón cuando le pides cualquier cosa, pero al final acepta porque, después de dos años de ver trabajar a Miquel Gensana, había llegado a la conclusión de que era el mejor. El mejor para dejarse admirar por la obra del prójimo. Por lo tanto, fui a París acompañado del excelente fotógrafo Armand, ex amante de mi querida Teresa (aunque todavía no le había dicho que la quería).

Claret estuvo muy amable; yo, bastante impreciso; no le hice una entrevista memorable. Pero aprendí mucha música en las tres horas que estuvimos juntos. Y después le quedaron ganas para oír a Planella en vivo, porque, al parecer, no la había visto desde que llevaba trenzas.

Teresa tocó el concierto número tres de Saint-Saëns. En París. Podía tocar Arenski o Chaikovski en San Petersburgo y pasar por rusa. Saint-Saëns en París, sí. Y tocó deliciosamente bien. Hasta al mismísimo Barenboim se le puso la cara dulce mirándola, con la batuta inmóvil, los ojos brillantes, y yo sentía los celos más grandes del mundo, sin remedio, porque todo el mundo admira a esta mujer, todo el mundo la desea y yo no soy más que un trapo o, como mucho, una cortina de su habitación. Claret, aunque lo disimulaba, la miraba de la misma forma.

—¿La conoces personalmente? —me preguntó, cuando dije que fuéramos a saludarla al final.

Soy su amor ideal, pero ella no lo sabe todavía.

—Hombre... La entrevisté y...

—¡Ah, sí! Es verdad, claro... —Señaló la puerta del camerino al que casi habíamos llegado—. Es muy buena, y todavía puede mejorar.

Teresa se quedó de piedra al ver que Claret se dignaba... Me miró, agradecida, y a mí me quedó claro que París bien vale un Claret, si Teresa te corresponde con tanta gentileza. Era feliz. Sólo me faltaba un poco de valor para decirle Teresa, amor mío, te quiero con locura, eres la luz de mi vida, eres el camino, la verdad y la vida, no te vayas, no rompas conmigo, que todavía no hemos empezado a vivir tú y yo. Pero es imposible que me quieras. Y mientras Armand Armand incordiaba con alusiones a la agenda de Teresa y a los próximos compromisos, y Claret, Teresa, Barenboim y una jovencita de muy buen ver intentaban hablar de música, se me ocurrió un pensamiento horrible:

—¡Las fotos!

Me miraron y me puse colorado como un tomate.

—Es que tengo que hacer unas fotos...

Barenboim me señaló con un faria, o algo así, que no había dejado de masticar hasta ese momento.

—No quiero fotos.

Miquel lo miró y miró a Claret, desconcertado:

—Para acompañar la entrevista de... —Y lo señaló tímidamente.

La negociación con Armand Armand, photographe de la Grande Écurie du Roi, fue habilísima: le recordó la belleza de unas que había hecho para un book de Planella y, con una sonrisa, le puso una cámara en las manos. Sólo cuatro o cinco fotos con el violoncelo, hombre.

—No lo he traído.

—Pues mirando por la ventana, pensativo.

—¿Alguien tiene bombones de licor?

Con el corazón dividido entre el deber de volver a Barcelona con unas fotos buenas de Claret y la obligación de bajar a toda pastilla a la confitería más próxima, a Miquel se le reprodujo la taquicardia de los tiempos de la guerra.

Una hora después, con el Moët todavía fresco, los deliciosos labios de Teresa moviéndose y envolviendo el cuarto o quinto bombón, ella, Barenboim y Claret se adentraron con una facilidad insultante en el concierto de Alban Berg, que los dos primeros tenían que ejecutar a finales de ese verano, y Miquel se enteró de que dicho concierto no era sólo el propio réquiem de Berg ni era sólo la descripción del sufrimiento, la muerte y la transfiguración de Manon Gropius, sino que era un auténtico Libro de las mujeres.

—¡Qué rico! Es de coñac, ¿no? —dijo Teresa.

—De armañac —precisó alguien, como si conociera el futuro.

Y Miquel no sabía que la canción de Carintia se refiere a Mizzi, un primer amor, y a la hija de ambos. Y que la presencia numerológica de Hannah se centraba en el número diez y que, además, Berg estaba casado y tenía mujer, y pensé qué libro de

las mujeres tan grandioso ha escrito Berg, con su mujer, su hija lejana, Mizzi, Hannah, Manon, Berta, Gemma y Teresa, y por qué el concierto sólo está dedicado a la memoria de eines Engels, y no de todos los ángeles de su vida. Pero me solidaricé mucho con Alan I Berg el Divino, y me indigné mucho porque, mientras que yo me daba de narices contra el muro de la esterilidad, él había encontrado el camino para transformar el sufrimiento en arte.

—Es una idea semejante a la de *Muerte y transfiguración* de Strauss.

No sé quién lo dijo. Quizá yo. Barenboim, después de consultar con una mirada rápida a la chica guapísima y silenciosa que languidecía a su lado, nos prometió una cena en el Procope alguno de los seis días de estreno del concierto de Berg. Y, como sería en septiembre, ostras.

—¡Me encantan las ostras! —dijo Planella. Y quise ser una perla.

Lo que Miquel recordaba muy bien era que, cuando entraban en el hotel, pensaba si fuera posible, Teresa, esta noche, y Armand Armand se puso delante y le devolvió la cámara.

—Supongo que te las revelarás tú.

—Sí, claro. Gracias. —Miquel señaló la cámara—. Oye, ¿cómo te apellidas?

—Poch —contestó Armand Armand.

—Ah.

—¿Y qué más? —Júlia jugaba con la taza de café.

—¿De qué?

—De Teresa y tú.

Quería saber si habíamos hecho el amor. Júlia quería saber si en París y toda la pesca. Miquel se quedó en blanco un momento, bebió un trago de armañac Torres cinco y pensó en Teresa, cuando le dijo que si quería ir a verla a su habitación media hora más tarde, y él, trastornado, porque parecía imposible que pudiera pasarle algo así en la vida, dijo sí, claro, Teresa, y media hora más tarde en punto estaba ante ella e hicieron el amor, sí, mucho, y él estaba tan compenetrado con esa mujer tan extraordinaria que se le olvidó decirle que la quería, aunque nunca he querido a nadie tan intensamente como a Teresa.

—Pues, ya ves... Teresa y yo... Lo normal.

Cuesta decirlo, querido Miquel, pero es difícil juzgar los actos de los demás. Porque siempre tendemos a barrer para casa. Tu madre ha sido ejemplar en eso, porque nunca la he oído criticar a tu padre por la huida. Le dolió, la humilló, pero jamás lo ha criticado, que yo sepa, ni delante de ti. Pero yo no puedo imitar un ejemplo tan extraordinario porque, a pesar de lo amigos que fuimos Pere y yo en una época, él es el protagonista de las Seis Grandes Decepciones. Gracias a mi locura, he conseguido guardar un silencio que podría denotar una actitud moral noble. Pero no ha sido así: a tu padre le debo seis y por eso te cuento ahora unas cosas que no quiero que caigan en el olvido absoluto. Sé que Pere y tú nunca tuvisteis una relación fantástica, que nunca entendió que tú también huyeras sin ninguna explicación. ¡Familia de fugitivos! Y nunca pudo asimilar que no te pusieras a su lado en la fábrica, y tuviera que confiar en tu primo Ramon. Esas cosas, si te parece, son la razón de la distancia que se creó entre vosotros.

Verás: hacía mucho tiempo que tus padres vivían en silencio, casi sin comunicarse entre ellos. Tu madre sospechaba los motivos, pero no se atrevía a reaccionar y todavía no sé por qué, porque era una mujer valiente. El caso es que hacía tiempo que tu padre se entendía con Mariona, y antes con otras dos. Cuando huyeron, ella estaba embarazada. Tienes un hermano en Brasil, Miquel.

Y un día, cuando Miquel releía estas líneas de su tío, murió su madre. Sola, en el piso de Feixes. Sin sus Miqueles. Ella, igual que mi tío, también tenía sus propios Miqueles, el original y la copia, el esbozo y el definitivo. Murió sin sus Miqueles, sin el que había sido su marido, sin la casa y sin mi tío, al que le gustaba hablar de los muertos.

Y Miquel sintió amargura porque estaba convencido de que nunca había dado una alegría a su madre, en toda la vida; y ella no se había quejado, porque tenía la fortaleza de las mujeres. Y no pudo perdonarse que muriera sola, únicamente con el recuerdo de lo que había perdido. Y en el inevitable recorrido por el cementerio, Miquel pensó yo también he empezado a contar a mis muertos, tío, y llego a la conclusión de que no entiendo por qué hay vida si se va a perder todo con la muerte, y me pareció que yo era como las chicas de la redacción, que hacían esfuerzos titánicos por no enamorarse, para evitar el batacazo del desengaño. Tal vez fue entonces cuando se le ocurrió que la única manera de aceptar el tipo de vida que le había tocado en suerte era manteniendo la serenidad ante la evidencia espeluznante de la muerte. Bien. Y además, estaba enamorado. Pobre madre mía, no ha llegado a saber que me he enamorado.

—Estoy esperando desde hace dos horas.

—Por mí, como si te pudres.

—¡Que tengo que irme, Júlia, hostia, ya te lo he dicho! —El vasito de plástico con restos de café salió proyectado hacia la papelera.

—Si no contestan, no puedo inventarme la llamada.

—Tenías que haber dicho que los llamabas tú.

—He hecho lo que he podido.

—No, señora. —Irritado, Miquel dio unos golpecitos en la mesa—. No se puede dejar la iniciativa al cliente, nunca.

—Oye, guapo.

—No, no se puede. Es elemental. Si no lo ve claro, se le olvida. —Se tocó la frente con la punta de dos dedos—. ¿No lo entiendes?

Júlia cogió los papeles que siempre llevaba en la mano cuando paseaba de mesa en mesa y, rodeada de timbres de teléfono, volvió a su rincón visiblemente enfadada. Ofendida. Y ahora ¿qué tenía que hacer Miquel? ¿Presentarle excusas? ¿Mandarla a tomar por el saco? Echó un vistazo en busca del tabaco, cogió el teléfono y marcó comunicación interior: el doce.

—Diga.

—Oye, no te pongas así, anda.

—¡Que te folle un pez!

Y colgó. Miquel suspiró. ¿Y ahora qué? ¿Olvidarlo? ¿Pensar en Teresa? ¿Pensar en el artículo de crítica musical que tenía que hacer antes de las diez de la mañana del día siguiente? ¿En el triste hecho de que había llegado tarde al concierto cuya crítica tenía que escribir antes de las diez de la mañana del día siguiente? ¿O sería mejor ir a la mesa de Júlia y soltarle un cachete por impertinente? Se conformó con abrir un cajón y buscar el tabaco. Como compartía mesa con Lali, nunca sabía dónde tenía las cosas. No encontró el tabaco y pensó que pues mejor, oye, todo eso que me ahorro. Pero, entretanto, el enlace que los acercaría a Lawrence Durrell dependía de una llamada que, por lo visto, no le harían nunca. Y entonces sonó el teléfono.

—Para ti, Miquel.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho.

—Te he dicho mil veces que...

—Ya lo sé, pero no me ha dado tiempo a... —Silencio. En la redacción, todo el mundo tenía muy claro que hoy Miquel Gensana, estrella del periodismo cultural,

estaba de muy mal humor. Y la voz de Laia, de mala leche—: ¿Te lo paso o no?

—Sí, claro... Diga.

—Hola, chaval. Bolós.

—Hola, qué tal. —No supo poner entusiasmo—. Qué tal la política. —Ni siquiera puso tono de interrogación.

—Bien, no nos podemos quejar. Pensando en las generales.

—Siempre estáis pensando en las elecciones.

—No te burles, pureta. ¿Comemos juntos?

En Ca l'Agut, y pagaba el flamante diputado; el trato estaba bien. Miquel dejó de pensar en Durrell un rato. Pero la conversación derivaba, sin rumbo, así que Miquel no sabía qué era lo que quería Bolós, porque seguro que quería algo concreto. Pero, hasta el café, no hizo más que alabar el prestigio y la solidez de los trabajos de su amigo. Estoy tan orgulloso como tú, Miquel.

—Bueno, yo no estoy orgulloso.

—¿Por qué?

—Uf. Es difícil de... —Lo miró a la cara—: ¿Sabes una cosa? Quisiera ser el poeta al que entrevisto, el novelista al que reseño, el músico al que critico. Y me he condenado a verlo todo desde fuera.

—Tú haces el trabajo intelectual de profundidad —le recalcó, señalándolo—: El artista sólo expresa sentimientos.

¿Qué iba a decirle, si su querido Franklin era un zoquete en cuestiones de arte?

—No es eso exactamente, Bolós. El crítico puede ser un erudito, un sabio incluso. —Lo miró con desesperación—. Pero no es un creador.

—¡Cuánta comedura de coco! Tú también haces arte.

—Yo no, Bolós.

—Escribes muy bien y nos acercas el arte a los mortales.

Hacía un mes que Bolós no bebía vino, para bajar la tripa, pero hizo un movimiento de brindar con el vaso lleno de agua. Miquel respondió con una sonrisa y levantó el vaso de vino:

—El crítico, cuando mira atrás, ve la sombra de un eunuco.

—¿Qué?

—¿Quién sería crítico si pudiera ser escritor?

—Hombre...

—Lo dijo Steiner.

—¿Quién es Steiner?

—Un crítico. Un gran crítico. Me gustaría hacerle una entrevista algún día.

—Hombre, pues... Yo no entiendo, pero... —Se bebió toda el agua de un trago.

—¿Por qué me has invitado?

—Me preocupa Rovira.

Es decir que, en cierto modo, los tres amigos volvían a estar juntos. Y volverían a encontrarse al cabo de diez años, en el cementerio, Júlia. Bolós me contó que Rovira

estaba cada día más lejos de todo, empeñado en la búsqueda de su Montserrat ideal, y que había pillado unas purgaciones de caballo, pero no quería quedarse en el paro sexual. Y si sigue así, pillaré el sida.

—¡Vamos, anda, que ya es mayorcito! —Vació la copa—. ¿Cuándo has hablado con él?

—Anoche. Me tuvo hasta la madrugada, y sólo habla de follar.

—Y el trabajo, ¿qué tal?

—Bien, pero me parece que no le interesa para nada: no tiene vagina.

—¿Te parece que esa Montserrat...? —Miquel sacudió la cabeza para quitarse de encima un pensamiento absurdo—. Nada, nada...

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, nada.

—Sí, hombre, me interesa. Rovira es amigo mío y está hecho un desastre...

—Pues, pensaba que si... —Levantó la cabeza—: También es amigo mío.

—Ya lo sé. —Chasqueó los dedos para animarme a seguir, y surgió un camarero de detrás de una columna—. ¿Qué decías?

—¿Qué desean los señores?

—No, gracias. Es que...

—¿Un poquito más de vino?

—No, no, de verdad... Nada más.

El camarero fue a esconderse otra vez con aire de fracaso. Bolós repitió el gesto para oír la respuesta. El camarero asomó de nuevo por detrás de la columna, pero reprimió el impulso.

—Pues hace algún tiempo que pienso que esa famosa Montserrat no ha existido nunca.

—¡Arrea! ¿Crees que Rovira está chalado?

—No sé.

—¿Quién es ésa?

Me volví. Júlia venía hacia mí directamente, con un papel en la mano. Estaba seria y no me miraba a los ojos.

—Hola. Han llamado los de Marsella. Durrell quiere hablar contigo. —Con esas palabras quería decir so plasta, si me encargo de algo lo hago bien.

—Bolós, un amigo. Júlia, compañera de trabajo.

—Encantado.

Antes de que Miquel pudiera preguntarle cómo sabía que estaba allí, Júlia desapareció con un paso un tanto estirado, para demostrar que seguía enfadada.

—Es guapa, ¿verdad?

—Oye, Bolós, tengo que irme. —Movié en el aire el papel que le había dejado Júlia, como excusa para su prisa repentina—. Estoy intentando... —bajó la voz para no romper el secreto y para dar más importancia a la noticia— cazar a Lawrence Durrell.

—Caramba. —Sorprendido, con admiración.

—Deséame suerte.

Bolós no se movió. Parecía más bien irritado por terminar la comida con tanta precipitación. Hizo un gesto hacia Miquel con la taza de café en la mano. Y, mientras se limpiaba los labios con la servilleta:

—¿Cómo se llama la chica que ha venido?

—Júlia.

—Es guapísima, Miquel. ¿De dónde la has sacado?

El contacto era bueno, muy bueno. En cinco minutos quedaron concertados el viaje y la entrevista.

—¿Lo ves? —Júlia en la redacción, sin el disfraz del enfado.

Me gustó constatar que se tomaba mis proyectos con interés. Le guiñé un ojo y me fui a mi mesa, que ya estaba ocupada por Lali: por lo visto, me esperaba una llamada muy urgente.

—Perdona, Lali. Ya tendría que haber salido. —Y al auricular—: Diga.

—Miquel, ¿eres tú?

—Teresa. —Bajé el tono de voz. La prisa, los nervios, todo desapareció. Teresa. Júlia me miró desde su sitio con un poco de desprecio, me pareció, porque parecía que tenía poder para captarlo todo con los ojos—. ¿Qué pasa?

Era la primera vez que Teresa le llamaba a la redacción. A la redacción o a cualquier sitio: era la primera vez que Teresa le llamaba en la vida. Como si ya contara con él para todo. Como si por haberla seguido a tres o cuatro recitales, haberla acompañado a París, haberla oído interpretar a Saint-Saëns con una sonrisa de complacencia en los labios, como si por haber contribuido a que Barenboim y Claret se quedaran encantados, como si por la noche de hotel: era como si por todas esas cosas empezara a cuajar lo que para mí era inevitable.

—¿Qué tienes que hacer hoy?

Un montón de trabajo: terminar de leer *El quinteto de Aviñón*, revisar los apuntes que tenía del *Cuarteto* y completarlos, rehacer el esquema de la entrevista a Durrell, empezar a ponerme en contacto con Magris, leer el libro que tenía encima de la mesa y empezar a pensar en los ejes fundamentales de su entrevista, que seguramente sería compleja. Es que le había prometido a Duran que aprovecharía el viaje para entrevistarlos a los dos. Una locura.

—Absolutamente nada. Estoy libre. ¿Por qué?

—Me gustaría verte.

Y a mí me gustaría vivirte, Teresa, querida. Era científicamente comprobable, con datos en la mano, que en esos momentos Miquel Gensana era el hombre más feliz del mundo. De pie, delante de su mesa, ocupada por Lali, de espaldas a Júlia, que estaría horadándole el colodrillo fingiendo mucho interés en las ilustraciones de la tercera página.

—Cuando quieras.

- ¿Voy a buscarte?
—¿Sabes dónde estamos?
—Sí.
—Si quieres...
—Voy a buscarte.

Colgó. Me quedé unos minutos como una estatua, con el teléfono en la mano, hasta que Lali, sin decir nada, me lo cogió para llamar ella. Di media vuelta. La mejor prueba de que Júlia estaba pendiente de mí era que, en el instante en que me volví, estaba enfrascadísima en su trabajo. Miquel recogió sus papeles, las fotocopias sobre Durrell y Magris, dijo *au revoir*, *je m'en vais à la gloire*, le dio una vuelta a la bufanda alrededor del cuello y salió al recibidor a esperar a su amor. En ese momento entró Duran, empujando el mundo con su impulso.

- Pero ¿no dijiste que el fotógrafo se llamaba Armand Armand?

Querida Teresa, me gustaría besar tu sombra, estar siempre a tu lado, no tener que oír nunca las *Novelletten* de mi destino, verte desnuda, abrazarte, sentir que me quieres, hacerte el amor eternamente y oír tu voz o la de tu violín. Y eso es la felicidad.

De momento, Miquel no tenía fuerzas para decir a Teresa estas cosas tan obvias. Hablaron de los proyectos de ella; incluso le pidió opinión sobre si debía incluir unos bises concretos en Valencia (y le dijo que sí) y le rogó que la acompañara a casa, que quería que oyese cuánto había progresado con el concierto de Alban Berg. Es que Teresa se encontraba sola; a pesar de la música, se encontraba sola. Tomaron limonada, él oyó cuánto había progresado y le pasaba las hojas, aunque ella casi se sabía de memoria el primer movimiento. Y a él le parecía que lo que oía era Heifetz, Dios mío, cómo es posible que una mujer de veintinosecuantos años tenga tanta intuición musical.

- ¿Cuántos años tienes, Teresa?
—Treinta y dos.
—Yo treinta y siete.
—Lo sabía.
—No te lo había dicho nunca.
—¿Qué te ha parecido?
—Te veo muy segura. Lo interiorizas mucho.
—Cuando lo toco, me lo tomo como un réquiem.

Cuando la toco, noto que la vida me llega a las venas. Pero sólo lo hago ligeramente, con la puntita de los dedos, con respeto, rozando una mano con otra, contacto vacilante con una mejilla... y, si tengo un poco de valor, ahora mismo le digo que la quiero. Y lo más inverosímil para mí era que ya habíamos pasado una noche en París. Como si fuéramos vírgenes los dos, el uno del otro. Seguramente era porque, con Teresa, yo siempre empezaba de nuevo.

- Tengo que decirte una cosa, Teresa.

Teresa guardó el violín en el armario y dio media vuelta. Llevaba un interrogante en los ojos y Miquel empezó a navegar:

—Que...

A ver: él gozaba de cierto prestigio en su actividad profesional. Tenía una edad que no podía considerarse provectora. Vestía correctamente. Se comportaba con educación y cortesía. Entonces, ¿por qué, Miquel el Mudo, eres incapaz de decirle una cosa tan sencilla? Porque Miquel tenía una acusada inclinación a conceder a las personas créditos de admiración hasta extremos insospechados, y así, podían llegar a deslumbrarlo hasta el límite. Y tanta admiración lo empequeñecía. Al menos es una de las teorías que tengo sobre mi capacidad innata de parálisis ante unos ojos bonitos.

—Que... me alegro mucho de ser amigo tuyo.

Teresa se acercó. Le había gustado lo que le había dicho. Me puso las manos por detrás de la cabeza, me atrajo poco a poco y me dio un beso que hoy, dioses, todavía no he olvidado, Júlia.

Júlia tomó el último sorbo de café y, por el movimiento de los labios, supe que quería más. Chasqueé los dedos llamando al maître, pero apareció un camarero y, por señas, le pedí dos cafés más.

—No, yo no, bueno...

—No tenemos prisa, mujer. —Le dije al camarero que sí, dos, y vi que Júlia no estaba pendiente del café, sino de lo que contaba Miquel.

—Sigue. Cuéntame más cosas. Cuéntamelo todo.

—No sé nada más de Bolós. Ya te he dicho que era mi amigo del alma, pero tenía muchos rincones que no eran míos.

—Los de las mujeres.

—Y los de la política, porque, según él, yo era un pureta.

—O un escapista.

—Gracias, Júlia. Para insultarme, me basto solo.

Se rio, incómoda. Y yo también. Aunque su cara me recordaba mucho al trabajo, nos reímos, y pensé que era una mujer muy bonita, inteligente, más bien enfadadiza, y yo me consideraba un poco propietario de ella desde hacía muchos años, aunque de una forma difusa e irracional; quizá porque, desde que llegó a la redacción, la pusieron cerca de mis actividades y la había guiado un poco. Por eso Miquel optó por un tono entre simpático y paternal:

—No sé qué más decir de Bolós.

—Es suficiente.

—No te he dicho casi nada. He hablado de mí.

—Te digo que es suficiente. —Suspiró, un poco cansada—: De sobra, para el artículo.

—Me parece que no podrás poner todo lo que te he contado.

—Da igual. También me interesaba conocerlo un poco mejor.

—¿Le echas de menos?

—Éramos amigos, ya te lo he dicho.

—¿Amigos? No sabía que os vierais...

—Pues sí, ya ves...

Miquel vaciló un momento, no sabía si podía decirlo o no. Juguetó un poco con el platillo de la taza, rascándolo con la uña, como si quisiera disimular una pequeña desportilladura. No sabía si sería prudente decirle verás, Júlia: lo que pasa es que no murió. Lo mataron.

Iba a decírselo, pero se contuvo a tiempo. Todo el miedo que se le había metido en el cuerpo desde hacía cinco días se le presentó en una sola bocanada. Había recibido la primera llamada hacía cinco días. Quedó grabada en el contestador automático. La voz de Bolós, un poco trastornada, no sabía por qué, le recitó un mensaje en voz baja, como si tuviera mucho interés en que no lo oyera nadie: «Soy Franklin. Ten cuidado, Simón, alguien nos persigue. A ti y a mí. Va en serio. Contéstame, ¿vale?, contéstame. Si me estás oyendo, coge el teléfono, Simón». Pero Simón no podía coger el teléfono porque en ese momento estaba en *Revista* hablando por teléfono con el signore Bassani, que le decía que había recibido el ejemplar de la revista *Revista* en el que publicaban su conversación y que le había complacido mucho porque el entrevistador demostraba un profundo conocimiento de su obra, y Miquel pensaba, ojalá lo oyera Duran, y Bassani le pidió dos o tres ejemplares más, y el original en francés del texto de la entrevista y la madre que lo parió, signore Bassani, con el trabajo que tengo ahora para que me coincidan las fechas de la entrevista que le voy a hacer a Andrés Schiff, pero como los músicos viajan más que las golondrinas no hay manera de encontrar un día libre, y estamos a punto de dejarlo por imposible o de programar la entrevista en Berlín, donde tiene dos días de asueto. Y cuando se lo proponga a Duran dirá pero ¿en qué estás pensando, Gensana, estás sonado o qué?, ¿te crees que me chupo el dedo? Búscate a otro, que el mundo está lleno de músicos. Haz la entrevista a Serrat, no te jode. O a Carreras, ¿me oyes? Seguro que le diría algo así. Sí, signore Bassani, el texto en francés, ça y est! Por lo tanto, es imposible que Miquel pudiera oír el grito de miedo de Franklin Bolós Amigo del Alma. Después de una tarde durísima conseguí que Duran, desconfiadísimo, se aviniera a mandarme a Berlín a hablar con Schiff, pero, como de costumbre, el fotógrafo me lo buscaría yo, y quería una foto de los dos en la puerta de Brandenburgo desde Unter den Linden, o en el Tiergarten, como prefieras. Y es una pena que hayan quitado el Muro. En el edificio de la Filarmónica no, que aquí no lo conoce nadie. Que hasta los lectores más distraídos vieran cómo las gastaba la revista. Sí, señor Duran. La puerta de Brandenburgo. Y cuando volvió a casa, después de una meada larga se sentó a tomar una cerveza fresca con Couperin de fondo y el insistente rostro de Teresa con su media sonrisa; Teresa tal como volví a verla en Londres, la que más me dolía, Dios mío. Y entonces se fijó en la lucecita encendida del contestador, una llamada, y lo puso en marcha y oí soy Franklin. Ten cuidado, Simón, alguien nos persigue. A ti y a mí. Va en serio. Contéstame ¿vale?, contéstame.

Si me estás oyendo, coge el teléfono, Simón. Y después, silencio, un suspiro, el ruido de colgar el aparato. Y era la voz de Bolós, sin ninguna duda. Hacía dos horas que me había llamado.

—¡Bolós!

—Sí.

—Soy Gensana.

—Ostras, Gensana, coño. —Sensación de lejanía al otro lado de la comunicación —. Ten cuidado, ¿me oyes?

—Pero ¿qué pasa?

Unos segundos de vacilación. Me imaginé que Bolós estaba comprobando si alguien de la casa podía oírle. Prosiguió en voz más baja.

—Quedemos ahora.

Qué pereza, a medio botellín. Y todo por la manía persecutoria de Franklin.

—¿Crees que...?

—Simón, te lo juro, no es broma. En la atalaya dentro de una hora.

Y colgó. ¡Colgó! ¡Bolós haciendo de novelista! ¡Bolós queriendo imitar a Orson Welles! ¡Una entrevista en la atalaya del Tibidabo, como si fuera el Prater de Viena! ¡Como en los viejos tiempos! Me eché a reír. Pero, en vez de irme a la ducha, me calcé, resignado, terminé la cerveza y volví a meterme en el incómodo tráfico de las ocho de la noche.

Miquel llegó puntualmente, una hora exacta después, al pie de la atalaya. El encargado no era pelirrojo ni mascaba chicle. Era una chica morena y poco habladora, y no había una cola exagerada para ir a marearse en la cesta colgante. Miquel creyó que no le costaría mucho convencer a Bolós de que para hablar confidencialmente no hacía falta provocarle el vómito, y que podían hacerlo sentados en una silla metálica del mirador, con un helado de chocolate en la mano. Media hora después empezó a maldecir los huesos del puñetero Bolós de los huevos y su falta de puntualidad. Cuando hacía una hora que lo esperaba se le ocurrieron pensamientos raros, pero indefinidos. Y a las diez de la noche, con el cielo prácticamente negro, decidió llamarlo, a ver qué puñeta estaba haciendo. E inesperadamente, por precaución, dijo hola, Maria, soy Gensana.

—Sí. ¿Quieres hablar con Josep Maria?

—Sí. ¿Qué tal estáis?

—Bien. Oye, es que no está. ¿Y tú qué tal?

—Bien, vamos tirando. ¿Cuándo vuelve?

—No sé. Ha dicho que salía un momento, pero todavía no ha vuelto.

—¿Sabes adónde iba?

—No. —Sensación de alerta—. ¿Por qué?

—Nada... Para hacerme una idea de... de... Bueno, da igual. Lo llamo mañana.

—Como quieras.

—La verdad es que no tengo ninguna prisa. Bueno, besos.

—Adiós, Miquel.

Al cerrar las atracciones, cuando la chica morena cogió un bolso y se reunió con unos compañeros, Miquel empezó a notar un gran vacío de hambre en el estómago, ni rastro de Bolós y su miedo. Dudó entre terminar de maldecir al imbécil de su examigo o ir a la sesión nocturna del Casablanca. Pero volvió a casa, pensando que tenía que empezar ya con el esquema de la entrevista a Schiff y dar un repaso a su discografía. Cuando llegó, las dos o tres ideas que tenía sobre Schiff se esfumaron porque le esperaba el segundo mensaje.

«Camarada Simón. Ahora te toca a ti». En el segundo mensaje, sólo eso. Y la voz ronca era absolutamente desconocida. ¿Qué quería decir «ahora»? Encendió un cigarrillo y se acercó al balcón. «Ahora». Quería decir que Bolós ya... Miró la hora: era imposible llamar a Maria y decirle oye, chata, ¿ha vuelto Josep Maria? ¿Entero? ¿Contento? Ah, ¿no ha vuelto? Pues oye, alguien se lo habrá cargado, no te preocupes, son cosas de la guerra. Miquel entró en la sala. Se le acababa de ocurrir que plantado así, en el balcón, daba muchas facilidades a quien quisiera... No: era imposible que a mediados de mil novecientos noventa y cinco alguien se dedicara a... Lo que no podía hacer era ir a la policía, tanto si se trataba de una broma, como si iba en serio. Si iba en serio, el asesino loco declararía que lo único que quería era vengar la muerte de su hermano, primo, sobrino, padre, abuelo, víctima de una crítica implacable en la nuca. Y el comisario Molina se volvería hacia mí y me diría señor Gensana, ¿es usted un asesino?, y yo tendría que decir técnicamente no, pero... ahora que lo dice, nunca pensé que pudiéramos estar hablando de asesinato; siempre lo había considerado la muerte de un traidor. Y nunca me han abandonado los remordimientos, y por eso, hoy, yo soy yo más el arrepentimiento por una muerte necesaria. No apreté el gatillo, comisario, pero enjuagué la sangre que corría por el suelo con una toalla y, por si le interesa, comisario, no tuve conciencia de pecado en aquel momento. Ahora, en cambio, es otra cosa: ahora no me deja vivir; no me canso de repetir que mis actos me acompañarán toda la vida. Mis actos y mis omisiones. Y si no estás dispuesto a vivir en la inconsciencia, tienes que saber aceptar el peso del pasado. Y el comisario Molina, perplejo, se retorcería el bigote, y, para disimular su perplejidad, adoptaría una actitud de sociólogo e historiador psicoanalista, me señalaría con el dedo, sonreiría como en los telefilms americanos y me diría permítame un comentario, Mike: usted, que ha recibido una esmerada educación cristiana, profunda e intelectualmente adecuada, ¿me dice que ha sido capaz de matar? Usted, una persona sensible al mundo de la creación artística, ¿me dice que cogió una pistola y pum? Y yo diría no, comisario Moulaina, no es eso. Y él contestaría: ah, entonces ¿qué es? Y yo, con lo débil que soy, diría la gran mentira llorando y gritando: ¡Bolós! ¡Fue Franklin quien disparó, porque los hijoputas de Chato y Cunillera dejaron el trabajo a medias, los muy cabrones! Y yo, sólo por este acceso de miedo, habría denunciado a tres compañeros y me habría convertido en un traidor más, apto para recibir una crítica en la nuca. O en el corazón: la mía, en el

corazón, camaradas. Apuntad bien al corazón: nunca me ha funcionado y se me dispara y se me desboca demasiado, camaradas.

Es decir, que no podía ir a decírselo a la policía. Ni llamar a Bolós a la una de la madrugada. Sin saber muy bien lo que hacía, echó un vistazo a la guía de teléfonos, al apartado de servicios de socorro de los hospitales, pero no se atrevió... ¿Y si...?

Si el asesino existía, no le costaría ningún trabajo, porque decidí no esconderme cuando salí a la calle a las tres y media de la madrugada. ¿El taxista mal afeitado? ¿El del Dos Caballos de museo que descargaba pescado en la tienda de Engràcia? Pensé, si tienes que disparar, dispara. Y me metí en el coche. Cuando le di a la llave de contacto apreté los dientes. La explosión lo destrozaría todo y yo, como Carrero Blanco, volvería al balcón de casa, pero en pedacitos. Sin embargo, el coche se puso en marcha con su runrún tranquilísimo y pensé qué barbaridad, estar a la espera de que alguien..., y me concentré en el pobre Bolós. Fui a su casa. No podía entrar en el aparcamiento a ver si estaba allí su coche. Me limité a recorrer el trayecto desde la Font d'en Fargues, su casa, hasta el pie de la atalaya del Tibidabo, por donde me parecía que habría ido, poco a poco, esperando ver en cada esquina una cinta roja y blanca de control policial y el coche de Bolós hecho un gruyer. Demasiadas películas. Cuando cogió la carretera de la Arrabassada iba pensando que a lo mejor era todo una broma patética de Chato o de Cunillera y, para celebrarlo, encendió un cigarrillo. Entonces, al salir de una curva, vio las luces azules. Un coche, dos, un policía que no dejaba parar a los pocos que circulaban por la Arrabassada. Tal vez el comisario Moulaina dando órdenes. Y, por lo que pude ver de refilón, algo que se había despeñado por el barranco, y pensé el asesino hijo de puta, el asesino hijo de puta, y me temblaban tanto las manos en el volante que tuve que detenerme en el arcén, en plena curva de la Paella, con el corazón taquicárdico, como en los viejos tiempos. Y después de velar un cuarto de hora, Miquel volvió a casa con la incertidumbre en el corazón, esperando a ver si algún periódico imposible daba la noticia en tan pocas horas, o si le llamaba algún amigo y le decía ¿sabes lo que le ha pasado a Bolós? Pues resulta que.

No durmió. No se atrevió a llamar a Maria. Y a las nueve de la mañana, cuando teóricamente tenía que empezar a gestar la entrevista con Andrés Schiff, llamó Pep Comas, de *Revista*, y dijo oye, Gensana, ¿te acuerdas de Bolós? Pues resulta que.

Con el té del desayuno, después de una noche horrible, las noticias de la radio en el programa de Bassas confirmaron que el diputado del Parlament de Cataluña Josep M. Bolós había muerto, víctima de un trágico e inesperado accidente de circulación sucedido de madrugada en la carretera de la Arrabassada. Y las lágrimas de Miquel se mezclaron con el té, porque ahora lloraba por Bolós, por el amigo que lo había acompañado mil años, de lejos o de cerca, pero que nunca había dejado de ser su amigo, y si no, ¿por qué estas lágrimas tapaban otras emociones muy fuertes, por ejemplo, saber que ahora podía pasarme a mí, si la voz del segundo mensaje era real,

y no soñada? Lo han matado, y no puedo ir a decírselo a la policía. Bolós, amigo mío.

En el cementerio me escondí tras unas gafas oscuras, y, aunque oficialmente era el amigo del alma de Bolós, cedí el sitio a los amigos más recientes, a los compañeros recientes de partido reciente, a las autoridades que querían rendir homenaje a un político con tanto futuro por delante. Y muy lejos, Maria, callada, que no pedía explicaciones de por qué había llamado yo en el momento en que Bolós estaría muriéndose. ¿Y si el accidente hubiera sido un accidente de verdad? No pude quitarme las gafas porque estaba seguro de que no, no había sido un accidente, cosa que probablemente sólo sabíamos el pobre Franklin y yo. Y el asesino, por descontado. Y, curiosamente, no sentí miedo de ninguna clase, a pesar de la voz ronca que decía camarada Simón, ahora te toca a ti. Y el aire que venía del mar era caliente. Desde el sitio en que Miquel seguía la ceremonia apenas se oían los parlamentos de los amigos oficiales del diputado, y el mío sólo decía Bolós por qué te has muerto, Franklin, si todavía no era tu hora. Y entonces noté una presencia en el cogote y me volví. No me fijé en la inmensa extensión de mar que llegaba a los pies de la montaña de Montjuïc, sino en la barba anacrónica que miraba hacia delante con ojos llorosos. En ese momento me molestó la presencia de Rovira y me limité a hacer una mueca que quería decir hola, no me hables, vete a paseo, ya nos veremos.

—De acuerdo —dijo Rovira.

Y me agarró del brazo y me llevó por la calle en cuesta, flanqueada por nichos a la derecha y el mar inmenso a la izquierda, y se puso a hablar del sino y del azar y de los accidentes de circulación y del sentido de la amistad.

—Quiero estar solo, Rovira.

—El pobre Bolós está solo. Como una piedra, solo.

Me miró de soslayo, por ver si la cita me decía algo. Rovira, siempre veinticinco años atrasado. Y sentí cierta ternura por ese hombre barbudo con trenka de pana y solo, como una piedra, solo. Y decidí no confiarle el secreto de la muerte de nuestro amigo; el secreto que yo sabía desde la madrugada de ese mismo día, porque la voz ronca, que empezaba a sonarme, volvió a ponerse en contacto conmigo en el contestador, a las cinco y media, y me desperté y, medio dormido, le corté el monólogo. A la voz ronca no le importó charlar conmigo un rato, aunque yo estuviera medio dormido.

—¿Sabes lo que he hecho, señor Simón Gensana?

—No, ¿qué?

—He liquidado a uno a la carta más alta. Tú sacaste el ocho de oros y Franklin Bolós la sota de bastos.

Por primera vez en mi vida cogí un cigarrillo a una hora tan temprana de la madrugada y me lo fumé en silencio mientras la voz respetaba mi aturdimiento.

—¿Ya te has despertado más?

—¿Quién eres?

La voz ronca siguió hablando como si no hubiera habido un silencio larguísimo entre los dos:

—Y la cosa es que, antes, iba a mandarte a ti primero al otro barrio.

Ahora sí que tenía miedo.

—¿Me oyes?

—...

—...

—S... sí. ¿Quién eres? ¿Por qué lo haces?...

—¿Sabes por qué no te he liquidado a ti?

—...

—Porque no estabas donde tenías que estar. Y entonces se me ocurrió lo de las cartas.

—Voy a ir a la policía.

—Adelante, hombre.

—No me das miedo.

—Oye, Simón: no estoy paranoico. Me he vengado y punto. Tú sabes que la muerte de tu amigo no ha sido un accidente, por eso te lo cuento. No creas que me apetece hablar contigo.

—Pero... Bolós... Franklin... —Miquel echó un vistazo alrededor, pero ninguno de los libros de la pared acudió en su ayuda—. Él no... ¡no mató a nadie!

—Ah, no...

—Sí. Fui yo el que...

La voz ronca se echó a reír y, en plena carcajada, en seco, de repente, cortó la comunicación. Miquel no volvió a la cama. Estuvo dos horas mirando a la pared y llorando por su Franklin Bolós, al que enterrarían en Montjuïc al cabo de dos horas.

Cuando llegué a casa y por fin pude quitarme las gafas de sol, encontré la tercera llamada en el contestador: «Miquel, es importantísimo que nos veamos. Invítame a cenar mañana sin falta. Tenemos que hablar de Josep Maria Bolós. Voy a buscarte a las ocho. Si no puedes... Podrás, ¿verdad?»: Y Miquel pensó que podría, sí, que no tenía ningún compromiso, nunca tenía compromisos. En todo caso, solamente no podría si coincidiera que alguien lo matara antes de las ocho de la tarde del viernes. Júlia: ¿qué querría decirme de Bolós? ¿Qué sabría ella?

Miquel sonrió mirando a Júlia. Seguía jugueteando, rascando el platillo de la taza con la uña. Hay cosas que a las mujeres no se les pueden decir. Como tampoco se les puede decir que estáis cenando en un restaurante que era tu casa. Por eso Miquel repitió el comentario:

—No sabía que Bolós y tú os vierais.

Júlia me miró desde lo hondo de su vida y entonces Saulo volvió a caerse del caballo por el mismo lado, pero ahora grotescamente, dándose de morros contra el asfalto del camino de Damasco, y dijo ¡no!, desconcertado.

—Pues sí —me contradijo—. Tu Bolós y yo éramos amantes.

Miquel, como Tomás, con la boca abierta, incrédulo, con ganas de poner el dedo, la mano hasta el codo en la llaga.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día en que nos presentaste. —¿Júlia sonrió?—. Hace diez años.

Bolós, un amigo. Júlia, compañera de trabajo. Es guapísima, Miquel. ¿De dónde la has sacado?

Bolós, hijo de puta, que me contabas todos tus sueños y un día dejaste de hacerlo porque yo arrugaba la nariz cuando hablabas del Partido Socialista, porque yo todavía tenía la resaca de la guerra y del reguero de sangre y la toalla, y la política me parecía un estercolero podrido. Hijo de la putísima, Bolós, con lo que nos queríamos, pero nunca llegamos a decirnos lo que nos pasaba en el corazón, porque los hombres, menos Rovira, siempre son extrañamente pudorosos con los conflictos sentimentales y hacen como si la vida se viviera sin corazón y se suben a las nubes buscando teorías que los libren de contar que hace unos días que conozco a una chica..., me tiemblan las piernas cuando la veo y no sé qué hacer porque quiero a Maria. ¿Te lo imaginas, Bolós? Yo te presenté a esa chica virgen y frágil, de veinte años, que era mía ocho horas al día y a la que no me atrevía a tocar. Ostras, Franklin, me has traicionado, te has tirado a mi colaboradora diez años seguidos y ninguno de los dos me ha dicho nada; me lo habéis ocultado. Y Miquel sintió que había hecho el ridículo y que era un cornudo, como don Maur II Gensana el Coronado por la Fantasía de Tío Maurici, porque tenía un impreciso derecho de pernada moral sobre Júlia. ¿Y Maria, Bolós? ¿Has sido infiel a Maria? Mucho rollo con la ética socialista, pero a la hora del ñaca, ñaca... Perdona, Franklin, me estoy pasando. Pero es que me das envidia, porque tengo que confesar que he deseado llevarme a Júlia a la cama más de una vez y más de dos. Y te has muerto engañando a Maria y engañando a tu amigo. Y ahora tu amante y yo estamos preparando una necrológica falsa en la que no saldrá ninguno de los secretos que más te importaban en la vida, ni la razón por la que has muerto, ni el miedo de tus últimas horas, cuando me citaste en la atalaya y no te presentaste.

—Ya lo sabía. —Y sonreí—: Me lo había dicho él.

Entonces me di cuenta de que Júlia estaba llorando en silencio y quise romper el dolor, escondido hasta ese momento, con una sonrisa inútil. Tuvieron que dejar pasar unos segundos, muchos, millares de segundos, hasta que el dolor de Júlia empezó a depositarse; y a Miquel le dio vergüenza comprender que sólo había pensado en sí mismo cuando Júlia dijo tu Bolós y yo éramos amantes, y ni por un instante se le ocurrió pensar en Júlia, en su capacidad de amar, en su vida privada, que, por lo visto, no era tan dispersa como creía yo, ni en su derecho a sentir infelicidad. Y me dije que era ridículo seguir zurciendo mi lamentación ante una mujer fuerte que, a pesar de ser mucho más joven, tenía una herida abierta en el alma y me estaba dando una gran lección al no hacer un drama de su tragedia. Entonces insinué que a lo mejor era hora de irse.

—¿No te parece, Júlia? —Le toqué la mano con afecto, por primera vez.

—No. —Con firmeza, como mi abuela Amèlia—: Hemos venido a hablar de Josep Maria y hablaremos de Josep Maria.

—¿Por qué no le has dicho a Duran que escriba el artículo él?

—Quiero escribirlo yo. Es como un homenaje.

—Me parece que sabes más cosas de Bolós que yo. —Miquel lo dijo con desconcierto, abatido.

—Sabes que no sé nada. Era muy reservado. —Se quitó con furia una lágrima rebelde—. Habla, cuéntame, Miquel. Es igual, habla de ti. —Y, tras un silencio—: Por favor...

—De acuerdo. Pero es que llegó un momento en mi vida en que todo era Teresa.

—Pues háblame de Teresa. —Se limpiaba el rímel con el pañuelo y sonreía falsamente—: Cuéntame lo que sea. Por favor, Miquel, no te calles ahora.

—Hola, padre.

—¿Sí?

—Soy Miquel.

—¿Miquel?

Silencio muy lejano y una respiración cortada. ¿Por qué desapareciste así, por qué no dijiste nada a mi madre, por qué no nos has dado nunca ninguna explicación, por qué dejamos de existir para ti? ¿Por qué otra familia?

—¿Padre?

—Sí, ¿qué quieres?

—¿Tengo un hermano?

—¿Por qué llamas? —Cambio de inflexión en la voz—: ¿Quién te ha dado este número?

—Tío Maurici murió hace... Cuando tú... Murió el mismo año en que te fuiste.

Otro silencio, un silencio de millas y millas de mar entre mi padre y yo. Seguramente, entre mi padre y un pasado que para él ya no existía. Una voz casi ronca le llegó desde la otra punta del mundo:

—Ya lo sabía. Me afectó mucho.

—¿Por qué no has dejado ningún rastro, padre?

—¿Esto es un examen de conciencia?

—Mamá murió el jueves.

Ahora sí que el silencio era puntiagudo. Me pareció que mi padre intentaba dominar el aliento para ocultar sus emociones, como siempre.

—Pobrecita —dijo, con la voz más ronca.

Hijo de puta: pobrecita. Me dio una rabia inmensa:

—Tienes un nieto. Se llama Maurici y se parece a ti.

Y Miquel II Gensana, el Inventor de realidades, colgó sin decir a su padre que tío Maurici le había escrito una carta larguísima en un cuaderno de pastas negras; sin decirle que había salido adelante, a pesar de que él los había dejado con una mano delante y otra detrás; sin decirle que su madre había muerto sola, solitaria y triste, sin sus Miqueles, preguntándose todavía por qué me ha hecho esto Pere.

Todavía con el teléfono en la mano, se le echaron encima, como un trago, las diversas muertes que había vivido en la familia, que le habían dejado un sabor amargo, más amargo que lo inexplicable de la propia muerte. Es cierto que era muy pequeño cuando murió su abuelo Ton, para acordarse. Pero la muerte de los seres queridos lo había pillado siempre a contrapelo, lejos, metido en otras cosas, y le había

amargado la conciencia. Cuando todavía no le habían dicho nada del proyecto Equus, y Simón, el Apóstol de los Gentiles, era un estandarte de la vanguardia revolucionaria, la familia no pudo avisarle de la muerte de su abuela Amèlia. Y él no se enteró hasta dos días después, cuando leyó una esquela en la que se le citaba como afligido nieto y al mismo tiempo se avisaba de que no se aceptaban coronas ni se mandarían invitaciones particulares. La familia no pudo avisarle porque no tenía forma de ponerse en contacto con él, porque cada quince días se cambiaba de piso, junto con sus libros, su pistola y las tres mudas. Y nadie me avisó, Júlia. Nadie. Por eso me sentó fatal y casi me mareé al leer la esquela en *La Vanguardia* mientras comía un cruasán en un bar que olía a aceite frito. Doña Amèlia Eroles, viuda de Anton Gensana, ha entrado en la Paz del Señor habiendo soportado a un marido antipático y amargado por el exceso de imaginación de un hijo adoptivo con el que se quedaron prácticamente a principios de siglo. Doña Amèlia, mamá Amèlia, abuela Amèlia, la Bien Amada, la de la Dulce Mirada, la que supo resistir la muerte de dos hijas y de su primer nieto sin hundirse, la que murió como una lamparita sin aceite una mañana de noviembre rodeada de su hijo adoptivo, su hijo biológico, su nuera y la ausencia escandalosa de su único nieto, que estaba arreglando el mundo con una pistola en la bolsa de deporte, al que nadie podía mandar un mensaje en clave, Simón, tu abuela ha muerto, ha muerto a la edad de ochenta y cinco años, confortada con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica. Sus amados hijos, Pere el Fugitivo y Maria la Callada; Maurici Sin Tierra; nieto, Simón el Apóstata y toda la familia os rogamos que la recordéis en vuestras oraciones. Y entonces su padre hizo cruz y raya: si no quiere venir al entierro de su abuela, de mi madre, es que no tiene corazón. Y Miquel no fue al entierro. Hizo una visita al cementerio al día siguiente, un miércoles extremadamente neblinoso, con el sabor del cruasán todavía en la boca. Y después de la visita pasó por casa, desafiando todas las normas de seguridad que predicaba entre sus discípulos. Se encontró con una cortina de reproches en la mirada de su tío y de su madre; su padre estaba en la fábrica. Y en el corazón, una herida por su mala conciencia.

Y cuando consiguió restablecer la comunicación con su tío Maurici, el destino, ese hermafrodita caprichoso, lo mandó a hacer una entrevista, cuando en *Revista* no se hacían todavía sistemáticamente, a Martin Amis, porque su tío iba a morir. La muerte de su madre también lo sorprendió lejos del lecho de la agonía, porque su madre estaba débil y, sobre todo, ya no tenía ganas de seguir, y se murió sola, en el piso de Feixes, mientras él perseguía algún sueño en Barcelona. Concretamente, estaba encerrado en casa escribiendo el ensayo sobre Foix. Cuando alguien se muere, nunca estoy donde tengo que estar, Júlia, y eso me hace mucho daño. Y así, cuando colgué el teléfono, antes de soltarlo, deseé a mi padre una gran dosis de remordimientos de conciencia por haberse perdido la muerte de mi madre. Sé que no soy perfecto, Júlia.

Y llego al final de esta obra de tinieblas, querido Miquel. Se me acaban las hojas de este cuaderno de pastas negras y se me acaba la vida. Cuando deje de escribir la parte más negra de esta confesión ya habrá llegado la noche. La pasaré en vela, con la luz apagada para que el sargento no me grite. Y mañana, cuando el sol esté por encima del horizonte, antes de salir de la habitación para ir a tomar el tedioso desayuno de todos los días, haré lo que han hecho siempre todos los hombres de mi familia: me sentaré mirando el paisaje y me moriré de repente.

Tengo que confesarte que soy como serás tú al final: un hombre atemorizado por el miedo al fracaso de una vida sin inflexión. La gente no me ha dejado amar como yo quería; la gente me ha relegado a una función, no sé si decir femenina, de ver las cosas y sufrirlas desde casa. Con mayor profundidad, como las mujeres. Y lo han justificado diciendo que era un manirroto, que se me fundían los duros en las manos por mi adicción a la ruleta y al póquer. Es verdad que he perdido mucho dinero haciéndole cosquillas al azar; es verdad que he sido lo que los médicos llaman un jugador compulsivo. Pero también es verdad que todo el mundo me considera inofensivo porque he sabido refugiarme en los libros y el piano.

Pues ahí se equivocan, Miquel. Porque yo solito, escondido detrás de mis libros y del piano, he hecho más daño que mi odiado padrastró. Las crónicas dicen que me volví loco cuando huyó tu padre. Y así fue. Pero yo ya llevaba la simiente de la locura cuando entendí que jamás podría gozar de una vida normal al lado de mi amor. Y la desesperación me llevó a construir una obra de arte verdadero que me redimiera; he encontrado la antigua fórmula de la alquimia que da sentido al dur d'ésir de durer que tanto ha obsesionado a mi faceta de Fausto. ¿Y sabes cómo lo he conseguido? ¿Sabes a qué obra de arte me refiero? A la hermosa historia de los amores de tu bisabuela Pilar Prim de Gensana, Miquel. No llegué a conocerla lo suficiente para saber de sus intimidades; nunca encontré ningún cuaderno de pastas negras que hubiera escrito ella en sus momentos de desconsuelo. Esta Pilar apasionada y triste es mía, Miquel; es mi gran creación. Yo me inventé sus amores con un industrial soso que formaba parte del círculo de amistades de la familia. Jamás fue infiel a su marido, el insigne poeta Maur II el Divino, falsa e injustamente apodado el Cornudo.

Escribí esa bella historia en dos noches de inspiración y lloré amargamente porque las palabras en el papel no cobraban vida. Pero me consoló la idea de que, así como la obra de arte interviene en la vida desde el primer momento de su existencia, estos papeles han intervenido en la vida de mis personajes, los miembros de mi familia, tú entre ellos, de manera que todos los Gensana son creaciones mías. ¿Un

juego? No sé. En todo caso, un juego terrible, porque desconocía el axioma que dice que el arte es la verdad, y en el arte está la verdad del arte, que muy a menudo es más poderosa que la vida. Por si acaso, escondí el cuaderno inacabado, escrito con caligrafía de mujer y en un inexacto estilo femenino, entre los volúmenes de Derecho Canónico que nadie tocaría, estaba seguro. Pero, lo que son las cosas, un día el poeta los tocó y encontró el cuaderno. ¿Es posible que el hallazgo precipitase la muerte de Maur II el Divino? La cuestión es que, con su reacción verdadera, dio carta de veracidad a la historia falsa. Seguramente era el único que podía hacerlo: era un poeta ducho en vivir en las nubes y le resultó más fácil creer unas mentiras escritas en un papel, pero que constituían una verdad literaria, que la realidad que había vivido tantos años al lado de tu bisabuela. Los artistas son así, Miquel. Su verdad es el mundo que inventan. Por eso es tan difícil vivir con un poeta. Aunque la bella historia no fuera verdad verdadera, la reacción del Divino, sí: creyó lo que decía el cuaderno, lo convirtió en real, y a mí, en eterno. Sus reacciones posteriores (llamar al notario, modificar el testamento, sentarse en la galería de retratos y morir) fueron verdades auténticas. Y muy literarias. Me lo imagino leyendo el cuaderno con horror, sentado a la mesa escritorio de la biblioteca. Y estoy convencido de que lo que más le afectó no fue la infidelidad de su mujer, sino la prueba de que su descendencia (¡Oh, reposada simiente, simiente de jazmín / que creces de tu madre en el vientre atento!) no era suya, sino del miserable Pere Rigau.

Y las reacciones que se derivaron de la reacción verdadera del Poeta, injustamente llamado en mis crónicas anteriores Maur II Astado Gensana, también fueron verdaderas. Sobre todo el odio de tu abuelo Ton, mi padrastro. En aquellos momentos, cuando dejé de ser Maurici Sin Tierra para ser Maurici el Dueño de Todo, por el poder que me confería la Palabra, en ella y con ella, me convertí en el único Gensana auténtico, porque era hijo de la bienamada Carlota. Y todos los demás procedíais del vástago ilegítimo que era el abuelo Ton; me gustó convertirlo, para la Historia, en Anton III Gensana el Bastardo, porque, al conocer el cambio de testamento, reaccionó como un bastardo y fue a buscar lo que más daño podía hacerme para recuperar lo que el Arte le había arrebatado. Y si la verdadera reacción de mi padre adoptivo, Anton III Sobre Cuya Tumba He Escupido, fue la de un bastardo, también lo fue la de tu padre, Pere I el Fugitivo. Y ésta fue la que me dolió, y por eso el Historiador la señala como la causa de las Seis Grandes Sinfonías. Porque Pere heredó el estilo de su padre y me obligó a traicionarnos ayudándolo a huir. Eso es lo que me ha vuelto loco. Y si en unos momentos he sentido orgullo por mi obra literaria, en otros me ha dolido, porque nunca me imaginé, aprendiz de brujo, las terribles consecuencias del poder de la Palabra. ¿No te ha pasado nunca en la vida, Miquel, que tus actos sobrepasen tus intenciones?

(Y Miquel pensó que sí: Toro. Y Júlia escuchaba sin mover ni un músculo de la cara).

Por este motivo he querido hacerte esta confesión de palabra en el sanatorio en el

que estoy, cuando podías venir; y por escrito ahora que no estás y me tengo que morir: para que sepas cómo era yo; para que no creas que el odio que has visto pegado en las paredes de casa y que nunca te han explicado era todo por culpa de los que odiaban, y porque así, espero, viviré en tu recuerdo. ¿Por qué no escribes, Miquel? Así viviría más aún en otras palabras.

Es justo y necesario volver al Árbol Original, el Biológico, tan Verdadero como el Verdaderamente Veraz, nacido de la literatura. Verás, querido, que muchos de nuestros antecesores no caben en esta Crónica mía. La Historia, en cuanto que Arte, selecciona el material. El único resquemor que me queda es que tal vez un Miquel Galceran i Gensana o una Mercè Gensana nos habrían proporcionado una historia más apasionada. Mi limitación humana dejará fuera de la historia, y, por tanto, de la memoria perdurable, posiblemente con injusticia, a estos puteados por la Historia. Como comprobarás, yo ya tengo fecha de caducidad.

Y me he permitido añadir unas pequeñas precisiones en mi casilla, Júlia.

El sol se ha escondido y el cielo empieza a oscurecerse muy deprisa. Me he entretenido unos minutos haciéndote un león abisinio. Qué desperdicio de papel japonés, el que queda sin usar, porque estoy seguro de que el capitán lo utilizará de papel higiénico. Y ahora, en la última página del cuaderno, termino la confesión.

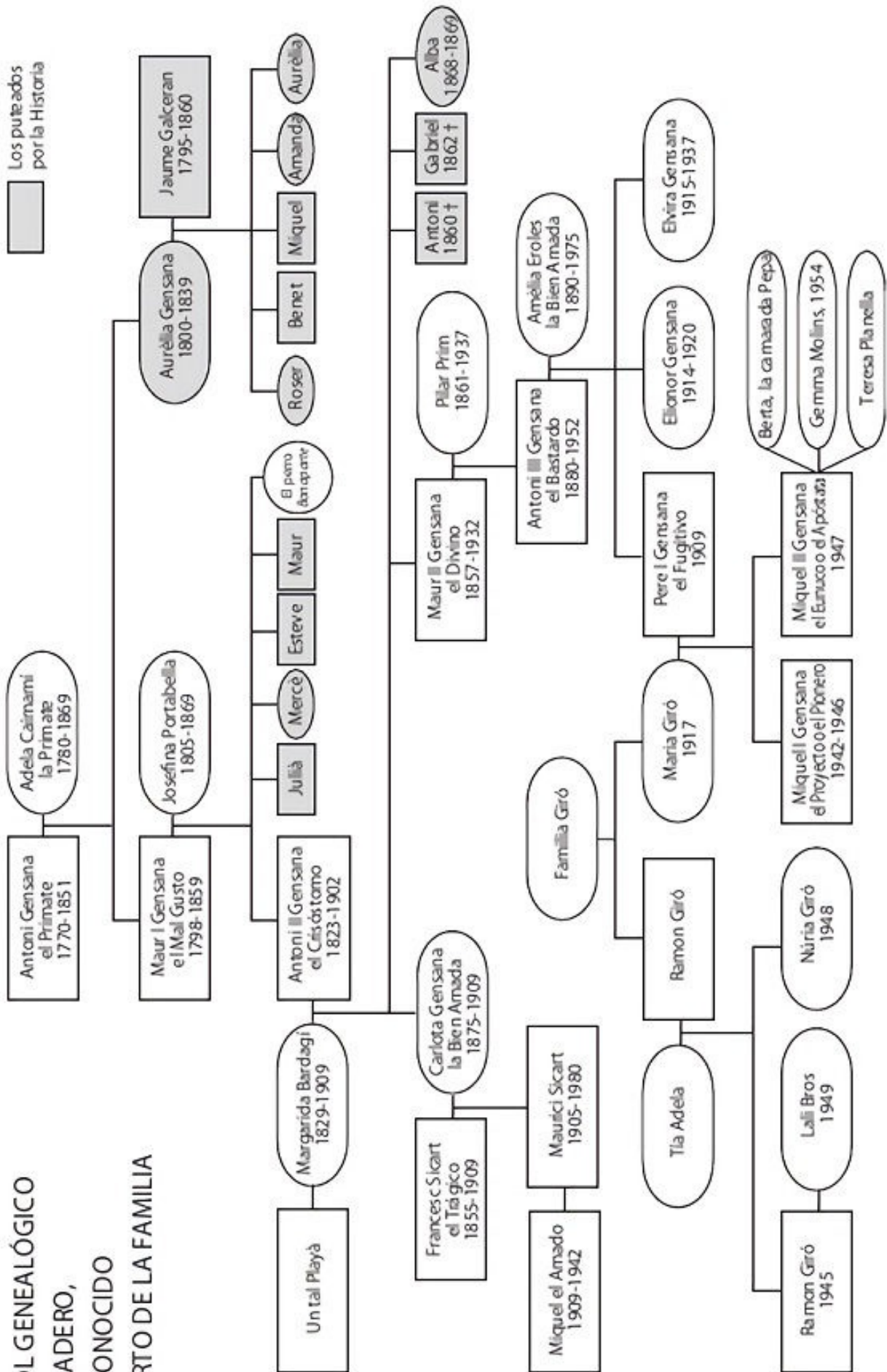
Seguramente te quiero, Miquel II Gensana, mi Heredero Universal, aunque no puedas perdonarme tantas verdades y tantas reacciones verdaderas que posiblemente sean la causa de que te hayas quedado sin padre y sin casa.

Has de saber que me he pasado la vida enterrando gente. Tú también, con mi muerte, empezarás a hacerlo, Miquel: enterrar a los tuyos es señal de que dejas de ser joven; porque la vida se hace a fuerza de muertos en la familia: de tus muertos, que, con cada muerte, van dejándote un poco más a la intemperie. Y cuando llegues a la vejez, también sabrás que en la vida de reflexión de un anciano todo es pasado y, como tal, en el momento en que lo recuerdo, da igual lo que durara en su día. Mi pasado es pura acción, porque se ha convertido en un trago de recuerdo que llega puntual, única y globalmente. Ni dura ni se puede repetir. Mi vida, Miquel, ahora que estoy en la orilla del lago oscuro, es un inmenso aoristo.

«Aquí termina la obra tenebrosa en la que me hallo sepultado desde hace setenta años, cuya espantosa negrura no he conseguido horadar, a pesar de todos mis esfuerzos».

JEAN-JACQUES MAURICE SANS TERRE

ÁRBOL GENEALÓGICO
 VERDADERO,
 DESCONOCIDO
 Y CIERTO DE LA FAMILIA



Cuarto movimiento

Adagio (Choral: es ist genug!)

Yo no estaba, Júlia. El día de la première del concierto para violín y orquesta de Alban Berg, con Teresa Planella al violín y Daniel Barenboim al frente de la Sinfónica de París, yo estaba hablando de Mountolive con Lawrence Durrell. No es que me queje, porque Durrell me impresionó profundamente. Pero me habría gustado estar con Teresa. Después, me dijo que no había podido ir a comer ostras al Procope porque Armand había sacado los billetes para San Sebastián sin pensar que los intérpretes son personas y que a veces es necesario y forzoso comer ostras y quedarse sin hacer nada, con Barenboim y una encantadora chica silenciosa; y Armand, agenda en mano, calculando itinerarios y haciendo cuentas. Todavía hoy no entiendo que Teresa no se rebelara contra la tiranía de su examante. También me perdí el trío de Chaikovski que interpretó el Trío Rimsky en San Sebastián y en Zaragoza. No he podido oírlo nunca con Teresa al violín. Y me habría hecho mucha ilusión, porque, por lo visto, Chaikovski odiaba la formación de trío con piano y sólo consintió en componer uno, que es delicioso, porque su protectora angelical se puso de uñas y le obligó a escribirlo.

Encontrar el equilibrio en la vida es casi imposible. En aquellos momentos, Teresa vivía en la plenitud de sus fuerzas, estaba consolidando un repertorio amplísimo y, con una indiferencia desesperante, ponía su vida, sus movimientos, sus quebraderos de cabeza en manos de Armand, que la trataba fríamente a golpe de agenda, le hacía ganar mucho dinero y no la dejaba respirar. Y Miquel Penélope Gensana esperaba en casa que le llamara y le dijera Miquel, acabo de llegar, estoy en el aeropuerto. Y mientras esperaba, tejía y destejía la bufanda de la fidelidad y trabajaba en el estudio, que seguro que no has leído, sobre la poesía de Joan Vinyoli.

—Sí, sí lo he leído.

—¿Y qué tal?

—Bien.

Bien. Dos meses de trabajo, bien. Y Espriu se nos murió entre las manos un día en que Teresa tocaba en Palma y yo estaba con ella. Entonces lamenté no haber estado presente en el entierro del poeta en su cementerio.

—Tú siempre lamentas todo lo que no haces.

—Sí.

—¿Y por qué no te fijas en lo que haces?

—Teresa también me lo decía. Soy un insatisfecho. Bolós era más listo en este aspecto, porque sabía ocuparse de lo que hacía.

—Josep Maria no era feliz.

—Tonterías. Bolós sabía pasárselo bien y siempre hablaba de lo que estaba haciendo. A tu artículo le convendría ese tono optimista.

—Disimulaba.

—Que lo conozco, nena.

Júlia corrigió su postura en la silla.

—Ya te he dicho que te tenía envidia.

—¿A mí?

Es fabuloso. Bolós envidiaba a Miquel el Descontento; envidiaba a un hombre que empezaba a vivir alrededor de Teresa Planella como un moscón, esperando sus estancias, esperando sus regresos, enamorándose de su música, de su voz, de su paciencia...

—No sé de qué habláis los amigos cuando quedáis.

—De todo.

Anda ya, de todo. Ni siquiera me había contado lo de Júlia, ni los temores y las dudas que podía provocarle la situación, ni las ilusiones que le podía sugerir. Y una mierda, de todo. De nada, los amigos no hablan de nada. Hasta que sucedió el primer encontronazo con Teresa. Yo había citado a Armand en mi casa para decirle que la dejara respirar, que se acordara de vez en cuando de que era una persona. Que si crees que vas a hacerte millonario con ella.

—No seas imbécil, Miquel.

—Búscate otro músico al que exprimir.

Armand dejó la cerveza encima de la mesa y me sonrió:

—¿Es una orden?

—Tómalo como quieras.

—Me lo tomo como si no me hubieras dicho nada. No es asunto tuyo.

—Sí que lo es: tiras demasiado de la cuerda y esta chica reventará algún día.

—No tienes ni idea.

Armand me miró como si dudara entre mandarme a la mierda o compadecerse de mí, ponerme una mano en el hombro y hacerse el pedagogo un poco. Optó por lo segundo:

—¿Sabes cómo es la vida de un intérprete de élite?

Claro que lo sabía: siempre estudiando, siempre viajando, con el arte en la punta de los dedos, con la felicidad casi, conocer mundo, conocer a gente que te enriquece, conocer a Miquel Gensana, que no te sirve de mucho, pero bueno; vivir constantemente la sensación de que tu trabajo despierta admiración, como lo corroboran los aplausos de facto et in situ. ¿Te imaginas, Júlia, que termine de hacer una crítica sobre *La historia del soldado* y, al escribir la última palabra, todos los lectores de *Revista* se pongan a aplaudir? ¡Qué sensación, dioses! Y el horizonte inmenso en el fondo de su noble mirada de intérprete de élite.

Armand me puso una mano en el hombro y, en tono paternalista, que bien podía habérselo guardado, me dijo que no, Gensana, que no es exactamente así.

—Oye, conozco a Teresa y sé cómo vive. —Miquel estaba indignado.

La sonrisa de Armand era un poco burlona, estímulo suficiente para empezar a aborrecerlo. Sin abandonar el tono paternal, me dijo que la vida de un artista de élite como Teresa se basaba en una infancia y una adolescencia diferentes de las del resto de los mortales; mientras las niñas de su edad saltaban a la comba, ella no paraba de hacer kilómetros de arco sobre las cuerdas, ni de gastar kilos y más kilos de resina, desesperada porque no conseguía una afinación perfecta en un cambio de posición, desesperada porque el sonido nunca le salía regular, desesperada porque le dolían las manos, la barbilla, el cuello, la columna y el alma, porque no podía ir a jugar a la comba con Beatriu, Montserrat y Mila. Y después, un poco mayor, tenía que prescindir de esos ratitos tan deliciosos, a la salida del colegio, de paseo calle arriba, calle abajo, con su mejor amiga, hablando de sueños y de miradas de chicos; y si se descuidaba, hasta se quedaba sin mejor amiga: a la salida del colegio, su vida transcurría en las aulas del Conservatorio, bajo la mirada atenta de Trullàs o de Marçal, que no eran sus mejores amigas, sino una profesora y un profesor excelentes, de violín y de cámara respectivamente. Y después, el agobio de que dijeran esta niña vale mucho, tenemos que hacer algo. Y ella, por si acaso, sin parar de hacer kilómetros de arco por encima de las cuerdas. Y tuvo la regla por primera vez un día que estaba haciendo unos ejercicios endemoniados de Joachim que le destrozaban los dedos. Su madre no había tenido apenas tiempo de adelantarle esa información, porque estaba muy ocupada trazando mentalmente las rutas de los futuros viajes de su hija genial. Y el mundo la trataba como si fuera un genio y la gente que la rodeaba le sonreía cada día más. Y ella tenía que hacer ejercicios desesperantes de poner los pies en el suelo y pensar que todos sonreían porque ellos no tenían que hacer kilómetros y más kilómetros de arco por encima de las cuerdas. Que así, yo también sonreiría. Y aprendió a no mandar a paseo al señor o a la señora que parecían tan simpáticos y que siempre se encontraba en los recitales y que le decían ay, nena, no sé lo que daría por tocar la mitad de bien de lo que tocas tú. Tenía que reprimirse, claro; pero un día se hartó y le dijo al señor con cara de simpático es usted un mentiroso, porque no es capaz de dar ni esto por llegar a tocar el violín la mitad de bien que yo. Y el señor se puso pálido, la sonrisa se le congeló y empezó a tartamudear mirando a ver si la madre de Teresa lo había oído y le sacudía una bofetada a la niña. Pero Teresa, furiosa, se apartó una trenza y siguió con su argumento: ¿sabe usted, señor con cara de simpático, lo que he dado yo para llegar a tocar como toco? Miles y miles y más miles de horas de mi vida. Tiene que gustarte muchísimo la música para hacer eso. Y no creo que usted, con su sonrisa de idiota, pueda entender o sea capaz de dar un paso hacia el esfuerzo. Y al señor simpático se le cayó al suelo la sonrisa congelada y se le rompió en pedacitos.

—Está bien, Armand, oye, yo...

—No: ahora me oyes tú a mí.

Ya lo creo que tuve que oírle, Júlia, porque empezó a concretar lo pronto que

llega la etapa de las dudas: a los quince o diecisiete años empiezas a preguntarte si estoy haciendo las cosas bien y si la vida tiene sentido así. ¿No me lo pasaría igual de bien con la música, pero con un planteamiento menos drástico de todo el asunto? Pero, lo que son las cosas, la madre de Teresa tenía muy claro que su hija podía llegar muy lejos.

—¿Y el padre? ¿Por qué no dices nada del padre?

—Oye... —Armand me miró muy serio—: ¿De qué habláis Teresa y tú?

—¿Cómo?

Tras un silencio largo y cortante, Armand resolvió que no valía la pena hurgar por ese lado, terminó la cerveza y se limpió los labios con una servilleta de papel, mientras decía que entonces llegó el momento de salir al extranjero y pasó unos meses en Budapest, aprendiendo el arte del arco con Konty y empapándose de la inimaginable calidad de las cuerdas en aquel país, y muy sola, tan sola que... ¿no te lo ha contado?

—No.

—Entonces, yo tampoco te lo puedo contar. Y después, a la Juilliard School de Nueva York. Y siempre sola y recorriendo kilómetros y más kilómetros de arco sobre las cuerdas. Me parece que en esos momentos Teresa era una violinista excepcional, muy bien dotada y capaz de asimilar un gran repertorio. Pero entonces quiso dedicarse a la música de cámara. Y fue cuando la conocí.

—¿Eres músico?

—No. —Me miró con cierta tristeza—. Pero la conocí. Y, desde entonces, le llevo los negocios y la sigo en todas y cada una de sus ilusiones y fracasos, y sé hasta dónde quiere llegar, y sé cuándo está a punto de derrumbarse, porque los músicos, a pesar de su sonrisa de seguridad, lo pasan mal, como los patinadores sobre hielo, que hacen filigranas con el cuerpo sin perder la sonrisa, pero con pánico a caer en el suelo y en la ignominia al hacer determinada pirueta triple. Es una vida muy dura para el ser humano. Sobre todo, las horas previas a los conciertos. El miedo escénico. Teresa pasa temporadas atemorizada, asustada, espantada, con ganas de huir a la carrera. Pero siempre sale sonriendo al escenario. Sólo quiero que sepas que el miedo escénico, con los años, se paga caro.

—Entonces, ¿por qué...?

—Espera, que no he terminado.

Pues no, no había terminado. Con una sonrisa muy fría, Armand me dijo y me ordenó que no me metiera en la vida profesional de Teresa. Creo que le habría gustado suplicarme que no me metiese en su vida sentimental, pero no se atrevió.

—Armand estaba enamorado todavía —sentenció Júlía.

—No sé —mentí. Y, para redondear la mentira—: No se me ocurrió en ningún momento.

Cuando la conocí. Teresa había asimilado lo que Armand llamaba, como tío Maurici,

el Gran Repertorio. Había interpretado a Beethoven, a Mendelssohn, a Chaikovski, a Brahms, a Schumann y a Saint Saëns. Y tanteaba la obra de Sibelius. Y se estrenó con Berg. Y la gente del circuito internacional empezaba a respetarla. Y llegó el día inolvidable en que...

—¡Cuántos días inolvidables...!

—Teresa fue unos años inolvidables, Júlia. Teresa... —rectificó—: El día en que decidimos... Bueno, ya sabes el miedo que me da la altura.

En vez de responder, Júlia se quedó mirando a Miquel, que tomó un trago de Armañac Torres cinco, y yo me vi obligado a continuar:

—Nos declaramos en lo más alto de la atalaya del Tibidabo.

—Ostras. ¿Os declarasteis?

—Nos declaramos. Y no me enteré del viento ni del balanceo de la cesta.

—Pero si ya no se hace.

—¿Qué es lo que no se hace?

—Declararse.

—Teresa me miró desde el fondo de su noble mirada de intérprete de élite en la que el horizonte etcétera, y me dijo ¿me amas?, y yo, sabes que te amo. Y ella: pastorea mis corderos. Y vuelve a decirle: Simón, hijo de Pere el Fugitivo, ¿me amas? Y Miquel, sí, sabes que te amo. Y ella: pastorea mis ovejas. Y a la tercera vez, el hijo de Pere se entristeció porque se lo preguntaba por tercera vez, y, después de responder lo mismo, ella se levantó y le dijo sígueme. Y Miquel la siguió hasta la muerte. Fueron los días más felices de mi vida, días de plenitud, Júlia. Hasta los cuarenta años no supe que lo que justifica a las personas es el amor y que le dur désir de durer se puede resolver con el amor que se perpetúa.

—No sé... Muy poético.

No era tan poético como lo contaba. Porque, en medio de tanta alegría, siempre resurgía con fuerza la imagen de Toro desangrándose por culpa de una traición, y en el fondo de su conciencia alguien le decía pero cómo es posible, Miquel Verdugo Gensana, que tú, tan sensible... Y un día se lo contó a Bolós. Veinte años después de la crítica en la nuca, Simón y Franklin se reunieron para hacer terapia de grupo y se preguntaron por qué, cómo lo has vivido, y, al principio, repitiendo todo el tiempo nada, oye, cumplimos con nuestro deber, éramos como soldados. Y teníamos que vengar la muerte del pobre camarada Mingo. No, oye: éramos soldados y sólo obedecíamos órdenes, nadie nos puede juzgar por eso y bla, bla, esas cosas. Pero después de la segunda jarra de cerveza Bolós dijo que todavía no había podido olvidar el momento en que le puso el cañón en la boca porque los hijos de puta de Chato y Cunillera no habían hecho bien su trabajo, y que seguía soñándolo, pero que no se lo había contado a nadie.

—A mí nunca me dijo nada. —Júlia volvía de su sueño.

—Nunca dijo nada a nadie. Siempre hay algún acto que no podemos olvidar y se convierte en un suplicio de la memoria. Y no se puede contar en las necrológicas,

Júlia.

—¿Crees en el pecado?

—No sé.

—¡Ostras, Miquel, pero si no eres creyente!

—No creo que tenga nada que ver. Como te he dicho, se me da bien sentir culpabilidad.

Júlia cogió una miga de pan que se había escapado del rastrillo minucioso del camarero y se puso a jugar con ella entre los dedos:

—A Bolós también le angustiaba el recuerdo de Toro. —Proyectó la miga hacia el surtidor incansable—: Lo que pasa es que yo no sabía que era el recuerdo de Toro. —Miró a Miquel con valentía—: Duele que la persona a la que quieres no te lo cuente todo.

—Es imposible decir toda la persona.

El trío de Chaikovski es muy curioso. Lo compuso por encargo, porque la Von Meck insistió mucho en que lo escribiera. Y cuando se decidió a hacerlo, eligió un tema con variaciones. ¿Lo ves? Y Teresa, sentada en el suelo, en el rincón más cercano al armario de los violines, se puso a tocarlo perfectamente, como si no le molestara nada la incómoda postura. Y pensé Júlia, tocas el violín tan bien, que podrías hacerlo dormida.

—Has dicho Júlia.

—¿Qué?

—Que has dicho Júlia, tocas tan bien...

—Perdona. Estoy cansado. Si quieres...

—No, por favor.

Parecía un lamento. Miquel levantó el dedo mirando al camarero, porque el maître estaba despidiendo a los de la treize, que seguramente habían dejado una propina considerable, a juzgar por su sonrisa.

El tercer café. Y Júlia no quería más. Hoy no dormiría. Pero es que Miquel no dormiría hoy aunque fuera sin café, porque en dos horas más o menos había despellejado su vida. Y eso desvela más que el café. Y yo no podía dejar de ser feliz porque me había convertido en uno de los consejeros musicales de Teresa y ella me confiaba sus dudas sobre la validez actual del concierto de Wieniawski y yo le decía que sí, que los románticos de segunda fila me apasionaban, y le di a leer *Vieuxtemps* y me creyó. E incorporó el segundo concierto de Wieniawski a su repertorio. Gracias a mí. Pero no me consultaba nada que tuviera que ver con su agenda. Entonces se encerraba con Armand y yo me consumía de celos. Los años más felices, sí. Yo vivía en mi casa, pero me pasaba el día en la de Teresa y me quedaba a dormir muchas noches, y por la mañana la oía muy temprano, cuando se ponía en la bicicleta fija. Porque no conozco a nadie que tenga una capacidad de organización tan férrea como ella. Y gradualmente, creo que sin darnos cuenta ni ella ni yo, iba dejando cosas como una muda, un libro o un disco, de modo que, aunque no vivía en su casa, yo siempre andaba por allí, porque estaba más a gusto que en la mía. Hasta que sonaron las *Novelletten* no me di cuenta de la inmensa cantidad de cosas mías que había.

—Eso ya lo has dicho antes. ¿Qué son?

—¿A qué te refieres?

—A las *Novelletten*.

Son un conjunto de cosas divertidas, relatos de Egmont, escenas familiares, con los padres... una boda. En resumen, cosas amables. *Novelletten*, novedades, pequeñas

noticias, pequeñas muestras de amor para ti, Clara. Ocho muestras de amor que me transportan. En la primera, *Markirt und kräftig*, la prueba de amor es un juego de cambios de tonalidad y en el Trío, ya sea en fa mayor o después, mágica, contrastada en la mayor, aparece la fuerza de las melodías de Schubert. Y Schumann insistía en que Bach, Beethoven y Schubert son el paraíso y mi manera de decirlo es haciendo melodías tan bonitas como éstas, o como la del «Intermezzo» de la segunda, *Äusserst rasch und mit Bravour*, que parece un nocturno de Field o de Chopin agazapado entre fuegos artificiales, *Etwas langsamer, durchaus zart*. Siempre con ternura, Clara mía, Teresa mía. Y cuando Schumann se estableció unos meses en Viena, impulsado por la férrea negativa del padre de Clara a que los amantes pudieran verse, fue a Währinger a llevar una flor a la tumba de Beethoven y a la de Schubert, que están cerca la una de la otra. Y así como Robert Schumann admiraba a Schubert y a Clara, te admiro yo, Teresa. Porque te has fijado en mí y has sabido encontrarme algo, porque me has dejado entrar pausadamente, de puntillas, en tu vida y has querido entrar en la mía, y todo en silencio, casi sin palabras, con unos *Lieder ohne Worte*, sólo con la melodía del gesto. ¡Ah, qué bonito es este «Intermezzo», que me lleva tan cerca de la felicidad! Y pasaron días, semanas, meses, y la felicidad se alargaba, tú y yo, queridísima, pendientes el uno del otro, y Armand pendiente de tus movimientos con una precisión que me parecía cruel, ya te lo había dicho; y a ti te parecía necesaria, ya me lo habías dicho. Y llegó aquella semana que te tomaste de vacaciones y decidimos no coger ningún avión, tren ni taxi, sino quedarnos en tu casa con un montón de botellas de vino blanco, que tanto te gusta, y nos dispusimos a dejarnos llevar por la música, si nos apetecía, y por la pereza. Y un día te desnudaste delante de mí y dijiste yo soy Robert y tú Clara, y sobre esta Idea edificaré mi Felicidad. Por tercera vez en la vida fui investido con un nombre sagrado, Miquel, Simón, Clara I el Neófito, el Apóstata reincidente. Y me dijiste que me desnudara yo también y tu sala de música se convirtió en el cielo. Te sentaste encima de la tapa del piano, desnuda, y levantamos la copa de vino del Rin. En silencio, sin palabras, nos dijimos que la vida era amable con nosotros. Y esa irrupción imprevista de la felicidad puso eufórico a Miquel Gensana. Medio escondido detrás de la copa, iba a decirle lo mucho que la quería. Iba a decírselo, cuando se bajó del piano con una idea fija.

—Música para celebrarlo.

Y empezó a sonar *Markirt und kräftig* y el piano de Adolf Pla, cuando llega el *Etwas langsamer, durchaus zart*, sonaba tiernísimo. Y Teresa y Miquel se cogieron de la mano, como si bailaran, desnudos, con una copa en la mano, oyendo las pequeñas novedades, abrazados, el uno para la otra, la otra para el uno. Y ella dijo que iba a la cocina a buscar una botella porque quería repetir.

Y cuando estaba solo sonó el teléfono, las *Novelletten* seguían su andadura y descolgué y dije diga y oí la voz de Armand, que decía que se ponga Teresa, que es urgente, y yo que no se puede poner porque está de vacaciones.

—Quiero saber la respuesta que tengo que dar a los de la Alte Oper de Frankfurt.

Y tenemos que hablar de Londres.

—Oye, mira, es que le duele mucho la cabeza y está de vacaciones.

Sí, eso dijo Miquel. A pesar de las advertencias, Miquel dijo no se puede poner, le duele mucho la cabeza y está de vacaciones.

—Si no les doy la respuesta hoy, cancelan el compromiso.

—Llámalma mañana.

Y colgó. Miquel II Gensana el Insensato colgó, irritado con la voz tan bien articulada del imbécil de Armand.

—Han llamado, ¿verdad? —dijo Teresa, cuando volvió con la botella en la mano.

—Sí, el moscón ese de...

—¿Qué moscón? —Su tono de voz cambió de repente; se puso en guardia—: ¿Qué moscón, eh?

—Ay, mujer, que... —Y le dedicó una sonrisa de esas que sólo buscan la complicidad del otro.

Pero, como Teresa estaba muy seria, Miquel pensó has metido la pata, compañero. Teresa dejó el vino en el suelo y se plantó frente a Miquel, desnuda, con las piernas un poco separadas, el pelo tapándole la mitad de la cara.

—Armand.

—¿Por qué no me has avisado?

—Le he dicho que llame más tarde. Mañana.

—Pero ¿qué quería?

—No sé qué de Frankfurt... —Todavía con la sonrisa estúpida—: Le he dicho que estabas de vacaciones. Ah, y que te dolía mucho la cabeza.

—¿A mí?

—Y que te llamara mañana.

Y entonces, Teresa se acercó, bella, querida y desnuda, y me puso un dedo en el pecho pasando por alto su desnudez y avergonzándome por la mía y, con auténtico desprecio, me dijo que yo no era nadie para meterme en su trabajo, y que sólo ella y su representante podían decidir si sí o si no o si posponían la decisión. ¿Me has entendido? Y que si no sabemos mantenernos cada uno en su sitio es inútil que.

Miquel comprendió, resignado, que el milagro en el que vivía desde hacía unos días acababa de estallar como una burbuja.

—Puedo llamarlo ahora mismo y...

Me miró de tal manera que comprendí que la única salida honrosa era la retirada. En silencio, con lágrimas en los ojos y mordiéndome los labios, fui a la habitación a ponerme la ropa. En ese momento se acabaron las *Novelletten* y sólo se oía silencio en la sala de música. Después de vestirme volví allí. Oí el violín de Teresa antes de tocar el pomo de la puerta y despedirme. La Segunda Partita de Bach. Abrí sin hacer ruido. En medio de la sala, Teresa, todavía desnuda, con los ojos cerrados, apoyando la mejilla en el violín con delicadeza, esa postura que tantos celos me suscitaba..., y completamente ajena a todo lo que no fuera la música. Las piernas, un poco

separadas. Teresa, querida. En voz baja, por miedo a interrumpir el diálogo entre el violín y ella, dije me voy, Teresa. No abrió los ojos, ninguna nota vaciló, ni hizo ningún gesto que denotase que había recibido el mensaje. Miquel la contempló golosamente medio segundo más y pensó mierda, mierda, mierda, ¿no lo sabías, hijo de puta, que era un milagro imposible, que pendía de un hilo, que tenías que haberte puesto en guardia, hostia?

Ella estaba de espaldas, Miquel la contempló una vez más con mucho amor. No era un capricho por parte de ella, era su trabajo, y yo me había comportado como un perfecto estúpido. Y punto. Sonrió con tristeza porque de pronto se le ocurrió que ese día aún no había podido decirle que la quería. Cerró la puerta sin hacer ruido. Las *Novelletten*, ocho piezas para piano escritas por Schumann en el momento de máxima euforia, porque Clara le había dicho sí, las *Novelletten*, que, según dijo Schumann a Clara Wieck, habría preferido titular «Wiecketten», pero que no le sonaba del todo bien, las ocho piezas de piano que ilustraban la alegría del amor incipiente, habían servido para enterrar el amor que empezábamos a construir Teresa y yo. Y Bach y Schumann y la posibilidad de oír alguna vez su versión del segundo concierto de Bartók, que acababa de empezar a trabajar, así como la que se consideraba su extraordinaria interpretación del concierto de Alban Berg, se volatilizaron. Y con ellos desapareció de mi vida mi querida Teresa. Así, Júlia. De repente. Como una muerte.

En las semanas siguientes inicié muchos procesos de acercamiento a Teresa. Pero o estaba fuera o no quería hablar conmigo. Así de radical era, y de tajante; por lo poco que la conocía, ésta era su principal defensa contra la vida.

Miquel no se la podía quitar de la cabeza, como tampoco las semanas de felicidad serena que tenían que haberlos llevado a algo semejante a una unión, al acuerdo mutuo de dos espíritus. Jamás podría olvidar que, cuando iba a suceder eso, saltó la alarma. Y la alarma dijo a Teresa: oye, ten cuidado, Miquel Gensana, mucho prestigio, pero es un estúpido que no sabe distinguir entre el ámbito profesional y el privado, y los mezcla; y no se da cuenta de que, para mí, el ámbito profesional es esencial e inviolable. Como el privado. Y cuando alguien provoca cortocircuitos, o se resitúa, como Armand, o se va, como Miquel. Es una pena, pero así es mi vida.

Los primeros días fueron de silencio y estupor. ¿No exageraba un poco esa mujer? ¿Valía la pena que yo...? Un orgullo muy escondido que tengo me obligó a distanciarme un poco y a esperar que me llamara y me dijera ostras, Miquel, me parece que me pasé, pero es que con mi trabajo no se juega. Y yo, sonriente, tomando pensativamente el café que me quedara, sonreiría con tristeza y diría sí, posiblemente te has pasado, pero tampoco yo actué con elegancia. Y propondría un armisticio generoso, que ella aceptaría, y de cabeza los dos otra vez a la felicidad eterna, amén. Pero Teresa no llamó, por más que su silencio me sumiera en la perplejidad. No me llamó, no me mandó ninguna nota, no dio ningún paso. Y pasaron las semanas. Es decir, que Miquel tuvo que mover pieza y decidió emprender la lucha por recuperar su sueño. La única respuesta fue una tarjeta escrita con precipitación en la que Teresa decía no me persigas, no me incordies. Tengo tres compromisos enormemente importantes a la vuelta de la esquina y me estás desestabilizando. Deja de mandarme notas, deja de llamarme, déjame en paz con mi vida, olvídame. No ha salido bien y no hay más que decir. Adiós. T.

Exagerada. Una diva. Por un fallo así, una crisis así. Todas las divas son unas caprichosas reprimidas y orgullosas. Además, hacía un montón de tiempo que nos conocíamos, y precisamente hasta el día de las *Novelletten* no tuvo un detalle de ternura. Mentira: a mí siempre me trató con ternura. Es que las divas no saben lo que quieren; sólo les interesa lucir su trabajo, y quienes las rodean son sólo servidores de ese trabajo. A la mierda. Yo, Miquel II Gensana el Desestabilizador, soy tan importante como la cuerda re del violín de Teresa. Es decir, me utilizaba, me usaba; Teresa es egoísta. Teresa, que a fin de cuentas no era tan guapa, con las greñas que llevaba y la mancha del violín en el cuello, la que siempre le recordaba, oye, que soy

una gran violinista, a ver qué vino vas a pedir para mí, porque si no es del Rin, puaj. Y los vestidos con cositas doradas y zapatos plateados, de mal gusto. Y todo el día hablando de música, literatura y arte. ¿He sido capaz de enamorarme de semejante saco de defectos, Bolós?

Al tercer whisky, Bolós me miró a los ojos y me dijo Miquel, no te vuelvas como Rovira: te juro que ese dolor se te pasará.

—Jamás. Es imposible. —Trago—. Quiero recuperarla.

—Sabes que es imposible.

—¿Por qué tiene que serlo?

—Me lo acabas de decir tú.

Miquel lo miró como si su amigo tuviera la culpa de tantas lágrimas:

—Mierda.

—Habla con ella.

—¡Pero si no quiere!

—Deja pasar algún tiempo.

—Imposible. Es como si me faltara el aire. De verdad, ¿no puedo respirar!

—Pues bebe.

Bolós, bendito Franklin, siempre a mi lado en los momentos difíciles. Y el muy zorro, liado contigo y ni una palabra.

—¿Te contó algo de mi... de lo mío con Teresa?

—No. Nunca me contaba secretos de otros. Y tuyos, menos.

Bolós, compartimientos estancos. No tenías que haberte muerto. Lo que no sé es por qué estoy volcando mi alma sobre esta casi desconocida que está a mi lado desde hace años y que tiene una mirada de carbón en la que me puedo perder. Seguramente se debe a que no sé en qué momento exacto se me empezó a resquebrajar la vida.

—No te estoy contando nada de Bolós, Júlia.

Y, por segunda vez en toda la noche, Júlia le dijo por favor, Miquel, habla, porque me estás contando más cosas de Bolós de las que te imaginas.

—No es cierto.

—Bolós y tú erais igualitos.

Lo dijo con los ojos más oscuros. Y aunque Bolós me aconsejó que me emborrachara, me quitó el vaso de la mano y me obligó a levantarme y patear la Rambla dos horas, como si persiguiéramos a una chica del Lestonnac, pero me parece que mucho más preocupado por mi estabilidad.

—Incluso me obligó a ir de vacaciones con su familia.

—Eso sí lo sabía. —Miró a todas partes, como buscando al maître—. Lo que no sabía es que fue porque estabas en crisis.

—¿Pedimos la cuenta?

—¡Espera!... —se alarmó. Le salió del alma y Miquel se enorgulleció del interés de Júlia. Y aún le gustó más constatar que el maître levantaba la ceja calculando cuándo se largarían los impresentables de la dix-huit. La cuestión es que, a pesar de la

muleta de Bolós, Miquel lloró amargamente tres días y tres noches y no podía dejar de pensar en Teresa: ¿Qué estará haciendo, qué vestido se habrá puesto hoy, a lo mejor aquel tan bonito con cositas doradas?, y qué quebraderos de cabeza tendrá, ah, y seguro que a estas alturas ya habrá estudiado perfectamente el segundo de Bartók, y el de Berg, cada vez más consolidado, porque Teresa, tan lejana, tan diosa, tenía un lado humano: trabajaba inhumanamente. Y llegué a la conclusión de que vivir en semejantes condiciones era muy difícil. Seguramente me salvó la llamada fría y concisa de Júlia, que me dijo que los de *Revista* tenían la mosca detrás de la oreja y Duran se subía por las paredes porque yo pasaba de todo. Y volví al trabajo con intención de centrarme en las nuevas entrevistas. Júlia, la llamada de Júlia me salvó por un pelo. Pero a partir de aquel día, la mirada de Miquel nunca dejó de ser triste. Y los días empujaban a las semanas, y éstas a los meses, y el calor se llevó el frío. Y un día, casi un año después de la Travesía del Desierto del Amor, volví a casa. Una de esas cosas que se hacen sin pensar ¿sabes? Para ver a mi madre otra vez, y a tío Maurici, y un poco a mi propio eco.

—Pero ¿no la habían vendido?

—Sí, y estaba sola.

—Como una piedra.

Me gusta la ironía de Júlia. Pero me llegó muy dentro ver que el madroño crecía despeinado y asilvestrado, y que el rosal por el que bajó mi tío se ramificaba, desorientado por la falta de poda. Y las persianas bajadas, impidiendo que los secretos de las cinco o seis generaciones que habían llorado entre esos muros se escapasen hacia las nubes.

—Bien —dijo Miquel—: al fin y al cabo, una casa es una piedra.

—Pero ¿no iban a construir pisos?

—No. Lo tenían todo abandonado. Seguramente esperando a que subiera el precio de la casa con vistas a una venta futura. Como los vinos.

Miquel no pudo evitar una mirada de odio al indigno surtidor.

—Me parece que desde que la perdí, también me enamoré de ella.

—No lo entiendo.

—Me refiero a la casa. Forma parte de mi insatisfacción general de siempre.

Lo que pasaba era que Miquel había logrado entender que relacionarse con las cosas con un poco de cariño era una señal de madurez. Se pasa peor, porque la lucidez lleva al escepticismo, sobre todo cuando te das cuenta de que la vida, con el tiempo, desemboca en la muerte. Y enamorarse, con el tiempo, desemboca en la soledad, y se añora ese sentimiento tan loco, tan violento e irracional, que da la impresión de parecerse a la realidad.

—A lo mejor sí que me tomo otro café, Miquel.

El siguiente otoño de mi vida, las cosas dieron paso al caos. El verano había sido un letargo dedicado a la lectura y al olvido sistemático de Teresa. Miquel no se emborrachó, viajó solo a Salzburgo para oír música, leyó la obra completa de Steiner para preparar la entrevista de octubre y ordenó a Júlia que hiciera las primeras diligencias para ponerse en contacto con la gente que rodeaba a Salman Rushdie. Aparentemente empezaba a reconciliarme conmigo. Realmente no sabía nada de Teresa. Se había volatilizado de la misma manera que durante un tiempo había sido mi presencia constante. Suponía que seguiría tocando a trío con los Moliner, viajando como solista y consultando con Armand hasta el color de las medias que debía ponerse en el concierto de Madrid. Una época de absoluta felicidad que rompí con un paso en falso me dio la idea de lo escuálida que es la ventura para el ser humano. Y a Bolós, con quien quedé un par de veces más, no volví a hablarle de mis amores, y él hizo como si nunca hubiéramos tocado el tema. Y Rovira, no sé, cada vez me daba más pereza oírlo llorar sobre mi hombro sin contención. Porque ya se sabe que a los hombres les cuesta llorar, pero cuando por fin se deciden, pierden el sentido de la medida, los ojos se les vuelven esponjas, y los amigos, refugios con dedicación plena.

La última semana de septiembre tiene un significado especial para mí, esteta decadente y solitario que he hecho del recuerdo una vitamina para seguir viviendo, porque con siete días de diferencia se conmemora el santo de mi tío Maurici y el mío. Pues precisamente esa semana, Miquel cogió el avión para ir a Londres. Tenía que pasar un par de tardes en Cambridge para la entrevista y esperaba hacer gestiones desde Londres con los etéreos escoltas de Rushdie, porque los primeros contactos le habían dado esperanzas de poder hablar con el hombre al que perseguían los hijos del desierto. La entrevista con Steiner discurrió plácidamente. Estuve a gusto, sobre todo los ratos en que no decíamos nada y que a ninguno se le ocurrió llenarlos con palabras que rompieran el silencio. Steiner habla mucho, gesticula poco, vuelve atrás en sus argumentos para insistir en ellos y enriquecerlos, y genera conceptos constantemente. Fui casi feliz, teniendo en cuenta que este género de gozo en el plano intelectual es más privado, más impreciso, pero no tan efímero como el sentimental. Después de Cambridge, y con la promesa de repetir en Londres dos días más tarde, porque quería enseñarme unos documentos referentes a la cuestión judía que no tenía a mano en Cambridge, me encerré en el hotel a ordenar todo el material, ahora que lo tenía fresco, y a hacer guardia al lado del teléfono por si la gente de Rushdie se acordaba de mí. Y una llamada de Júlia (que se ha hartado de llamarme por teléfono a lo largo de mi vida) para confirmarme que Duran pagaba los tres o cuatro días de

guardia por la causa perdida de Rushdie. Gracias, Júlia, ¿qué tal estás? Y ella, bien fantástica, ¿y tú? Y yo: fantástico. Bueno, adiós. Adiós, guapa.

Todos los hoteles de categoría mediana del mundo se parecen extraordinariamente a una casa de campo. La luz de los diferentes apliques de la pared está puesta con la única idea de ver algo. Las dificultades empiezan cuando lo que se quiere hacer es mirar. Y si lo que se pretende es leer, vale más renunciar desde el principio. Con lo cual, como tenía que hacer guardia al lado del único teléfono disponible para mí en Londres, me compré un flexo y una bombilla de sesenta y me convencí de que la mesilla en cuyo cajón estaba la Biblia era idónea para desplegar documentos y escribir. Y volvieron a pasar las horas casi con la misma placidez que en Cambridge. Y llegó la llamada. Tal como esperaba, no me dijeron ni sí ni no, sino que me llamaban para comunicarme que al día siguiente o al otro me dirían sí o no. Y que si era sí, tendría que estar dispuesto en un minuto, porque pasarían a recogerme inmediatamente después de la llamada, y si era no, adiós muy buenas. Y me quedé como el pueblo judío cuando celebra la Pascua de pie, a punto de partir en busca de la incógnita prometida. Y entonces todo empezó a acelerarse. La cena con Steiner (por cuenta de Duran) no era hasta la noche. A mediodía ya estaba harto de rehacer párrafos y oír cintas: me regalé la tarde y pensé si me apetecía más ir a comprar discos a Piccadilly Circus o tal vez ir al cine. ¿Y un musical? Puesto que, mientras lo pensaba, iba recorriendo el vestíbulo de recepción, en ese momento vi unos prospectos de la Purcell Room: homenaje a Art Collemann. Con el Art Collemann Quartet in person. Art Collemann en directo. Miquel casi sonrió.

Mientras se dirigía al complejo de los tres auditorios de la orilla del Támesis, se acordó de Teresa, inevitablemente. Había estado allí con ella (y con Armand) dos veces. En el Royal Festival Hall. Y las dos veces, ella, de espectadora a mi lado, y Armand, al otro. Teresa, vuelvo a pensar en ti, ahora que te había enterrado debajo de todas mis actividades. Y tú ¿acaso me has echado de menos? Pero el clarinete de Art Collemann bien valía el esfuerzo. Si encontraba entradas, desde luego.

Las encontró y, por los comentarios de la gente de la cola, quedaban muy pocas. Enseguida se alejó de los alrededores de las taquillas porque no quería decir que no a ningún rezagado desesperado, y subió al vestíbulo en el que había estado las dos veces con Teresa (y Armand) esperando la hora mientras tomaban té. Encontró una mesa vacía cerca de los ascensores y de la terraza que daba al Támesis, y se quedó razonablemente en paz consigo mismo.

En esa misma mesa, Teresa le decía que el miedo escénico que la acometía antes de empezar un concierto era una cosa que no podía quitarse de encima. Siempre. Y Armand no decía nada, miraba a otro lado. Ella sabía que, aunque pasaran muchos años, los nervios, como el primer día. Por eso, y él era testigo paciente, los cinco o seis días anteriores a un concierto como solista, se encerraba en casa con el programa y repasaba enfermizamente los pasajes que le habían salido perfectos, con la inútil pretensión de superarlos. Y él se ponía malo porque, en esos momentos, se daba

cuenta de que, aparte de no querer saber nada de él, Teresa se alejaba de la música y se acercaba a la locura. Un sorbo de té, pensamientos tristes, Teresa todavía de mi corazón. Y entonces miró el programa de mano que había encima de una silla.

Purcell Room, Art Collemann. Queen Elisabeth Hall, nada. Royal Festival Hall, John Kickox y la orquesta de Liverpool. Primera parte, *Les Hébrides* y el concierto para violín y orquesta de Alban Berg. Violín, Teresa Planella. No terminó de leer el programa. Se levantó de un brinco, dejó el té y bajó a las taquillas como un poseso pensando en memoria de un ángel, dem Andenken eines Engels.

Corriendo por Hungerford Bridge hacia Charing Cross, sudando como un desesperado, pensé que me equivocaba, que pretendía entrar otra vez en una vida de la que me habían expulsado. Teresa y yo en el mismo edificio y mi corazón no se había percatado... Cuando volví a los auditorios, trasudando, con el corazón a punto de reventar, había tomado una decisión. Pero le costó mucho que le hicieran caso. Tuvo que explicarse y mentir en inglés: que era primo carnal de miss Planil·la y que era cuestión de vida o muerte. Y milagrosamente, el responsable del control de los camerinos se quedó el paquete y le prometió que, al cabo de cinco minutos, miss Planil·la lo tendría en sus manos. Y le guiñó un ojo. Perfecto: no le había creído. Y, para redondear la película, el falso primo carnal le dio un billete de cinco libras. El rubiales del control lo aceptó con una mueca de menosprecio muy británica.

—Cinco minutos —le recordé.

—Dentro de tres minutos lo tendrá en sus manos.

Eso era más difícil, porque Teresa solía encerrarse en el camerino a leer por dentro el concierto y a relajarse, a calentar manos y dedos y a acostumbrar al violín a la temperatura ambiental, y a calentar un poco más los dedos y a pasear como una leona enjaulada pensando a quién se le ocurre ser solista, con lo bien que estaría en la tercera fila de violines segundos. Bye-bye, Art Collemann.

El concierto empezó con puntualidad milimétrica con *Las Hébridas*. Miquel estaba en un lateral, por encima del escenario, porque no había encontrado ni un hueco en platea. Mendelssohn, Berg, Mahler, Kickox y Planella llenaban la grandiosa sala del Royal. Bien, el Mendelssohn estuvo bien. Pero estaba impaciente por llegar al segundo plato. Después de los aplausos entró de nuevo John Kickox. Galantemente, flanqueó a Teresa. Preciosa. El vestido verde. Le marcaba la cintura y el culo. Preciosa. No aplaudí, porque estaba absorto mirando al ángel de mi recuerdo y no me dolía, estaba tranquilo, a punto de arrancarle un secreto a Teresa, porque ahora (bellísima, qué elegancia al saludar) constataba que en todo este Año de Travesía del Desierto de la Soledad ella había trabajado como de costumbre. Con delicadeza, se volvió hacia el concertino y dio un la ligero. El oboe, desde el fondo, respondió, y ella sencillamente se recogió en sí misma porque todo estaba bien. Movimientos discretos, materiales, necesarios, pero que nos recuerdan que no somos dioses y que la música, hoy por hoy, se tiene que hacer con instrumentos, no con la mera fuerza

del espíritu. Teresa miró a Kickox, el cual bajó la cabeza con una leve reverencia educada, y sentí celos. Hacía un rato que el público había dejado de aplaudir y esperaba, no sé si tan golosamente como yo, el tema del arpegio. Empezó la orquesta y Teresa la siguió. El violín sonaba extraordinariamente y, en diálogo con la orquesta, empezó a elevarse con el esfuerzo de los arpegios hasta llegar a la planicie en la que el primer viento, y después el violín, se encontraban como en casa. Teresa estaba inmersa en el concierto, hacía suyos los lamentos desesperados y premonitorios de Berg. Y los interpretaba como si fueran su propio dolor. Y me agarraba con fuerza a la barandilla y sólo estaba pendiente de los movimientos de Teresa, como si estuviéramos solos en el Royal, como si entre ella y yo pudiéramos contemplar al ángel fantasmal, la pequeña Manon. Manon Gropius, Mizzi, Hannah, Alban Berg, Teresa Planella y Miquel Gensana el Buscador de Oro. Y al empezar el Allegro de la segunda parte, Miquel tuvo la vivísima sensación de que Teresa tocaba sólo para él. Y cuando llegó el cuarto movimiento, el coral, lo de *Es ist genug* de Bach, Miquel quiso creer que ella, en vez de dirigir la súplica a Dios, le decía a él, a Miquel, oye, es suficiente, ya basta: *es ist genug*, Michael, *es ist genug*. Parecía que la orquesta estaba de acuerdo, y Michael Genzian, en respuesta, murmuró sí, *es ist genug*, Therese, *es ist genug*, y la señora de al lado, indignada por semejante falta de sensibilidad, le echó una mirada asesina.

Terminaron con esa especie de coda en la que el violín se adueña de toda la expresión poética del concierto y poco a poco, con hilachas del coral de Bach, se eleva mágicamente cada vez más, más y más, reconvirtiendo el coral en el arpegio inicial, haciendo un resumen global de lo que poco antes era la vida del concierto, como las visiones de los moribundos, que, según dicen, ven desfilar toda la vida por delante en unos segundos, hasta llegar al sol natural imposible, que Teresa mantuvo con una sonoridad extraordinaria, sin vacilaciones, perfecto, mientras la orquesta se deshacía en reverencias, primero la cuerda, después el viento, y llegaban todos juntos al larguísimo acorde final... Teresa, enrollada sobre la prima, haciendo sonar todavía el sol agudísimo, como si su arco fuera infinitamente largo. Y Teresa y la orquesta llegaron a los dos últimos compases y el sol del violín se transformó en una mariposa blanca que levantó el vuelo, un vuelo vacilante que sólo yo pude ver. Y todo se cumplió como quería Berg y como habían hecho Kickox y mi amada Teresa. Y los dos segundos de silencio de respeto sirvieron para que Kickox y Teresa se mirasen, felices, mutuamente agradecidos, Dios, cómo es posible, y quizá un poco inconscientes de que un concierto tan delicioso fuera un pensamiento constante de muerte. Y el público empezó a aplaudir unánimemente. Todos menos Miquel, que no tenía fuerzas para aplaudir. Entonces se dio cuenta de que estaba llorando, mientras miraba a Teresa que doblaba la espalda agarrada al violín y los aplausos no cesaban.

Teresa tuvo que salir un par de veces para corresponder al público y, con las manos juntas, rogó que no la obligaran a hacer un bis. El público lo entendió y, curiosamente, no dejó de aplaudir. Es que había estado fantástica, y John Kickox,

nada celoso del éxito de su colega, todavía insistió en que ella volviera a salir al escenario, y Miquel pensó que Armand estaría pensando que esa actuación tan extraordinaria en Londres le abriría una docena de contratos magníficos por todo el mundo y la irrupción sonada en el mercado discográfico de las multinacionales. Teresa tuvo que salir otra vez a saludar. Pero ahora llevaba en la mano un objeto que Miquel reconoció inmediatamente: la caja de bombones de licor. Y la agitó en dirección al público con cierta desesperación en los gestos, como si dijera sé que estás aquí, Miquel, me gustaría hablar contigo, Miquel, es ist genug! ¡Ven! Y cesaron los aplausos, empezaba el intermedio y sus miradas no se habían cruzado. Tardé unos minutos en moverme del asiento, pensando desesperadamente en todo lo que había visto y oído, y en la casualidad de haber vuelto a encontrarla. Y antes de que iniciaran los primeros compases de la primera de Mahler, ya estaba yo bajando la escalera y saliendo del edificio en dirección al hotel, en dirección a lejos de mis pensamientos. Y Teresa, en el camerino, esperaba a la mariposa blanca.

Sin embargo, en el hotel le esperaba un recado de Steiner, que posponía la cena para el día siguiente, que lo llamara. Pero cuando lo llamó, no hubo respuesta. ¡Idiota, Miquel, tenías que haber entrado en los camerinos, primo carnal! Porque debe de estar esperándome y yo, huyendo, como mi padre. Y cogió una maleta y la tiró contra la cama. Con furia, metí toda la ropa y dije en voz alta, como si estuviera representando una obra para alguien, para algún dios, a enemigo que huye, puente de plata. Y con el corazón atado con esparadrapo, Miquel se fue a Heathrow pensando en poner cuanto antes la máxima distancia entre Teresa y yo. Pero, cuando estaba a punto de llegar al control de armas, giró sobre sus talones, como si le diera pavor pasar por debajo del artilugio con el corazón destrozado. Volvió a Londres en taxi, y en el mismo hotel (mister Ginseina, sorry ¿ha perdido el avión?) agarró el teléfono hasta que consiguió que alguien le diera algún indicio sobre el lugar donde se alojaba Teresa. Medio paquete de Camel después, su voz dijo hello?

—Miss Planil·la?

—Speaking.

—Soy yo.

Silencio. Su respiración. La respiración de los dos.

—¿Miquel?

—Speaking.

—¿Dónde estás?

Quedaron en Marble Arch, media hora más tarde. Ella tenía pendientes algunas llamadas y otras gestiones, para desesperación de Armand, que quería dejarlo todo atado antes de que ella se fuera de Londres.

Se sentaron en un banco, mirando a Hyde Park. Ella, con una sonrisa tímida. Él, con el corazón tan desbocado que casi le dolía, y el pom, pom era más fuerte que la circulación de Oxford Street.

—Qué tal... —dijo uno de los dos. Y el otro respondió bueno, bien, tirando.

Y el pom, pom y la sonrisa tímida empezaron a mezclarse en el banco mientras el sol enrojecía en el oeste. Hacía un año que no se veían, desde las *Novelletten*, y ahora era difícil decirse ¿por qué me has regalado los bombones, qué haces en Londres, qué tal estás?, ¿me echas de menos?, ¿me has perdonado?, soy yo quien... ¿Por qué no has ido al camerino? Ah, he huido, porque no quiero que... Entonces, por qué me has llamado al final, y él no sabía qué decir, porque no sabía por qué lo había hecho. Al sol se le subieron mucho los colores de estar tanto rato poniéndose y empezó a huir.

—Me alegro de verte.

—Yo también. Mira el sol.

—Sí. Rojo.

Se pusieron a pasear por Oxford Street, tímidamente agarrados de la mano, terminando de decirse lo que habían hecho hasta ese día, qué tal iban las cosas, lo mucho que se habían echado de menos, lo mucho que se habían odiado, es que fue una burrada. Pero habían pasado muchos meses y quizá había pasado alguna vida a través de su vida, y eso es difícil de reconocer. Pero lo cierto es que Teresa y yo estábamos haciendo manitas en Oxford Street. Le compré un ramo de flores desconocidas en uno de los numerosos puestos de la calle. Y en una esquina nos sentamos en un establecimiento a tomar el té, y a él le recordó al té que había tomado hacía unas horas, antes de empezar el concierto, pero es que parece imposible.

—¿Imposible qué?

—Que nos hayamos encontrado otra vez, que estemos hablando. —Le cogí la mano y se la besé. Fue una osadía—: Hoy has estado extraordinaria. ¿Sabes si lo han grabado?

—Gracias. —Y, con desinterés—: No sé. Sí.

Estuve a punto de decirle que la quería, pero no me atreví. Por timidez, porque no sabía si un movimiento en falso derribaría el momento mágico. No se lo dije, aunque, en algún momento, el brillo de sus ojos parecía invitarme a decírselo. Seguimos paseando y, sin darse cuenta, empezaron a hablar de sus respectivos planes. Ella, un par de conciertos este mes, y él, aparte del asunto Rushdie, poner en solfa la entrevista a Steiner.

—¿A quién?

—Te invito a cenar. ¿Te parece?

Entre los efluvios de curry del restaurante hindú, Miquel se atrevió a formular planes para el día siguiente, Teresa, ¿qué te parece?

—No.

—¿Cuántos días te quedas aquí?

—Mañana me voy a Praga.

—Pero me has dicho que el concierto es dentro de veinte días, ¿no?

—Sí, pero voy en coche. Con una amiga.

—¿En coche? ¡Qué humor!

—No: me hace mucha ilusión. Armand irá directamente a Praga con el violín. Yo, de vacaciones.

—Entonces... ¿por qué no te quedas un par de días en Londres? Podemos... — No sabía exactamente qué podían—: Yo todavía tengo que quedarme aquí un par de días.

—No puede ser, Miquel. Ya me he comprometido.

—Quédate.

Lo miró de una forma que le recordó vagamente la mirada de las *Novelletten*. Cogió aire y lo soltó, muy tranquila:

—Te he dicho que ya me he comprometido. Hemos alquilado un coche y hemos hecho el itinerario. Ven a Praga a oírme.

—No podré. Y no tengo pasta.

A modo de respuesta, Teresa sacó del bolso un mapa de Europa. Tenía señalado un itinerario, con los días de llegada a diversos sitios: Paris, Strasbourg, Frankfurt, Praha... Ilusionadísima, porque nunca había estado en Praga. Pero a mí no me hizo ninguna gracia, porque ese viaje era una cosa que volvía a apartarme de ella, ahora que era posible intentar...

—Anda, mujer...

—En todo caso, nos vemos cuando vuelva. Llego a Barcelona el veintiocho.

No había cambiado: tenía la vida marcada por una agenda que le llevaba el Armand de las narices. Y tan feliz con sus planes. Dobló el mapa sonriendo, contenta.

—¿Es la última palabra? —Miquel estaba un poco picado por la tozudez de esa mujer, pero no quería que se le notara.

—Sí; ya te he dicho que no puedo deshacerlo.

Estuvieron hablando un rato, haciendo esfuerzos por deshacer la tirantez de la esgrima. Poco a poco volvió la calma y Miquel estuvo a punto de decirle te quiero, Teresa, nunca he dejado de quererte. Pero no se lo dije porque no quería tentar tanto la suerte de haberla encontrado y porque, en el fondo, la tozudez del inoportuno viaje a Praga me tocaba la moral. Hablamos de muchas cosas. Ella tampoco me dijo que me quería, pero creo que estuvo a punto de hacerlo y no sé por qué no lo hizo. Cuando el camarero los dejó solos, pagada la cuenta, él volvió a arrellanarse en el asiento y encendió un cigarrillo.

—¿Quieres café?

—No. De noche, nunca. Además, el de aquí es horroroso. Y tengo prisa, Miquel, que mañana madrugamos.

Dieron los primeros pasos por Arlington Street en silencio. Yo iba pensando en lo que era más importante para esa mujer: ¿yo, Praga, el violín, la música, ella? Vi claramente que yo quedaba muy mal parado en el ranquin. Pero todo era cosa de insistir. La idea del ranquin me dejó enfurruñado. Por eso, cuando me dijo hablaremos de todo eso cuando vuelva, no contesté. Cuando llegamos a la esquina de Piccadilly, a cien yardas del Ritz, nos paramos.

—Me voy al hotel —dije, casi sin darme cuenta de lo que decía. Creo que lo dije por venganza, para castigar a tanto coche, tanto mapa y tantas hostias.

—De acuerdo. Te escribiré desde Praga.

—Que tengas buen viaje, Teresa.

—Gracias.

Se besaron en la mejilla. Afectuosos, distantes; esperanzados y desconfiados. Era una cosa rara, eléctrica, de...

—Cuando vuelvas a Barcelona... ¿me llamas?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, Miquel. Te he dicho que sí.

Teresa metió la mano en el bolso. Con su mirada de miel me ofreció la prenda de su promesa:

—Toma. —Me regaló el mechero de Isaac Stern. Este mechero, Júlia.

—¿Quieres que te llame yo? —Con el mechero en la mano.

—No. Te llamo yo. Te lo juro. —Los dos pensamos en el mechero.

Sin avisar, me dio un beso rápido y furtivo en los labios. Un beso que me conmovió. No sé qué me pasó, pero disimulé enseguida. A lo mejor porque, en cierto modo, me había mostrado enfadado por el capricho del viaje.

—Adiós, Teresa.

Se fue en dirección al hotel y yo, sin esperar a ver cómo se alejaba, confiando seguramente en la certeza de que nos veríamos al cabo de veinte días, también di media vuelta con la idea de que estaba bien hacerme un poco el duro con esa mujer que me llenaba la vida y me mareaba. Era una actitud bella,irme sin mirar atrás, tal como lo había hecho en otros momentos de la vida. Y, para redondearlo del todo, encendí el mechero un par de veces. Mi prenda. Sin embargo, treinta pasos después pensé que era un perfecto idiota. ¿Acaso había puesto alguna dificultad para que volviéramos a vernos? No. ¿Acaso no se alegraba de haberse encontrado con él otra vez? Sí. ¿Acaso no le había agradecido de mil maneras la caja de bombones de licor? Sí. ¿Acaso no había escuchado con paciencia infinita la crítica que le hizo de su actuación? Sí. Sí, con paciencia infinita y con la humildad que tanto admiraba yo. ¿Acaso no me había dado un beso (rápido y furtivo) en los labios a modo de despedida? ¿Acaso no me había entregado una prenda de mucho precio? Sí. Y yo solo me había puesto pesado diciendo no te vayas a Praga, quédate dos días, no te vayas, anda, Teresa. Eres idiota, Miquel, Simón, Clara.

Miquel dio media vuelta y echó a correr. Teresa ya estaba ante la fachada iluminada del Ritz y su silueta se recortaba en la oscuridad. Miquel recorrió la mitad del trayecto hasta ella corriendo. Pero de pronto se detuvo a recuperar el aliento. No quería presentarse jadeando y decirle sin aliento que sí, que te quiero, Teresa, te quiero muchísimo. Pero, mientras me recuperaba, Teresa dio media vuelta y se quedó inmóvil. La luz del Ritz le iluminaba la mitad de la cara y me pareció bellísima, como

en un La Tour, como en un Caravaggio. Sonrió y me quedé quieto. (¿Qué hago, le digo a voces te quiero, Teresa? ¿Me acerco más y se lo digo al oído?). Fueron dos segundos, inmóviles los dos, y fue una eternidad cósmica como la que pasé ante el Skyhawk A-4N del teniente Samuel Goldstein antes de agacharme para esquivar los disparos. Una eternidad de pocos segundos que me marcó para toda la vida. Probablemente, esta otra eternidad, a la puerta del Ritz, me ha marcado mucho más que la de las montañas de Qurnat al-Sawda. Antes de reducir a polvo mi indecisión, Teresa, mirándome todavía, volvió a sonreírme y pensé que quedaría un poco ridículo allí, delante del presuntuoso portero que nos miraba, decirle te quiero con todo mi corazón y todas mis fuerzas, amada Teresa, y reconozco que me he enfadado sin motivo por eso de que te vas a Praga. Y entonces fue cuando se me ocurrió pensar ya le diré que la quiero cuando vuelva de Praga. Esa idea me inmovilizó. Me limité, doble eunuco, a sonreír. Sí, ya sé que noté una vacilación muy larga antes de que Teresa se dispusiera a dar media vuelta para entrar en el hotel. Y la vi volver a desaparecer de mi vida, tragada por mucha luz inútil.

Estaba en *Revista*, desesperado porque Duran rechazaba dos facturas de comidas en Londres, y le decía, gesticulando como nunca, ¿qué creías, que iba a alimentarme de agua del río?, y Duran seguía diciendo que no, sonriendo y mirando las facturas que tenía en la mesa.

—No me gusta que abuses de mí.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar un poco.

Y me senté, dispuesto a dejar el trabajo y a buscarme la vida donde fuera. Estoy seguro de que en esta actitud valiente de tirar el trabajo por la ventana tenía mucho que ver la posibilidad razonable de recuperar la relación con Teresa. Me daba fuerza, me hacía más valiente.

—¿Qué?

—¿No te fías de mí?

—No.

—¿No te gusta mi trabajo?

—Sí.

—¿Entonces?

—Nadie más me presenta estos gastos tan rocambolescos.

—Te recuerdo que soy mortal y marcescente, Duran.

—¿Qué?

—Que como y ceno.

—¡Pero no en el Maharishi de cuatro tenedores y con otra persona! —Me sonrió con ironía—: ¿Sabes lo que es una pizza cuatro estaciones? ¿Te suena de algo?

Me parecía humillante que convirtiera la cena con Teresa en un motivo de discusión laboral; pero yo no estaba dispuesto a ceder ni un palmo. Duran cogió la factura de la cena y me miró a los ojos.

—¿Quién era la otra persona?

—Steiner.

Eso demostraba que Miquel Gensana i Giró, además de mortal y marcescente, era imperfecto. Tenía secretos, como todo el mundo, y mentía, como todo el mundo. Pero de ninguna manera quería involucrar la presencia sagrada y esperanzadora de Teresa en cuestiones de trabajo. Señalé el papel del litigio:

—He pasado cinco días en Londres, he hecho una entrevista muy buena y he dado pasos para hacer otra, ¿y ahora me echas en cara una factura de cincuenta libras?

—Sesenta y tres.

—Dámela.

Se la quité de las manos y me la quedé, y renuncié a todo intento de defensa heroica. Puse cara de mártir.

—La cena con Steiner la pago yo. —Y salí de su despacho esperando, con cierta ingenuidad, que se quedara con algún remordimiento de conciencia. La llamada me esperaba en mi mesa.

—¿Quién dices que era?

—No lo he entendido. —Lali me pasó el teléfono y se levantó de la mesa para dejarme hablar tranquilamente—. Habla un poco raro.

—No te muevas, mujer.

Pero ella, con un gesto, me indicó que no me preocupara, que se iba a tomar un café. Al fondo, desde su mesa, Júlia me lanzó una mirada que me asustó.

—¿Diga?

Supongo que los grandes momentos de la vida de los individuos llegan en situaciones que a nadie le parecerían grandilocuentes ni dignas de pasar directamente, sin ningún maquillaje, a los libros de historia. La noticia de la rendición de los ejércitos del Tercer Reich sorprendió a tío Maurici en el desván de *can* Gensana, llorando y pensando en su Miquel. Lo alertaron los gritos de Remei. Como supo Gaston Laforgue por la risa exagerada de los vecinos que Dreyfuss había sido condenado por alta traición. Miquel II Gensana, después de una discusión desagradable y mezquina en el despacho de Duran, mientras miraba distraídamente hacia Júlia, de pie, haciendo malabarismos para sacar un cigarrillo del paquete con una sola mano, oyó la voz rara y semiafónica de Armand que le decía Miquel, ¿eres tú?

—Sí. ¿Qué hay?

—Teresa ha muerto.

Me parece que, en primera instancia, no le entendí. Pero se me mareó el alma. El cigarrillo se me deshizo en la mano y dije qué dices, por el amor de Dios, qué dices, sin gritar, pero sangrando por la voz, y Armand me repitió Teresa ha muerto, y vi la mariposa blanca de vuelo cansino que se posaba encima de un radiador y se quedaba inmóvil. Teresa, la razón de mi vida. Al parecer, de madrugada, un camión adormilado invadió el carril contrario de la calzada. Ellas iban por la derecha tranquilamente, supongo que hablando de música o de lo que fuera, con gafas de sol, saboreando la libertad, Thelma y Louise, la ventanilla abierta para que pasara el viento, y la muerte les cerró el paso en una carretera bohemia, a cincuenta y siete kilómetros de Praga. Y me vi llevarme la mano libre a la cabeza, seguramente para conseguir que me cupiera en el pensamiento una idea tan brutal, y Armand, con voz monótona y triste, me dijo que la noche que se fue, Teresa le había contado que probablemente volveríais a veros, y por eso te llamo, porque seguro que eso quiere decir que os habéis visto últimamente y... El pobre Armand estaba destrozado y yo, con los ojos como esponjas, pensé pobre Teresa, no le han permitido conocer siquiera

el puente Carlos ni el barrio judío. Pobrecita, que no ha podido ver Vyserhad ni la calle de Neruda. Y cuando colgué el teléfono, creo que me faltó muy poco para caerme redondo al suelo. Me senté en mi silla y Júlia no dejaba de mirarme, pero yo no la veía. Y entonces Miquel se tapó la cara con las dos manos porque le vino a la cabeza un pensamiento horroroso, el pensamiento que ya no lo abandonaría nunca más en la vida. Un pensamiento repleto de dolor, mi querida Teresa: no quise decirte que te quería; te has muerto sin que llegara a decírtelo; te has muerto sin conocer mi gran verdad: que, a pesar de todo lo que pasó, lo más importante para mí es el amor que siento por ti. No sé si podré resistirlo, Teresa. Te has muerto sin haberlo oído. ¿Lo entiendes, Júlia?

Quise ayudar a Armand y al hermano de Teresa a cumplimentar los trámites de repatriación de los cadáveres: el de su amiga lo mandaron a Londres. Fui al consulado checo e incluso a Praga, la odiada e innecesaria Praga, tan bella, tan tierna, tan querida, con el fin de acompañar el ataúd, y empecé a comprender las múltiples dimensiones del dolor que revela lo incomprensible de la muerte. Tuve fuerzas para contemplarla, junto a Armand, que estaba ceñudo y perplejo, pálida, inmóvil, en una actitud casi de sorpresa, hasta que las lágrimas me borraron la visión y desapareció para siempre de mi vista y de mi vida. Falso: la llevo en la cabeza y en el corazón y me pregunto por qué es tan horrible la inmovilidad de la muerte, Teresa, que ya no puedes tocar el violín ni cantar la música que te salía del corazón. Y, en un rincón, detrás de los silenciosos Moliner, asistí, como una máquina insensible, a todas las absurdas ceremonias de despedida y lágrimas, porque, al fin y al cabo, no éramos nada entre nosotros. Miquel oyó un par de discursos de directores generales del ramo, que hicieron el panegírico de la ilustre intérprete que nos ha dejado inesperadamente, que ya no era una joven promesa, sino una realidad sólida, que se había convertido en embajadora del país, que la muerte nos ha arrebatado un futuro espléndido llevándose a Teresa Planella, que nuestro departamento está considerando la posibilidad de fundar un premio de interpretación que lleve su nombre, que etcétera. Y yo no dejaba de pensar ya, por mucho que digáis, mi discurso es diferente, ella me quería, yo la quería hasta el límite, nos habíamos reconciliado, había entre nosotros un entendimiento que llegaba hasta los mínimos gestos, a pesar de que no vivíamos juntos, nuestra historia de amor fue profundísima, yo la adoraba, vivía la música como si le saliera de sus propias carnes, me hizo uno de los regalos más exquisitos que existen en la humanidad: enseñarme a amar la música de cámara y, sobre todo, no quise decir que te quería a la entrada del Ritz, en Piccadilly. Con un gestó rápido de la mano, Miquel pidió la cuenta al maître y disimuló una lágrima. Y te moriste sin haber oído mi declaración de amor, Teresa. Desde entonces, y ya ha pasado mucho tiempo, intento, aunque en vano, seguir viviendo con este dolor tan punzante en la memoria.

También por eso, la amenaza de la voz ronca no me da miedo, porque llega un momento en que comprendes que con la muerte sólo mueres. Y entonces decides no sentir pavor. Pero eso no te lo contaré nunca, Júlia, porque para ti, para Maria, para la

hija de Bolós y para su Partido, su muerte fue y siempre será un accidente lamentable.

Coda

Miquel Gensana tuvo que ponerse las gafas de leer facturas. Horrorosa la constatación de que en su casa clavaban como ladrones. Hizo como si la factura le fuera indiferente y sacó la cartera del bolsillo. El maître, du côté de la clair fontaine, observaba sus movimientos. Abrí la cartera con la intención de sacar la tarjeta de crédito, para rendir honores a los adhesivos que deshonraban la entrada, pero lo que cayó en el platillo fue el preservativo que había comprado en el lavabo de mi casa. Miquel alzó la vista, avergonzado: Júlia y el maître lo habían visto con toda claridad. Ella se permitió una sonrisa y Miquel pensó qué quiere decir esa sonrisa, Júlia, qué es, Júlia, ¿maldices a este individuo que pretende que después de cenar haya baile y juerga, o te alegras pensando que el camino está más trillado para poder utilizar a Miquel como sustituto de tu Bolós, de quien jamás sospeché que fuera tuyo, además de mío? Lo que pensara el maître me importaba un rábano.

—Oye, ¿ha sido muy caro? —Con un gesto rápido señaló al maître, que se alejaba como un niño satisfecho con la factura y mi tarjeta.

—Escandalosamente caro. Si los fantasmas de los que vivían aquí levantaran la cabeza...

—Miquel.

—Dime.

—Esto era tu casa ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—Pero se parecía a ésta, por lo que me has contado.

—No. —Miquel miró el surtidor impostor con nerviosismo—. En casa jamás habríamos puesto una cosa así. —Y se rio con nerviosismo.

—Pero seguro que conocías a los que vivían aquí, ¿a que sí?

—Es la tercera vez que me lo preguntas... —Miquel, inquieto—: No sé quiénes eran, Júlia.

Al instante cantó un gallo y Simón Pedro se acordó de las palabras del Señor y lloró amargamente porque, al negarlo, borraba un poco más la vida de los muertos de su memoria. Pero es que después de volcar el alma encima de la mesa, ante los ojos de Júlia, necesitaba que quedara algo no revelado a lo que agarrarse. Y Miquel Gensana volvía a ser Simón.

—Sí, Josep Maria era igual que tú.

—¿Bolós?

Franklin siempre será Bolós, aunque sus amantes lo bauticen con otro nombre.

—Bolós. Pero era más alegre. —Sonrió con tristeza—: Sabía reírse.

—Supongo que sí. Pero yo he tenido que sufrir su muerte.

—Y yo.

—Ya lo sé, Júlia.

—Y tú ¿por qué no te ríes nunca?

Pero de qué hemos estado hablando, Júlia, pensó Miquel. Y aprovechó el regreso del maître con el recibo para fingir que no la había oído. Guardaron silencio mientras Miquel firmaba el recibo. Después se quedó con el bolígrafo, y el maître le llamó la atención públicamente conminándolo a que se lo devolviera. Con una sonrisa ostensible, no dejó ni un céntimo de pourboire. A tomar por saco.

—¿Te servirá para el artículo todo esto que te he contado?

—No.

—Fantástico. He hablado mucho de mí y nada de Bolós.

—Sabes que no es por eso. —Cogió el último cigarrillo del paquete—. Estoy cansada, Miquel. Tu Bolós también se me ha muerto a mí.

—Seguro que en el Partido tienen datos biográficos perfectamente publicables. —Le di fuego y guardé litúrgicamente el mechero de Stern que me ligaba a la vida.

—Y mi artículo será igual que los que están publicando estos días —suspiró, echando humo.

—Sí. ¿Nos vamos?

Ahora mi casa estaba llena. Daba gusto. En medio de la sala, una de las mesas estaba ocupada por un hombre idéntico a mi tío Maurici, y a Miquel le pareció que al pasar a su lado le guiñaba un ojo. Unos segundos más para contemplar los dos siglos de Maurs y Antonis, Amèlies, Pilars, Maries y Carlotes de aquella casa llena de tristezas y de anhelos, que llegaba a su final, conciso y breve, con Miquel II Gensana el Callejón sin Salida (o el Atzucac), o el Final de Época, o el Raíz Postreira. La última rama desmochada, con cuya muerte moriría todo el árbol, todo el roble, hasta Anton I el Brote Primero. Sólo quedaría como recuerdo el roble del logo del restaurante. Amén.

—¿Vamos?

Cogí a Júlia del brazo, como si estuviéramos casados. Salimos. La luz amarilla que hacía palidecer la zona de aparcamiento sumía el resto de mi jardín en la oscuridad. Me costó mucho no decir a Júlia que ése era mi jardín y ésa mi casa, un trocito de mi vida. Pero, para ser mínimamente libre, tenía que guardar algún secreto.

—He perdido la fe en la razón y sólo me queda el sentimiento —dijo Miquel, a modo de resumen—. Y siento que soy estéril.

—No eres un eunuco, Miquel.

—¿Ah, no?

—No. Como mucho, apóstata. Toda tu generación se ha hecho a fuerza de apostasías.

—Muy bonito, pero no lo creo. —Y se frotó la frente con la mano, como si despertara de un sueño.

—¿Qué hacemos? —dijo ella. Él la miró, sorprendido. ¿Estaría pensando en el preservativo?

—No sé. —Y le di las llaves del coche y de mi vida.

Miquel Gensana i Giró respiró hondo para contener un llanto extraño que, desde muy dentro de la memoria, empezaba a apretarle la garganta. A la derecha, a oscuras, el madroño bien peinado, con los secretos de tío Maurici enterrados al pie, lo observaba con atención, tal vez con amor. Era imposible ver revolotear a una mariposa blanca por allí. Cuando Júlia le abrió la portezuela, Miquel subió al coche sin mirar la casa por última vez, igual que las otras veces que huyó de *can* Gensana para siempre. Y sintió una profunda añoranza de todo.

Matadepera, 1991-1996

Notas

[1] Casa de, abreviación muy corriente en catalán. [En adelante todas las notas son de la traductora]. <<

[2] El Roble Rojo. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] En catalán *Els Encantats*, dos agujas de más de 2500 m de altura, situadas al sur del lago de San Mauricio, en la comarca el Pallars Sobirà (Lérida). <<

[5] El Félibrige es una asociación literaria fundada en 1854 por Frédéric Mistral y otros escritores provenzales para proteger y cultivar la lengua occitana (o langue d'oc) y que tuvieron contacto personal y literario, en diversos momentos, con poetas catalanes de finales del XIX. Naturalmente, el eximio poeta don Maur II Gensana sigue esta tradición en la estética de sus poemas. <<

[6] Los que construyen castillos humanos subiéndose a hombros unos de otros. <<

[7] Castillo humano cuyo tronco consta de seis pisos de tres personas cada uno. <<